

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 17
Abril-Junio 2010

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Cosmomemorias de otro mundo: "Llanto. Novelas imposibles", por Demetrio Anzaldo González

La visión de la ciudad moderna en "Los pasos perdidos" de Alejo Carpentier, por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

Sancho y su renuncia, en el camino a la novela moderna, por Nerea Marco Reus

Yocandra a través del espejo, en la novela "La nada cotidiana" de Zoé Valdés, por Orlando Betancor

Los relatos góticos de Sir Walter Scott: "La habitación tapizada", por Enrique García Díaz

• Relato

El albañil cósmico, por Carlos Salem

Mi nombre en el google, por Claudia Apablaza

Sexo, cárceles y un soplo en el corazón, por José Antonio Lozano

Tres microcuentos, por Jesús Esnaola

Muñón de cerdo, por Gonzalo Martín de Marcos
obispos, por axel I. krustofski

Hay amores que matan, por Juan Carlos Vecchi

La procesión, por Mari Carmen Moreno

Carlos (el plural), por Sergio Sastre

En el pantano, por José Carlos Nazario

Mujeres como usted, por Lucía Lorenzo

Vaso de bourbon, por Ana Patricia Moya

Lo terminé porque siempre acabo el libro que empiezo, por Daniel Pérez Navarro

Un viaje poco común, por Carlos Montuenga

Como hacen los hombres, por Noel Pérez

Tokio en abril, por Rodrigo J. Gardella

6025, por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

M. O. Hoppert, por Ramón Araiza Quiroz

Worm, por Luis Emel Topogenario

Juntos para siempre, por Blanca del Cerro

Correspondencia nicaragüense (V), por Berenice Noir

Tomates podridos, por Andrés Portillo

Sal en sus libros, por María Virginia Ocando

Después, por Gabriela Urrutibehety

La carpa, por Luis Mariano Montemayor

Cirugía Plástica, por Javier Silvela Maestre

Bar, por Giovanni Rodríguez

El secreto del árbol, por Raúl Barrozo

Una historia del Japón, por Carlos Manzano

Ella trabaja en una guardería, por Santiago Eximeno

• Narradores

Norberto Luis Romero

• Reseñas

"La noche de los tiempos" de Antonio Muñoz Molina, por Ághata

"El momento del unicornio" de Norberto Luis Romero, por Luis Borrás

"El viaje del elefante" de José Saramago, por Ághata

"Espejos" de Eduardo Galeano, por Daniel Orizaga Doguim

"El cuento de nunca acabar" de Carmen Martín Gaité, por María Aixa Sanz

• Miradas

Una mirada al anticlericalismo de Blasco Ibáñez, por Johari Gautier Carmona

Carmen Martín Gaité: el espíritu de superación, por María Aixa Sanz

El sino melancólico del tango, por Gabriel Cocimano

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional a la vez que facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto y en formato Word. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 17

<i>Cosmomemorias de otro mundo: "Llanto. Novelas imposibles"</i> , por Demetrio Anzaldo González	3
<i>La visión de la ciudad moderna en "Los pasos perdidos" de Alejo Carpentier</i> , por Jorge Eliécer Pacheco	12
<i>Sancho y su renuncia, en el camino a la novela moderna</i> , por Nerea Marco Reus	31
<i>Yocandra a través del espejo, en la novela "La nada cotidiana" de Zoé Valdés</i> , por Orlando Betancor	36
<i>Los relatos góticos de Sir Walter Scott: "La habitación tapizada"</i> , por Enrique García Díaz	42
<i>El albañil cósmico</i> , por Carlos Salem	46
<i>Mi nombre en el google</i> , por Claudia Apablaza	53
<i>Sexo, cárceles y un soplo en el corazón</i> , por José Antonio Lozano	60
<i>Tres microcuentos</i> , por Jesús Esnaola	62
<i>Muñón de cerdo</i> , por Gonzalo Martín de Marcos	63
<i>obispos</i> , por Axel I. Krustofski	66
<i>Hay amores que matan</i> , por Juan Carlos Vecchi	70
<i>La procesión</i> , por Mari Carmen Moreno	71
<i>Carlos (el plural)</i> , por Sergio Sastre	72
<i>En el pantano</i> , por José Carlos Nazario	75
<i>Mujeres como usted</i> , por Lucía Lorenzo	80
<i>Vaso de bourbon</i> , por Ana Patricia Moya	81
<i>Lo terminé porque siempre acabo el libro que empiezo</i> , por Daniel Pérez Navarro	82
<i>Un viaje poco común</i> , por Carlos Montuenga	90
<i>Como hacen los hombres</i> , por Noel Pérez	94
<i>Tokio en abril</i> , por Rodrigo J. Gardella	100
<i>6025</i> , por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón	102
<i>M. O. Hopperrn</i> , por Ramón Araiza Quiroz	103
<i>Worm</i> , por Luis Emel Topogenario	106
<i>Juntos para siempre</i> , por Blanca del Cerro	108
<i>Correspondencia nicaragüense (V)</i> , por Berenice Noir	111
<i>Tomates podridos</i> , por Andrés Portillo	113
<i>Sal en sus libros</i> , por María Virginia Ocando	114
<i>Después</i> , por Gabriela Urrutibehety	115
<i>La carpa</i> , por Luis Mariano Montemayor	117
<i>Cirugía Plástica</i> , por Javier Silvela Maestre	118
<i>Bar</i> , por Giovanni Rodríguez	120
<i>El secreto del árbol</i> , por Raúl Barrozo	123
<i>Una historia del Japón</i> , por Carlos Manzano	124
<i>Ella trabaja en una guardería</i> , por Santiago Eximeno	126
<i>Narradores: Norberto Luis Romero</i>	127
<i>"La noche de los tiempos" de Antonio Muñoz Molina</i> , por Ághata	137
<i>"El momento del unicornio" de Norberto Luis Romero</i> , por Luis Borrás	139
<i>"El viaje del elefante" de José Saramago</i> , por Ághata	140
<i>"Espejos" de Eduardo Galeano</i> , por Daniel Orizaga	142
<i>"El cuento de nunca acabar" de Carmen Martín Gaité</i> , por María Aixa Sanz	144
<i>Una mirada al anticlericalismo de Blasco Ibáñez</i> , por Johari Gautier Carmona	145
<i>Carmen Martín Gaité: el espíritu de superación</i> , por María Aixa Sanz	146
<i>El sino melancólico del tango</i> , por Gabriel Cocimano	147
<i>Novedades editoriales</i>	150

COSMOMEMORIAS DE OTRO MUNDO: *LLANTO*. *NOVELAS IMPOSIBLES*

por Demetrio Anzaldo González

—Y entonces, coléricos, nos desposeyeron, nos arrebataron lo que habíamos atesorado: la palabra, que es el arca de la memoria. Desde aquellos días arden y se consumen con el leño en la boguera. Sube el humo en el viento y se deshace. Queda la ceniza sin rostro. Para que puedas venir tú y el que es menor que tú y les baste un soplo, solamente un soplo...

Rosario Castellanos. *Balún Canán*

Animal que vuela, el hombre. Recorre cielo contra la más terrible irrealidad, es lento y no se espanta de la muerte. Se rehace negándose. Por cierto tiempo, trabaja entre dos nadas, se mira el espejo que va haciendo donde su rostro es no más que un proyecto tironeado entre pasado y porvenir, rostro cargado de presente, o sea de lucha entre pasado y porvenir. Como otro mundo diario.

Juan Gelman. *Exilio*

PRESENTACIÓN

La historia, la literatura mexicana nunca dejará de sorprendernos, de mostrar un «rostro cargado de presente», lleno del viento de las cosmomemorias de los *otrosmundos*; puesto que, a cada momento, proyectará viejos y nuevos mundos. En este inusitado movimiento dinámico y múltiple se consigue traer fresco a la memoria la simiente mesoamericana y su vital presencia en nuestro desarrollo actual como una nación inclusiva y humana. Recordándonos, además, que no se puede pasar por alto aquella propuesta hecha por Agustín Calderón, quien decía: —El progreso de México y su porvenir están ligados con la suerte de la población indígena—. Nuestro pasado y presente siguen siendo, ambos, *tironeados* por una cara negra, mestiza, mulata, oriental, judía, india, asiática, europea y mexicanas todas ellas. Este otro mundo indígena no puede seguir siendo ignorado, es nuestro y seguirá estando presente. En este México la historia vive y está siempre dándonos sorpresas. De ahí que hace 62 años, en el centro del país, en el año de 1947, al reparar el Hospital de Jesús, surgieran de entre aquellos escombros los restos de Hernán Cortés, el controversial conquistador español que arrebatara el poderío Azteca de las manos del emperador Moctezuma. Ese re-descubrimiento fue un hecho que causó gran regocijo entre los hispanistas y gran sorpresa para los indigenistas. Ambos grupos se enfrascarían social y políticamente en una lucha por re-definir la identidad/nacionalidad mexicana atizando el fuego de una más de las controversias nacionales. Este año Cortés cumpliría 524 años. Como una más de las coincidencias en derredor de Cortés y Moctezuma, y «contra todo pronóstico» como se leía en el encabezado de la nota del periódico (La jornada (Ciudad de México) 9 de marzo de 2007), se estrenó esa semana de hace dos años en el Teatro de la Ciudad, *Moctezuma*, desaparecida ópera del italiano Vivaldi estrenada en el año 1733. La partitura de esta ópera reapareció incompleta en 2002, pero gracias al talento de Thomas Leininger, quien rehizo una de las tres partes faltantes, la obra musical volvió a completarse con una especie de «trabajo arqueológico», una acción aludida por el director de la obra Michael Form como «una de las maravillas de Vivaldi, sólo que no la escribió él». En el arte, en el mito y en la memoria Moctezuma sigue proyectando sombras, luces, imágenes e ideas entre nosotros. Definitivamente, la historia, la leyenda y la literatura son hechas y vividas por hombres y mujeres a la par.

I DE LA IMAGEN A LA PALABRA... (METAMORFOSIS/OTREDAD) MUERTE/VIDA

*Mi esencia se vertía exaltada en la órbita
concéntrica y total de la palabra
y era la musical delicia de la gota
incorporando al mar de canto sin fronteras
su mínimo sonido de caracol vibrando*

Rosario Castellanos. *Trayectoria del polvo*.

A estas constantes reapariciones en la capital mexicana, del nombre, presencia y figura del emperador Azteca se agregaban las imágenes y semblanzas contenidas en la novela mexicana: *Llanto. Novelas imposibles* (México, 1992). Por cierto, esta obra fue escrita reutilizando la temática del momento sobre el quinto centenario del encuentro entre los mundos europeos y americanos. Es dentro de esta narrativa donde este emperador azteca vuelve a renacer a 522 años de su primer nacimiento. Moctezuma II sigue reviviendo, haciéndose presente en la historia del mundo llámese indígena, mexicano, europeo o mundial; porque la Historia continúa y continuará haciéndose, re-haciéndose, constituyéndose y re-constituyéndose como un «horizonte de posibilidades ofrecido al hombre» (Lledó, 71). Este ensayo está encaminado a sacudir esos *horizontes de posibilidades* por intermedio de un texto que las utiliza y potencializa mediante una palabra en movimiento sobre la mar poética y filosófica actuales.

En este incierto mar, *horizontes de posibilidades*, se agitan, la historia y la literatura mexicanas azotadas por un pasado tormentoso y, más de las veces, doloroso porque revive el desconsuelo por los tiempos idos y abre las cicatrices de heridas pasadas que se creían olvidadas/recuperadas/sanadas. Como isla en el medio de la tormenta de la vida, 1948 es un año trágico para Rosario Castellanos. Es el año en el que mueren sus padres, pero también es el año en que México ve nacer, a la vida pública, a una gran poeta. Castellanos presenta en su primer desafío público a un poema lleno de imágenes arropándose en la Historia y en su propia memoria personal. Esta, es una obra «cargada de presente» y, asimismo, «cargada de futuro» de la que ella misma llega a comentar lo siguiente:

«... Quería abarcar el universo entero y conferirle un sentido gracias a la única perdurabilidad posible que, a mis ojos, era entonces la de la creación estética. Usaba el verso libre y abusaba de las imágenes a un grado que, con frecuencia, se perdía el hilo del discurso. En resumen, podría afirmarse que esta *Trayectoria del polvo* era tan ambiciosa como fallida.» (Castellanos. *Juicios Sumarios*, 430)

Porque *Trayectoria del polvo* es una obra escrita por una voz que tiene dentro de sí una lamentación y una aspiración intensas y que se atreve a decir:

*Hoy es en mí la muerte muy pequeña
y grande la esperanza.
Ha soportado climas estériles y rudos,
ha atravesado nieblas y luces dolorosas
y ha desafiado al viento.*

A través de esta fuerza prosística y lirismo portentoso condensados en estas imágenes y en estas palabras, con las que Rosario Castellanos se presentaba ante la crítica literaria mexicana de finales de los años 40, se van creando, recreando, entre otras muchas cosas, las prácticas de «una exploración de los abismos sentimentales, mentales y verbales, una intuición del destino humano, una concepción del mundo» actividades todas dibujadas y capturadas por la poesía misma. Es el entrecruce poético-filosófico de las tendencias del medio siglo mexicano, de las que Rosario Castellanos es una de sus principales protagonistas. Es esta palabra poético-filosófica viviente, diferente y vibrante la que se presenta y proyecta, coincidentemente, el momento justo en el cual ese Yo poético de Castellanos se inserta en el cambiante espacio-tiempo de la vida/ escritura y de la escritura/muerte. La Filosofía y la poesía no son más entidades opuestas sino complementarias dentro de una voz espe-

cial que hace girar al cosmos, a las memorias entre los espacios del universo de la existencia toda. Vida y muerte están unidas para siempre en la existencia humana; puesto que nacer a la vida es nacer a la muerte. Como bien ha observado María Luisa Gil Iriarte en referencia al mismo tema y a la misma obra: «La indagación en el significado de la muerte no es en realidad sino una búsqueda interpretativa de la propia vida. El ocaso y el origen entran en relación circular y, por tanto, son interdependientes». (190) Invariablemente, las recurrentes imágenes y sus consecuentes metamorfosis que encubren y descubren el camino recorrido por *Trayectoria del polvo* (1948), nos remiten a otro mundo, hacia ese otro universo lleno también de imágenes y palabras cambiantes que es *Llanto. Novelas imposibles* (México, 1992) de la poeta mexicana Carmen Boullosa.

De esta manera, llevada por ese viento, al que *ha desafiado*, la palabra de Castellanos se encuentra con esta otra palabra, con esta otra voz. Porque, tanto en la poesía de Rosario Castellanos como en la novela de Carmen Boullosa, se enuncian las acciones de ambas subjetividades enmarcando y anunciando una directa relación con ese mundo mexicano que las rodea, que las forma y que se extiende de una manera especial hacia la interrelación existente entre sus trabajos, entre ellas mismas. Al hablar de la obra de Rosario, Carmen reconoce sus influencias y correlaciones existenciales al exponer que,

«... He leído a Rosario Castellanos desde mi adolescencia. La leo aún con admiración y placer. Hay algo en el tono de sus poemas que siempre me ha intrigado y sido incómodo, y que por fin he podido formular. Si lo pongo en términos de Rubén Darío, en la mayoría de ellos “no murmura, no interroga”, sino que la poeta “predica”. Habla con tono mandatorio. Un tono de “autoridad” que causa en el lector un sobresalto extraño porque viene sobre un cauce de dolor.»

El dolor y la desesperanza son parte también de la concreción literaria que se evidencia en el hablar novelesco de su obra *Llanto. Novelas imposibles*. Esta es la otra parte de la historia que tiene que ver con la libertad de esta otra palabra que hace arte, que hace crítica social y que se convierte también en una *historia creadora de mutación* (Lledó, 78) y cuestionadora de los mitos oficiales: la palabra boulllosiana. Las metamorfosis de la vida y del lenguaje que, como diría Rosario Castellanos se *vela(s) y revela(s) en las formas* que van expresando con palabras los contenidos culturales de las imágenes, de las semblanzas que giran en torno al Moctezuma de la historia que Carmen nos ha preparado. Un texto que es eco de cosmomemorias e interrogantes; puesto que en él existe un ser que sacude la monotonía y desesperanzas actuales. Este personaje se adueña de la historia y hace que la crítica reconozca esa fuerza al señalar a:

«Ese fetiche encarnado en la figura de Moctezuma, emperador de salvajes que revive en la salvaje urbe mexicana, rodeado de un coro plañidero de post-modernas lloronas que no pueden amar, ni contar, ni escribir, ni construir ningún otro, ¿esboza una nostalgia compulsiva por el referente perdido?» (Mattalia, 298).

Si el pasado se hace presente es porque no ha dejado de añorarse, de extrañarse al no resolverse el dilema y proceder de su paso existencial y de esa marcada influencia en la historia de la nación. La muerte del Tlatoani es todavía un mito y una herida viva en la psique nacional mexicana. Rosario Castellanos en su relación con el tema de la muerte, idea obsesiva para los mexicanos, y Carmen Boullosa, ante la imposibilidad de escribir sobre la muerte del Huey Tlatoani, hacen ambas, del quehacer literario un ejercicio memorable orientado hacia el porvenir. El mundo indígena y el mundo europeo se reencuentran en la capital del país, nuevamente. Apuntalándose, por un lado, a partir de los márgenes amplios de la cultura occidental y, por el otro, desde el fugaz atisbo a unas culturas mesoamericanas transformadas por otras voces y desde otros mundos. Es esa mirada sobre,

«... el fundador de una historia que entre sus raíces tiene una rota que nunca dejaremos de lamentar y de comprender seducidos por ella, una raíz que intentaremos arrasar, seducidos por ellas, y que alternadamente negaremos y vocearemos, y abandonaremos, sabiendo que ella nunca nos dejará, que siempre tendremos esa raíz rota, porque no es una elección, es una memoria india imborrable e imposible de evitar, irrecuperable e inalcanzable, el re-

cuerdo de un dominio del mundo que hoy no puede tener imitación, un dominio que ya no está, que ya no se puede practicar, un dominio de otra manera, basado en otro ejercicio del poder del hombre sobre el mundo y en otro hombre, otros dioses, otros afectos, otro lenguaje...» (*Llanto*, 118).

En el entrecruzamiento de tan diversos mundos culturales, el europeo y el mesoamericano, se presentan las voces, imaginadas y marginadas que reconstruyen ese puente donde el pasado con el tiempo presente se unen e inician un diálogo intertextual que permite salvar la distancia cualitativa/cuantitativa de la distancia espacio/temporal e incursionar en el visible e invisible espacio de la memoria y adentrarse en estas otras cosmomemorias acerca de la muerte del último emperador Azteca. Las fuentes históricas, literarias, artísticas, teóricas y vivenciales apuntalan a esta novela que surge entre mundos fronterizos reales e ideales.

De esta manera, se observa que del «...mínimo sonido de caracol vibrando» sobre el mar de la palabra difuminado por *la Trayectoria del polvo*, a la imagen del Moctezuma aparecido emergiendo del «hormiguero» depositado en *Llanto. Novelas imposibles*, se crea una especie de puente, una fuerza eólica, emotiva y cálida que enlaza a estos registros literarios llenos de cómo diría Octavio Paz, *pasión y sentimiento*, esas otras voces, repetidas por la *Otra voz*, anunciando que

«Si acaso llevé el cuerpo de Moctezuma sobre el mío, si acaso lo hice, él me gratificó con crueldad el acto leal, porque la muerte no ha querido hacerme suyo y he tenido que ver, con dolor, la muerte del hombre, el fin de un pueblo. Que no hubiera tenido ojos para ver. Que no hubiera tenido hombros para portar su cuerpo. Que no hubiera habido cadáver que cargar. Que no hubieran llegado aquí los que vinieron de donde sale el sol, o si acaso esto ya estaba escrito, que hubiéramos muerto antes de su llegada todos, que hubiéramos antes muerto...» (*Llanto*, 78-79).

La voz al interior del texto usa y potencializa códigos, tiempos, espacios engarzados con las memorias pasadas y presentes aludiendo y recreando los mitos y leyendas revividas y recreadas por la escritura y presencia subjetiva de la propia escritora. Es decir, las cosmomemorias son las pasadas historias humanas dentro de la diversidad cultural y geográfica creadas por una memoria subjetiva espectacular/especular reescribiendo el y al pasado mediante una visión incisiva, crítica, cambiante que condiciona nuestra mirada y lecturas presentes. Es la palabra poética de Carmen Boullosa filtrada por su vivencia personal, experiencia intelectual y ejercicio práctico literario. En *Llanto. Novelas imposibles*, junto a las cosmomemorias, se pone de manifiesto una necesidad imperiosa del escritor por conocer, reconocer, recrear la historia de una nación que nace/surge al momento mismo de su desaparición/destrucción. La vuelta al origen desde el presente incierto de una palabra nacida a priori y que no tiene un solo final.

Llanto. Novelas imposibles, al concentrarse en la real y célebre figura de Moctezuma II, reabre espacios alternativos y liminares que se orientan hacia temáticas y tendencias como la de la muerte, la otredad, la identidad y la diversidad del desfalleciente espacio cultural mexicano. El mundo fragmentado, múltiple y metamorfoseado de la novela no es sólo un ejercicio de la escritora Carmen Boullosa o de la narradora o narradores figurativos que no se atreven a escribir, a describir una novela en la que el personaje principal sea Moctezuma, lo que a final de cuentas se logra, sino que se trata de un ejercicio histórico/creativo proyectado en torno a una *historia* que continuamente se hace, rehace y deshace, buscando lo que realmente se espera conocer y recorrer: los otros caminos hacia la vida, hacia la muerte, al pasado y al futuro desde un presente infinito, ése *primer momento* lleno de «lenguaje, sujeto, ausencia» (Barthes, *Crítica y verdad*, 75).

Es por todo eso que *Llanto, Novelas imposibles*, no ofrece respuestas fáciles; pero sí responde a algunas de las interrogantes culturales, al proponer una identidad multifacética, cambiante, itinerante, inasible para un extinto emperador azteca. La novela logra con ello, transmitir la idea de que la identidad, al igual que la Historia, es una idea y un concepto dinámico con realidades cambiantes que tienen que tomar en cuenta todo aquello que las ha formado y deformado dentro de un contexto y tiempo específicos. De ahí que cuando se cree que se ha alcanzado, concebido y aprehendido el

ser de la novela, se experimenta un salto al vacío, a la nada, la historia se escapa, se escurre, se pierde. Porque como reconocía Walter Benjamin, «La imagen verdadera del pasado *pasa* de largo velozmente [*huscht*]. El pasado sólo es atrapable como la imagen que resplandece, para nunca más volver, en el instante en que se vuelve reconocible» (39). Es por eso que cuando se reitera el movimiento constante del viento, se proyecta otra imagen diferente del viento de la palabra que fustiga con el decir, su decir novelesco de que «sólo donde la idea de persona resplandezca, qué digo resplandezca, ¡enceguezca!, vuelva invisibles el resto de los formatos de la vida, aparece la novela». (110).

De tal manera que, al avanzar en la semblanza del emperador azteca, no existe ya referente alguno que nos pueda ayudar a mostrar al gran Moctezuma, al ser único, porque también él mismo sufre las metamorfosis históricas y literarias. Cuando se cree que se encuentra, se desvanece, se pierde arrastrado por los vientos que no dejan de anunciarle que es todo y nada a la vez, que se ha reintegrado a los elementos de la tierra,

«Se puede decir que Moctezuma es lo que a uno le dé la gana: de todos modos no será como sería de ser cierto, de no estar condenado, por la demolición de su ciudad, a ser visto como por miopes, amén. “¡Consolación!, página escrita para mi consolación: escribir una novela en la que el personaje principal sea Moctezuma es imposible, de todo punto, imposible”.» (91).

La misión desmitificadora ante Moctezuma y por ende ante la historia a la que se aboca Carmen Boullosa lleva a la práctica el propósito, tan manido, de hacer historia para entender el presente, pero también la intención de cuestionar el presente para recrear un pasado denunciando de paso al caótico, incierto y corrupto presente actual. Es una tarea para la cual Boullosa utiliza ese humor tan celebrado de su prosa poética y la potencialidad de la ironía de su mismo lenguaje.

Es por esto que las imágenes de los últimos momentos del Tlatoani, esa unión vaporizante no sólo con la mujer descrita en el texto sino con el universo literario, proyectadas dentro del universo narrado, forman ya parte de un acervo histórico actual muy diferente y que, en opinión de la narradora, revive en el momento presente, contemporáneo, «Sí (...) el siglo veinte se parece a la época de la conquista». (98) Ahora mismo, como señala Carmen Boullosa,

«Tal vez, si aceptáramos nuestra situación de conquistados por nosotros mismos, nuestra situación de ser, como fue Moctezuma, personajes en la frontera, seres situados entre dos territorios, expulsados tal vez de ambos por nuestra incertidumbre, tal vez si lo viéramos...» (*Llanto*, 98).

Llanto. Novelas imposibles, al concentrarse en la real y célebre figura de Moctezuma II, reabre espacios alternativos e inclusivos que se orientan hacia la muerte, la otredad y la diversidad del desfalleciente espacio cultural mexicano. El mundo fragmentado, múltiple y metamorfoseado de *Llanto* no es sólo un ejercicio de la escritora Carmen Boullosa o de la narradora o narradores que no se atreven a escribir, a describir una novela en la que el personaje principal sea Moctezuma, lo que a final de cuentas se logra, sino que se trata de un ejercicio histórico/creativo proyectado en torno a una *historia* que continuamente se hace, se deshace, buscando lo que realmente se espera de la historia, de la literatura: los caminos hacia la vida, hacia la muerte, el pasado y el futuro desde un eterno presente. En *La pasión de la historia* Carlos Monsiváis llama la atención hacia ese anhelo por la verdad por la vida y que nos hace pensar en una coincidencia literaria, histórica y existencial al decir que:

«Hoy, esta reconsideración en distintos sectores democráticos y de izquierda no sólo intenta serlo de clase; busca incluir también mayorías y minorías oprimidas (casos destacados: los indígenas, las mujeres, los chicanos) en su afán de una racionalidad en la historia (en este sentido, sinónimo de sociedad y sistema) colonizada, sexista, racista. En esta búsqueda todavía no importa demasiado el sectarismo de muchos; lo que impera es el deseo de ya no ver en la historia un catálogo de proezas y desastres que el gobierno en turno le enseña aleccionadoramente a sus pupilos y cuenta-habientes, ahora se insiste en un conocimiento detallado

de la opresión y de los oprimidos, de la realidad que el mito encubre y de los mitos que le dan forma a las realidades, de la mentalidad que la explotación y la represión han creado y de los márgenes de libertad en donde se ha vivido.» (188).

II. DE LA PALABRA A LA IMAGEN... (MEMORIA/ IDENTIDAD) DIÁLOGO/SILENCIO

... El mexicano hiere los caminos con la risa helada de la rueda ni tampoco traiciona al Mundo de los dioses, a las cosas, con la palabra escrita. Reconcilia sobre el papel, representa. No violenta sobre el amate, armoniza. Su representación es puente y señalamiento. [...]

Carmen Boullosa (*Llanto*, 113)

Los aires de libertad y, asimismo, esos aludidos «márgenes de libertad en donde se ha vivido» que ofrece el espacio de la página en blanco se hacen realidad al proyectarse al exterior del texto las palabras que dan vida a la imagen de Moctezuma vistas en la novela; porque,

«Así se formó, otra vez, sin madre, el cuerpo a que aquello todo se había visto en otros tiempos adherido, el que no había alcanzado a ver caer lo que hacía nueve veces cincuenta y dos años él había dejado desplomándose, y así fue como llegó, el 13 de agosto de 1989, acostado sobre el húmedo pasto, durmiendo, soñando, envuelto en trece mantas bordadas y descansando el peso sobre las plumas de águila y la piel de jaguar que un día recubrieron su asiento, aún creyéndose colibrí aleteando en el azul que antes rodeara los bosques hasta imbricarse en las minucias de las ramas. Así fue como apareció.» (*Llanto*, 12)

Es por ello que al entrar de nueva cuenta al espacio ocupado por el mismísimo Moctezuma aparecido, se observa cómo las imágenes infiltradas por las palabras del mundo antiguo se filtran con las palabras presentes en el México capital y ambas se van uniendo y resquebrajándose dentro de la ya de por sí fragmentada y rota narración.

En el hablar del discurso literario inasible, se puede apreciar un ejercicio libre del decir, del sin sentido, de las *trampas de entretenimiento* (Machoud) y del relajo retumbando entre las frases históricas y el desgañitarse de las voces que no se atreven a ser; pero que son también parte de,

«Una cultura que hoy vive pero sin poder ni riqueza, sin ejército, sin imperio, sin sus propios gobernantes, ajenos a su orden exceptuando el doméstico y en algunos casos el comunitario, cuando no estorba las intenciones del poder reinante, que si lo hace no le queda más destino que la destrucción y la persecución. Abundan los ejemplos de indios encarcelados o asesinados por motivos injustos, por interponerse con la voluntad de la cultura dominante. Si la del actual poder es acaso cultura.» (*La destrucción*, 218).

Esta es la *historia* que se libera de la destruida Historia y que surca el espacio literario para mostrar las voces rebeldes que sacuden a la realidad y a la supuesta verdad del mismo mundo histórico. Al volver a tergiversar al pasado se retuerce asimismo la certeza que haya solo una verdad pasada y se rectifica la subjetividad de toda historia. Porque si bien *Llanto. Novelas imposibles* es una relectura del noble sujeto maltratado por la Historia y la literatura: Moctezuma. Es también un texto sobre la muerte y vuelta a la vida del indio azteca que «no busca configurar una visión del mundo sino un mundo de la visión» (Ortega, 31). La visión presente que se consolida al finalizar la novela es una representación del México actual. El mundo del escritor que al referirse a la Novela, anuncia *separación y violencia*:

«Si acaso llevé el cuerpo de Moctezuma sobre el mío, si acaso lo hice, él me gratificó con crueldad el acto leal, porque la muerte no ha querido hacerme suyo y he tenido que ver, con dolor, la muerte del hombre, el fin de un pueblo.» (*Llanto*, 78-79).

La *Otra voz* comunicándose con las voces históricas, las voces rebeldes que hacen de esta novela todo aquello que se es, que no se es, pero que puede llegar a ser, a entenderse, a leerse. Es esta voz otra la que recorra una parte de la historia mexicana la que recupera, la que ofrezca la posibilidad de una proyección hacia el futuro, de una trascendencia de la *historia* ante la Historia:

«Las novelas de Carmen Boullosa en tanto propuestas de una revisión de la tradición moderna del quehacer (y quedecir) mexicano, constituyen no solamente una obra distintiva en sí misma sino que configuran también un discurso sobre las posibilidades poéticas del relato en este fin de siglo. En primer lugar, esas novelas se presentan como planteamientos de una relectura tanto de la tradición literaria, a la que aligeran de su densidad nacional, como de las representaciones consensuales de la experiencia mexicana; entendida, por lo menos desde Octavio Paz, como un debate crítico y autorreflexivo, estas novelas la alivian del gravamen historicista. [...] Pero *Llanto* representa, además de esta contra-lectura generacional de la historia nacional, la complejidad de estos tiempos de resolver en la ficción el dilema de la identidad actual, que está hecha más sobre desasimientos que sobre pertenencias.» (Ortega, 31, 36).

Llanto. Novelas imposibles es una novela que es, asimismo, un recuento espectacular (Luz que en-geuece y alumbrá) o un silencio sepulcral (Vida y muerte del habla mediante la escritura) donde se remecen los mundos pasados. Es esta constante profusión de cambiantes imágenes y de contradicciones en torno a Moctezuma con las que se recrea esta palabra que va confundiendo al lector y fundiendo los planos históricos y literarios, lo escrito con lo no escrito, la imagen y la palabra, lo dicho con lo no dicho, puesto que,

«En el otro camino, el escritor entra a la vena del Hombre y él mismo es sangre placentera corriendo con gusto en los pasajes de la historia. Al trabajar con la lengua, con las palabras, el escritor escucha hablar al hombre y sabe que no está solo, que él no es nada solo: se coloca en el territorio donde la novela es imposible. Al lector le ocurre, en relación al lenguaje, un fenómeno en sentido inverso: por las palabras del escritor se ve forzado a dejarlo todo, a irse donde la novela es posible.» (110-111).

Llanto. Novelas imposibles rehace la historia de la muerte del emperador Moctezuma para estremecer la identidad mexicana y desplazar el estatismo histórico nacional en torno a un origen y a una historia india, española, mestiza, *imborrable e imposible de evitar, irrecuperable e inalcanzable*, pero que vive en cada uno de los mexicanos. La mítica y mística historia nacional se desmitifica por medio de una figura afín a la vida y muerte de la nación mexicana. Hacia el final, la muerte de Moctezuma es una muerte trascendente, inacabada, *muerte sin fin*, dentro de una historia representada y contada desde diferentes planos y fases, distinta en cada palabra, en cada imagen, en cada una de las historias literarias que seguirán anunciándose como *imposibles*, como «la caótica escritura, entendida como otro orden de relaciones, o como invención de la memoria, donde los elementos femeninos dan el movimiento de un vaivén narciso y nahual.»(Machoud 42).

DESPEDIDA

No sé de qué lloro. Todo fue mentira. Pero no puedo desprenderme de la imagen del hombre recostado cerca de mí, en el pasto del parque, vestido como un Tlatoani antes de la caída de la gran Tenochtitlán, y sin dejar de llorar pienso en la novela que yo hubiera querido escribir sobre este encuentro, la novela que las musas me decidieron imposible.

Carmen Boullosa (*Llanto*, 120)

En este discurrir de la palabra a la imagen, de la imagen a la palabra, he encontrado que las voces de *Llanto. Novelas imposibles* comparten con la voz versada en *Trayectoria del polvo*, un diálogo recu-

rente con algunos de los aspectos señeros de la realidad mexicana, entre otros la inquietud por el tema de la muerte y lo mexicano y esas aguas que remecen la tierra y el cielo mexicanos. Al igual que en la novela, el poema retoma la problemática existencial y ambos nos marcan una salida ante ésta. Se invita al lector a participar del conocimiento y de la historia. Las palabras desde la novela nos conducen a re-visitarse y a aceptar a los mundos pasados y presentes de la realidad mexicana. Es por esto que he utilizado la voz poética de Rosario Castellanos para dialogar con la de Carmen Boullosa y surcar, de nueva cuenta, los cautivos y cautivantes mundos de una literatura compleja y proliferante (Domínguez) llena de imágenes de muerte, vida, mitos, lamentaciones, llanto¹. Porque, ¿Qué otra cosa puede ser *Llanto. Novelas imposibles?*, sino el encuentro o reencuentro obligado del viejo y nuevo mundo de la tradición histórico-literaria mexicana donde el hablante lírico cuestiona tanto *esta tan fallida como ambiciosa Trayectoria del polvo y la imposible novela que las musas (me) decidieron*. De más está decir que las voces cambiantes que hablan de nuestros indígenas, de nuestra gente producen una alteración y/o una transformación de lo que se entiende o ha entendido hasta el momento como la mexicanidad. Los sesgos/ rasgos de identidad que se vislumbran en la novela continuarán proyectándose y transformándose en cada uno de los fragmentos del renacer de este otro Moctezuma II. El llamado a hacer una revalorización del pasado mítico e histórico, es determinante y más que eso, es necesario para aceptar nuestro pasado, nuestra herencia cultural y lingüística.

© Demetrio Anzaldo González

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Arguedas, Ledda. "Ciudad de México: entre el mito y la política". Rosalba Campra (Coordinación). *La selva en el damero. Espacio literario y espacio urbano en América Latina*. Agnano Pisano e Pisa: Giardini Editori e Stampatori in Pisa, 1989. 47-57.
- Blanco, José Joaquín. "El placer de la historia". *Historia, ¿Para qué?* (1980) Carlos Pereyra et al. México: Siglo XXI Editores, 1982. 75-89.
- Bong Seo, Yoon. "En las vueltas de El laberinto de la soledad, de Octavio Paz". <http://sincronia.cucsh.udg.mx/laberintoj.htm>
- Boullosa, Carmen. *Llanto. Novelas imposibles*. (1992) 1ª reimpression. México: Ediciones Era, 1999.
- . "La destrucción en la escritura". *Inti* V. 42 (Autumn, 1995): 215-220
- Castellanos, Rosario. "Imagen mexicana de la muerte". Andrea Reyes. (Compilación, introducción y notas) *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*. V. I México: CONACULTA, 2004. 295-298.
- . *El uso de la palabra*. México: Excélsior, 1974.
- . *Poesía no eres tú*. (1972) 5ª reimpression México: FCE, 1995.
- . *Juicios sumarios*. México: Universidad Veracruzana, 1966.

¹ Planto. Composición poética que tiene por tema una lamentación, muchas veces por la muerte de una persona, y la intención de invitar a los receptores a participar en el dolor... (Angelo Marchese & Joaquín Forradellas. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel, 1997 319-320pp).

- Domínguez Michael, Christopher. *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1998.
- Gil Iriarte, María Luisa. *Testamento de Hécuba: Mujeres e indígenas en la obra de Rosario Castellanos*. España: Universidad de Sevilla, 1999.
- Gorostiza, José. *Muerte sin fin y otros poemas*. 1ª edición en Lecturas... México: FCE, 1983
- Lledó, Emilio. *Lenguaje e historia*. (1978) España: Santillana, S.A. (Taurus), 1996.
- Machoud, Corinne. "Conjugando el ojo en una movediza trampa. Carmen Boulosa y sus entretenimientos". Dröscher, Barbara & Carlos Rincón (eds.). *Acercamientos a Carmen Boulosa*. Actas del simposio «Conjugarse en infinitivo- la escritora Carmen Boulosa». Berlín: Edition Tranvia, 1999. 49-58
- Mattalia, Sonia. "Máscaras suele vestir. *Pasión revuelta: escritura de mujeres en América Latina*". "Carmen Boulosa: Llanto. Entre el fetichismo literario y el duelo de la historia". 292-298. Madrid: Iberoamericana, 2003.
- Monsiváis, Carlos. "La pasión de la historia". *Historia, ¿Para qué?* (1980) Carlos Pereyra et al. México: Siglo XXI Editores, 1982. 169-193.
- Ortega, Julio. "La identidad literaria de Carmen Boulosa". Dröscher, Barbara & Carlos Rincón (eds.). *Acercamientos a Carmen Boulosa*. Actas del simposio «Conjugarse en infinitivo- la escritora Carmen Boulosa». Berlín: Edition Tranvia, 1999. 31-36.
- Pacheco, José Emilio. *Miro la tierra*. México: Era, 1986
- Rajan, Tilottama. "Intertextuality and the Subject of Reading/Writing". *Influences and Intertextuality in Literary History*. USA: The University of Wisconsin Press, 1991. 61-74
- Reyes, Andrea. *Mujer de palabras*. Artículos rescatados de Rosario Castellanos. V 1 México: Conaculta, 2004.
- Sharp, Joanne P. *Body Space: Destabilizing Geographies of Gender and Sexuality*. "Gendering Nationhood". Ed. Nancy Duncan. London and New York: Routledge, 1996. 97-108

El autor:

Demetrio Anzaldo González. Universidad de Idaho (EE.UU), Departamento de Lenguas Extranjeras y Literatura. Ha publicado el libro *Género y ciudad en la novela mexicana*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez UACJ, 2003. Ha publicado diversos estudios y ensayos, entre ellos: "*Las púberes canéforas*, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México". CIBERLETRAS #11, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/anzaldo.html>; "*De piel de víbora* de Patricia Rodríguez Saravia o transfiguración de la violencia urbana". Revista de Literatura Mexicana Contemporánea 23. El Paso, Texas. 2004; "Por qué no estudié para millonario o cincuenta y tres años delante del pizarrón". Alba de América Revista Literaria 20. N. 37 y 38 (Julio 2001): 653-666. Interview to Seymour Menton; "Cielos de la tierra, un reencuentro con Carmen Boulosa" Entorno 54/55 (Invierno-primavera 2000): 58-62. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México; "Entre la palabra y el movimiento vislumbres de un disentiendo en *La sombra del caudillo*". Entorno 53 (otoño, 1999) 28-36; "Recordar a pesar del olvido, la alienación en *Cielos de la Tierra*". *Acercamientos a Carmen Boulosa: Actas del simposio Conjugarse en infinitivo –la escritora Carmen Boulosa–* B. Dröscher and C. Rincón (Eds.) Berlín: Editorial tranvía, 1999. 210-220. "Recorriendo los hilos en el enlace con el otro a través del cuento hispanoamericano". La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy, 1996. Ed. Rosaura Hernández y Manuel F. Medina, México: Ed. Anaqueles, 1997. 278-286.

LA VISIÓN DE LA CIUDAD MODERNA EN *LOS PASOS PERDIDOS* DE ALEJO CARPENTIER

por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

PRÓLOGO

*De ahora en adelante, yo voy a describir las ciudades
y tú verificarás si ellas existen realmente
y si son como yo las imagino.*

Ítalo Calvino, *Las ciudades invisibles*

En 1953 el escritor cubano Alejo Carpentier publica *Los pasos perdidos*, una novela que plantea el problema del hombre moderno ante la ciudad que habita en la artificialidad de la modernidad y en la búsqueda de la naturaleza espiritual. Su autor siempre dijo que esta novela fue el resultado de un viaje que siempre quiso hacer desde la niñez a partir de la lectura de *El hombre de fuego* del italiano Emilio Salgari. Entonces, viaja a Venezuela y completa su visión de América. Remonta el Orinoco y conoce «gente interesantísima» para hacer una novela. Desde esta urgencia, y con lo real maravilloso del paisaje como prisma, Carpentier nos presenta una novela de la tierra que va más allá del género y plantea los problemas de un hombre-artista con su medio. Este hombre anónimo deja la ciudad-cárcel en la que se encuentra y se dirige a la selva primigenia. Allí decide retornar a la ciudad:

«Describí la evasión de un hombre culto. Allí encuentra el genero de vida primitiva que busca, su realización a través del entorno a las raíces originales, pero, al final, se ve obligado a regresar al punto de partida, porque vive una vida falsa fuera de su época, aunque esto sea imposible.»¹

La historia de *Los pasos perdidos* es universal en su sentido moderno. Encontramos, por ejemplo, las referencias mitológicas, oníricas, musicales y artísticas que llevan a pensar y a interpretar al personaje y al medio en el que está inmerso. Obras literarias como el mito de Sísifo, la historia de Ulises, la de Prometeo, etc., invitan al lector a interpretar la historia desde diferentes puntos de vista. Sin embargo, nuestra investigación surge desde la necesidad de interpretar la ciudad moderna que se presenta en la novela. Tal parece que a muchos críticos no les ha interesado este tópico y sólo se apresuran a repetir lo evidente: que la ciudad, en sí misma, es negativa para el individuo. Pero no se ha analizado a fondo la relación problemática entre la ciudad moderna y el personaje que la habita.

Estas relaciones son de vital importancia, ya que, como sabemos, el personaje abandona su ciudad, y cuando encuentra el equilibrio que buscaba en la selva, vuelve a la urbe moderna de la que ha huido.

Así pues, nos hemos propuesto estudiar *La visión de la ciudad moderna* en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. Para ello hemos estructurado el texto en cinco partes donde el lector podrá encontrar los argumentos necesarios para identificar la relación entre el personaje y la ciudad moderna.

En el primer apartado el lector encontrará algunos de los estudios más representativos que se han escrito sobre *Los pasos perdidos*. En esta primera etapa queremos mostrar cuáles ha sido los temas predilectos por los críticos en cuanto al estudio de la novela y lo que se ha dejado de lado.

Después de ello, en el primer capítulo, hablaremos sobre las consideraciones preliminares que se deben tener en cuenta antes de emprender el viaje. En él desarrollamos los conceptos de desequilibrio entre cultura objetiva y subjetiva de forma sencilla, para que la obra no pase a segundo plano jamás. Nuestro compromiso siempre ha sido con la obra y ella debe estar en primer plano siempre.

¹ POLAC, Michel. "No veo por qué el escritor debe ser considerado como un ser no práctico". En: *Entrevistas Alejo Carpentier*. La Habana: Letras Cubanas, 1985. (p. 70)

En el segundo capítulo analizaremos un concepto más allá del desequilibrio entre el personaje y la ciudad. Aquí presentamos al personaje inmerso en su grupo social y la importancia que tiene éste en las relaciones con su entorno.

Por último, para entender cuál es la significación de la ciudad para este atormentado personaje analizaremos, en el tercer capítulo, las incidencias de su comportamiento en la ciudad y en la selva. Pues es su comportamiento el que marca todo su destino. El lector comprenderá aquí, por medio de la tragedia del narrador, su propia tragedia como habitante de una metrópoli.

Con todo esto no pretendemos formular una conclusión tajante ante el trabajo de Alejo Carpentier. Todo lo contrario, la obra de Carpentier puede ser analizada desde distintos puntos de vista; y en el presente texto damos cuenta de ello. El lector se dará cuenta de que mientras el análisis avanza van surgiendo incontables ideas frente a la obra y que remitirán a trabajos posteriores, haciendo que la novela perdure en el tiempo. Este no es el final, tan solo es el primer escalón.

ASEDIOS A *LOS PASOS PERDIDOS*

La ciudad siempre ha tenido un valor esencial en la literatura. Desde la polis griega hasta la urbe moderna, la ciudad ha sido un tópico importante en el pensamiento humano. Por esta razón, la literatura busca expresarla en sus palabras. Sin embargo, lo más importante de su representación no es ya su posición geográfica, sino las visiones de mundo que encierra en el pensamiento de su habitante. La ciudad es producto de una organización económica, social y cultural heredada desde hace mucho tiempo. «Es la última transformación alcanzada de la lucha con la naturaleza, que el hombre primitivo tuvo que sostener por su existencia corporal».²

De aquí que, cada habitante de la ciudad pueda relatarla y representarla a su manera, bajo su propia experiencia, su historia personal, familiar, social, etc. Por esto, consideramos de vital importancia analizar la visión de ciudad moderna que se halla en *Los pasos perdidos* (1953), de Alejo Carpentier³.

Consideramos que es conveniente explorar, inicialmente, algunos de los trabajos que se han escrito sobre esta novela para dar cuenta de los temas que han sido trabajados y de las perspectivas de análisis que se han llevado a cabo. Con esto, esperamos que se evidencie la falta de estudios sobre la visión de la ciudad moderna en *Los pasos perdidos* para dar inicio a nuestro estudio.

Abrimos esta exposición con la relación de las ideas del ensayo «Los pasos perdidos o el camino de la identidad»⁴. En él, Palmero González analiza los rasgos de la identidad en *Los pasos perdidos* a partir del desarrollo del tiempo en el viaje. Aunque afirma que se interesará por el modelo *cronotópico* del viaje, que identifica como movimiento temporal y espacial, sólo llega a identificar plenamente los aspectos temporales que vislumbran la configuración de «una identidad en continua transformación» en el personaje. Es interesante observar, asimismo, que la autora incurre en una equivocación al asegurar que el viaje del narrador se hace de Europa a América. Olvidando que en el capítulo primero de la

² SIMMEL, Georg. *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Ediciones Península. 1986. (pág. 247)

³ ALEJO CARPENTIER nació en La Habana en 1904 y murió en París en 1980. En 1921 inicia estudios de arquitectura que pronto abandonaría para dedicarse al periodismo y a la música. Hizo parte del Grupo Minorista, en 1924 fue nombrado director de la revista *Carteles*. En 1927, poco después de colaborar con la fundación de la *Revista de Avance*, fue encarcelado por motivos políticos. Poco después viaja a París y conoce el movimiento literario surrealista. Vuelve a Latinoamérica y se establece en Venezuela hasta el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Desde 1966 hasta el día de su muerte fue agregado cultural de la embajada cubana en París. En 1977 se le concedió el Premio Cervantes. Carpentier cuenta con una vasta obra narrativa en la que desarrolla sus teorías de lo *Barroco* y lo *Real maravilloso*. Las más destacadas son: *Ecué Yamba-O* (1933), *El reino de este mundo* (1949), *Semejante a la noche* (1952), *Los pasos perdidos* (1953), *El acoso* (1956), *Consagración de la primavera* (1978), *El arpa y la sombra* (1979), entre otras.

⁴ PALMERO GONZÁLEZ, Elena. «Los pasos perdidos o el camino de la identidad» en: *REVISTA ISLAS* de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, 45(137): julio-septiembre, 2003. (Pp. 53-65) Disponible en: http://www.cenit.cult.cu/sites/revista_islas/pdf/137_05_Elena.pdf

novela se menciona la librería *Brentano's* ubicada en New York⁵:

«Es posible precisar varios estratos temporales en la novela: un tiempo fabular que se adscribe a los límites de un viaje (Europa-América-Europa), y que dura, según nuestra convencional medición, algunos meses.» (p.56)

La autora mantiene una visión analítica de la utilización del tiempo en la novela de Carpentier, esto se debe, quizás, a que el escritor desde sus primeras obras se interesó por el manejo del tiempo. Recordemos por ejemplo su cuento titulado «Viaje a la semilla» en donde un hombre a medida que avanza el relato llega a la niñez y de allí al no-nacimiento.

Por otro lado, René Pérez en su libro *Historia y crítica de la novela hispanoamericana*⁶ cuando escribe sobre *Los pasos perdidos* se ciñe a recorrer el entramado narrativo; el viaje desde «una conciencia macerada por la vieja cultura europea» hasta «nuestro recinto geográfico, que conserva mucho de su doncellez primitiva». El autor del ensayo asegura que este viaje es una alegoría que interesa al hombre contemporáneo que ha olvidado sus raíces; y es cierto, pero no ahonda en la problemática que causa este desprendimiento y el posterior retorno. Asimismo, admite que la obra es pesimista porque el personaje «comprendiendo que ese mundo no le ha sido destinado, retorna al dédalo de cemento del que quiso en vano escapar». Sin embargo, este retorno tiene un sentido más amplio, ya que, como veremos, el personaje, según su visión de mundo, necesita de la ciudad para existir, para *ser* en la sociedad.

Así lo cree, también, Cristo Rafael Figueroa, quien en su texto sobre *Los pasos perdidos*⁷ dice:

«Las razones que lo obligan [al personaje] a regresar a su lugar de pertenencia [la ciudad] son, además de la libertad y de la coherencia de sus actuaciones, la necesidad que, como artista, tiene de construir un destino personal útil a la sociedad en la cual está inserto.» (p.122)

Entonces, el viaje permite observar el mundo hispanoamericano, la naturaleza primigenia, lo real maravilloso; y de igual manera permite darse cuenta de que el protagonista pertenece a la ciudad que ha abandonado. Aunque en su ensayo Figueroa analiza las formalizaciones del lenguaje neobarroco de la novela de Carpentier, es importante señalar este aspecto sociológico que, como hemos visto, no ha sido dilucidado por los críticos hasta ahora.

Germán Gaviria Álvarez en su artículo «Viaje y visión del ser en *Los pasos perdidos*»⁸ asegura que en *Los pasos perdidos* es muy importante el retorno a la ciudad. Éste retorno aparece como construcción de la memoria antes que del pasado. Su importancia radica en las relaciones que se establecen con el hombre que salió de esa ciudad hace tan sólo unos meses.

No creemos que la novela de Carpentier recree únicamente el regreso al pasado, a la edad primigenia, a la selva americana. Eso es muy evidente, opinamos que hay algo más. Las relaciones entre el narrador-personaje y la ciudad son muy profundas y desde este punto de vista el viaje que lleva a cabo se interpreta de manera distinta. Al respecto Germán Gaviria dice:

«Distinta a la noción de viaje que nos entregan Goethe y Humboldt, Montaigne y Locke en su obra, como *Bildung*, aventura, transformación múltiple, interior y exterior, como metáfora de la formación, en *Los pasos perdidos* significa recuperación de las calidades humanas y de la pasión creadora, despojarse de los signos opresivos o vanos de la cultura y sus referentes li-

⁵ Tenía ganas de comprar aquella *Odisea*, o bien las últimas novelas policíacas, o bien esas *Comedias Americanas* de Lope que se ofrecían en la vitrina de Brentano's, para volverme a encontrar con el idioma que nunca usaba, aunque sólo podía multiplicar en español y sumar con el «llevo tanto». CARPENTIER, Alejo. *Los pasos perdidos*. Barcelona: RBA Editores, 1993. (pág.15)

⁶ PÉREZ, Galo René. *Historia y crítica de la novela hispanoamericana*. Bogotá: Circulo de lectores. (Sin fecha) (Pp. 420- 437)

⁷ FIGUEROA, Cristo Rafael. «*Los pasos perdidos* y *Concierto barroco*: de las formalizaciones neobarrocas a la reubicación de la memoria cultural hispanoamericana». En: *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana. Cartografías literarias de la segunda mitad del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2007. (Pp119-141)

⁸ GAVIRIA ÁLVAREZ, Germán. «Viaje y visión del ser en *Los pasos perdidos*» en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. (Pp. 61- 68)

brescos, liberar la memoria de la biblioteca que se lleva dentro como el lastre que ahoga toda pasión creadora.» (p.64)

A partir de esto, entonces, cabe preguntarnos ¿Puede, el personaje, despojarse de estos *signos opresivos*? ¿Para qué despojarse si no es para volver a la ciudad?

Otro aspecto importante de la representación de la ciudad moderna en la novela es el que analiza Patrick Collard en su ensayo «La máscara, el traje y lo teatral en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier»⁹. Él afirma, con gran precisión, que la teatralidad es un elemento básico de la configuración temática del relato. Sin desconocer, en ningún momento los otros puntos temáticos de la obra, Collard estudia la relación del teatro en la narración.

«Desde el punto de vista del tema considerado aquí, el itinerario ascendente, descrito en los capítulos de I a V, es un viaje que lleva al protagonista desde el teatro *banalizado* y mentiroso hasta la Danza de los Árboles. Entre estos dos momentos el relato nos hace retroceder hasta los orígenes del teatro y de la expresión dramática de contenido sagrado: la ópera romántica (segundo capítulo); el teatro religioso cristiano y la tragedia antigua (tercer capítulo); la liturgia y el rito mágico (cuarto capítulo).» (p.511)

La teatralidad hace parte de la visión de la ciudad moderna desde la contraposición de los valores de naturalidad y artificialidad. Adviértase que los rasgos negativos de la representación teatral son asociados a la ciudad moderna, al *allá*. Por ello, es fundamental tener en cuenta que la transformación de las artes escénicas en el relato, desde la angustia del teatro en New York hasta los rituales en Santa Mónica de los Venados, son rasgos fundamentales que describen, de cierta manera, los aspectos modernos en la novela:

«El espacio de lo artístico ya no es más que un espacio invadido por y reflejo de la sociedad materialista y tecnicada que enajena al hombre en vez de ser el lugar de cumplimiento de un rito que ayude a los participantes a situarse en un espacio donde se reconozcan en sus dimensiones y aspiraciones y donde, precisamente, puedan escapar a la enajenación.» (p.508)

Como hemos visto hasta ahora, algunos críticos simplemente hacen alusión a la ciudad moderna como la instigadora de las angustias del personaje y que lo hace huir en búsqueda de su identidad. Algunos llegan a conclusiones mejor elaboradas; otros ni siquiera tocan el tema y estudian lo *real maravilloso* o la presencia de la selva hispanoamericana. Sin embargo, son estas ausencias críticas las que permiten un trabajo analítico en profundidad en el tema de la ciudad moderna en *Los pasos perdidos*.

Es, entonces, la visión de ciudad la que alimenta los imaginarios del protagonista. Es esta realidad la que condiciona su aventura, su viaje y su regreso. Es evidente que los nexos profundos entre la ciudad y el habitante se expresan en esa intelectualidad que el personaje nunca abandona y que es la causa de su regreso a la vida urbana. El viaje sirve al personaje como experiencia para ser contada en la modernidad. El hombre sólo es valioso en sociedad cuando *crea*, cuando las diferencias entre él y los demás se hacen más evidentes. El personaje de *Los pasos perdidos* reconoce su fracaso, sabe que necesita de la sociedad en la que ha vivido, que no puede prescindir de la cultura objetiva ni de la técnica de la modernidad que posibilita, paradójicamente, el *ser* del hombre en el grupo social: «Esta reacción contra su entorno, este no resignarse contentándose con lo que el mundo es, es lo específico del hombre [...]. Un hombre sin técnica, es decir, sin reacción contra el medio, no es un hombre».¹⁰

Es decir, que este *acrecentamiento de la vida nerviosa*, que se visualiza en la angustia y la desazón del personaje, puede ser sentido sólo si éste pertenece a una sociedad moderna. La gran urbe, como dice Simmel, es la que crea estas condiciones psicológicas (con el tiempo y las multiplicidades de la vida económica, profesional y social). Este carácter de la vida anímica urbana sólo es concebido por una mente *intelectualista*¹¹ que se diferencia substancialmente de la vida en el campo o en las pequeñas

⁹ COLLARD, Patrick. «La máscara, el traje y lo teatral en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier» en: CENTRO VIRTUAL CERVANTES: AIH. Actas IX. (1986). Disponible en: http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/09/aih_09_2_058.pdf

¹⁰ SIMMEL, Georg. *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Ediciones Península. 1986. (pág. 9)

¹¹ Óp. Cit. (pág. 247)

ciudades.

¿No revela lo anterior los aspectos anímicos del personaje de *Los pasos perdidos*? Encontramos en la novela a un personaje en constante indagación interior, en permanente desajuste con las características que le exige la metrópoli. Un total desacuerdo con las ideas de producción económica y una disgregación en la unidad del yo. Entonces, ante esta caracterización negativa de la ciudad, por qué la necesidad de retorno, por qué buscar tinta y papel para escribir algo que no era necesario en aquel mundo idílico de la selva.

El asunto es más complejo de lo que pudiera parecer a primera vista. El peso de la cultura objetiva es excesivo, un peso que impide al habitante de la ciudad ejercer, como quisiera, una cultura subjetiva independiente de la sociedad moderna objetiva. Paradojamente es esta objetividad de lo «históricamente heredado, de la cultura externa y de la técnica de la vida»¹² lo que potencia en el individuo su experiencia subjetiva que lo hace criticar su existencia moderna.

CAPÍTULO 1

*God the first garden made,
and the first city Cain.*

Abraham Cowley, *The Garden*

Para iniciar el análisis de la representación de la ciudad moderna en *Los pasos perdidos* debemos partir desde algunas consideraciones preliminares. El individuo es una entidad sociológicamente indefinida. Sólo podría llegar a ser interpretado a partir de la psicología de sus actos. Sin embargo, es la fuente esencial de lo social. Construye grupos que le ayudan a coexistir y a la vez busca independizarse de ellos, desea sobresalir sin lograrlo totalmente. Asimismo, depende de las relaciones interpersonales para ejercer su rol en la ciudad moderna a la que pertenece y de esta manera representarla. Este desarrollo social del individuo deforma su naturaleza humana. La sociedad y sus reglas son necesariamente coartadoras.

La vida del ser social se manifiesta en sus contenidos *superindividuales* que asumen al individuo como una *fuerza* productiva que compone a la sociedad. Esta situación no es nueva; la historia del hombre ha sido una lucha perpetua entre el individuo (libre) y un ambiente dominante (la naturaleza, la tradición, etc.). En la antigüedad el hombre estaba inmerso en un entorno natural, donde debía luchar para su supervivencia, la búsqueda de alimento era su primer objetivo. Ahora, se encuentra en un ambiente artificial, creado por él mismo y dominado por otros objetivos igualmente importantes para su conservación.

Esta relación entre la sociedad moderna y el individuo se caracteriza por ser totalmente problemática. El individuo debe dejar que las reglas de la sociedad a la que pertenece dominen su forma de actuar. Esto genera un desequilibrio entre la cultura objetiva¹³ y la cultura subjetiva¹⁴.

Los pasos perdidos presenta claros ejemplos de este desequilibrio esencial. Podemos comprender cómo el personaje principal describe el trabajo artístico de su esposa. La pobre Ruth ha representado «mil quinientas» veces la tragedia de la *Guerra de Secesión*:

«Ahora llegábamos a las mil quinientas representaciones, sin que los personajes, atados por contratos siempre prorrogables, tuvieran alguna posibilidad de evadirse de la acción [...] Así, para Ruth, lejos de ser una puerta abierta sobre el vasto mundo del Drama –un medio de evasión– este teatro era la isla del Diablo.» (p.6)¹⁵

¹² *Ibidem*.

¹³ La cultura que se incorpora a las cosas, a los productos. La cultura que deriva de la evolución tecnológica.

¹⁴ No se puede hablar del desarrollo de la cultura subjetiva en sentido propio. Georg Simmel la concibe como un desarrollo unilateral y sin normas del potencial psíquico defensivo que posee la personalidad del individuo.

¹⁵ De aquí en adelante los números de página remitirán a esta edición: CARPENTIER, Alejo. *Los pasos perdidos*. Barcelona: RBA Editores, 1993.

Los personajes deben cumplir sus roles sin descanso porque así lo exige el contrato que han aceptado. Ante esto, su trabajo se convierte en una «prisión de tablas de artificio» de la que no puede salir. «No le faltaban ganas de romper el contrato. Pero tales rebeldías se pagaban, en el oficio, con un largo desempleo» (p.7). Es entonces cuando el desequilibrio se presenta. Ruth debe ceder al dominio de la cultura objetiva que exige que los integrantes de su sociedad tengan una labor que cumplir. Ruth acepta su destino y repite hasta la saciedad las mismas escenas. En este instante su esposo, el narrador, también acepta su destino ante su oficio, que aún no nos es revelado.

«Cada vez más amargada, menos confiada en lograr realmente una carrera que, a pesar de todo, amaba por instinto profundo, mi esposa se dejaba llevar por el automatismo del trabajo impuesto, como yo me dejaba llevar por el automatismo de mi oficio.» (p.7)

Esta actitud pasiva ante las reglas que deben seguir los personajes es clave para comprender cómo se representa a la ciudad. La obligación es la constante en los actos de estos personajes atormentados por las reglas que les impone la sociedad a la que pertenecen. Tanto así, que este desequilibrio invade sus relaciones interpersonales.

«El domingo, al fin de la mañana, yo solía pasar un momento en su lecho, cumpliendo con lo que consideraba un deber de esposo, aunque sin acertar a saber si en realidad mi acto respondía a un verdadero deseo por parte de Ruth. Era probable que ella, a su vez, se creyera obligada a brindarse a esa hebdomadaria práctica física en virtud de una obligación contraída en el instante de estampar su firma al pie de nuestro contrato matrimonial.» (p.8)

Las obligaciones contraídas hacen que los esposos se aparten cada vez más. «...otra vez un texto, un escenario, una distancia, se interponía entre nuestros cuerpos» (p.16), dice el narrador. Esta problemática es propia del personaje principal, pues en él el desequilibrio se hace más evidente con el contraste del futuro viaje a la selva. Como sabemos, el protagonista habla, en el primer capítulo, de sus futuras vacaciones. Cuando se da cuenta del tiempo libre que tiene, empieza a cavilar sobre su vida.

«Había grandes lagunas de semanas y semanas en la crónica de mi propio existir; temporadas que no me dejaban un recuerdo válido, la huella de una sensación excepcional, una emoción duradera.» (p.11)

A partir de esta afirmación puede entenderse que la vida social lo ha dejado inutilizado para el recuerdo, para soñar y para hablar consigo mismo; ha sido anulado por el gran número de personajes con quienes convive.

«Era la primera vez, en once meses, que me veía solo, fuera del sueño, sin una tarea que cumplir de inmediato, sin tener que correr hacia la calle con el temor de llegar tarde a algún lugar. Estaba lejos del aturdimiento y la confusión de los estudios en un silencio que no era roto por músicas mecánicas ni voces agigantadas. [...] me hallaba como desconcertado por la posibilidad de dialogar conmigo mismo.» (Pp. 10-11)

Ante esta mirada negativa de la ciudad moderna donde todo es artificial, repetitivo y donde la existencia del individuo queda condicionada por la presencia del *Hombre-Ninguno*, es decir el hombre-comunidad, donde se anulan todos los deseos e impulsos individuales, la ciudad se convierte en un apocalipsis, en un castigo. El personaje la describe de esta forma:

«Del asfalto de las calles se alzaba un bochorno azulado de gasolina, atravesado por vahos químicos, que demoraba en patios olientes a desperdicios, donde algún perro jadeante remedaba estiramientos de conejo desollado para hallar vetas de frescor en la tibieza del piso.» (p.13)

La ciudad se le revela como un lugar pesado, fastidioso y donde no hay comodidades. La conciencia de las obligaciones del personaje se hace más fuerte cuando sale a las calles a buscar algún licor que lo saque de la rutina que lo ahoga. En una de estas salidas, antes de que el Curador le proponga el viaje a las selvas sudamericanas, afirma:

«Si tuviera que andar mucho para alcanzar una copa de licor, me vería invadido muy pronto por el estado de depresión que he conocido algunas veces, y me hace sentirme como preso en un ámbito sin salida, exasperado de no poder cambiar nada en mi existencia, *regida siempre*

por voluntades ajenas, que apenas si me dejan la libertad, cada mañana, de elegir la carne o el cereal que prefiero para mi desayuno.» (p.19)

El personaje, como vemos, ha perdido su libertad. Su vida esta regida por decisiones ajenas y no puede decidir por si mismo. Ha dejado de crear porque sabía que esta labor no era afín a la de su esposa. Sus relaciones con su grupo social, del que hablaremos más adelante, condicionan de mala manera su arte, reprimiendo sus deseos, ignorándose así mismo.

Sin embargo, vemos renacer en su conversación con el Curador un atisbo de esperanza para recobrar esta velada libertad. «Entre el Yo presente y el Yo que hubiera aspirado a ser algún día se ahondaba en tinieblas el foso de los años perdidos» (p.26), dice el personaje después de rememorar los proyectos creativos que había abandonado. En este capítulo parece presentarse un intento de curación en el personaje central. El recuerdo del pasado, al que antes no podía acceder, lo lleva a cuestionar sus actos y a retomar su libertad, en este caso, creativa.

Para entender esto último, debemos recordar que el personaje ha producido un filme publicitario y aunque su grupo social alabe su trabajo y determine que todo arte es esencialmente publicitario (!), él sabe muy bien que sus deseos artísticos han menguado:

«Una verdad envenenaba mi satisfacción primera: y era que todo aquel encarnizado trabajo, los alardes de buen gusto, de dominio del oficio, la elección y coordinación de mis colaboradores y asistentes, habían parido, en fin de cuentas, una película publicitaria, encargada a la empresa que me empleaba por un Consorcio Pesquero, trabado en lucha feroz con una red de cooperativas. Un equipo de técnicos y artistas se había extenuado durante semanas y semanas en salas oscuras para lograr esa obra del celuloide, cuyo único propósito era atraer la atención de cierto público de Altas Alacenas sobre los recursos de una actividad industrial capaz de promover, día tras día, la multiplicación de los peces.» (p.31)

Podemos analizar la forma en la que han llevado a cabo este proyecto. Notamos, en primer lugar, que es una obra de muchos personajes en la que cada uno cumple su rol. Esta es, entonces, una forma de anulación del ser. Los personajes trabajan sólo para producir una mercancía que será vendida al público. Asimismo, vemos que el personaje no se siente satisfecho con aquella creación. Quizá porque no es del todo suya y porque es simplemente una película publicitaria que no tiene nada que ver con el arte.

Estas cavilaciones sólo llegan a producirse después de la charla con el Curador, personaje importante en los diseños preparados, pues es él quien le propone un viaje a las selvas latinoamericanas para conseguir unos instrumentos musicales aborígenes. El personaje principal se convence de llevar a cabo la búsqueda después de charlar con el grupo social que comparte con Mouche, su amante.¹⁶

Estas exigencias de la técnica y de la cultura objetiva hacen que el personaje replantee sus actos y decida huir de la ciudad moderna para lanzarse en busca de alguna cosa que lo ayude a sobrellevar el desequilibrio en el que se encuentra. Por un lado, las obligaciones productivas de trabajo, por otro los deseos creativos.

CAPITULO 2

*Todo nos viene de los otros...
Ser es pertenecer a alguien.*

Jean-Paul Sartre

Líneas atrás considerábamos la situación de un individuo aislado –el narrador-personaje de la novela– frente a la ciudad. Ahora bien, la presencia de un grupo social que comparte la vida del individuo en la metrópoli es un aspecto de gran interés para el análisis que abordamos. Cuando analizamos la relación entre individuo-grupo social y la ciudad moderna, el examen se agudiza, puesto que, como bien sabemos, un grupo influencia a los individuos que hacen parte de él; la importancia en el análisis radica en

¹⁶ Es muy interesante, quizá para un estudio posterior, confirmar el rol que cumple el alcohol y la amante en la conciencia del protagonista. Analizar en qué momentos él cede a estas dos tentaciones y por qué.

que esta influencia se mide por el nivel de progreso que tiene la cultura objetiva en la vida del grupo, y por consiguiente del mínimo desarrollo de la cultura individual.

En la novela, esta unión grupal se nos presenta primeramente como una especie de escudo frente a la cultura objetiva. *Extieich*, amigo de todos los que se han reunido en la casa de Mouche, les ha impuesto unas practicas que tiene como objetivo evitar el automatismo de la vida, ya que «quien actuaba de modo automático era esencia sin existencia» (p.33). Se presenta ante el grupo con un «¡Halt!» que hace que todos los presentes queden inmóviles y sean conscientes de sus actos:

«Era uno de los tantos ejercicios que X. T. H. –nunca lo llamábamos sino por sus iniciales, que el hábito de pronunciación había transformado en el apellido *Extieich*– solía imponernos para «despertarnos», según decía, y ponernos en estado de conciencia y análisis de nuestros actos presentes, por nimios que éstos fueran.» (p.33)

Sin embargo, este modo de protección contra el orden que impone la ciudad moderna no va más allá de un simple deseo, ya que el narrador nos presenta al grupo tal cual es:

«Mouche y sus amigos pretendían llegar con ello a un mayor dominio de sí mismos y adquirir unos poderes que siempre me resultaban problemáticos, sobre todo en gente que bebía diariamente para defenderse contra el desaliento, las congojas del fracaso, el descontento de sí mismos, el miedo al rechazo de un manuscrito o la dureza, simplemente, de aquella ciudad del perenne anonimato dentro de la multitud, de la eterna prisa, donde los ojos sólo se encontraban por casualidad, y la sonrisa, cuando era de un desconocido, siempre ocultaba una proposición.» (p.34)

En ello, observamos cómo se presenta el deseo de distanciamiento que siempre está latente en los habitantes de la ciudad. Encontramos aquí, por segunda vez en la novela, al alcohol como medio para olvidarse de los que les rodea. Y no solamente es ese aspecto el que encontramos en la convivencia del grupo. Percibimos la gran paradoja a la que lleva el deseo de independencia individual, las relaciones del personaje con los otros:

«Por un lado estaban los mercaderes, los negociantes, para los cuales trabajaba durante el día, y que sólo sabían gastar lo ganado en diversiones tan necias, tan exentas de imaginación, que me sentía, por fuerza, un animal de distinta lana. Por el otro estaban los que aquí se encontraban, felices por haber dado con algunas botellas de licor, [...] siempre hirvientes de proyectos grandiosos. En la implacable ordenación de la urbe moderna, cumplían con una forma de ascetismo, renunciando a los bienes materiales, padeciendo hambre y penurias, a cambio de un problemático encuentro de sí mismos en la obra realizada.» (p.35)

Sin embargo, estos hombres (arquitectos, pintores, músicos, bailarines, gnósticos, etc.) que pretenden desasirse de la compleja red de la cultura objetiva por medio del alcohol o del arte no lo logran por completo. El ejercicio de sus profesiones supone un vínculo con los deberes que impone la sociedad moderna, pues, *la división del trabajo*¹⁷, disgrega la unidad del Yo. El individuo no se distingue de los otros y debe ser consciente de que su trabajo desemboca a la creación de un producto que no es del todo suyo. Podemos recordar el caso del *film* publicitario que hizo el personaje-narrador:

«El texto mismo, escrito por un joven poeta, en colaboración con un oceanógrafo, bajo la vigilancia de los especialistas de nuestra empresa, era digno de figurar en una antología del género. [...] *Un equipo de técnicos y artistas* se había extenuado durante semanas y semanas en salas oscuras para lograr esa obra del celuloide, cuyo único propósito era atraer la atención de cierto público de Altas Alacenas sobre los recursos de una actividad industrial capaz de promover, día tras día, la multiplicación de los peces.» (p.31)

Aquí se precisa la profundidad del problema del individuo que se siente alejado de su trabajo y de la

¹⁷ Georg Simmel afirma que la división del trabajo: “condena a la especialidad, limitación y atrofia unilaterales, a los miembros y participantes en esa cultura: la totalidad es tanto más completa y armoniosa cuanto menos lo es el individuo”. SIMMEL, Georg. *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Ediciones Península. 1986. (p. 10)

satisfacción personal de crear, pues, el resultado es meramente una mercancía. Y de aquí, es necesario sólo un paso, para pensar en la relación con el dinero, que entraña la reducción de lo real (el esfuerzo humano) a lo calculable (el precio, el producto).

Hay un desgarramiento psicológico en el responsable de la creación del producto, pues, se cosifica cuando comprende que sus necesidades pueden ser satisfechas bajo el tráfico de mercancías, es decir, que las relaciones espontáneas se convierten en mero mercado. La división de trabajo elimina todo proceso individual de trabajo, ya que a partir de la especialización reemplaza artificialmente las características *espirituales*¹⁸, psíquicas y físicas del individuo. Ya no se trata al hombre como tal, sino al maestro, al odontólogo, al carpintero, etc. El hombre queda reducido a un ser útil para la producción y la materialización de mercancías.

La *espiritualidad* del individuo cumple aquí un rol importante; es su mirada interna así mismo. Es la creadora del arte y de la fe. Que exista el arte es una prueba de que hay una forma personal de comprender el mundo. Al reprimirse la tragedia del personaje se ahonda más. Él ha fracasado en la creación artística:

«Pero ahí estaba también el *Prometheus Unbound*, que me apartó prestamente de los libros, pues su título estaba demasiado ligado al viejo proyecto de una composición que, luego de un preludio rematado por un gran coral de metales, no había pasado, en el recitativo inicial de Prometeo, del soberbio grito de rebeldía.» (p.15)

Después sabremos que la inspiración se le había desgastado al convivir en la ciudad que lo asfixiaba y lo obligaba a cumplir contratos de trabajo poco artísticos como la creación de aquel comercial.

Ahora bien, a partir de esto podemos confirmar que lejos de proponer el repudio por la técnica o de la cultura objetiva que coarta la libertad del individuo, sospechamos que esta reacción del hombre contra su entorno, –porque no debemos olvidar que el narrador es consciente de todo ello y en esto radica su tragedia–, este inconformismo frente a lo que el mundo es, es una característica vital de un hombre civilizado, un hombre inmerso en una cultura.

La creación artística, por ejemplo, supone la expresión de las ideas, la existencia de *otros*, la convivencia en una sociedad. Entonces, ¿podemos suponer que el hombre depende de esta forma de restricción frente a su individualidad?

CAPITULO 3

*L'individu s'oppose à la collectivité,
mais il s'en nourrit.*

André Malraux, *Le Temps du mépris*

Como sabemos, el innominado narrador-personaje decide ir a la selva a buscar los instrumentos musicales que el Curador le encarga.¹⁹ En compañía de su amante Mouche empieza a descubrir un nuevo mundo, un mundo que se le ofrece como el recuerdo de épocas mejores. Es su «viaje a la semilla», a las selvas primigenias. Sin embargo, el paso a este paisaje no es inmediato, antes deberá pasar por una ciudad más:

«De pronto las nubes quedaron arriba, y el volar del avión se hizo vacilante, como desconfiado

¹⁸ Con esta palabra, Georg Simmel representa al pensamiento interno del Yo, como lo veremos inmediatamente.

¹⁹ Cuando se habla de este narrador-personaje es importante recordar las palabras de Cristo Figueroa, quien establece una relación implícita entre éste y sus *enjuiciamientos hacia cierta meta* moral de la que hablaremos más adelante. “La estructura narrativa de *Los pasos perdidos* contiene el viaje como eje central vehiculado a través de una voz omnisciente y observadora, que se aproxima “al narrador personal de las alegorías barrocas, un observador que guía al lector por el mundo y que lo encamina con sus prolijos comentarios y enjuiciamientos hacia cierta meta moral” FIGUEROA, Cristo Rafael. “*Los pasos perdidos* y *Concierto barroco*: de las formalizaciones neobarrocas a la reubicación de la memoria cultural hispanoamericana”. En: *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana. Cartografías literarias de la segunda mitad del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2007. (p. 122)

de un aire inestable que lo soltaba inesperadamente, lo recogía, dejaba un ala sin apoyo, lo entregaba luego al ritmo de olas invisibles. A la derecha se alzaba una cordillera de un verde de musgo, difuminada por la lluvia. Allá, en pleno sol, estaba la ciudad.» (p. 43)

Esta ciudad ya no es una metrópoli. Aunque posee historia no se ha desprendido de su herencia natural, como lo atestigua el narrador:

«Habían arrojado las palmeras de los suburbios trazados por eminentes urbanistas, pero las palmeras resurgían en los patios de las casas coloniales.» (p. 44)

Casi que podemos ver a las palmeras surgir triunfantes por los escalones de una casa. Aún hay vestigios de la salvaje naturaleza. La resistencia de lo natural sobre lo artificial es lo que le llama la atención a nuestro personaje. La diferencia radica en los urbanistas que se encargan de construir las ciudades sin considerar los espacios necesarios para la naturaleza. La metrópoli de donde ha escapado es una ciudad fría, artificial, un hábitat de concreto donde no hay vestigios de la naturalidad del mundo.

Además, la pequeña ciudad le trae recuerdos importantes: reconoce el idioma que habló cuando era niño:

«He aquí, pues, el idioma que hablé en mi infancia; el idioma en que aprendí a leer y a solfear; el idioma enmohecido en mi mente por el poco uso, dejado de lado como herramienta inútil, en país donde de poco pudiera servirme.» (p. 47)

E inicia un proceso de emancipación de la ciudad moderna que lo ha cohibido, reconoce una cultura que no conocía de cerca, sus santos, sus animales, sus faltas de ortografía, etc. Empieza a fastidiarle la cultura objetiva que trae de la metrópoli:

«Llegado el intermedio, Mouche se había declarado incapaz de soportar más, pues aquello –decía– era algo así como «la Lucía vista por Madame Bovary en Rouen». Aunque la observación no carecía de alguna justeza, me sentí irritado, súbitamente, por una suficiencia muy habitual en mi amiga, que la ponía en posición de hostilidad apenas se veía en contacto con algo que ignorara los santos y señas de ciertos ambientes artísticos frecuentados por ella en Europa.» (Pp.51-52)

Nuestro personaje, imbuido por la cultura europea reconoce aquí que Mouche tienen la razón, pero empieza a molestarle todos los comentarios de su amante sobre la ciudad colonial.

Es así como nuestro personaje emprende el viaje hacia el entendimiento y el descubrimiento de su individualidad. Comienza a cambiar sus hábitos, que en realidad no eran de él mismo, sino de imposiciones sociales de las que ya estaba cansado y han quedado muy lejos, *allá*. La nueva ciudad, más natural, interviene en su conciencia y hace que su conciencia fluya y se reconozca a sí mismo en ella:

«Mi mano sobresaltada busca, sobre el mármol de la mesa de noche, aquel despertador que está sonando, si acaso, muy arriba en el mapa, a miles de kilómetros de distancia. Y necesito de alguna reflexión, echando una larga ojeada a la plaza, entre persianas, para comprender que mi hábito –el de cada mañana, allá– ha sido burlado por el triángulo de un vendedor ambulante.» (p. 49)

Sospechamos, entonces, que el narrador está encontrando su verdadera identidad en los recuerdos que le despierta la ciudad colonial. Por ejemplo el recuerdo de su abuela cuando presencia una obra de teatro, no muy distinta de las que se presentaban en la metrópoli, y que inmortaliza el retrato de su abuela en palabras que lo hacen viajar a su pasado:

«Esta gran rotonda de terciopelo, con sus escotes generosos, el pañuelo de encajes entibiado entre los senos, las cabelleras profundas, el perfume a veces excesivo; ese escenario donde los cantantes perfilaban sus arias con las manos llevadas al corazón, en medio de una portentosa vegetación de telas colgadas; ese complejo de tradiciones, comportamientos, maneras de hacer, imposible ya de remozar en una gran capital moderna, era el mundo mágico del teatro, tal como pudo haberlo conocido mi ardiente y pálida bisabuela, la de ojos a la vez sensuales y velados, toda vestida de raso blanco, del retrato de Madrazo que tanto me hiciera soñar en la niñez, antes de que mi padre tuviera que vender el óleo en días de penuria.» (p. 51)

Los versos de algún poema recitado en la niñez:

«Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves agora. Estos Fabio... Me vuelve a la mente, tras de largo olvido, ese verso dado como ejemplo de interjección en una pequeña gramática que debe estar guardada en alguna parte con un retrato de mi madre y un mechón de pelo rubio que me cortaron cuando tenía seis años.» (p. 47)

Sin embargo, aunque estos recuerdos se deben a su estancia en un lugar más natural nos damos cuenta de que la paradoja está en que su desprendimiento de la ciudad moderna no se consigue; puesto que, si se lee atentamente, el narrador nunca abandona su postura intelectual europea para referirse a las cosas que le rodean, por ejemplo:

«Los árboles, mecidos por la brisa tempranera, nievan de blancas pelusas una estatua de prócer que tiene algo de Lord Byron por el tormentoso encrespamiento de la corbata de bronce, y algo también de Lamartine, por el modo de presentar una bandera a invisibles amotinados.» (p. 49)

El personaje rememora la figura de Lord Byron, poeta romántico inglés recordado en Hispanoamérica por escritores como Rafael Pombo, Gustavo Adolfo Bécquer, entre otros; y también a Alphonse de Lamartine, poeta francés representante del romanticismo, a partir de una figura de Simón Bolívar. En esta comparación podemos apreciar la constante del ideal europeo idealizado en el romanticismo. Asimismo, encontramos esta alusión al paisaje colonial y nuevo para él que lo hace recordar lugares de la cultura europea que puede abandonar:

«Hay gravas que me hacen pensar en *mosaicos bizantinos* que se hubieran desprendido de sus paredes en alud, y que, recogidos a paletadas, hubiesen sido arrojados aquí, allá, a modo de una aventada de cuarzo, oro y cornalinas.» (p. 229)

La intelectualidad del personaje atraviesa toda la novela, con sus alusiones a textos sagrados como la Biblia; con las citas de Nietzsche, Rousseau; con la mención de óperas y sinfonías clásicas. Creemos que esta intelectualidad es un rasgo fundamental de la cultura objetiva de la que el personaje hace parte. Sus deseos de independencia caen constantemente en el fracaso ya que su forma de ver las cosas no cambia, su racionalidad lo condena.

Ahora bien, además de este rasgo, la ciudad empieza a cambiar cuando la historia avanza. El narrador aprovecha que su amante duerme para caminar por las calles e iniciar la búsqueda de los instrumentos musicales. De pronto una descarga de ametralladoras rasga totalmente la tranquilidad en la que vivían, y nos damos cuenta que aquí, en esta ciudad, hay revolución. Una guerra que él no acaba de entender:

«Cuando creía comprender que se trataba de un movimiento de socialistas contra conservadores o radicales, de comunistas contra católicos, se barajaba el juego, quedaban invertidas las posiciones, y volvían a citarse los apellidos, como si todo lo que ocurría fuese más una cuestión de personas que una cuestión de partidos.» (p. 57)

El personaje se resguarda de las balas en el hotel, donde, en compañía de más «extranjeros», esperan que todo acabe. Y no tarda el grupo de personajes, como era de esperarse, en imponer una división de trabajo entre ellos mismos, salen a relucir líderes y vasallos:

«El Kappelmeister apareció en lo alto de la escalera, batuta en mano, atraído por las discusiones gritadas de los presentes.

Ante su cabeza desmelenada, su mirada severa y cejuda, se hizo el silencio. Lo mirábamos con esperanzada expectación, como si hubiese sido investido de extraordinarios poderes para aliviar nuestra angustia. Usando de una autoridad a que lo tenía acostumbrado su oficio, el maestro afeó la pusilanimidad de los alarmistas, y exigió el nombramiento inmediato de una comisión de huéspedes que rindiera exacta cuenta de la situación, en cuanto a la existencia de alimentos en el edificio; en caso necesario, él, habituado a mandar hombres, impondría el racionamiento.» (p.64)

Y el protagonista empieza a revivir su tragedia anterior, la constante imposición de leyes y de elementos que encontraba en la ciudad moderna:

«Al ver caer el chorro que brotaba de la boca del tritón, en medio de la fuente, comprendimos que desde aquel instante sólo podríamos contar con nuestras reservas de agua, que eran pocas. Se habló de epidemias, de plagas, que serían acrecentadas por el clima tropical. Alguien trató de comunicarse con su Consulado: los teléfonos no tenían corriente, y su mudez los hacía tan inútiles, mancos como estaban (...)

Y yo pensaba en lo mucho que se exaspera el hombre, cuando sus máquinas dejan de obedecerle.» (p. 63)

Luego, cuando la «revolución» termina, el protagonista decide ir a Los Altos, donde vivía una amiga pintora de Mouche. Allí, a grandes rasgos, el narrador empieza a querer desprenderse de todo lo que lo ata a lo de *allá*, a la ciudad moderna, y ve en Mouche ese contrato que lo mantiene encadenado:

«Mientras los cambios de altitud, la limpidez del aire, el trastorno de las costumbres, el reencuentro con el idioma de mi infancia, estaban operando en mí una especie de regreso, aún vacilante pero ya sensible, a un equilibrio perdido hacía mucho tiempo, en ella [Mouche] se advertían –aunque no lo confesara todavía– indicios de aburrimiento.» (p. 78)

Algunas páginas más adelante, después de haber pasado numerosos estadios para llegar a su meta, la selva²⁰; de conocer a Rosario, su nueva mujer; al Adelantado, fundador de ciudades; al Griego, lector de Homero; y al Fray Pedro, constructor de fe; encontramos que el protagonista de la novela ha llegado, finalmente, a un lugar idílico y secreto. Fundada por el Adelantado se revela Santa Rosa de los Venados; una ciudad oculta que, aunque presenta rasgos de dominación y de imposición de una cultura objetiva representada por el gobernador y por la iglesia, mantiene una fuerte representación de lo natural y de la libertad del individuo:

«Estamos en el mundo del Génesis, al fin del Cuarto Día de la Creación. Si retrocediéramos un poco más, llegaríamos adonde comenzara la terrible soledad del Creador –la tristeza sideral de los tiempos sin incienso y sin alabanzas, cuando la tierra era desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo.» (p.212)

El panorama ha cambiado radicalmente.²¹ El narrador ha viajado desde una metrópoli donde todo era aparente y artificial a una ciudad donde cada cosa desborda naturalidad y libertad:

«Es indudable que la naturaleza que aquí nos circunda es implacable, terrible, a pesar de su belleza. Pero los que en medio de ella viven la consideran menos mala, más tratable, que los espantos y sobresaltos, las crueldades frías, las amenazas siempre renovadas, del mundo de allá.» (p. 220)

Y aunque al parecer se siente como un intruso, «prestos a ser arrojados de un dominio vedado» (p.211), el protagonista decide quedarse allí. Lo embarga una inmensa estabilidad al habitar una ciudad primigenia donde todo está por estar inventado:

«Hoy he tomado la gran decisión de no regresar allá. Trataré de aprender los simples oficios

²⁰ Es importante aclarar que nuestro análisis se limita a analizar cómo se representa a la *ciudad moderna* en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. Por ello, no pasaremos a examinar asuntos de otra índole que tienen que ver con el itinerario hasta la selva. Como ya dijimos, para nuestro análisis es capital comprender que estas etapas están marcadas por una fuerte presencia intelectual que no deja que el personaje conviva con las cosas tal como son, sino siempre observadas bajo el lente de la cultura objetiva a la que no puede renunciar. Remitimos a los lectores a algunos trabajos que si examinan el tema del itinerario: FRANCIS, Norbert. "La ruta de Alejo Carpentier: Teoría de los orígenes de la música y los géneros estéticos" en: *Tamkang Journal of Humanities and Social Sciences*, Nº 28. 2006. Pp. 123-162. Disponible en: <http://oak.ucc.nau.edu/nf4/pdfs/CarpentierFinal.pdf>; GAVIRIA ÁLVAREZ, Germán. "Viaje y visión del ser en *Los pasos perdidos*" en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 61- 68; AINSA, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986; GAVIRIA ÁLVAREZ, Germán. "Viaje y visión del ser en *Los pasos perdidos*" en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 61-68.

²¹ Recordemos que "Cada espacio atravesado es independiente, y constituye una *isla* cultural, verdadero universo cerrado y autónomo, con sus leyes y valores propios" AINSA, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986. (p. 250)

que se practican en Santa Mónica de los (...) Voy a sustraerme al destino de Sísifo que me impuso el mundo de donde vengo, huyendo de las profesiones hueras, el girar de la ardilla presa en tambor de alambre, del tiempo medido y de los oficios de tinieblas. Los lunes dejarán de ser, para mí, lunes de ceniza, ni habrá por qué recordar que el lunes es lunes, y la piedra que yo cargaba será de quien quiera agobiarse con su peso inútil. Prefiero empuñar la sierra y la azada a seguir encanallando la música en menesteres de pregonero.» (p. 224)

Aquí el narrador hace referencia a su vida en la ciudad moderna en contraposición a su destino ahora: empuñar la sierra y la azada si es necesario para evitar acomodarse a las leyes objetivas que gobiernan la modernidad.

Sin embargo, este deseo dura poco. Al parecer, nuestro personaje no puede abandonar la intelectualidad que lo diferencia de los otros personajes, como ya lo veníamos sospechando.²² Inicia una pequeña divagación sobre su antigua teoría del nacimiento de la música; pero se detiene abruptamente. Ha decidido quedarse y no debe pensar en cosas tan banales como esas. Ahora pretende ser un hombre de acción:

«Pero, de pronto, me enojo conmigo mismo, al verme entregado a tales cavilaciones. He tomado la decisión de quedarme aquí y debo dejar de lado, de una vez, esas vanas especulaciones de tipo intelectual. Para zafarme de ellas me pongo la poca ropa que aquí uso y voy a reunirme con los que están acabando de construir la iglesia.» (p. 227)

Pero no lo logra. Su libertad creativa hecha vuelo y empieza a crear dentro de su cabeza una obra que él llama «El treno». Algo que no comprende lo asedia e inicia otra vez sus antiguos proyectos:

«Ajeno a todo lo que no fuera sensación, quemarme al sol, holgarme con Rosario, aprender a pescar, habituarme a sabores de una desconcertante novedad para mi paladar, mi cerebro se ha puesto a trabajar, como después de un reposo necesario, en un ritmo impaciente y ansioso.» (p. 237)²³

La única salida que le queda es entregarse a este llamado artístico que lo nutre:

«Una obra se ha construido en mi espíritu; es «cosa» para mis ojos abiertos o cerrados, suena en mis oídos, asombrándose por la lógica de su ordenación. Una obra inscrita dentro de mí mismo, y que podría hacer salir sin dificultad, haciéndola texto, partitura, algo que todos palparan, leyeran, entendieran.» (p.240)

Entonces, va a la casa del Adelantado y le pide un cuaderno para escribirla. Al poco tiempo cada una de las hojas está escrita. La obra tan anhelada desde el principio ahora está fluyendo misteriosamente; pero ahora hay nuevos obstáculos: no hay papel:

«El Adelantado, a quien fui a pedir otro cuaderno, me preguntó si me los tragaba. Le expliqué por qué necesitaba más papel. «Te doy el último», me dijo, de mal humor, explicándome luego que esas libretas se destinaban a levantar actas, consignar acuerdos, tomar apuntes de utilidad, y en modo alguno podían despilfarrarse en músicas.» (p. 250)

Y así es, en esta ciudad idílica no son necesarias estas profesiones intelectuales. Allí se necesitan hombre prácticos que sepan arar, cazar y mantener a su hembra. Y él lo sabe. Y ante esto dice: «Nunca

²² Cristo Figueroa también reconoce esta intelectualidad como una alegoría barroca del enunciado narrativo: "Inserta todo tipo de analogías intelectuales y de comentarios eruditos, cercanos a la tarea del ensayista (...) Así, pues, la naturaleza de estos géneros [descriptivo, narrativo] se cruza y se superpone en el diseño alegórico, haciendo que el propósito inicial –encontrar objetos musicales perdidos– se dispare hacia significados mediatos". FIGUEROA, Cristo Rafael. "Los pasos perdidos y *Concierto barroco*: de las formalizaciones neobarrocas a la reubicación de la memoria cultural hispanoamericana". En: *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana. Cartografías literarias de la segunda mitad del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2007. (p. 123)

²³ Entre líneas podemos leer lo que podría ser un *Arte poética* para el hombre moderno que quiere crear: después de haberse entregado a todas las sensaciones que pudo, el cerebro del protagonista ha encontrado por fin el germen de donde nacerá su propia creación artística. ¿Acaso hubiera podido encontrarlo en la ciudad en la que estaba?, ¿Era necesario tal viaje? Él mismo dice al respecto: "mi pereza de entonces, mi flaqueza ante toda incitación al placer no eran, en el fondo, sino formas del miedo a crear sin estar seguro de mí mismo" (p. 241)

pensé que la imaginación pudiera toparse alguna vez con un escollo tan estúpido como la falta de papel». (p. 253)

En este punto las cosas empiezan a cambiar. Nuestro personaje ha llegado a la meta que se había propuesto. Ya tiene los instrumentos indígenas en su poder, ha encontrado un lugar idílico para vivir, y una mujer con quien compartirlo; pero desea algo más. Desea comunicar su obra, su arte. Y allí es casi imposible.

Entonces, de repente, cruza un avión por los aires y nos enteramos de que están buscando a nuestro protagonista, porque alguien *allá*, dijo que se había perdido. El encuentro con el piloto empieza con una cantimplora con el licor de *allá*. Bebe un poco y su sabor lo cambia. Como si el contacto con algo de la ciudad moderna lo hiciera olvidar todo:

«Me acobardo bajo las montañas, bajo las nubes que vuelven a espesarse; bajo los árboles que las lluvias hicieron más frondosos. Hay como telones que se cierran en torno mío. Ciertos elementos del paisaje se me hacen ajenos; los planos se trastruecan, deja de hablarme aquel sendero y el ruido de las cascadas crece hasta hacerse atronador.» (p. 264)

Después, ante el apremio del piloto por cobrar la recompensa el protagonista decide marcharse con la excusa de ir a buscar papel y tinta:

«No me quiero marchar, sin embargo. Pero admito que carezco de cosas que se resumen en dos palabras: papel, tinta. He llegado a prescindir de todo lo que me fuera más habitual en otros tiempos (...) Pero no puedo carecer de papel y de tinta: de cosas expresadas o por expresarse con los medios del papel y de la tinta. A tres horas de aquí hay papel y hay tinta, y hay libros hechos de papel y de tinta, y cuadernos, y resmas de papel, y pomos, botellas, bombonas de tinta.» (p. 265)

La presencia de la ciudad moderna se resume en la necesidad de expresar su arte, de plasmarlo en el papel para comunicarlo con sus semejantes. Él mismo se reconoce como un verdadero extranjero:

«Todos ellos, con sus manos, con su vocación, cumplen un destino. Caza el cazador, adoctrina el fraile, gobierna el Adelantado. Ahora soy yo quien debe tener también un oficio –el legítimo– fuera de los oficios que aquí requieren el esfuerzo común. Dentro de algunos días regresaré para siempre, luego de haber enviado los instrumentos al Curador y de haberme comunicado con Ruth, para explicarle la situación lealmente y pedirle un pronto divorcio.» (p. 266)

Pero su proyecto está destinado al fracaso. Desde el principio él sabe que no podrá hacer parte de esa cultura práctica. Su verdadero oficio como él mismo dice, no está allí. Y cuando él argumenta su regreso diciendo «dentro de tres o cuatro semanas, yo estaría de vuelta en Santa Mónica de los Venados, con todo lo necesario para trabajar durante varios años (p. 267)». Nos preguntamos ¿y qué pasará cuando se cumplan esos inciertos años? ¿No es acaso infructuoso pretender hacer parte de una sociedad necesitando algo de otra?

Y aunque podemos suponer que su decisión tiene algo que ver con los cambios que va teniendo la ciudad, de su modernización, como por ejemplo las nuevas leyes o la creación de una iglesia, por ejemplo, cuando él dice:

«Un momento llegará en que tenga [el Adelantado] que castigar severamente a quien mate la bestia vedada, y bien veo que entonces ese hombrecito de hablar pausado, que nunca alza la voz, no vacilará en condenar al culpable a ser expulsado de la comunidad y a morir de hambre en la selva, a no ser que instituya algún castigo impresionante y espectacular, como aquel de los pueblos que condenaban al parricida a ser echado al río, encerrado en un saco de cuero con un perro y una víbora.» (p. 236)²⁴

Lo cierto es que en su retorno vislumbramos la necesidad de ser parte de la sociedad que había aban-

²⁴ «Un momento llegará en que tenga [el Adelantado] que castigar severamente a quien mate la bestia vedada». Esta afirmación también puede ser de capital importancia para un análisis posterior sobre las razones que pudieran hacer que él escapara también de esta ciudad, ya que la imposición de unas leyes determinadas significan modernización y por ende un camino allanado hacia la construcción de una metrópoli.

donado tiempo atrás. Quizá esto no deba sorprendernos, ya que, las constantes referencias a su cultura cuando se refería a su entorno indígena o desconocido nos habían hecho sospechar que su verdadero destino estaba en la ciudad moderna. Pero ¿cómo podemos interpretar esta paradoja entre la cultura objetiva que existe en la ciudad moderna y la cultura subjetiva del personaje?

EPILOGO

*Todo hombre debe vivir su época,
padecer su época,
gozar su época*

Alejo Carpentier²⁵

Hemos visto, hasta aquí, cómo se llevaba a cabo el viaje de este innominado protagonista desde la metrópoli hasta la selva, pasando por una ciudad colonial. Y hemos podido dar cuenta de algunos de los factores que influyen en la visión que tiene de la ciudad moderna. El desequilibrio entre su cultura subjetiva y la cultura objetiva, cómo el grupo social entra a ser parte de las restricciones sociales y de la división del trabajo, y de su fracaso al intentar ser lo que no es queriendo pasar por alto su ciudadanía.

Ahora bien, su regreso a la metrópoli, es un retorno a la artificialidad y al engaño vívido en la figura de su esposa Ruth:

«Se yergue, esbelta, ante el camarógrafo, de las actualidades, y es su actuación tan matizada, diversa, insinuante, dándose sin dejar de guardar las distancias, haciéndose admirar de cerca aunque siempre atenta a mí, usando de mil artimañas inteligentes para ofrecerse a todos como la estampa de la dicha conyugal, que dan ganas de aplaudir». (p.275)

La vida se presenta de nuevo como un teatro, donde cada uno representa su papel. Donde se vive para lo otros no para uno mismo. Acompañamos al personaje nuevamente al escenario de los primeros capítulos donde todo lo que le rodea es gris y pesado. Sin embargo, ahora algo ha cambiado, antes como el mismo escenario él también era gris; ahora siente que ese no es su lugar, se siente ajeno a lo que pasa a su alrededor:

«Me asombro al descubrir que los hombres que me rodean, van, vienen, se cruzan, sobre la ancha acera llevando un ritmo ajeno a sus voluntades orgánicas. Si andan a tal paso y no a otro, es porque su andar corresponde a la idea fija de llegar a la esquina a tiempo para ver encenderse la luz verde que les permite cruzar la avenida.» (p. 281)

El viaje ha funcionado, parece querernos decir el narrador. El personaje ha cambiado, ya no es el mismo que se dejaba llevar por las leyes objetivas que le exigían aportar su trabajo a la gran maraña social. Ahora es otro y se atreve a rebelarse: *No acepto ya la condición de Hombre-Avispa, de Hombre-Ninguno, ni admito que el ritmo de mi existencia sea marcado por el mazo de un cómitre.* (p.287)

Ya siente que es un hombre libre y que aunque esté habitando la metrópoli que lo ha agobiado el no hace parte de ella, por esta razón ve a los otros como extraños «Los hombres de acá ponen su orgullo en conservar tradiciones de origen olvidado» (p.282) y rechaza todo lo que lo ata a la ciudad.

Como lo habíamos apuntado más atrás nuestro personaje promete regresar a la tierra del Génesis, donde ha dejado su estilo de vida y a su mujer, Rosario.²⁶ Y así lo hace, se remonta sobre sus pasos

²⁵ VÁZQUEZ CANDELA, "Euclides. Todo el país se ha echado a andar...". En *Entrevistas Alejo Carpentier*. La Habana: Letras Cubanas, 1985. (p. 172)

²⁶ Es importante destacar una vez más la alegoría que guardan las tres mujeres que comparten el protagonismo con el personaje, ya que en futuros análisis podemos ver reflejadas sus distintas necesidades. "Ruth y Mouche encarnan la seudointelectualidad, la decadencia y la superficialidad de la sociedad contemporánea; Rosario, la Madre Tierra" FIGUEROA, Cristo Rafael. "Los pasos perdidos y Concierto barroco: de las formalizaciones neobarrocas a la reubicación de la memoria cultural hispanoamericana". En: *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana. Cartografías literarias de la segunda mitad del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2007. (p. 123)

con todo lo necesario para vivir allá. Pero, al parecer todo ha cambiado ya. La selva misma se ha encargado de borrar el único rastro necesario para acceder al paraíso que abandonó:

«Yo recordaba que cuando habíamos estado aquí con el Adelantado, los remos alcanzaban el fondo en todos momentos. Esto quiere decir que sigue desbordado el río, y que la marca que buscamos está debajo del agua.» (p.303)

Entonces, al no poder regresar y dar por sentado que su vida no está en la selva, que su existencia está ligada a la metrópoli donde puede ser lo que el quiere, artista; comprende cuales fueron sus errores y reflexiona sobre ellos. Es su encuentro consigo mismo, el verdadero enfrentamiento con la realidad en la que se encuentra:

«Los mundos nuevos tienen que ser vividos, antes que explicados. Quienes aquí viven no lo hacen por convicción intelectual; creen, simplemente, que la vida llevadera es ésta y no la otra. Prefieren este presente al presente de los hacedores de Apocalipsis. El que se esfuerza por comprender demasiado, el que sufre las zozobras de una conversión, el que puede abrigar una idea de renuncia al abrazar las costumbres de quienes forjan sus destinos sobre este légamo primero, en lucha trabada con las montañas y los árboles, es hombre vulnerable por cuanto ciertas potencias del mundo que ha dejado a sus espaldas siguen actuando sobre él.» (p. 310)

He aquí la constatación de su fracaso. Su impotencia al querer hacer parte de un mundo al que no pertenece radica en la convicción intelectual que lo acompañó a lo largo de su travesía. Comprender demasiado, característica de la cultura europea es un rasgo de su carácter que no abandonó al intentar explicar el nuevo mundo que se le presentaba. Su intelectualidad hace parte de un mundo ajeno a la selva, de un mundo del que no puede escapar y al que pertenece:

«Pero nada de esto se ha destinado a mí, porque la única raza que está impedida de desligarse de las fechas es la raza de quienes hacen arte, y no sólo tienen que adelantarse a un ayer inmediato, representado en testimonios tangibles en plena conciencia de lo hecho hasta hoy.» (p. 311)

Su destino, como él lo plantea, es estar donde su arte pueda desarrollarse y ese lugar, aunque parezca paradójico es la metrópoli. La gran urbe de la que escapó por ser la coartadora de su subjetividad y la sede de la división de trabajo es ahora su benefactora. En este sentido la visión de la gran ciudad es ambigua, puesto que, si bien es donde hay más explotación de la cultura objetiva, y por tanto reduce la unidad de Yo; también posibilita su independencia personal.

Lo anterior, es decir la independencia personal, no debe traducirse como bienestar sino más bien como desarraigo, como una lucha entre la cultura subjetiva y objetiva. Es desde esta desazón que el personaje comprende su verdadera tragedia. Si renuncia a la metrópoli renunciaría a la libertad que le ofrece el medio y a la posibilidad de comunicarse y de *ser* con los otros, de sus semejantes y de su arte; pero si desea su libertad y su individualidad perdería todas estas cosas y no podría desprenderse del deseo de tenerlo.

Hemos visto cómo la cultura objetiva se traduce en un peso excesivo que no permite remontar hacia el entero desarrollo de la cultura subjetiva. Y nos preguntamos, si esta objetividad se traduce en conocimiento ¿hubiera sido preferible la ignorancia? Estos indicios respaldan el pesimismo ante el fracaso, ya que la humanidad ha recuperado las ideas de individualidad y de individualismo como las formas de la libertad. Existen varios ejemplos modernos como el de Nietzsche y su *Así habló Zaratustra*, donde el personaje se ha retirado a la soledad y se ha hecho sabio: «Al cumplir los treinta años Zaratustra abandonó su patria y los lagos de su patria, y se retiró a la montaña. Allí podía gozar de su espíritu y su soledad y así vivió durante diez años sin fatigarse».²⁷

Asimismo el ideal de la libertad y la individualidad moderna está encarnado en Michel de Montaigne, quien se retiró a escribir sus famosos *Essais*. Sin embargo, a veces se olvida el hecho de que al estar alejado de la multitud su vida política fue aún más productiva. O que Zaratustra, después de haber estado sólo siente necesidad de los otros: «Pues bien: ya estoy hastiado de mi sabiduría, como lo están

²⁷NIETZSCHE, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Colombia: La oveja negra, 1982 (p. 33)

las abejas que han acumulado un exceso de miel. Yo necesito manos que se tiendan hacia mí». ²⁸

Estos ideales, entonces, empiezan a tener nuevos significados. La pugna que existe entre lo objetivo y lo subjetivo es crucial para la vida moderna. Considerar que los valores subjetivos y objetivos son necesarios y que es un error decidimos por uno sólo. El hombre es ante todo *vida* y por ello encierra todas sus contradicciones.

En definitiva, la batalla que libran lo individual y lo objetivo no se libra para que haya un ganador. Son estas contradicciones las que hacen que los personajes vivan. Nuestra tarea en este trabajo no ha sido reprobador o enaltecer la una a la otra sino comprenderlas tal como se nos presentan. Esa desazón de la que hablamos es una característica inherente de la vida que vive el personaje. Al final, aunque ya las aguas han bajado y podría ver el signo que le llevaría a la selva, no lo hace, se devuelve a la ciudad moderna de la que ha salido. Y este acto lejos de ser un fracaso, es un triunfo:

«Para un hombre profundo no hay otra posibilidad de soportar la vida que una cierta dosis de superficialidad. Si se empeñara en pensar tan a fondo y en sentir de un modo tan profundo y hasta el final, como la naturaleza de ello y la suya propia lo reclama, los impulsos, los deberes, los afanes y los anhelos antagónicos e irreconciliables, saltaría hecho añicos, se volvería loco, tendría que huir de la vida.» ²⁹

Nuestro personaje ha entendido por fin cual es su lugar. Su viaje, sin embargo, no ha sido en vano. Algo en él ha cambiado. Ha entendido que aunque deba entregarse a la cultura objetiva, puede desarrollar su individualidad. Y que esa es la única forma de hacerlo. ³⁰

© Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

* * *

BIBLIOGRAFÍA

ARTÍCULOS:

ÁLVAREZ MÉNDEZ, Natalia. "Hacia una teoría del signo espacial en la ficción narrativa contemporánea" en: *Signa* [Publicaciones periódicas]: revista de la Asociación Española de Semiótica. N° 12, Año 2003. Pp. 549- 571. Disponible en:

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/79106288329682384100080/p000026.htm?marca=carpenter#2962>

ARIZA GONZÁLEZ, Julio. "Alejo Carpentier en el contexto histórico y estilístico" en: *CENTRO VIRTUAL CERVANTES: AIH. Actas VIII* (1983). Disponible en:

http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/08/aih_08_1_017.pdf

CALDERÓN, Alfonso. "Los pasos hallados. La muerte de Alejo Carpentier ilumina su trayecto de narrador de América" en: *Revista HOY* 7 al 13 de mayo 1980. Disponible en:

<http://www.lettras.s5.com/carpenter2.htm>

COLLARD, Patrick. "Parodiando a don Alejo" en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid:

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ SIMMEL, Georg. *Fragmnte und Aufsätze*. Munich: Ed de G. Kantorowicz, 1923, (Pp. 15 y ss) Citado en: SIMMEL, Georg. "Las grandes urbes y la vida del espíritu". En: *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Ediciones Península. 1986. (p. 26)

³⁰ Concordamos con Cristo Figueroa quien afirma que "Las razones que lo obligan a regresar a su lugar de pertenencia son, además de la libertad y la coherencia de las actuaciones, la necesidad que, como artista, tienen de construir un destino personal útil a la sociedad en la cual está inserto" FIGUEROA, Cristo Rafael. "Los pasos perdidos y Concierto barroco: de las formalizaciones neobarrocas a la reubicación de la memoria cultural hispanoamericana". En: *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana. Cartografías literarias de la segunda mitad del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2007. (p. 122)

Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. p 79- 87

- _____. “La máscara, el traje y lo teatral en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier” en: *CENTRO VIRTUAL CERVANTES: AIH. Actas IX.* (1986). Disponible en: http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/09/aih_09_2_058.pdf
- DE MAESENEER, Rita. “Carlos Esteban Deive y Alejo Carpentier” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 69- 78.
- FERRADA ALARCÓN, Ricardo. “Texto e identidad en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier” en: *Literatura y Lingüística*, N° 17. Santiago de Chile, 2006. Pp. 141-155. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-58112006000100010&script=sci_arttext
- FRANCIS, Norbert. “La ruta de Alejo Carpentier: Teoría de los orígenes de la música y los géneros estéticos” en: *Tamkang Journal of Humanities and Social Sciences*, N° 28. 2006. Pp. 123-162. Disponible en: <http://oak.ucc.nau.edu/nf4/pdfs/CarpentierFinal.pdf>
- GAVIRIA ÁLVAREZ, Germán. “Viaje y visión del ser en *Los pasos perdidos*” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 61- 68.
- LÉANTE, CESAR. “Carpentier me dijo” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 9- 20.
- MOYA MÉNDEZ, Misael. “De Villaverde a Carpentier: una ruta para la edición crítica en Cuba” en: *REVISTA ISLAS*, 45(138): octubre-diciembre, 2003. Pp. 9-14. Disponible en: http://www.cenit.cult.cu/sites/revista_islas/pdf/138_02_Misael.pdf
- PADURA FUENTES, Leonardo. “Carpentier y el surrealismo” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 35-42.
- PALMERO GONZÁLEZ, Elena. “*Los pasos perdidos* o el camino de la identidad” en: *REVISTA ISLAS* de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, 45(137): julio-septiembre, 2003. Pp. 53-65. Disponible en: http://www.cenit.cult.cu/sites/revista_islas/pdf/137_05_Elena.pdf
- _____. “Refundiciones literarias en *Los pasos perdidos*: texto e hipertextos en la ficción carpentereana” Disponible en: <http://www.crimic.paris-sorbonne.fr/actes/tl2/palmero.pdf>
- PEZZELLA, Daniel. “Significación de la música en *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier” en: *Hologramática literaria*, Año I, N° 2. Facultad de Ciencias Sociales – UNLZ. 2006. Pp. 203-207. Disponible en: <http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/10/177/hln2.pdf>
- _____. “Lo que es y lo que fue: una aproximación al tiempo en *Los pasos perdidos*” en: *Hologramática literaria*, Año II, N° 3, Facultad de Ciencias Sociales – UNLZ. 2006-2007. Disponible en: <http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/10/177/pezzella.pdf>
- PÉREZ FIRMAT, Gustavo. “El lenguaje secreto de *Los pasos perdidos*”. En: *Modern Language. Notes*, 99, N°2. 1984. Pp. 342-357.
- POGOLOTTI, Graziella. “El novelista y las artes visuales” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 43- 50.
- REVISTA IBEROAMERICANA. *Proyección internacional de las letras cubanas: Lezama Lima, Carpentier, Cabrera Infante, Sarduy Arenas*. Vol. LVII, N° 154. Madrid: Artes Gráficas Benzal. S.A. 1991. Pp.117-192.
- ROJAS, Marta. “Alejo Carpentier, el conversador y el novelista” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 29- 34.
- STURNIOLO, Norma. “Alejo Carpentier y ese músico que llevaba dentro” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 681. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2007. Pp.45-50.
- TIMOSSI, Jorge. “El hombre real maravilloso” en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 649-650. Madrid: Solana e Hijos, A.G., S.A. 2004. Pp. 21- 28
- VÉLEZ-SAINZ, Julio. “El cuerpo político: carnaval, corporeidad y revolución en *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier” en: *REVISTA DE CRÍTICA LITERARIA LATINOAMERICANA*. Año XXXI, N° 62. Lima-Hanover, 2do. Semestre de 2005. Pp. 181-193.

LIBROS DE TEORÍA LITERARIA Y OBRAS CONSULTADAS:

- AINSA, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986.
- SIMMEL, Georg. “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. En: *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Ediciones Península. 1986.

- CARPENTIER, Alejo. *Los pasos perdidos*. Barcelona: RBA Editores, 1993.
- _____. *Crónicas (Tomos I y II)*. La Habana: Arte y literatura, 1976.
- ENTREVISTAS ALEJO CARPENTIER. La Habana: Letras Cubanas, 1985.
- FIGUEROA, Cristo Rafael. "Los pasos perdidos y Concierto barroco: de las formalizaciones neobarrocas a la reubicación de la memoria cultural hispanoamericana". En: *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana. Cartografías literarias de la segunda mitad del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2007. Pp119- 141
- MARCELO PÉREZ, Carmen. *Cinco novelas. Una mirada crítica desde su condición genérica*. Cuba: Editorial Capiro, 2006.
- MÁRQUEZ, Alexis. *Ocho veces Alejo Carpentier*. Venezuela: Grijalbo, 1992.
- MENTON, Seymour. *Historia verdadera del realismo mágico*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998. p. 161-173.
- NIETZSCHE, Friedrich. *Así habló Zarathustra*. Colombia: La oveja negra, 1982.
- PÉREZ, Galo René. *Historia y crítica de la novela hispanoamericana*. Bogotá: Circulo de lectores. (Sin fecha) Pp. 420- 437.
- SAN JOSÉ VÁZQUEZ, Eduardo. *Las luces del siglo. Ilustración y modernidad en el Caribe: la novela histórica hispanoamericana del siglo XX*. Cuadernos de América sin nombre, n° 22. Alicante, Universidad de Alicante: Editorial Universidad de Santiago, 2008.
- BETTIN, Gianfranco. *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, S. A. 1982.
- WILKIS, Ariel y BEGER, Matías. (2005). "La relación individuo-sociedad: una aproximación desde la Sociología de Georg Simmel". *Athenea Digital*, 7, 77-86. Disponible en <http://antalya.uab/athenea/num7/wilkis.pdf>

ARTÍCULOS DE CONSULTA EN INTERNET:

- DE MAESENEER, Rita. "El Bucán de los Bucanes" y *des mangeailles de sawage*. Sobre dos festines en Alejo Carpentier" en:
<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v14/demaeseneer.htm>
- FERNÁNDEZ COZMAN, Camilo. "Lectura estilística de Concierto barroco, de Alejo Carpentier" en: REVISTA ELECTRÓNICA DE ESTUDIOS FILOLÓGICOS. N° VII, Junio de 2004.
<http://www.um.es/tonosdigital/znum7/estudios/fcarpenti.htm>
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. "Literatura y exilio: Carpentier y El derecho de asilo" en:
<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/gonzalezchevarria.html>
- JAECK, Lois Marie. "The Lost Steps: Goodbye Rousseau and Into the Funhouse!" pp. 534- 543. Disponible en:
http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/03692952311458373087857/p000008.htm#I_11_
- PELLICER, Rosa. "Colón y la busca del paraíso en la novela histórica del siglo XX (de Carpentier a Roa Bastos)" en:
http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/06924060822437917610046/p000001.htm#I_0_
- PIÑONES LIZAMA, Julio. "La expresividad de imágenes y símbolos en *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier" en: <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/14/tx30jpinones.html>

El autor:

Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón nació en Bogotá (Colombia) en 1987. Es licenciado en Español y Literatura por la Universidad Industrial de Santander (UIS). Ha participado en diversos eventos académicos y artísticos como Jalla-E Colombia 2006, IV Congreso Internacional de la Lengua Española, I Encuentro Regional de Semiótica, Bucaramanga, etc., y ha publicado variedad de trabajos de investigación literaria sobre literatura contemporánea en revistas como Narrativas. Lidera múltiples proyectos pedagógicos en la región para utilizar la literatura como recurso pedagógico. Actualmente es docente de español y literatura en ASPAEN Gimnasio Saucará, en Bucaramanga. Blog: <http://lassillasmalditas.wordpress.com>. e-mail: helihezer@gmail.com.

SANCHO Y SU RENUNCIA, EN EL CAMINO A LA NOVELA MODERNA

por Nerea Marco Reus

Puede parecer una tarea estéril e ingrata discutir una vez más el tema de Don Quijote, ya que se han escrito sobre él tantos libros, bibliotecas enteras, bibliotecas aún más abundantes que la que fue incendiada por el piadoso celo del sacristán y el barbero. Sin embargo, siempre hay placer, siempre hay una suerte de felicidad cuando se habla de un amigo. Y creo que todos podemos considerar a Don Quijote como un amigo.

Jorge Luis Borges¹

Como bien expresa la cita de Borges, consideramos a Don Quijote como alguien cercano a nosotros. Y como lo conocemos tan bien, he decidido en este comentario no hablar de Don Quijote, sino de su amigo, de Sancho Panza, su fiel escudero. Para ello, he escogido un capítulo en el que Sancho Panza es el único protagonista: el capítulo LIII, la renuncia de Sancho como gobernador de la ínsula Barataria.

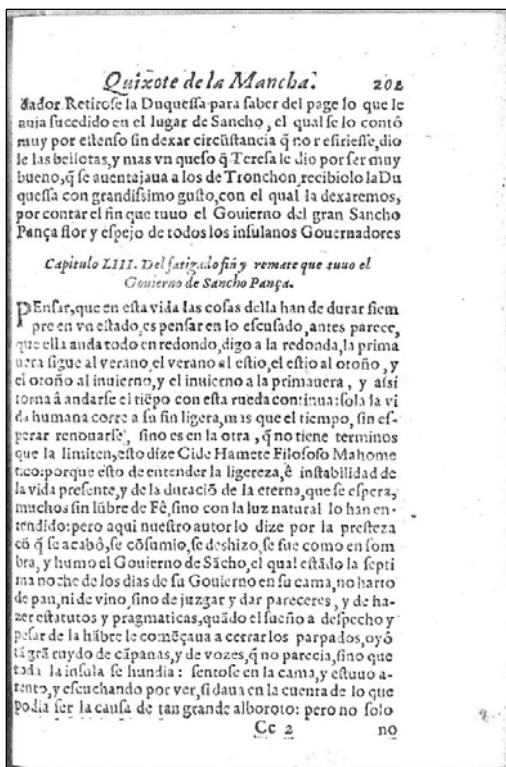


Imagen tomada de *Segunda parte del ingenioso cauallero Don Quixote de la Mancha* por el impresor Juan de la Cuesta de 1615

Me gustaría abordar el comentario de este capítulo desde la perspectiva, o desde el tema, de la renuncia. Quizás esta segunda parte de *El Quijote* se puede entender como una continua renuncia, un doloroso e inevitable desencanto. En esta segunda parte, las burlas se vuelven veras y los burladores se hayan burlados. Así, quienes más deberían luchar, no dejarse caer, no cegar en su empeño, Sancho y Quijote, son quienes deben renunciar a sus deseos, a sus anhelos, a sus sueños. Sancho renuncia a ser gobernador de la ínsula de Barataria y Don Quijote, por su creencia en el honor de los caballeros andantes, también debe renunciar a seguir sus andanzas tras la derrota frente al caballero de la Blanca Luna en la playa de Barcelona. Y, finalmente, Alonso Quijano renuncia a ser Don Quijote de la Mancha. Hay dos frases que me gustaría señalar, de nuestros dos protagonistas:

–Sancho Panza: «Yo no nací para ser gobernador. Desnudo nací, desnudo de hallo; ni pierdo, ni gano».

–Don Quijote: «Ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano».

En una novela como ésta, a pesar de la fecha en la que fue publicada, 1615, ya podemos atisbar ciertos elementos de la novela moderna. Uno de ellos es precisamente el que hemos nombrado, la renuncia, la diferencia

entre las esperanzas y expectativas de los personajes y la meta que alcanzan, que pocas veces es

¹ *Mi entrañable señor Cervantes*, conferencia de Jorge Luis Borges en 1968 en la Universidad de Texas, Austin. Texto consultado en < <http://www.analitica.com/Bitbli/jjborges/cervantes.asp> > (última visita 9/1/10).

la que ellos desean.

Pero, volviendo al tema que nos atañe, ¿cómo llega a ser un simple escudero, un personaje del pueblo llano, el gobernador de una ínsula?

El motivo de que Sancho Panza accediera a acompañar a Don Quijote en el primer libro fue la promesa de éste de darle el puesto de gobernador de una ínsula (algo que al campesino le debió parecer muy bueno, pues desconocía el significado de 'ínsula'). Sancho se muestra interesado y acepta ir con el caballero a cambio de ese poder.

En la segunda parte de Don Quijote de la Mancha, los Duques, enterados como están de la condición de locura de Don Quijote y habiendo leído la primera parte de sus aventuras, traman algunos entretenimientos para su contento. Los duques engañan a Sancho y le mandan a la ínsula Barataria para que todos se puedan reír de él. Ser gobernador es un sueño que Sancho siempre ha tenido, aunque no está demasiado seguro de poder llevarlo a cabo con éxito.

Lo que sucede en la ínsula Barataria es que, en realidad, Sancho hace un buen trabajo como gobernador. Él soluciona muchos problemas y eso demuestra que ha aprendido de sus aventuras con su amo, Don Quijote. El mismo Don Quijote es quien le da ánimos a Sancho, antes de partir hacia su ínsula, diciéndole:

*Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio (...).*²

ESTRUCTURA

En este capítulo, se pueden observar cuatro partes: una reflexión de Cervantes a través de las palabras de Cide Hamete, la acción del capítulo, con la batalla, el breve periodo de reflexión de Sancho y la renuncia final a su puesto como gobernador.

1. *Pensar en que en esta vida (...) sombra y humo el gobierno de Sancho.* En esta parte, Cervantes reflexiona acerca de la brevedad de la vida y del gobierno de Sancho Panza, usando para ello palabras que atribuye a Cide Hamete.
2. *El cual estando la séptima noche (...) por el valor dese invencible brazo.* Se narra en esta parte la ficticia batalla que, en medio de la noche, saca a Sancho de la cama y le obliga a armarse de manera cómica, gastándole otra de las bromas de su falso gobierno de la ínsula.
3. *Levántenme - dijo con voz doliente (...) enalbardado el rucio.* Tras la batalla, Sancho, dolorido y descontento de su situación y de sus días como gobernador, se viste y se acerca a la caballeriza, para hablar con su rucio, disculparse con él y prepararle para su partida. Sancho, en esta parte, reflexiona sobre su gobierno y decide renunciar a su puesto como gobernador.
4. *Abrid camino, señores (...) determinación tan resoluta y discreta.* Sancho comunica a su mayordomo y demás gente de la ínsula, criados de los Duques, que renuncia a su puesto como gobernador de ésta. Intentan convencerle de lo contrario, ofreciéndole mejores comidas, pero Sancho ya ha tomado una decisión, se monta en su rucio y toma camino de vuelta para buscar a su amo.

NARRADOR

Este capítulo de El Quijote comienza siendo narrado por Cervantes, el autor, que cita continuamente a Cide Hamete. Recordando el tópico de manuscrito encontrado, que Cervantes usa en este libro, y dándonos cuenta de que el propio autor se esconde de su texto con el continuo juego de narradores, se entiende su propósito de alejarse de él ya que, cuanto más distancia logre poner entre él y la narración, mayor veracidad se le otorgará a ésta. Así, no narra Cervantes, sino Cide Hamete y, enseñada, en cuanto aparece Sancho en escena, es éste quien coge las riendas de la narración, quien

² QII, 42, pp. 583-584

lleva con su voz el peso de la acción. Así, poco a poco, conforme avanzamos leyendo, nos olvidamos del escritor, del creador, del inventor, y acompañamos a un personaje que nos da todos los detalles, sus sentimientos, sus impresiones respecto a lo que está sucediendo.

La impresión que nos causa este capítulo es la de una absoluta veracidad, un hecho real que Sancho, como principal testigo, sufre y nos cuenta a nosotros, los lectores, en un intercambio tan directo, que apenas recordamos que es el escritor quien está ahí, detrás de la pluma, inventando todo. Cervantes quiere desaparecer, que no nos acordemos de él y, usando todos los recursos que tiene a su alcance, lo logra con una maestría de la que no tenemos la más mínima duda.

TIEMPO

Al inicio de este capítulo, podemos leer cómo Cervantes hace una alusión la brevedad de la vida, al tópico del *carpe diem*, en las palabras que nos transmite de Cide Hamete. Todo el primer párrafo de este capítulo trata sobre el mismo motivo: la brevedad de la vida, y de las cosas que en ella tienen lugar, y pone de ejemplo, acertado, la brevedad del gobierno de Sancho Panza. Dice Cide Hamete que el gobierno de Sancho Panza se deshizo «en sombra, en humo», y quizás esa alusión nos puede recordar el famoso poema de Góngora, que termina de una manera similar «en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada». El tópico del *carpe diem* era muy popular en la época, por eso no debe de extrañarnos su uso.

Respecto al tiempo en el capítulo, podemos leer que era de noche «la séptima noche de los días de su gobierno». Es de noche, no sabemos exactamente qué hora, y la batalla ficticia dura toda la noche. De eso nos enteramos más tarde, pues, una vez que los inventados enemigos son vencidos, llega la luz. Sancho, al levantarse del suelo, pregunta qué hora es y le responden «que ya amanecía». El tiempo está bien definido en el capítulo, sin saltos, en una línea continua sin interrupción temporal.

Es curioso el dato de que precisamente esa noche era la séptima de su gobierno. Si pensamos en la frase «y el séptimo día descansó», del ámbito religioso cristiano, se dice que Dios estuvo trabajando seis días y el último descansó. Llama la atención esa similitud, pues aquí, Sancho Panza ha sido gobernador y ha estado trabajando durante seis días en ese cargo. Y, justo el séptimo, cuando lo que más ansía es descansar, poder comer con tranquilidad, dejar de juzgar y repartir justicia continuamente, descansa. Elige descansar, elige renunciar a su puesto como gobernador.

ESPACIO

En El Quijote, hay continuas referencias al espacio. Se nos cuenta de dónde son los dos personajes protagonistas (La Mancha), a dónde van (Zaragoza, Barcelona), en qué venta reposan, dónde se entretienen, etc. Si los lugares a los que se alude en El Quijote suelen ser espacios reales, ¿por qué no va a serlo a la ínsula Barataria?

El especialista Francisco Rico opina que no hay ninguna duda, que la ínsula Barataria existe, pese a estar en el territorio de la ficción, y la sitúa en Alcalá de Ebro³.

«Sancho amigo, la ínsula que os he prometido no es movable ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones», le dice el duque al Sancho Panza. Se dice que, en Alcalá de Ebro, el pueblo sobresalía levemente hacia el río y tenía una lengua de tierra que comunicaba la población con una pequeña isla. En los días de tormenta o aumento del caudal del río, ese istmo se inundaba y la isla resultaba perfecta, con su vegetación, con vida animal, quizás con un ecosistema similar al meandro que dibuja el río Ebro a su paso por Zaragoza, ciudad a la que nunca llegaron los protagonistas de El Quijote.

³ Antón Castro, 2005, en publicación en red < [http://www.turismodearagon.com/files/La%20%C3%8Dnsula%20Barataria,%20Cervantes%20%20y%20Sancho%20Panza\(1\).pdf](http://www.turismodearagon.com/files/La%20%C3%8Dnsula%20Barataria,%20Cervantes%20%20y%20Sancho%20Panza(1).pdf) > (última visita: 9/1/10),

PERSONAJE: SANCHO

Sancho era un personaje del pueblo llano, sin el bagaje cultural que podía tener Don Quijote por los muchos libros que había leído. Sancho acepta acompañar a Don Quijote a cambio de una ínsula, aunque al principio no sabe siquiera qué es. Pero, poco a poco, Sancho irá aprendiendo de las aventuras y desventuras sufridas junto a su amo e irá sorprendiendo a la gente con su discreción, su entendimiento y su buen juicio. Ya en uno de los primeros capítulos de esta segunda parte de Don Quijote, el caballero andante le dice a su escudero:

*Cada día, Sancho –dijo don Quijote–, te vas haciendo menos simple y más discreto.*⁴

Curiosamente, Sancho se muestra audaz y juicioso e impone una lección de cordura a aquellos nobles ociosos y desalmados, a los que eligió Cervantes para satirizar y burlar a la nobleza española. La lucidez inesperada del acompañante del Caballero de la Triste Figura movía a la perplejidad, pues nadie se la esperaba en él.

El escritor ruso Dovstoiesky dice de Sancho Panza:

*Notad que ese Sancho, el escudero, es la personificación del buen sentido, de la prudencia, de la astucia, y que, sin embargo, se ha convertido en compañero del hombre más loco del mundo; ¡precisamente él, y ningún otro! A cada instante engaña a su amo, lo engaña como a un niño pequeño; pero al mismo tiempo se siente lleno de admiración por la grandeza de su corazón y cree reales todos sus sueños fantásticos; no duda ni un minuto el que su amo no llegue a conquistarle una ínsula.*⁵

Sancho ya lleva unos cuantos días como gobernador en su ínsula cuando tiene lugar la batalla contra sus enemigos imaginados que, si usamos el recurso tan propio de Sancho Panza como son los refranes, es la gota que colma el vaso para la renuncia del escudero-gobernador. En esa falsa batalla, los criados de los duques, que les siguen el engaño a sus señores, fingen una batalla en mitad de la noche y «arman» a Sancho para ella. Pero no le arman, sino que le disfrazan de tal manera que casi parece un galápagos. A lo largo de sus aventuras con Don Quijote, Sancho siempre ha salido mal parado, apaleado o similares, y ésta no es ninguna excepción, pues en medio de la batalla cae al suelo y no puede levantarse debido a la forma extraña en la que ha sido vestido por sus sirvientes. Y podemos ver que realmente ha sufrido con esa caída, en la frase «con voz doliente el dolorido Sancho», en esa repetición del adjetivo que conlleva su mal estado tras esta broma en la que los criados temen haberse excedido.

Víctima del escarnio, Sancho los deja admirados. Quizás esas burlas, ese escarnio, ese casi disfraz de galápagos, podría asociarse, en cierto modo, al pensamiento carnavalesco de Bajtín, por el cual, después de la fiesta (y, con ella, los disfraces, el desorden, la alternación de la estructura social y la jerarquía, etc.), llega de nuevo el orden. Después de la noche, llega el día y con él, se revelan las personas que están detrás de los disfraces y vuelve a instaurarse el orden natural de la vida. ¿Qué disfraz lleva Sancho, el de galápagos o el de gobernador? Podrían ser ambos. Con el amanecer, Sancho vuelve con su rucio, planea la vuelta con su amo, vuelve a tener vacíos los bolsillos y sólo un poco de queso y pan para comer.

El clímax, el momento cumbre de este capítulo que seguramente emocionaría a los lectores contemporáneos de Cervantes y sigue emocionando a los de ahora, es el discurso de renuncia a ser gobernador de Sancho Panza «dejadme volver a mi antigua libertad (...) yo no nací para ser gobernador». Es un discurso emotivo, apasionado, descorazonador, en el que Sancho dice que prefiere «recostarse a la sombra de una encina en verano que acostarse con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda». No faltan, en este discurso, los refranes, compañeros inseparables de viaje de Sancho, como «Bien está San Pedro en Roma», «Cada oveja con su pareja» o «Nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana».

⁴ QII, capítulo 12.

⁵ Texto consultado en la Biblioteca Quijotesca, de la Universidad Complutense de Madrid. Consulta online <<http://www.ucm.es/info/especulo/bquijote/>> (última visita: 08/1/10).

Cuando los criados se convencen de que Sancho está siendo sincero y que va a dejar el gobierno de la ínsula, el mayordomo le recuerda que antes de que se ausente, ha de dar primero residencia. Se entiende por «dar residencia» que, en aquella época, el oficial saliente debía prestarse a una investigación sobre su gestión dirigida por su sucesor. Pero Sancho ya ha dicho antes que «desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano». Vemos pues que el hecho de que las personas que ocupan puestos de poder se enriquezcan por beneficiarse de su posición social y política no es una novedad en nuestros días, que ya por entonces los políticos solían llenarse los bolsillos de las arcas públicas. Sancho quiere irse de la ínsula, no quiere perder el tiempo dando una residencia que no es necesaria, pues «salgo bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas», a pesar de que, que nosotros hayamos leído, Sancho no conoce a ningún otro gobernador de ínsula.

Sancho quería, en la primera parte de El Quijote, ser gobernador de una ínsula. Lo logra en la segunda parte. Pero, ¿es feliz? ¿Alcanza satisfactoriamente sus deseos? En cierto aspecto, puede que, en la segunda parte de El Quijote, se alcancen los objetivos deseados: Sancho obtiene una ínsula, Alonso Quijano renuncia a la locura de Don Quijote. Pero, ¿son felices los personajes? Sancho, al final del libro, sigue llamando Don Quijote a su amo, no Alonso Quijano. Y Don Quijote, nuestro amigo, como le llamaba Borges, deja de repente de existir.

Así pues, los personajes no alcanzan sus objetivos, deseos o sueños: Sancho no es gobernador, Don Quijote no sigue con sus aventuras como caballero andante. En la novela moderna, los personajes renuncian a sus sueños poco a poco, y cuando llega el final del libro, vemos la gran diferencia entre lo que ellos anhelaban y lo que realmente han conseguido. Por eso El Quijote no es sólo una genial crítica a los libros de caballerías, sino también una de las primeras novelas modernas de la literatura española.

Para finalizar esta exposición, me gustaría nombrar de nuevo a Dostoievsky, uno de los muchos escritores fascinados por El Quijote, que escribió en su *Diario de un escritor*:⁶

Veréis en Don Quijote, en cada página, revelados los más arcanos secretos del alma humana.

[...]

En todo el mundo no hay obra de ficción más profunda y fuerte que ésta. Hasta ahora representa la suprema y máxima expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que pueda formular el hombre y, si se acabase el mundo y alguien preguntase a los hombres: «Veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella?», podrían los hombres mostrar en silencio el Quijote y decir luego: «Ésta es mi conclusión sobre la vida y... ¿podrías condenarme por ella?».

Por ello, en sus textos hay continuidades y alteridades; es decir, su palabra construye/destruye espacios e identidades en el presente etéreo-material de su memoria y la del mundo. Sus voces se hacen tan personales, tan perennes, tan sublimes, tan esperanzadoras. El mundo es para ellos un presente y ambos un presente para el mundo. Estos nombres/hombres y estas sombras/obras reinventan afortunadamente a la poesía del mundo: sigamos aprendiendo, sigamos viéndola, sigamos siendo los estudiantes eternos y aprendamos de los maestros.

© Nerea Marco Reus

La autora:

Nerea Marco Reus. Es estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza. Mantiene su blog personal www.elculturaldenerea.com y coordina la sección cultural del periódico digital www.zaragozame.com/elculturaldenerea También colabora con la editorial SM y es miembro del consejo editorial de la revista de literatura juvenil El templo de las Mil Puertas, además de contribuir en otros blogs de literatura. A sus veintiún años, prepara su estancia erasmus el curso que viene en la Universidad de Birmingham.

⁶ Consulta online en < <http://elculturaldenerea.com/2009/05/01/alonso-quijano-el-bueno/> > (última visita: 03/01/10).

YOCANDRA A TRAVÉS DEL ESPEJO, EN LA NOVELA *LA NADA COTIDIANA* DE ZOÉ VALDÉS

por Orlando Betancor

INTRODUCCIÓN

Este ensayo analiza la fascinante figura de Yocandra en la novela *La nada cotidiana* de la autora cubana, exiliada en París, Zoé Valdés, cuya imagen, reflejada en el espejo de una cruda y desoladora realidad, nos sirve como referente para introducirnos en un viaje sin retorno por el dolor, la angustia y la incertidumbre. La protagonista de este libro, personaje emblemático de la obra mágica y sensual de esta escritora, es una mujer apasionada y valiente que vive una existencia marcada por el desencanto, la desesperación y el sufrimiento ante un mundo que se desmorona lentamente bajo sus pies. Ella tiene la misma edad que la Revolución Cubana y representa a la primera generación que surge bajo el nuevo régimen en el poder; concretamente su madre se pone de parto en la representativa fecha del primero de mayo de 1959. A través de las páginas de esta novela, nos sumergimos en el mundo interior de esta heroína de leyenda que descubre que a su alrededor sólo existe un inmenso y devastador vacío. Esta hija de Afrodita, que ha nacido para amar, es una superviviente en un territorio en ruinas que lucha contra el aislamiento, las penurias y la desesperación ante un futuro incierto. Esta obra empieza y acaba con la misma frase que expresa la transformación simbólica de un sueño en una pesadilla: «Ella viene de una isla que quiso construir el paraíso». Asimismo, la autora nos describe la oscura pasión que encadena a Yocandra con dos hombres, el Nihilista y el Traidor, convertidos en vértices de un complejo triángulo sentimental, un difícil vínculo emocional del que no puede liberarse.

El primer capítulo de este libro se titula «Morir por la patria es vivir», un conocido fragmento del himno nacional cubano, escrito en tercera persona y en prosa lírica, el cual nos retrotrae a la primera etapa literaria de la autora como poeta. La visión del cuadro del pintor flamenco Joachim Patinir (ca. 1480-1524) «El paso de la laguna Estigia» o «Caronte cruzando la laguna Estigia», que aparece mencionado en esta obra, nos permite establecer un paralelismo entre la figura humana que acompaña a Caronte en su barca por este espacio legendario, que separa el Edén de las eternas llamas del Tártaro, con la imagen de Yocandra que se encuentra a la deriva en medio de un mar de dudas, miedos y zozobras. En este pasaje narrativo se presenta a una mujer, que simboliza a la protagonista, moribunda, en un viaje de regreso del purgatorio hacia un lugar que es identificado con «Esa isla que, queriendo construir el paraíso, ha creado el infierno». El espíritu de esta mujer no ha sido tan perverso para merecer el infierno y tampoco tan virtuoso como para alcanzar el paraíso. Así que, como solución salomónica, debe volver a su punto de partida, a una existencia, que rechaza frontalmente, marcada por la desolación, la tristeza y la frustración. En la obra de Patinir, conservada en el Museo del Prado, el jardín del Edén se encuentra situado en el lado izquierdo de la pintura, mientras que el Averno se vislumbra en la parte derecha. Yocandra, como el ser humano situado a los pies del barquero en el cuadro de este artista, mira hacia el infierno que se materializa en la imagen de devastación que rodea su vida cotidiana. Después, tras la lectura de este primer capítulo, el lector asiste al desgarrador monólogo de Yocandra que supone una huida hacia adelante en medio de la desilusión, la apatía y la falta de esperanza en un mundo en crisis. Este personaje narra en estos pasajes sus temores y obsesiones, mientras busca en la escritura un camino que la libere del oscuro laberinto que se esconde detrás de la percepción de lo real. El detonante de este vacío existencial se observa claramente en estas líneas: «¿Por qué todos invocan una rigurosa disciplina de respuestas, cuando el presente es un cataclismo de interrogantes?».

En este tránsito por las vivencias de su protagonista, contemplamos fragmentos de la realidad actual cubana marcados por las penurias y las restricciones. Ante esta difícil situación, este personaje y su entorno se enfrentan a la pérdida de fe en los postulados políticos, al descrédito de las ideologías y al desencanto ante las meras utopías. La autora nos ofrece una visión iconoclasta y demoledora de un régimen con el que rompió hace tiempo de manera definitiva. Igualmente, Valdés nos desvela a través

de momentos de profundo erotismo, que alterna con instantes de insinuante lascivia, una sexualidad abierta, sin tapujos, dominada por el aliento del Mar Caribe. Sus escenas de amor reflejan la intensidad de la pasión y ofrece al lector imágenes llenas de voluptuosidad y deleite de los sentidos.

LAS AMARGAS LÁGRIMAS DE AFRODITA

En esta novela, obra de tintes autobiográficos, la autora muestra un recorrido por los sentimientos de esta singular heroína de la pasión y del deseo que cambia su verdadero nombre, que representa el fervor patriótico de su padre, por amor a una joven promesa de las letras cubanas y para distanciarse de igual modo de los principios ideológicos de su progenitor, símbolo de la Revolución. A partir de ese momento, la joven «Patria» se convertirá en Yocandra, musa inspiradora de uno de los libros de este aclamado escritor. En esta obra se describen sus primeras aventuras sentimentales en un viaje de iniciación por el amor, el sexo y el desencanto, entre las que forman parte un maduro disidente político y un seductor marino afrocaribeño de ojos verdes. Su primer gran amor recibe el calificativo del Traidor, un hombre, cercano al régimen en el poder, que viajaba mucho, hablaba varios idiomas, aprendidos de sus amantes, y un auténtico héroe nacional: «Él tenía treinta y tres y decía que había publicado dos novelas, tres libros de ensayos y un libro de poesía. Era el escritor de moda. Además era bello y vestía bien (...)». La protagonista se desvive por este amante, una figura masculina que idealiza. Esta muchacha de dieciséis años se siente totalmente deslumbrada por la puesta en escena que el Traidor ha creado de sí mismo y se deja impresionar por la imagen de un hombre, muy popular entre la población femenina de La Habana por su afición a las mujeres, que se convierte en su particular Pigmalión. Está enamorada de un mero espejismo y la imagen que idolatra existe exclusivamente en su mente. Ella lo reverencia como a la escultura de una divinidad que tiene pies de barro, un ídolo egoísta que vive sólo para sí: «En verdad vivía prisionera como en un convento, mi religión era el amor y mi dios era el Traidor». Ella vive su existencia a través de los ojos de este hombre, mientras él se convierte en el centro de su único universo. Yocandra, mujer enamorada, le dedica su tiempo, se somete a sus caprichos y hace realidad todas sus oscuras fantasías. Después, este amante se convertirá en su primer marido. No se entrega a ella porque la ame, sino que simplemente la necesita para ocupar un puesto de diplomático en un país europeo para el que se requiere estar casado legalmente. Su visión idílica del amor se transforma en una pesadilla con la convivencia diaria. Se convierte en su esclava, una humilde sierva, a la que su pareja somete y denigra. Perla Rozencvaig define la posición de la protagonista en esta relación, en la que sólo ella se entrega en cuerpo y alma, en los siguientes términos: «Desde el comienzo de su relación, éste asume el papel de amo; ella el de mujer sumisa. Acepta sus órdenes, las ejecuta y a cambio de su comportamiento ejemplar de esclava recibe migajas de amor (...)»¹. Ella define a su esposo como «un machista leninista», un personaje dominante y hábil manipulador que sólo sabe hacer sufrir, un traidor a la nación y a ella misma, que ha vendido su alma y traicionado sus principios de una forma consciente. Tras su matrimonio, se asienta en el viejo continente, en una realidad marcada por la soledad, la tristeza y el desamor. En su nueva ciudad se dedica a vagar sin rumbo por las calles, rodeada por una barrera de incomunicación y de silencio. Su pasión ha desaparecido y su unión se torna un pesado lastre. Con el tiempo descubre que la imagen de ese hombre es sólo un mero espejismo; detrás de su apariencia se encuentra un ser mezquino, miserable y egocéntrico. Éste, que se define a sí mismo como un filósofo, es incapaz de escribir una sola línea argumentando que todos le espían. La protagonista define su relación con él en estos términos:

«Era el que debía mentirme y me mató a mentiras. Era el que marca, y aquí estoy cubierta de cicatrices (...). Yo lo amé como sólo puede hacerlo una adolescente. Dócil, y con la inteligencia abierta a cualquier locura. Y sus locuras las tomé demasiado en serio. Fue el primero que quise, y eso, de cierta manera, lo convierte en excepcional».

Tras el desencanto lo ve tal y como realmente es: un hombre frío y sin capacidad de amar. Ella le ha dedicado una etapa de su vida por completo, mientras éste la termina enloqueciendo con sus extrañas manías, complejas fobias y neurótico comportamiento. El Traidor es incapaz de salvar su relación con Yocandra, apartándola de su lado, relegándola a un lugar secundario entre las paredes de su casa, pues en su mundo imaginario existe únicamente él. Finalmente, ella abandona a su cónyuge y se va a vivir

¹ Rozencvaig (1996), p. 431.

con una amiga, la Gusana, que, como única solución para escapar de las privaciones, se casa con un ciudadano extranjero para salir del país, en un viaje sin retorno. La protagonista de esta novela contraerá matrimonio en varias ocasiones. Uno de sus maridos muere en un accidente de aviación dos años después de su boda, sumiéndola en una profunda depresión. Después, como un ave fénix que renace de sus cenizas, vuelve a encontrar el amor, pues ella necesita estar enamorada para sentirse viva una vez más:

«A ojo de buen cubero, supe que me iba a enamorar. No sólo porque me pasaba la vida enamorándome, es como una manía, sino porque estaba atravesando el peor y más solitario de los instantes a causa de tanta efímera compañía, y necesitaba a alguien inteligente, enigmático. Necesitaba del *big love*, morirme de amor, vivirme de amor (...)

A pesar de todo, Yocandra todavía se siente unida de alguna manera al Traidor por un extraño sentimiento que la atrae poderosamente como un imán, pero que a la vez es una relación patológica, destructiva y lacerante:

«Y al cabo del tiempo, y de tantos maridos, ahora es mi amante, el que alterno con el Nihilista, el otro, el joven, al que de verdad amo hoy por hoy. Porque con el Traidor lo mío ya es como una venganza, una adicción incontrolable, unos deseos de humillarlo, de cobrarle una a una las que me hizo».

El otro vértice de este triángulo está representado por el Nihilista, director de cine experimental y realizador de vídeos musicales, que ha filmado su primer largometraje, pero que es censurado por su contenido políticamente incorrecto. La protagonista busca el amante eterno y considera que este último es su verdadero amor. Cree firmemente que es la imagen de una escultura griega que se ha transformado en un ser mortal: «(...) Este hombre se me antojaba una exquisita obra de arte por fuera y por dentro. Porque es tierno, paciente y pacífico. Su voz nunca se altera en lo más mínimo. Es mi amante, no mi verdugo».

Yocandra alterna a estos dos hombres en su vida y al final de la obra se produce un encuentro casual entre ellos. Los llama a cada uno por sus apelativos, creando una situación de incomodidad y perplejidad entre ambos. La joven aprovecha la ocasión para demostrar sus sentimientos de rencor hacia su primer marido que actúa como siempre, con total pasividad, ante sus duros reproches. En ese momento, ella es consciente de sus verdaderos dilemas existenciales, sus temores y su sensación de vacío, mientras analiza la dura realidad cotidiana de privaciones y carencias que le rodean bajo la intensa luz del trópico. En la imagen del paraíso prometido sólo puede ver el sufrimiento y la miseria de un terrible infierno.

EL SENSUAL TRIUNFO DE EROS

El erotismo, elemento clave en la obra de esta autora, se muestra en esta novela de una forma intensa y realista. Su narrativa es un canto al amor físico, al desenfreno de los impulsos y a la pasión entre los amantes. Sus páginas son retazos de placer, momentos de sensualidad y ardiente deseo. Además, nos ofrece atrevidas visiones de los misterios de Eros, mientras el frenesí se extiende como una ola de fuego por la piel y la mente de sus personajes. El capítulo 8, profundamente erótico, es un sentido homenaje al pasaje octavo de la novela *Paradiso* (1966) del escritor cubano José Lezama Lima (1910-1976). Estas sensuales páginas describen el arte de amar y la lucha cuerpo a cuerpo en la batalla de los sentidos entre Yocandra y el Nihilista. Valdez expresa lo siguiente al comienzo del mismo:

«Parece que los capítulos ocho de la literatura cubana están condenados a ser pornográficos.

Así se expresará el censor cuando lea estas páginas. El censor que me toca por la libreta, porque cada escritor tiene un policía designado. Dictará estas palabras a la secretaria, que le teleará el informe sobre mi novela refiriéndose, para honor mío, al capítulo ocho de *Paradiso*, de José Lezama Lima, obra maestra de la literatura universal que, sobra puntualizar, ningún censor ha podido terminar de leer, porque se duermen, no entienden ni comino, nada de nada, ni siquiera por qué la gente dice que el capítulo ocho es pornográfico. Pero como que hay que seguir dictaminando que lo es, nadie puede cuestionárselo a los censores, quienes ni siquiera conocen la diferencia entre lo erótico y lo pornográfico. Y por eso tampoco se dieron cuenta

de que no sólo el capítulo ocho, sino toda *Paradiso* es erótica de cabo a rabo, una de las novelas más sensuales de la literatura contemporánea».

Este pasaje, titulado «Las noches del Nihilista», concluye con una referencia al fascinante mundo del celuloide, elemento omnipresente en la obra de esta autora: «Así cesa nuestra *nueve semanas y media*, sólo que sustituimos las fresas, cerezas, champán y crema de Chantilly por ungüentos para aliviar dolores».

En la narrativa de esta escritora, la sexualidad se aborda desde la óptica femenina. Valdés expresa los pensamientos de una juventud de féminas que se revela contra los roles tradicionales asignados a la mujer en Cuba y que rechaza el ejemplo de sus antepasadas: sometidas y solícitas a los deseos del varón. Esta escritora muestra con osadía su visión del erotismo que está totalmente alejada de caducos convencionalismos. En esta obra, la protagonista toma un papel activo en las artes del amor, es capaz de experimentar sin reparos con su sexualidad, buscar su propio placer y descubrir los múltiples secretos de su cuerpo. Así, Rita Molinero comenta lo siguiente en uno de sus artículos: «Zoé Valdés escribe con franqueza insólita acerca de la sexualidad de la mujer cubana. Sabe que cuando las cosas se nombran directamente las descripciones explícitas poseen cualidades transgresivas»². Además, la autora muestra abiertamente el poder desbordante del deseo y la amplia variedad de reacciones que se desencadenan en los amantes ante determinados estímulos.

En la lucha eterna entre Eros y Thanatos, Yocandra representa el triunfo del placer físico frente a la imagen de la muerte, encarnada en la figura de los amigos desaparecidos en el mar convertidos en balseiros. Este personaje ve en el goce sexual una forma de liberación ante la opresiva y alienante realidad que la consume lentamente. El único camino que le queda, ante la nada que le rodea, es el disfrute sensual de los sentidos y la satisfacción de los instintos:

« (...) Yocandra y el resto de los personajes femeninos de Valdés *saben* que sólo el Eros de los cuerpos es capaz de aliviar la añoranza de un mundo perdido cuyo centro eran los amigos ahora ausentes. Ante la melancolía y el dolor provocados por la *desesperanza*, sólo el erotismo les permite reafirmarse como individuos. Yocandra sabe, como Casanovas, que el mejor alivio ante el peso del mundo es el disfrute pagano de Eros»³.

El sexo se convierte en vehículo de expresión para esta mujer que muestra sus deseos de sentir intensamente y de permanecer viva en medio del caos que le rodea:

«Semejante a las protagonistas del cine de María Luisa Bemberg, Yocandra es sujeto activo y no un simple objeto erótico de la mirada masculina. Situación hasta hace poco hegemónica en el canon latinoamericano. Muy lejos del ideal de compañera que fomenta y exige la Revolución, la heroína de *La nada cotidiana* no quiere “morir y vivir por la patria” sino vivir y morir de placer»⁴.

Asimismo, a través del lenguaje corporal, la protagonista muestra sus emociones y sus sentimientos como forma de escapar de la apatía, la frustración y el desaliento:

«Al nombrar las acciones eróticas y las sensaciones físicas tan directamente, la narradora intenta establecer casi violentamente el contacto con todas las partes de su cuerpo. Casi con agresividad y rabia se apropia primero del lenguaje, y después, por medio del lenguaje, intenta hacer contacto con su cuerpo. Es como si intentase obligar a su cuerpo a reaccionar, a funcionar, a vivir»⁵.

A lo largo de esta novela, asistimos también al cambio en la manera de percibir la pasión por parte de Yocandra en diferentes instantes de su vida. Su poderosa atracción inicial por el Traidor se transforma años después en una compleja obsesión, convirtiéndole en su oscuro objeto de deseo, a pesar de haber perdido anteriormente el interés físico por él ante su violento comportamiento en la intimidad durante la última etapa de su matrimonio. La absoluta entrega la experimenta plenamente en su relación con el

² Molinero (2000), p. 130.

³ *Ibidem*, p. 128.

⁴ *Ibidem*, p. 129.

⁵ Timmer (2003), p. 335.

Nihilista con el que se funde en un solo ser, mientras se sumerge sin reparos en las ardientes fuentes del deseo.

En esta obra, la escritora muestra, a través de una prosa sensual, cálida y profundamente desinhibida, la victoria del amor carnal y el poder de los instintos frente al asfixiante peso de la realidad. Igualmente, Zoé Valdés sorprende al lector con escenas llenas de gozo y frenesí, donde los mecanismos del deleite se desatan a través del tacto, al recorrer la sugerente anatomía de los cuerpos; de la vista, con la contemplación de la belleza de la figura humana; y del gusto, con el dulce sabor de lo prohibido en esta voluptuosa danza sensual de los sentidos.

CONCLUSIONES

A través de las páginas de esta novela, llenas de pasión, sarcasmo y erotismo, la autora nos ha descrito con vehemencia los sentimientos, los más íntimos anhelos y las angustias de «Patria», transformada posteriormente en Yocandra, en un viaje por el desencanto, el desaliento y el dolor envuelto por el intenso aroma de la nostalgia. Asimismo, esta escritora nos ha mostrado su desgarradora visión sobre una realidad que le agobia y le desborda, y a la que se une su aguda ironía que tiene su origen en la incredulidad y en la decepción. Por otro lado, la repetición de personajes, rasgo característico de la narrativa de Valdés, se observa claramente en la figura de Yocandra. Su estela fascinante continúa en su obra *Te di la vida entera*, convertida en vecina del mismo bloque donde vive su protagonista Caridad Martínez. La autora nos desvela nuevas claves sobre el origen de su nombre en las siguientes líneas:

«¿A quién se le ocurre ponerle a una niña Granma, o Usnavy, o como le pusieron a mi vecinita, Patria? Menos mal que esta última fue y se lo cambió, aunque salió de Guatemala para entrar en Guatepeor, pues escogió llamarse Yocandra, que tampoco nadie entiende mucho qué es lo que quiere decir. Ella me explicó un poquito, dice que es un asunto de que Yocasta y Edipo, que si Casandra y los troyanos y aqueos, pero a mí no me duran mucho esas cosas antiguas en el cerebritito»⁶.

La heroína de *La nada cotidiana* sigue alternando a sus irreconciliables amantes en su vida, calificándolos en esta novela como sus dos «maridos» o sus dos «jebos»: «(...) Yocandra está trabada con la bicicleta china, de un empujón la destraba y puede avanzar hacia el piso siguiente donde la esperan y desesperan el Nihilista y el Traidor»⁷. Su imagen provocadora y sensual reaparece nuevamente en su novela *Café Nostalgia* como esposa del primer secretario de la embajada de «Aquella Isla», como se define en este libro, en su sede en París. En esta obra se narra la vida en la capital francesa de Yocandra, mientras se mantiene unida legalmente al Traidor.

En este ambiente de desilusión y desesperanza ante la realidad que rodea a la protagonista encontramos también en *La nada cotidiana* a la figura del balsero, su amigo el Lince, pintor de talento y diseñador de una revista literaria, que es incapaz de soportar el amargo sabor de las mentiras de un régimen en el que no cree y se exilia cruzando el océano noventa millas. Junto a este personaje encontramos a la Militonta, nombre irónico que alude a las mujeres que adquieren puestos de decisión en el partido en el poder en la isla de Cuba, que todavía llama a la protagonista por su antiguo nombre, «Patria». Representa a una revolucionaria convencida, que obligaba a Yocandra a hacer guardia los fines de semana en las «escuelas al campo» del preuniversitario para evitar que ella fuera a reunirse con los varones y que velaba para que los demás estudiantes no tuvieran contacto con los extranjeros, considerándolos potenciales enemigos, y que ahora paradójicamente trabaja para una firma francesa. También, en esta obra, contemplamos la presencia de la mujer exiliada, la Gusana, término despectivo que se emplea para denominar a la cubana que sale de la isla, alejándose de la Revolución y convirtiéndose en disidente, que emprende el camino del éxodo y busca nuevas coordenadas. Frente a ésta, se encuentran las mujeres que optan por quedarse en este lugar del Caribe, mientras sufren y callan en secreto. Asimismo, la autora refleja la opinión de las múltiples Yocandras, que se encuentran en Cuba,

⁶ Valdés (1998), p. 101.

⁷ Valdés (1998), p. 290.

féminas silenciadas social y políticamente, que ponen en duda el discurso ideológico de la Revolución. Además, observamos la relación de la protagonista con sus padres: su progenitor, un acérrimo revolucionario, que odia lo diferente, y su madre, una antigua estudiante de Arte, que vive enajenada por sus propios miedos. Igualmente, entre los temas que aborda esta obra se encuentra la maternidad, aspecto tratado ampliamente en su producción literaria. Así, en el capítulo segundo se describe el heroico alumbramiento de Yocandra. No hay que olvidar que esta novela fue escrita tras el nacimiento de la hija de la escritora, Attys Luna. De la misma manera, se hace referencia a la santería afrocubana que se muestra igualmente en otros de sus libros. También, en esta novela encontramos la visión del mar, elemento constante en la narrativa de Valdés, que aparece como símbolo de libertad y también de aislamiento, y que unas veces es remanso de paz y otras, océano embravecido.

La autora, a través de sus imágenes cargadas de un fuerte erotismo, pretende transgredir tabúes sobre la sexualidad, describir los más íntimos sentimientos de la mujer y romper con estereotipos sexuales masculinos, ofreciendo un punto de vista femenino sobre el amor y el sexo. Muchos críticos han visto en sus obras ecos de otras escritoras como Anaïs Nin, Françoise Sagan, Colette, entre otras muchas. Ella, a través de una prosa sincera, espontánea y ágil, muestra al lector un mundo sin salida, un Edén tropical que se transforma lentamente en un infierno, ofreciendo su particular visión sobre un sistema en el que no cree. Valdés, amante del arte y de la libertad, se ha convertido en la voz de una generación que ve derrumbarse las estatuas de antiguos ídolos bajo el signo de la desilusión, el pesimismo y la falta de esperanza en antiguos dogmas. Finalmente, en este tránsito por la laguna Estigia, transportada en la barca de la memoria, Yocandra contempla en la superficie de sus aguas, como la imagen reflejada en un espejo, la visión de un profundo abismo que se extiende inexorablemente sobre su existencia cotidiana.

© Orlando Betancor

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- BETANCOR, Orlando. "El mundo de los sentidos en la obra 'Café Nostalgia' de Zoé Valdés", *Narrativas: revista de narrativa contemporánea en castellano*, n. 13, abril-junio 2009, pp. 17-21.
- MOLINERO, Rita. "La morfología del lagarto y el erotismo como redención en La nada cotidiana de Zoé Valdés", *Crítica Hispánica*, v. 22, n. 1-2, 2000, pp. 121-134.
- ROZENCVAIG, Perla. "La complicidad del lenguaje en La nada cotidiana", *Revista Hispánica Moderna*, v. 49, n. 2, 1996, pp. 430-433.
- TIMMER, Nanne. "El cuerpo y la nuda vida en La Nada Cotidiana de Zoé Valdés". En: MORA VALCÁRCEL, Carmen de; García Morales, Alfonso (coords.). *Escribir el cuerpo: 19 años desde la literatura hispanoamericana*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2003, pp. 327-338.
- VALDÉS, Zoé. *La nada cotidiana*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1997.
- VALDÉS, Zoé. *Te di la vida entera*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1998.

El autor:

Orlando Betancor es Doctor en Historia del Arte y Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de La Laguna (Tenerife). Actualmente, es responsable de la Hemeroteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de esta Universidad. Ha colaborado habitualmente, desde 1990, en diferentes revistas especializadas en Artes Plásticas y suplementos culturales de varios periódicos del Archipiélago Canario. Su labor investigadora, en el ámbito de la literatura, está centrada en el estudio de la narrativa japonesa posterior a la Segunda Guerra Mundial y ha publicado varios ensayos sobre este tema en la revista "Espéculo" de la Universidad Complutense de Madrid. También, analiza en este momento la obra deslumbrante y sensual de la autora cubana, exiliada en París, Zoé Valdés.

LOS RELATOS GÓTICOS DE SIR WALTER SCOTT: *LA HABITACIÓN TAPIZADA*¹

por Enrique García Díaz

LA NOVELA GÓTICA ²

La novela gótica dominó el panorama literario inglés desde 1764, año en el que Horace Walpole publica su obra más afamada, *El castillo de Otranto*. Desde ese momento muchos son los escritores que se sienten atraídos por esta nueva corriente literaria, y comienzan a cultivarlo. Pese a su éxito, los críticos han considerado siempre a la novela gótica, y a su hijo literario, el relato gótico, como un género superfluo, melodramático y sensacionalista. Las novelas góticas representaban una ruptura con el orden establecido y no aparecían como un preconcebido, sino como una mera idea. Desde el punto de vista literario la novela gótica puede ser la traducción de trabajos que parten de un origen exótico. Así podemos hablar de *The Arabian Nights*, *Turkish Tales* y *Persian Tales*. Como puede deducirse por el título todos los relatos están ambientados en Oriente, ya que era una manera de que el lector pudiera evadirse y olvidarse de su vida cotidiana. Pero pese a que en un principio el género cuenta con muchos adeptos, poco a poco comienza a perder fuerza en el panorama literario. Es a partir de 1815 con la publicación de *Melmoth the Wanderer* (Melmoth, el errante) de Charles Maturin. No obstante, se sigue cultivando en Inglaterra hasta 1840. Sus efectos influyen en la época Victoriana donde Edgar Allan Poe se convierte en el estandarte por excelencia del relato gótico. Sus historias macabras lo convirtieron en el escritor gótico por excelencia de la época; o incluso puede sorprendernos el propio Charles Dickens y su *Christmas Carol* (Cuento de Navidad); el cual si se lee y analiza en profundidad nos demuestra que está plagado de características propias de la novela gótica. No podemos olvidarnos de Robert Louis Stevenson y su *Dr. Jekyll and Mr. Hyde* o la famosa obra de Oscar Wilde *The Picture of Dorian Gray*. Por último en 1897 Bram Stoker crea al villano gótico por excelencia de la literatura: Drácula. Una novela mezcla de leyendas del Este de Europa, superstición, e Historia. A partir de ese momento la novela gótica comienza a derivar en la novela de terror que conocemos hoy en día.

SIR WALTER SCOTT: *LA HABITACIÓN TAPIZADA*

El escritor escocés no fue ajeno a este nuevo género y decidió probar fortuna con varios relatos góticos: *La habitación tapizada* (1828), *El espejo de mi tía Margaret* (1828) y *La muerte del Laird Jock* ³. Anteriormente Scott había publicado otro relato gótico, *El cuento de Willie el vagabundo*, incluido en su novela *Redgauntlet* (1824)⁴

En un principio Scott había planeado incluir los tres primeros relatos citados aquí dentro de la segunda serie de sus *Chronicles of Canongate*. Sin embargo, esta idea fue rechazada por sus editores, James Ballantyne y Robert Cadell. Como el propio Scott escribe en su diario, no le gustó nada que su idea fuese rechazada, y por ello pensó en intentarlo el año siguiente (Scott 1998: 474).⁵ Finalmente, estos relatos fueron publicados un año después de que Scott los escribiera, en *The Keepshake* una publicación anual. Por otra parte, la segunda entrega de sus *Chronicles of Canongate* sólo incluía su novela *The Fair Maid of Perth*.

¹ Esta es la primera entrega de los tres relatos góticos que escribió Scott, y que publicaré en próximos números. (Nota del Autor)

² Véase mi artículo "Origen y evolución de la novela gótica", *El coloquio de los perros*, 16, 2007

³ *The Tapestry Chamber; My Aunt Margaret's Mirror* títulos originales de los relatos.

⁴ *Wandering Willie's Tale* es el título original del relato.

⁵ Anderson, W.E.K, (Ed), (1998) *The Journal of Sir Walter Scott*, Edinburgh: Cannongate Classics.

No existe demasiada información al respecto de estos relatos. Parece ser que no fueron bien acogidos por los editores. Sin embargo, ambos son claros ejemplos de literatura gótica. He seleccionado para esta primera entrega *La habitación tapizada* porque tal vez sea la historia más gótica de las que Scott escribió. A mi parecer contiene todos los elementos que caracterizan a un relato gótico.

ELEMENTOS GÓTICOS EN *LA HABITACIÓN TAPIZADA* ⁶

Scott sitúa la trama en los años posteriores a la guerra en el Nuevo Continente, cuando uno de los protagonistas, el general Browne regresa a Inglaterra. Y en uno de sus diversos viajes decide quedarse en un pequeño pueblo. A las afueras del mismo podía observarse un frondoso bosque, y una elevada colina en la que destacaba un imponente castillo (primer elemento gótico). Según el narrador dicho castillo data de la guerra de las Dos Rosas (Scott 2001: 8). El General Richard Browne se sintió complacido al ser recibido en aquel moderno y gótico alojamiento, construido en aquel estilo. Los castillos, como ya he mencionado, junto con las abadías, los claustros era los lugares perfectos para situar la trama. Scott no era ajeno a ello a juzgar por el inicio del relato. Otro dato que no quiero pasar por alto es el de la Naturaleza. La vegetación juega un papel destacado en la novela gótica. Los bosques frondosos que no permiten penetrar la luz; o que permiten vislumbrar un objeto, o un lugar como es este el caso.

El segundo personaje que aparece en el relato, Lord Woodville, es el dueño del castillo y viejo amigo del General Browne. Él mismo describe su hogar como sigue: «Confieso que el castillo acaso no sea tan confortable como otras residencias que poseo, pero sí te digo que aquí es donde más a gusto me siento, tanto a solas como en compañía de mis amigos. No obstante, te ofrezco una habitación un poco anticuada, pero cálida y cómoda. Supongo que te será más confortable que los duros cuarteles en los que durante tanto tiempo has vivido.» (Ibid: 13-4). La habitación a la que Lord Woodville no es otra que la habitación que da título al relato.

La primera vez que el General Browne entra en la habitación percibe un cierto aire tenebroso en el tapizado, que cubre sus paredes. A ello contribuye el frío aire otoñal, que penetra por la ventana. Esta descripción intenta transmitir cierto temor en el lector de la época. Por su parte, el General Browne aguanta estoicamente esta situación y no da muestras de sus temores a su anfitrión. Sin embargo, estos temores son evidentes en el aspecto físico que el General presenta a la mañana siguiente:

«Parecía el general fatigado y enfebrecido. No ya despeinado, sino enmarañados sus cabellos el día anterior perfectamente peinados; sudoroso y con el rostro desencajado; con la voz temblorosa y la mirada incierta; vestido de manera descuidada sino negligente; ajeno por completo, en fin, a la dignidad debida a un militar de su rango y fama, una dignidad en la que incluye la pulcritud en la apariencia.» (Ibid: 19-20)

La razón a esta situación es que había pasado una noche horrible según le explica a su amigo Lord Woodville. Aquí, Scott busca crear de nuevo un sentimiento de pavor en el lector con lo que le ha sucedido al General Browne. Uno de los elementos más importantes del género gótico en sin duda alguna el «fantasma», y sobre éste se explica el general Browne:

«...a punto estaba ya de conciliar el sueño, [...], cuando comencé a sentir otro ruido, aún más extraño por lo que sugería; era como si una mujer, con sus zapatillas de seda, se deslizara por la habitación, como si anduviese lentamente sobre la tarima del piso. Aquello me sobresaltó, debo confesarlo; [...] Me reincorporé de un salto, corrí el dosel de la cama, y vi allí entonces, Milord créeme, la figura de una mujer menuda que paseaba indiferente de un lado a otro de la habitación, entre la chimenea y la cama.[...] Su presencia me pareció un a intrusión intolerable, aún sin albergar la idea de que me hallaba ante una presencia sobrenatural.» (Ibid:25-6)

⁶ Walter Scott, *La habitación tapizada y otros relatos*, Valdemar, Madrid, 2001, pp: 7-36

La conclusión a la que el lector puede llegar es que la extraña apariencia es en realidad un fantasma, de acuerdo con la explicación del propio General Browne. Éste hace referencia a éste en femenino, y en un tiempo pasado donde al parecer vivió. Para ello en el original se emplea *lived* al mismo tiempo que explica que el espectro parece haber abandonado su tumba. Ello lleva al lector a pensar en el personaje del espectro, fantasma, o espíritu tan arraigado en los relatos góticos. Tanto este elemento como el de volver de la tumba son muy comunes en la literatura gótica y baste con recordar *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens donde los personajes principales no son si no espíritus. El propio General lo califica como un «horrible espectro».

En este punto de la narración es cuando Scott introduce el personaje del espectro, fantasma o espíritu. Cualquiera de estas acepciones es válida. El objetivo fundamental es provocar terror en el lector de la época. ¿Por qué decimos esto? Porque hoy en día estos relatos pueden parecerse a relatos de fantasmas sin más, pero sin producir pavor alguno.

En un intento por acentuar este sentimiento en el lector, Scott describe las sensaciones que experimenta el General Browne, lo cual nos lleva a plantearnos el elemento de la locura, o la falta de cordura más bien en éste. Pero al mismo tiempo lo vemos justificarse ante su amigo:

«Te aseguro que he pasado por todos y cada uno de los más peligrosos avatares que en mi profesión militar pueden hallarse; te aseguro igualmente que no hay hombre, ni camarada, ni enemigo, que pueda decir una sola palabra sobre la cobardía o el deshonor del general Richard Browne, [...] Pero te aseguro que esta noche no pude sobreponerme al espanto; se me erizaron los cabellos y me quedé sin fuerzas; sentí como si mis nervios fuesen de cera de una vela mientras se derrite.» (Ibid 2001: 27)

A la mañana siguiente el General está completamente decidido a no pasar ninguna noche más en el castillo a pesar de las intenciones de Lord Woodville. Llegados a este punto hay dos elementos sobre los que quiero incidir: El primero es el papel de «villano» que fue introducido por primera vez por Anne Radcliffe. En el relato que nos atañe Lord Woodville es un villano porque ha utilizado a su amigo para un experimento:

«—No puedes hacerte una idea de cómo lo siento, mi querido Browne —dijo Lord Woodville—, y debo confesarte que esos tus sufrimientos de anoche se deben al más infausto de los experimentos que se me hayan podido ocurrir...» (Ibid: 29-30)

El experimento es puesto en marcha debido a los comentarios en torno a dicha habitación. Finalmente le confiesa a su amigo que había escuchado estos comentarios entre los miembros del servicio de que la habitación estaba encantada. Y al mismo tiempo entre los vecinos de los alrededores. Oculta la verdad a su amigo, de modo que en realidad se comporta como un auténtico villano, y no como un verdadero amigo.

El segundo elemento sería la maldición que pesa sobre la familia, y que es un componente básico en la ficción gótica. Como ejemplo basta citar *The Castle of Otranto*. (El castillo de Otranto). En *La habitación tapizada*, el propio Lord Woodville cuenta la historia de su familia y de la mujer que habitó dicha habitación cuando lleva a al general a ver la galería de pintura que posee, y el general reconoce a la mujer en un cuadro.

«—Ahora comprendo el porqué de tu angustia y las ganas de abandonar cuanto antes mi casa... Ése es el retrato de una antepasada mía, una auténtica bruja malhadada; el solo recuerdo de sus crímenes, [...] hace que se me encoja el corazón y me falte el aire. [...] la habitación tapizada la vio cometer en tiempos incestos y crímenes [...] Ahora sé que esa habitación deberá permanecer cerrada eternamente, y que nadie deberá dormir en ella.» (Ibid: 35).

Como conclusión podemos resumir que *La habitación tapizada* puede ser considerada como un auténtico relato gótico por sus componentes. El propósito de este ensayo ha sido demostrar que los relatos góticos de Scott, pese a que no cuentan con el renombre de sus novelas, las *Waverley Novels*,

si se pueden considerar como atractivas historias de fantasmas pese a que fueron rechazadas por Ballantyne y Cadwell. Tal vez la razón de ello fuera que el género gótico no estaba bien visto en su momento, y que al hacerlo el éxito literario logrado por Scott se podría ver afectado. No olvidemos que el relato y la novela gótica eran considerados como un subgénero literario, superfluo en ocasiones y sin calidad literaria. Y todo ello a pesar de que autores de renombre como Dickens, Stevenson, Conan-Doyle, Wilde... decidieron en algún momento de su carrera adentrarse en él.

Hoy en día se sigue cultivando en autores como Anne Rice, Angela Carter, P. McGrath, A. S. Byatt en algunos momentos. Para finalizar debemos considerar que si infinidad de autores se han acercado a este género manteniéndolo vivo no es por pura casualidad pese a lo que la crítica pueda opinar. Y por supuesto, cualquier lector o seguidor de Scott encontrará otro Scott en este relato pero igual de genuino que el de las *Waverley Novels*.

© Enrique García Díaz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, W.E.K, (Ed), (1998) *The Journal of Sir Walter Scott*, Edinburgh: Cannongate Classics.
- García Díaz, Enrique., “Origen y evolución de la novela gótica”, Revista de literatura *El Coloquio de los perros*,16, Cartagena, 2007
- Geddes & Grosset (ed.) (2001), *The Scottish Histories. Sir Walter Scott*, Scotland: New Lanark.
- Hardie, Kath., (2001), *Sir Walter Scott. An illustrated historical guide*, Great Britain: Jarrold Publishing.
- Lockhart, John G. (1970): “Selections taken from *Memoirs of the Life of Sir Walter Scott, 1837*” en *Scott: The Critical Heritage*, John O. Hayden ed., London: Routledge & Keagan Paul, 342-4.
- Lovecraft, H.P (1965): “Supernatural Horror in Literature” in *Dagon and Other Macabre Tales*, Great Britain: August Derleth.
- Millgate Jane (1984): *Walter Scott: The Making of a Novelist*, Toronto: Toronto University Press.
- Nicolaisen, W.F.H. (1983): “Scott and the Folk Tradition” en Alan Bold ed. *Walter Scott: The Long Forgotten Melody*, USA: Vision Press,127-142.
- Scott, Walter Sir, (1828). “The Tapestry Chamber” in *The Wordsworth Book of Horror Stories*, (2004), Hertfordshire: Wordsworth, pp. 1042-1052.
- *La habitación tapizada y otros relatos*, Madrid, Valdemar, 2001, pp: 7-36.
- Sutherland, John (1995): *The Life of Walter Scott. A Critical Biography*, Oxford: Blackwell.
- Tillyard, E.M.W. (1963): *The Epic Strain in the English Novel*, London: Chatto & Windus.
- The Wordsworth Book of Horror Stories*, (2004), Hertfordshire: Wordsworth.
- Tzvetan Teodorov., (1972) *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

EL ALBAÑIL CÓSMICO *

por Carlos Salem

Para Pedro de Paz

No me gusta que el Gato venga a mi casa para tentarme con sus misterios de poca monta. Hace años caía por la redacción pasada la medianoche y ahora se deja caer por el bar de Lola como si no buscara nada en particular y termina hablándome de uno de sus casos de policía encadenado a la noche y, por lo tanto, a los majaras. Los majaras son como los vampiros: funcionan a tope cuando cae el sol.

Pero el Gato es un buen policía, es decir un cabrón de cuidado. Sabe que no me gusta que venga a mi casa, pero conoce mis gustos. Traen en cada mano una bolsa blanca en la que tintinean, trasparentando el plástico, por lo menos quince tercios de Mahou.

–Pasa –le digo–. Pero estoy harto de hacerte de Isidro Parodi.

–¿Y ése quién es, otro borracho? –pregunta mientras se desparrama en mi sillón–. Prefiero que este asunto quede entre nosotros, Poe...

–Era un preso, Gato. Un preso de los barrotos y de su vanidad. Dame una cerveza y suéltalo de una puta vez.

–Tiene que ver con los asesinatos en el Retiro, Poe. Y si me ayudas puede haber un buen dinero para ti...

–¿Desde cuándo la pasma paga, Gato?

–La pasma, no. Pero... es largo de explicar.

–Procura hacerlo mientras nos queden cervezas.

–Te lo cuento desde el principio porque veo que sigues usando la tele como contenedor para las chapas de cerveza. ¿Cuántas llevas ya?

–Pocas. Siempre son pocas.

El gran aparato de televisión vacío de circuitos y de cables, que en los tiempos de Lucy usábamos para representar dioramas idiotas y felices, es desde hace meses una pecera en la que se amontonan las chapas de las Mahou que voy bebiendo. Cuando lo llene las meteré en un saco y lo usaré como peso para ahogarme en el río. O como el río de esta ciudad sin mar es un chiste malo, tal vez apunte desde la azotea con el saco al primer transeúnte que pase por la acera, y le regale un billete de ida a un mundo que no puede ser peor que éste. Aunque nunca se sabe.

–Desde hace mes y medio, más o menos una vez por semana, un tipo se planta en el Parque del Retiro a eso de las cuatro, saca una pistola y se carga a media docena de viandantes. Sin conexión entre ellos. Sin decir una palabra. Sin que nadie lo pueda describir después. Hemos desplegado agentes de paisano por el parque, pero parece que los huele. Y en cuanto se retiran o cambian de sector, el tipo saca la pipa y ZAS, media docena de muertos...

–Es raro. Esa clase de majaras no toman demasiadas precauciones, porque en el fondo quieren que los atrapen, por culpa del jodido Warhol y lo de los quince minutos de fama...

–Eso pensamos. Pero no hay nada que relacione a los muertos...

–Hablaste de pasta, Gato.

–Sí, eso. Los familiares de algunos de los fiambres se han unido y ofrecen una recompensa. Buen di-

* Incluido en *Yo lloré con Terminator 2-Relatos de Cerveza-ficción*, Ediciones Escalera, 2009

nero.

–¿Cuánto?

Me lo dice. Buen dinero.

–¿Qué porcentaje te quedarás tú?

Me mira ofendido pero luego baja la vista:

–Nada. De verdad. Estoy con la mierda al cuello, Poe. Alguien en jefatura me quiere joder y me han encargado el caso a mí. Con poca gente. Con pocos recursos. Quieren que falle para joderme a placer.

–Me vas a hacer llorar, Gato...

Además de las bolsas de plástico, el Gato trae una mochila de lona con pinta de pesar lo suyo. La levanta y la arroja al suelo, junto a mis pies:

–Para que veas que soy tu amigo, Poe. A veces lo olvidas, cabrón.

Abro la mochila y dentro, como espejos polvorientos, veo docenas de libros. Del mismo libro delgado y doloroso.

Saco uno y el tipo de la foto en la solapa me mira con gesto desafiante. Un completo imbécil convencido de que con palabras se pueden parar las balas y las putadas de la vida.

Un imbécil joven. Yo, hace unos cuantos años.

–Sé que te jode que anden sueltos por ahí pero eres demasiado perezoso como para salir a rastrearlos. Hay otro montón como éste repartido en una docena de librerías de viejo. Si me ayudas, además de la pasta, me ocupo de quitarlos de circulación.

*«Hojeo el libro.
No eran malos
poemas, al fin y
al cabo. El error
fue creer que ser-
virían para algo.»*

Hojeo el libro. No eran malos poemas, al fin y al cabo. El error fue creer que servirían para algo. En la cubierta, bajo el título, un nombre que ya no me nombra. Desde hace años, la poca gente que me llama me llama Poe, y algunos lo hacen creyendo que el apodo tiene que ver con mi aspecto lúgubre o mi afición por la bebida, o porque siempre visto de negro.

Es más sencillo que todo eso.

Me llaman Poe desde que Haroldo, el maestro de periodistas que durante años cuidó de mi carrera sin que yo se lo pidiera, me puso este nombre. Haroldo decía que yo era «medio poeta y medio hijoputa», y me llamaba Poe.

Las cosas siempre son más sencillas de lo que uno cree.

–Hay trato –digo abriendo otra cerveza–. Dame los papeles.

Tira de la mochila y busca en el fondo. Me alcanza un legajo grueso. Lo estudio durante cuatro cervezas. Sólo los papeles. Dejo las fotos y los croquis para el final. Una imagen a destiempo puede condicionarte y cuando tratas con majaras, hay que ver las cosas como las ven ellos. No hay relación entre las víctimas, pero detecto a tres o cuatro cuyos familiares pueden ser los que ofrecieron la recompensa. No son los más acaudalados pero eso no me sorprende. Las narraciones de los testigos son confusas pero hay algo en común que me llama la atención y no sé qué es. Tal vez con otra cerveza...

El Gato espera paciente, pero preocupado. Está habituado a esperar de mí soluciones instantáneas. Estudio los croquis de cada ataque. Luego las fotos de la gente muerta. Parecen cáscaras vacías o durmientes salpicados de ketchup. Hay gente que duerme como si se muriera y viceversa. Otra clase de fotos, borrosas, me distrae.

–¿Y éstas?

–Son malas de cojones, lo sé. Pero las traje por si acaso. Las han sacado turistas que hacían el gilipollas por el Retiro antes del ataque, algunos incluso durante. No creo que sirvan para nada, están movidas...

–Ya... ¿Sabes lo que haremos?

La cara redonda del Gato se ilumina de esperanza:

–Lo que digas.

–Nos vamos al bar de la esquina. En casa no logro concentrarme y además se nos ha terminado la cerveza, querido Watson.

En el bar vuelvo a estudiar las fotos y las declaraciones. De pronto está claro:

–¡El mimo! ¿Comprendes, Gato? ¡El jodido mimo!

–¿Qué mimo, Poe? Me temo que han sido demasiadas birras...

–Nunca son demasiadas. El mimo, joder. En cada uno de los ataques, algún testigo habla de un mimo que estaba haciendo su número inmediatamente antes de que empezaran los disparos, ¿no?

–¡Coño, es cierto! ¿Tú crees que el mimo es el asesino?

–No. Alguno de los supervivientes lo recordaría. Además, si miras los croquis, el que podría ser el mimo está al otro lado, en plena línea de fuego, pero no hay ningún mimo entre los muertos, ni entre los heridos...

–¡Entonces es el cómplice, cómo no lo vi antes! El *jodío* mimo reúne a la gente y la distrae, hasta que el otro empieza a matarlos... Gracias, Poe.

–No corras tanto, Gato. Aquí hay algo que no termina de cerrar...

–Pues no será este bar –interviene el camarero–. Así acaben las birras y se me van echando leches, jodidos borrachos.

Hasta un policía como el Gato sabe reconocer la autoridad cuando se encuentra con ella. Tambaleando un poco salimos a la calle y ante el asombro de mi compañero, me niego a buscar otro bar. Tengo que ir a casa, para pensar un poco.

Cuando era más joven, mi idea del infierno era una residencia para ancianos. Ahora que tengo unos cuantos años más, creo que no están tan mal. Tal vez porque no llegaré a vivir en ninguna de ellas. Pero ésta en la que el profesor Martelli deja pasar los pocos años que le quedan parece un buen sitio para esperar a la muerte. Jardines, enfermeras guapas y cordiales, y esa dosis de sol que se reserva para los sitios caros. Martelli es tan viejo que parece a punto de nacer de nuevo. Hay un momento en el que las arrugas se ablandan y lo gastado tiene pinta de nuevo, en el que todo viejo vuelve a ser un bebé.

–Me halaga que venga a consultarme –dice el viejo–. Ya nadie se acuerda de mí.

–No sea modesto, Martelli. Hice tres llamadas preguntando por el mayor experto en mimos y las tres fuentes no dudaron en mencionarlo.

–No es gran mérito, joven. Ya nadie habla de los mimos. Mi enciclopedia de la Mímica espera desde hace cinco años a que la editorial se decida a publicarla. Ahora todo son estatuas vivientes, el viejo arte se ha perdido.

–No del todo, Martelli. Por lo menos queda un mimo en Madrid que sigue actuando. Y por lo que han dicho, es de los buenos.

El viejo reniega en voz baja, poniendo en duda lo que digo, y reniega otra vez cuando la mayoría del té de su taza cae al suelo a causa del temblor de sus manos.

–Maldito Parkinson. Espero que nunca le toque sufrirlo, joven. Ya no quedan mimos buenos, sólo imitadores mediocres.

–Pues el que le digo tiene talento. O eso dicen los testigos. Hace las chorradas de siempre, usted perdone, pero luego se larga con una rutina diferente, como si fuera un albañil levantando un muro interminable y cada ladrillo tiene un significado diferente. Dicen que por momentos, cuando las hileras de

«Martelli es tan viejo que parece a punto de nacer de nuevo. Hay un momento en el que las arrugas se ablandan y lo gastado tiene pinta de nuevo, en el que todo viejo vuelve a ser un bebé.»

ladrillos de aire están más altas, el mimo parece flotar en el aire...

El viejo se interesa, por fin. Entrecierra los ojos y murmura:

–«El albañil cósmico»... Hacía años que nadie intentaba ese número. Recuerdo que a Marcel Marceau le fascinaba... y que nunca pudo dominar esa técnica...

–Entonces no será difícil localizar al que la utiliza...

–Yo estoy retirado, joven. Pero intentaré ayudarlo... ¿Me convidaría un cigarrillo?

–¿Le permiten fumar?

–No. Por eso.

Le alcanzo un cigarrillo y necesita seis intentos para poder embocarlo entre sus labios.

–Ya ve: me privan de todos placeres... salvo el de dejarme ir a mear solo.

Se ríe sin dientes del chiste malo y lo acompaño sin ganas. Pero siempre he sido un bocas y no puedo callar:

–Yo, en su lugar, me aprovecharía del tembleque para que alguna de estas enfermeras guapas me llevara a mear...

Sonríe y algo cambia en su expresión de arrugas suavizadas.

–Es una buena idea, no sé cómo no se me ocurrió antes. Lo ayudaré en lo que pueda. Pero no espere demasiado. Llevo años fuera de circulación y quedan pocos maestros en activo. Tal vez alguno de ellos tal vez pueda decirle cómo localizar al «Albañil cósmico». Pero mi ayuda tiene un precio...

«Me cruzo con las enfermeras al alejarme. La morena ni siquiera me mira. La otra, una rubia a la fuerza con ojos impacientes, me sonrío prometedora. El mundo nunca gira como debiera. Pero gira.»

–Pida. Sin exagerar, profesor, pero pida.

–Whisky. Del bueno. Un poco de whisky del bueno.

Asiento y me pongo de pie. Dos enfermeras immaculadas y jóvenes se acercan y por algún motivo estúpido ruego que la morena no sea la encargada de llevar a mear al viejo. Me gusta, la morena.

–¿Para qué busca a ese mimo? –pregunta Martelli antes de que me aleje-. ¿Quiere ofrecerle un contrato?

–Algo así. Un contrato muy largo.

Me cruzo con las enfermeras al alejarme. La morena ni siquiera me mira. La otra, una rubia a la fuerza con ojos impacientes, me sonrío prometedora. El mundo nunca gira como debiera. Pero gira.

Llevo cinco días sin beber y siguiendo pistas que acaban en vías muertas. En cualquier momento el loco de El Retiro volverá a matar y a mí me importa una mierda. Pero me jode. Cada vez que hablo con el Gato lo oigo más triste, pero no sé si siente pena por su carrera que se va por el retrete o por mi habilidad que supone perdida. En todo este tiempo no he pisado el bar de Lola y aunque vuelvo cada mañana por la residencia de Martelli, la enfermera morena sigue sin hacerme ni puto caso y la rubia ya me ha dado su teléfono. Necesito una cerveza. Puede que dos. Puede que más. Salgo a la calle y sigo un dédalo de barras amenazadas por el sonido de televisores que nadie mira. No me gusta beber de día en los bares. La gente bebe como si repostara gasolina para un viaje demasiado largo que no les apetece emprender.

Me obsesionan los croquis de los ataques y el misterio de ese mimo del que nadie sabe nada. En las academias que me indicó Martelli y en otras a las que llegué casi por casualidad, los pocos que han oído hablar de la rutina del «Albañil cósmico» creían que era una especie de leyenda urbana, un bulo sobre el único número que el gran Marceau nunca pudo dominar. Pero en Madrid hay un tipo que lo domina. Y cuando lo hace, muere un montón de gente. A los heridos que pude entrevistar, cuando dejan de narrar del horror, se les ilumina la cara la hablar del mimo:

–Era como si cada ladrillo imaginario que pegaba fuera un poema irrepetible o una fotografía tan bella

que no la puedes mirar dos veces sin quedarte ciega –me dijo una señora llena de tubos por todo el cuerpo y que respiraba con dificultad. Me dijo eso y sonreía.

No sé cómo he llegado a El Retiro. Son casi las cuatro de la tarde y si no llevara dentro tantas cervezas, estaría asustado. Muy asustado. Camino entre las heridas verdes de una ciudad orgullosa de su gris perenne y me siento a esperar en un banco. Si el asesino quiere mi piel, que venga. No pienso moverme. No ocurre nada y tengo sed, así que busco un quiosco. Y en el centro de un camino, al doblar un recodo, lo veo.

Un mimo.

Me acerco y comienza a trepar por una pared de cristal que sólo él ve, paso de largo y me sigue, ofreciéndome flores, helados o un plátano de nada que pela meticulosamente. Me detengo, rodeado de objetos que no necesitan existir para ser reales. Miro alrededor y no hay casi nadie. Imito a un tipo que pega ladrillos y el mimo me mira sin comprender, pero me imita y entiendo, sin duda alguna, que no es el «Albañil cósmico» sino otro mimo tocapelotas. Me cerca de movimientos y tengo ganas de pegarle. Tengo muchas ganas de pegarle. Entonces comprendo. Giro y me alejo unos pasos. Me detengo y vuelvo hacia el mimo, que redobla sus aspavientos y me sonríe con su boca pintada. Le dejo un billete de veinte en el suelo y él representa un asombro que es verdadero y ejecuta una reverencia. Cuando la culmina y endereza la espalda, le doy un golpe en la cara y cae. Me quito un sombrero imaginario, saludo y me voy.

El teléfono suena por la mañana y me sigue sorprendiendo que aún no lo hayan cortado. Es el Gato:

–Hice lo que dijiste y espero que funcione, Poe, o tendré que pagarlo de mi bolsillo.

–Dedúcelo de algún soborno, Gato. Y no te preocupes. Funcionará.

Cuelgo y me estiro en la cama. El cuerpo desnudo de la enfermera morena se acurruca contra el mío. La veo dormir. No estuvo mal. Tampoco estuvo bien. A veces, cuando alguien no dice nada, es que no tiene nada que decir. Creo que el destino bebe Mahou. Tenía que haber llamado a la enfermera rubia.

«Cuelgo y me estiro en la cama. El cuerpo desnudo de la enfermera morena se acurruca contra el mío. La veo dormir. No estuvo mal. Tampoco estuvo bien.»

El profesor Martelli me saluda jovial:

–Ya pensé que hoy no vendría. Es casi la hora de la siesta...

–Me retrasé. ¿Quiere lo suyo?

Mira en todas las direcciones y asiente. Saco de la mochila un pequeño termo decorado con la estampa culona del Pato Donald, desenrosco la tapa y se lo acerco. El termo baila con violencia entre sus manos. Lo detengo con un gesto, coloco la pajita de plástico dentro del termo y la acerco a su boca. Sorbe.

–¡Ahh! Esto es vida. Sabe mucho mejor que el de ayer...

– Es mejor. Doce años, profesor. Y escocés legítimo.

–¿Qué celebramos?

–Que encontré al jodido «Albañil cósmico».

Se atraganta pero sigue bebiendo.

–Fue fácil, una vez que comprendí el mecanismo. Un anuncio en los diarios más importantes, solicitando un mimo excepcional para protagonizar un espectáculo por todo lo alto, con gira internacional. Se presentaron cientos, ¡Hasta un tipo en silla de ruedas!, ¿Lo puede creer? Pero al final supe que era él, cuando empezó a levantar un universo de aire, ladrillo a ladrillo. Es fascinante, ¿sabe? De verdad parece que flota...

–¡Tiene que darme sus datos, lo necesito para completar mi enciclopedia!

–Claro, profesor –digo y le alcanzo una carpeta que saco de la mochila.

Revuelve el contenido y palidece. Sigue pareciendo un bebé, pero un bebé muerto:

–Pero, pero...

–Son las víctimas, profesor, el público del «Albañil cósmico». ¿Vio qué gestos? Ese horror no lo imita ni el mejor de los mimos.

Me devuelve la carpeta y le doy el termo. Esta vez no lo ayudo y tarda un buen rato en hacer coincidir la pajita con su boca:

–¿Cuándo lo supo?

–Hace dos días empecé a comprender. Fue en el Retiro. Un mimo me agobió con sus chorradas y tuve ganas de asesinarlo. Entonces me di cuenta de que era imposible que un tipo armado y dispuesto a matar indiscriminadamente no se cargara al puto mimo. Imposible. Salvo que..., espere, que se le vuelca el whisky, así, así está mejor. Decía que la única posibilidad de que el asesino se cargara a todos los que estaban alrededor del mimo, pero no al mimo, era que quisiera matar al mimo y no lo consiguiera. Imaginé a un tipo armado con odio de años y una pistola, apuntando al mimo y vaciando el cargador. Pero el mimo seguía en pie, porque con un parkinson tan agudo como el suyo, la puntería se convierte en lotería, profesor Martelli. Una lotería mortal.

«–Veintidós años, y ya temblaba como ahora, ¿Se imagina a un mimo con parkinson? Marcel Marceau tampoco. Así que tuve que conformarme con seguir las trayectorias de otros, convertirme en un espectador en lugar de ser la estrella...»

Asiente con la cabeza y baja el termo. Busca algo en el bolsillo.

–No se gaste, profesor. Está descargada. La enfermera morena, esa tan guapa, también revisó su cuarto, así que la otra pistola tampoco está disponible.

–Usted no entiende...

–Sí que entiendo, Martelli. He leído los originales su enciclopedia y también hablé con el chaval, el mimo. Entiendo lo que supuso para usted ser el discípulo más brillante de Marceau y al mismo tiempo verse siempre relegado por el maestro. Por eso creó un número que ni siquiera él podía mejorar, lo deslumbró con el «Albañil cósmico» y... cuando estaba a punto de presentarlo al público, se le declaró el parkinson. Tan joven y con temblores en las manos, ¿cuántos años tenía, profesor?

–Veintidós años, y ya temblaba como ahora, ¿Se imagina a un mimo con parkinson? Marcel Marceau tampoco. Así que tuve que conformarme con seguir las trayectorias de otros, convertirme en un espectador en lugar de ser la estrella... ¿Sabe qué impidió que en todos estos años me pegara un tiro?

–¿La mala puntería?

–No sea cruel. Lo que me mantuvo vivo fue el «Albañil cósmico». ¡Nadie, ni siquiera Marcel, podía hacerlo!

–Hasta que alguien pudo.

–Sí. Hace dos años llegó ese chico, se sentó donde usted está ahora, y comenzó a adularme. Dijo que era periodista, que pensaba escribir un libro sobre mí. Se iba a titular «El mimo que venció a Marceau». Fingió ser torpe, descoordinado en sus movimientos y nada interesado en la mímica. Y me convenció para que le contara el secreto del «Albañil cósmico»...

–Y usted, empalmado de vanidad, se lo contó. Lo que no sabía era que el chico era un mimo excelente que representó toda esa farsa para arrancarle el secreto. ¿Cómo lo supo?

–El chico dejó de venir hace meses, pero pensé que estaba escribiendo el libro, ingenuo de mí. Un domingo, los nietos de otro viejo de la residencia comenzaron a hablarle del mimo que habían visto el día anterior en el Retiro. Yo estaba al lado y escuché lo que contaban, la admiración con que describían el número del albañil. Y comprendí que me había engañado.

–Y como no sabía donde localizarlo, empezó a escaparse a la hora de la siesta para recorrer el Retiro en busca del tipo que le robó lo único especial que había tenido en su vida.

Baja la cabeza.

–¿Qué me ocurrirá?

–A su edad, y en su estado, no creo que lo entaleguen, Martelli. Pero mire esas fotos, es su público. Esos treinta y seis muertos lo van a estar mirando cada minuto que le quede de vida. ¿No es lo que quería?

–Si no me hubieran descargado la pistola... Me mataba ahora mismo.

–Ya. Y a otros cinco viejos que estuvieran cerca. Se me ocurre algo mejor.

Saco la bolsita de plástico de mi cazadora y le entrego el pequeño frasco lleno de píldoras celestes vigilando que mis dedos no toquen el cristal. Protejo mis manos con la bolsa, le quito el termo y limpio su superficie de huellas con una toallita húmeda de las que se usan para el culito de los bebés. Coloco el termo entre sus piernas.

–Ya tiene su público y el último número. Seguro que si los de las fotos lo ven tratar de abrir el frasco y tomarse la pastillas con whisky, temblando todo el tiempo, se mean de risa, profesor. Usted decide. Y como no volveré por aquí, le he traído un regalito.

Hago un gesto y detrás de un árbol aparece el mimo. Se acerca con paso inseguro y trata de no mirar al viejo a los ojos. Titubea y tengo que empujarlo. Es más alto y fuerte que el mimo que golpeé en el Retiro, pero sabe que si hace falta lo obligaré a actuar. Empieza a

«Hago un gesto y detrás de un árbol aparece el mimo. Se acerca con paso inseguro y trata de no mirar al viejo a los ojos. Titubea y tengo que empujarlo.»

colocar ladrillos inexistentes que pega con el cemento de las ilusiones, y su silueta me oculta el rostro del viejo pero no sus manos vacilantes, que luchan por abrir el frasco de pastillas. Lo consigue y atrapa unas cuantas. Sube la mano lentamente y sólo dos pastillas caen al suelo, como dos lágrimas celestes petrificadas. No lo veo tragarlas pero sí cómo levanta el termo con las dos manos, mientras el mimo, perdido ya el pudor y la culpa, edifica maravillas de espaldas a mí. La mano temblona baja y repite la operación. Me alejo unos pasos hacia la salida del jardín. El Gato espera fuera, para ser el primer policía en llegar y quitar de en medio las fotos del expediente.

Vuelvo a mirar al mimo y es cierto que parece flotar mientras Martelli repite por tercera vez el viaje zigzagueante de lágrimas petrificadas hasta su boca de bebé que no volverá a nacer.

El mimo se detiene en mitad de un movimiento.

Corro hacia él y le doy una rotunda patada en el culo. Vuelve a flotar.

–El espectáculo debe continuar –le digo.

Y camino hacia el edificio.

Antes de marcharme arreglo una cita con la enfermera rubia y a la morena no parece importarle.

El destino nunca se equivoca.

© Carlos Salem

El autor:

Carlos Salem nace en Buenos Aires en 1959. Ha dirigido diarios como *El Faro de Ceuta* y *El Telegrama* o *El Faro de Melilla*, y colabora con distintos medios de comunicación. Ha publicado los poemarios *Te he pedido amablemente que te mueras* (1986), *Foto borrosa con mochila* (2005) y *Poemas al otro lado de la barra* (2007), y las novelas *Camino de ida* (Salto de página, 2007), que recibió el Memorial Silverio Cañada a la mejor primera novela policiaca de 2007 escrita en español de la Semana negra de Gijón, y *Matar y guardar la ropa* (Salto de página, 2008). Desde 2006 co-dirige el espacio literario Bukowski Club de Madrid. Salem e Inés Pradilla fueron los coordinadores de la antología *Bukowski Club 06-08. Jam session de poesía* (Escalera, 2008). En diciembre de 2008 publicó el poemario *Si Dios me pide un Bloody Mary* (Casimiro Parker) y en abril de 2009 se alzó con el Premio internacional de novela romántica de Seseña con la obra *Cracovia sin ti*. Además, acaba de ver la luz en Salto de Página, su tercera novela titulada *Pero sigo siendo el Rey*. Blog: <http://elhuevoizquierdodeltalento.blogspot.com>

MI NOMBRE EN EL GOOGLE

por Claudia Apablaza

Enciendo el computador. Veo cómo aparece ante mí una foto de Diane Arbus en la pantalla: *Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx*. Es mi fotógrafa preferida. Algunos la llaman sarcástica, otros demente, perversa, retorcida. Yo la llamo mujercita divina. Cada noche busco mi nombre en el google. Hace exactamente tres semanas que no aparece nada nuevo. Esto me irrita, me molesta, me produce mucha rabia. A estas alturas si no apareces en el google, no eres nadie.

Enciendo un cigarrillo, el silencio de mi departamento me agrada y me deja tranquilo. Sólo a intervalos escucho algún auto que pasa y se mezcla con la música de Philip Glass. Me paro y voy a la cocina. Me preparo un whisky con mucho hielo. El cigarrillo se consume mientras intento conectarme a internet. Afuera llueve y los cables de desconectan cuando hay tormenta. ¡País de mierda! Nunca debí haber vuelto del extranjero. *Vuelva a conectarse más tarde, intente denuevo*. ¡País de mierda! Agarro el teléfono, en la empresa servidora aparece una contestadora automática. Recuerdo a un amigo, un escritor que nunca contesta el teléfono, sólo la contestadora automática y además se da el lujo de escuchar a los que lo llaman y no responderle. A veces se burla, se ríe, a veces llora, otras veces se sonroja. Recuerdo también a un amigo que le gusta tener sexo por teléfono. Tuve sexo con una mexicana, me dijo hace unos días. En este país están cada día más tarados: un amigo que se sonroja y llora frente a una grabadora y otro que tiene sexo por teléfono con una mexicana.

La grabadora dice que apriete el número uno si tengo problemas con el servidor, dos si necesito información acerca de mi cuenta, tres si quiero información de los nuevos servicios, cuatro si quiero contratar internet, cinco si quiero comunicarme con una operadora. Aprieto el cinco. La voz es bastante sensual. Incita a llamar siempre y contratar todos los servicios. Recuerdo a mi amigo que tiene sexo con una mexicana y de verdad creo que no es tan tarado. Me excito y pienso que terminaré teniendo sexo con la mujer de la otra línea. Philip Glass suena y el viento golpea las ventanas. *Eistein on the Beach*, disco uno, se confunde con el ruido de afuera y siento cómo el whisky va relajando mi cuerpo. Mi garganta se relaja. Ya no odio a la contestadora. Incluso quisiera

«Vivo solo hace un par de años. Me cuesta decirlo, pero no puedo vivir con ninguna mujer; la verdad es que no puedo vivir con nadie. Graciela, mi última pareja se fue con un vendedor de alfombras exóticas. Siempre buscó la aventura.»

tener sexo con esa mexicana que mi amigo me contó. Debería llamarlo y pedirle su número telefónico. «Nuestras operadoras están ocupadas, espere en línea o vuelva a marcar más tarde». Espero en línea. Nuevamente: «Nuestras operadoras están ocupadas, espere en línea o vuelva a marcar más tarde». La voz de esa mujer, me seduce. ¿Será la mexicana? Espero en línea. Tal vez aparece su voz en tiempo real y la invito a tomar un trago a mi departamento. «Nuestras operadoras...». Cuelgo, tengo paciencia, pero no demasiada. No puedo esperar infinitamente en línea. Debería llamar a mi amigo para pedirle el teléfono. Tomo un trago y enciendo otro cigarrillo. Abro la ventana y veo que la ciudad está dormida. Una luz se enciende a lo lejos e imagino que debe ser una mujer, noctámbula, estará casi desnuda, fumando un cigarrillo y pensando en el hombre que ama. Estará tomando un vodka tónica con dos hielos y escuchando canciones romanticonas: Camilo Sesto o Leonardo Favio.

Vuelvo a sentarme frente al computador. Son las doce de la noche y debería salir a un café internet a ver mi correo y a buscarme en el google. Además hoy me iba a escribir mi editor y me diría si me publicarían mi última novela. Algo me anticipó, que tal vez habría que sacar a un personaje demasiado misógino. ¡A la mierda!, le dije, si lo sacas, me llevo la novela a otra editorial. Debes sacarlo, Mariano Infante, debes sacar a ese misógino. ¡A la mierda, viejito, soy un escritor y no un carnicero! Mariano, debes lidiar con nuestra línea, nuestras colecciones. ¡A la mierda, soy un escritor, no soy carnicero!

Vivo solo hace un par de años. Me cuesta decirlo, pero no puedo vivir con ninguna mujer; la verdad es que no puedo vivir con nadie. Graciela, mi última pareja se fue con un vendedor de alfombras exóticas. Siempre buscó la aventura. En un principio me mintió, me dijo que era escritora y que podríamos

congeniar nuestros caracteres apáticos, que no me preocupara, que me dejaría encerrarme todo un día y escuchar la música que yo quisiera: Stockhausen, Laurie Anderson o algo de jazz ligero. De a poco fue hastiándose. No escribió ni media letra durante los dos años en que vivimos juntos. Luego comenzó a salir de noche, a bares, luego algunos hombres le dejaban mensajes en la contestadora. Se notaba que decía que era soltera. «Graciela, anoche estuviste una diosa» «Graciela, hoy podemos ir al mismo lugar y jugamos a aquello» «Graciela, mañana podría venir a desayunar a mi departamento y luego te vas a tu trabajo». ¡Maldita, nunca le trabajó un día a nadie! ¡Tuve que mantenerla durante dos años! Yo no se lo recriminaba, no le decía nada, no teníamos contrato de fidelidad y sus aventurillas, al principio, me importaban una mierda. Hasta que se fue. Bendito el día en que se fue. Dejé de escuchar esos mensajitos y preocuparme de que no le pasara nada. Dejé de estar insomne, de pasearme dentro del departamento esperando a que llegara, dejé de gastar dinero en ropa de marca y perfumes caros.

Intento conectarme. *Abriendo el puerto. Error 680: No hay tono de marcado...*

Voy hacia la ventana y exhalo aire. Se forma un humo que se dispersa y se fusiona con la neblina. Más allá de esa lucecita, no se ve nada. La única luz, el departamento del frente. Ella se pasea de un lado a otro. Debe esperar a un amante que se fue hace años.

Necesito volver a llamar a la empresa servidora. Levanto el auricular. Un botón rojo pestaña, sé que hay algunos mensajes atascados en la grabadora.

«Vuelvo a la ventana y miro el cielo. No hay estrellas, sólo unas nubes negras que amenazan con tenerme desconectado todo el fin de semana.»

«Mariano, soy Jorge Olavaria, sólo hasta mañana podemos esperar la crítica de *En la frontera*, de McCarthy. Dijiste que la traías hoy al diario. Envíala a mi correo, a más tardar a las once de la mañana. Vamos a despachar a las once cinco minutos, te lo repito: once con cinco minutos.» ¡Imbécil, qué se cree este maldito, no le enviaré ninguna crítica! «Mariano, hola amor, soy Julieta, no me has llamado, ¿qué pasa?, ¿acaso te molestaste por lo que te dije el otro día?» Sí, me molesté, no me gusta que me manden mensajes de texto a las cuatro de la mañana y además que me das lata, pendeja ladilla. «Mariano, hijo, tu

hermano necesita conversar contigo, al parecer te encontró un trabajo estable en una revista, llámalo cuanto antes...» «Aló, Mariano, soy Andrés Cuello, el sábado estaré de cumpleaños, lo celebraré en el bar *Tópico urbano*, espero puedas venir, tal vez puedes traer a tu nueva amiga, esa sueca que me comentaste» ¡Ya les dije que no me interesa andar en bares de nombres estúpidos! ¡Malditos! ¡Menos presentarle a mis amiguitas, ni trabajar en revistas de ciudadanos civilizados! ¡No quiero escuchar más esta maldita contestadora!

Vuelvo a la ventana y miro el cielo. No hay estrellas, sólo unas nubes negras que amenazan con tenerme desconectado todo el fin de semana. Marco nuevamente el número de estos malditos servidores de internet. «Si tiene problemas con el servidor, marque uno; dos, si necesita información acerca de su cuenta; tres, si quiere información de los nuevos servicios; cuatro, si quiere contratar internet; cinco, si quiere comunicarse con una operadora.» Cuelgo. ¡Malditos, yo sólo quiero ver mi nombre en el google!

Hace seis meses que dejé mi novela en la editorial. La aprobaron. Te publicaremos, me dijo mi editor, saldrás en un mes más. Hoy se cumplen exactos los treinta días y nadie ha dicho nada en los medios, salvo una nota de un periodista, cuarenta y dos caracteres: Mariano Infante firmó contrato con una editorial.

Tomo un trago, y mi garganta lo agradece. Soy libre, escucho mi música, publicaré donde quiero y no sacaré los párrafos como los que se dedican a hacer recortes. No soy un carnicero. Tampoco me interesa quién me hablará del otro lado, menos la mexicana que tiene sexo con mi amigo, ni la tipa del frente que se pasea de un lado a otro, ni menos aun Graciela. Sólo me interesa entrar al google y descubrir que alguien ha dicho algo importante acerca de mí. Que publicaré en pocos meses más, que los periodistas se pelearán la primicia, que luego me dará el gusto de no dar ninguna entrevista. Que me criticarán en todos los medios, incluso en periódicos extranjeros.

Llueve. La mujer romántica ha apagado la luz. Estará llorando o masturbándose, quién sabe. Las románticas se masturban mientras fantasean con tipos gordos y desaseados. Tuve una amante que me lo confesó en un acto de locura, en una de esas crisis maniacas de las más severas. Las mujeres

siempre nos masturbamos cuando estamos solas, más aun si llueve y apagamos la luz.

Me sirvo lo último que queda de la botella. En el congelador quedan sólo dos hielos. Disfruto. Enciendo un cigarrillo y la pantalla del computador está hibernando. Aprieto el botón azul y vuelve a aparecer el *Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx*. ¿Seré como él?, pienso. No, Olavarría es como él. Intento nuevamente y esta vez se conecta. ¡Se ha conectado! ¡Ahora sí! Tal vez debería enviar la crítica de McCarthy de inmediato, la tengo lista, corregida, pero no, no lo haré. Olavarría cree que estamos en la época de los esclavos. Le falta la fusta y el caballo para aparecer como el clásico patrón de fundo. La enviaré a otro diario, el viejo Maldonado me la publica sin siquiera leerla. Necesito entrar al google. Me tomo un trago: whisky de primera.

Estoy conectado, primero mi correo. La contraseña y ya está. Tengo diez sin leer, cinco son de Olavarría. Asunto: Urgente, crítica. Los elimino. Otro de Graciela. Asunto: en blanco. También lo elimino. Dos de mi editor. Asuntos: Dejaremos al personaje, no te preocupes, el libro sale a imprenta dentro de la semana. Mi hermano: «¿Quieres trabajar en la revista *Tácito*?». Por último, la sueca: «Quiero verte». Los elimino uno a uno. ¿Está seguro de que quiere eliminar los correos marcados? *Aceptar*.

Ahora iré al google. Directo a mi nombre. Ya habrán salido los primeros rumores de mi publicación. ¡Ahora sí! Seguro estaré en el google. Enciendo un cigarrillo. En la cajetilla sólo me quedan dos. Olvidé comprar de repuesto. Tendré que salir. Afuera llueve y la ventana suena. Cada noche pongo mi nombre en el google y espero que alguien diga algo, que se anuncie mi novela, que se mencione que publicaré dentro de los próximos meses, pero nada. El encargado de prensa de la editorial se dedica a tomar café con las periodistas. Lo he visto llevarle libros a algunas chicas en los cafecitos de Providencia. Seguro el muy desgraciado dice que va a reunión.

M-a-r-i-a-n-o - I-n-f-a-n-t-e. Tecleo. El cigarrillo se consume. Aprieto enter... ¡A la mierda, se demora! Enter. Enter. Enter. Enter, enter, enter. ¡A la mierda!

Acción cancelada. Internet no pudo vincular a la página web solicitada. Puede que la página no esté disponible temporalmente. Pruebe lo siguiente: Haga clic en...

¡Se desconectó! ¡A la mierda!

Agarro el teléfono. «Si tiene problemas con el servidor, marque uno; dos, si necesita información acerca de su cuenta, tres si quiere información de los nuevos servicios, cuatro si quiere contratar internet, cinco si quiere comunicarse con una operadora.»

Cinco.

«Nuestras operadoras están ocupadas...»

¡A la mierda!

Un trago, otro. Mi cabeza da vueltas. Philip Glass, *Einstein on the beach*, disco dos.

Al seco, el último trago, mastico los hielos, se derriten en mi lengua, mis dientes hacen cric, cric, crac. Mi cabeza da vueltas y cric, cric, crac.

Mi nombre. Enter. ¡A la mierda! Mi nombre. Enter. ¡A la mierda! Última vez, cierro los ojos, pido que esta vez sea, escribo mi nombre. Enter. ¡Eso es! ¡Esta vez sí! ¡Hay cuatro nuevos links! ¡Eso! ¡Seguro a este imbécil lo pillaron y le prohibieron salir a sus reuniones! ¡Lo habrán amenazado con despedirlo! ¡Hay cuatro nuevos links!

«Por fin aparece el gran Mariano Infante, triunfa en las tablas del teatro de *La esquina*, la joven promesa chilena...»

«Una velada espectacular, Mariano Infante, joven actor...»

«... gracias a su maestro, está donde está, declara Mariano Infante en entrevista exclusiva después de su primera actuación en...»

«... Mariano Infante, joven actor, hoy debuta en Chile y...»

¡¿Qué pasa?! Me están agarrando el pelo, seguro me están agarrando el pelo.

¡¿Quién mierda es este pendejo?! ¡¿Quién mierda se atreve a llamarse Mariano Infante?!

Suena el teléfono. Miro la pantalla, es mi editor. No voy a contestarle. «Mariano, ¿estás ahí?, ¿cómo estás? Sucedió algo inesperado. Sucedió algo no muy bueno para tu carrera literaria. Hoy apareció en todos los medios un tipo que se llama igual que tú, es un actor, un tipo de unos treinta años... un aparecido... bueno, pero estaba pensando si en tu novela agregamos además de Infante, tu segundo apellido... llámame, que la novela va a imprenta el viernes y tenemos que resolverlo pronto... No es tan terrible tener que agregar tu segundo apellido, ¿o no?». ¡A la mierda! ¡Cagué! Escucho cómo los autos pasan por la calle, un bocinazo, otro, otro, miles de bocinas. Unos tipos se ríen. ¡Estarán celebrando el triunfo de Mariano Infante a secas, el actor, sin segundo apellido! Miro por la ventana y mi vecina, la llorona, tiene encendido su televisor. La muy tonta lo habrá encendido para ver las noticias de medianoche y enterarse de lo último de Infante. No tengo televisor. Enciendo la radio. Siento que mi boca se seca. Siento la rabia, la decadencia de mi carrera literaria. Ese maldito debe morir. ¡No!, pasará a ser un mito, lo adorarán y venderán chapitas para las colegialas. ¡No!, pero sí, debe morir. Busco la Cooperativa. Seguro ahí dirán algo. No me equivoco: «Hoy triunfa en las tablas Mariano Infante, joven promesa, actor, estudió en Francia y hoy vuelve a Chile y debuta con su obra *Momias*, del cual es director y actor.» ¡Imbécil! «...en entrevista exclusiva con cooperativa dijo acerca de su carrera: bueno, lo primero es que no quiero que me confundan con el escritor...» ¡Maldito! «...ya me lo han preguntado varias veces, yo soy Mariano Infante a secas, creo que él firma sus libros con su segundo apellido» ¡Mentira! ¡Maldito! «... bueno, desde que llegué a Chile he sido muy bien recibido. El movimiento cultural y la diversidad en Chile es maravillosa...» ¡Hueco de mierda! «... me he encontrado con muchas sorpresas, carreras de gestión cultural, diplomados...» ¡Este es un imbécil! ¡Me están tomando el pelo! ¡No podré publicar, me asociarán con este imbécil!

Vuelvo al google, lo necesito. Entraré a cada una de esas páginas. Ahí debe salir algún contacto de este pendejo. Voy a salir a buscarlo. Debe andar celebrando en los bares de Lastarria o en los bares ultra urbanos y electrónicos. Voy a abrir cada uno de los links que encuentre. Buscaré una foto. Aquí está el desgraciado, es atractivo, delgado, viste de negro, peinado punk, debe andar con la misma ropa que sale en la foto, quizás ya tuvo sexo con mi vecina y la mexicana juntas. Voy a salir a buscarlo, ¡Maldito! ¡Él deberá usar su segundo apellido, él viene llegando, yo no, yo soy Mariano Infante y tengo mi prestigio en este país!

«Vuelvo al google, lo necesito. Entraré a cada una de esas páginas. Ahí debe salir algún contacto de este pendejo. Voy a salir a buscarlo.»

Marco el número de Patricia, actriz, ella debe saber de este tipo. Aló, Patricia. Estoy ocupada, Mariano. Patricia, es urgente, debo preguntarte algo. ¿Qué sucede?, dime rápido que estoy ocupadísima. ¿Conoces a un actor que se llama Mariano Infante y que llegó hace unos días a Santiago? ¿Para eso me llamas, imbécil? No conozco a ningún otro imbécil llamado Mariano Infante. Tuuuuuuuut.

Llamaré a Olavarría o al viejo Maldonado, editores de cultura. Ya habrán hecho el contacto con él, y mañana sacarán la exclusiva en sus diarios. Ellos sabrán, seguro. El whisky se acabó, necesito un trago. Creo que queda algo de ron del fin de semana pasado. Lleno el vaso. Un sorbo, sin hielo. Está dulce, tibio. Un sorbo largo, larguísimo. Me sé el número de memoria. Aló, Olavarría. Mariano, por fin apareces, tenemos ese compromiso con la editorial, debes enviar la crítica ahora, ¿recuerdas el canje que hicimos con la editorial? Te llamo por otra cosa, te enviaré la crítica... ¡La quiero ahora en mi correo o te olvidas que seguirás colaborando! Dame el número de teléfono de Mariano Infante ¡¿Te volviste loco huevón? ¿De qué hablas?! ¡¿Crees que me tomarás el pelo para no enviar la crítica?! Tuuuuuuuuu

Aló, viejito, viejito Maldonado, tú me vas a ayudar, necesito el número de Mariano Infante, necesito el número de ese maldito. Mariano, tranquilo, estaba esperando que me llamaras. Anota... Hotel Victoria, habitación 32, teléfono tanto y tanto. Gracias, viejo. ¿Te interesa una crítica de McCarthy? ... Te la envío, gracias viejo.

Bienvenido al Hotel Victoria, si conoce el anexo, mármelo. Otra caliente más en las grabadoras, seguro será la mexicana multiplicada por mil. Tuuuuuuuuuuu. Me sirvo otro ron.

No sé aun lo que le diré a este pendejo. Es difícil enfrentarse a los cuarenta y cinco años con una situación así. Otro trago. Camino de un lado a otro. Gracias. Digo gracias mirando el cielo. Veo de lejos la

luz de la ventana de mi vecina romántica que parpadea, y siento deseos de ir a buscarla y darla vuelta en mi cama. Ella será mi madre y me consolará esta noche.

Bienvenido al Hotel Victoria, si conoce el anexo, márkelo. Anexo 32.

Aló, aló... ¿quién es?... Aló, aló... Tuuuuuuuu

Imprimo la foto de Infante. El último trago de ron, está tibio, el último, el penúltimo, el último y ya está: todo al seco. Salgo. La mujer romántica debe ser insomne, la muy caliente seguirá masturbándose. La luz aun está encendida. Tomo mi paraguas, las llaves de mi auto, mi abrigo. El abrigo está húmedo. Dejaré encendida la luz del comedor para que la romántica crea que no está tan sola en este mundo. Todos los demás departamentos están apagados. El computador está hibernando.

En el auto, a todo volumen Nickita Serrano. Acelero, una luz en rojo, paso, otra y me detengo. Miro hacia ambos lados y paso. Otra roja y una amarilla. Un peatón se me cruza, casi lo atropello, pero lo esquivo al límite. Llevo mi celular. Me aseguro de que este imbécil esté ahí. Bienvenido al Hotel Victoria, si conoce el anexo, márkelo. Aló, aló... diga quién es... Aló. Tuuuuuuuuu. ¡Es este imbécil!

Tomo Bilbao y bajo a toda velocidad. Veo, de lejos, que los pacos están en la esquina controlando. Bajo la velocidad. Subo la música. Ellos me miran. Me observan, me miran, me miran y no me detienen, me miran y no me detienen. «Casi», imagino estúpidamente. Bajo la música y subo la velocidad. Voy a noventa, a cien, ciento veinte kilómetros por Bilbao a buscar a este maldito pendejo de mierda que me ha robado el nombre. Una luz roja, la paso, otra y vuelvo a pasarla. Hotel Victoria, calle Monjitas. Me estaciono a dos cuadras. Me bajo del auto y tomo mi paraguas, estoy tranquilo, ahora debo dejar que las cosas sucedan.

*«Siento cómo el ron
sube a mi cabeza, la
mezcla de whisky y
ron no es la mejor.
Siento cómo mi cabeza
hierve a ochenta
grados. El google,
maldito Google.»*

Bienvenido al Hotel Victoria, si conoce el anexo, márkelo. Anexo 32

Aló... ¿¿Vas a contestar o pido que la operadora me reconozca el número, y luego llamamos a los pacos?!

Tuuuuuuuut

Suena mi teléfono. Este pendejo habrá reconocido mi número. Miro la pantalla y es Olavarría. ¿¿Qué quieres?! Estás despedido. ¿Cómo que estoy despedido? No me has enviado la crítica, marqué tu número

fijo y no estabas. ¡Borracho! Seguro que mañana a las once de la mañana estarás hecho un trapo y me llamarás diciéndome que estás con mal de amores, que eres un pobre abandonado, y etcétera, etcétera. No, Mariano Infante, ahora te la verás con la editorial. No te publicarán, ya que debes más de diez críticas y los libros los arrumbas junto a tu computador y los lees por placer. Este es un trabajo, alcohólico de mierda. ¡Yo publico donde quiero, Olavarría! No creas que es por ese canje ordinario que me van a publicar. ¡Hasta pronto, viejo! Tuuuuuuuuuuu

Siento cómo el ron sube a mi cabeza, la mezcla de whisky y ron no es la mejor. Siento cómo mi cabeza hierve a ochenta grados. El google, maldito google. Este Infante me las va a pagar. Ese Infante va a desaparecer hoy de la tierra y se irá derecho al infierno. Siempre estuve preparado para matar a cualquiera que se me cruzara en el camino. Mi carrera literaria, mi nombre en el google, mi nombre en el google es mío. Mañana aparecerá muerto en los diarios, en la cooperativa, en la tele, y deberán poner su nombre completo. Decir que era el actor aparecido y no Infante, el escritor de renombre. Mariano Infante tanto y tanto, el actor, murió de una bala que intersectó su cráneo medio a medio. Los sesos quedaron desparramados por el departamento en donde se quedaba durante su visita a Chile. El mayordomo del hotel dice no haber visto nada. Las mucamas dormían y probablemente los demás turistas estaban ebrios en el bar del Hotel. Se teme sea el asesino de hombres famosos. Se teme que vuelva a atacar en los próximos días. ¡Imbéciles! Pero estaré yo, el único y real Mariano Infante, estaré para decir quién soy realmente. Me publicarán de un día para otro. Seré el que vivió y sobrevivió y además el que vende por montones. Mi nombre no se topará con el de un muerto, porque de los muertos no se habla demasiado, dicen los cristianos. Y el lolito que vino a probar fama a su país después de ir con una beca al extranjero será olvidado porque la información va demasiado rápido. Y me encargaré yo mismo de que se olviden de él y de sus nuevas costumbres extranjeras. Taparé su fama post mortum con excelentes críticas a escritores norteamericanos o europeos: Philip Roth, Anne Marlowe, Paul Auster, John Banville, Bernard Schlink y Gabrielle Wittkop. Estaré serenísimo escribiendo todas las

críticas que debo y los cuentos por encargo que tengo para las antologías temáticas: cuentos de ciudad, cuentos eróticos, cuentos de invierno, cuentos de muerte, cuentos de desamor y de sexo, cuentos de países y de aeropuertos.

Camino. Buscaré antes un café internet abierto. Debo corroborar lo que pasa. La lluvia moja mis zapatos de cuero y siento cómo traspasa mis calcetines. Estoy ebrio. Veo que las luces de la ciudad están apagadas. Nadie en la calle. Debo entrar a internet. La romántica y la mexicana pensarán sólo en mí. Estaré en el google. En este país de mierda si no apareces en el google, no eres nadie.

Camino y no encuentro nada abierto. Me mojo los zapatos y mis calcetines absorben el agua. Camino hacia mi auto. De lejos veo el letrero del hotel Victoria. Miro hacia el tercer piso y las luces están apagadas. Tal vez debería volver a llamar y cerciorarme de que este pendejo está ahí, y que además está solo. De pronto puede estar con una mujer montada sobre él y también tendré que eliminarla a ella. El ron está en mi cabeza. Ochenta grados. Tiemblo y siento algo de sueño. Podría dormir de pie. Podría agarrar la pistola y lanzar tiros al aire, luego correr hasta mi auto y dejar esto abandonado. Un auto pasa y se estaciona cerca mío. Camino. Dos tipos se bajan y me miran sospechosos. Camina en dirección al hotel Victoria. Los observo, uno de ellos a mí. Tal vez vienen por Infante. Tal vez Infante tiene guardespaldas y estos son. Tal vez Infante los ha llamado porque tiene miedo. Camino en dirección a ellos. Caminan más rápido y entran al hotel. Estamos los tres en recepción. El mayordomo se ha dormido. Cabecea. Estos tipos deben alojarse en este hotel. Subimos al ascensor y yo me bajo en el tercero, ellos también. Entran a la pieza 33, yo sigo y busco el 32, el de Infante. Departamento 38, 36, 34, departamento 32. He llegado. No golpeo. No toco el timbre. La manilla de la puerta se abre, está sin seguro. Entro. Lentamente voy tanteando qué sucede aquí adentro. Enciendo una luz. Primero la cocina, está frente a frente a la puerta de entrada. No hay nadie.

Aló, aló, ¿hay alguien aquí? Temo encontrarme con desconocidos. Aló. Enciendo la luz del comedor. Miro debajo de la mesa. Aló. Aló, ¿hay alguien aquí? El teléfono suena. No contesto. Voy al dormitorio. No hay nadie. He llegado. Por fin he llegado al departamento. Mi cabeza da vueltas. En ron no ha bajando. Encima del escritorio está el computador hibernando. Lo enciendo. *Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx*, de Diane Arbus, mi fotografía preferida. Intento conectarme a internet. ¡Mierda! *La página web solicitada no está disponible sin conexión. Haga clic en Conectar para ver esta página.* Miro por la ventana.

Necesito buscarme, encontrarme en el google. Soy Mariano Infante. Hace tres semanas que no aparece nada nuevo. Intento conectarme. Mi cabeza da vueltas. *Vuelva a conectarse más tarde.* El teléfono suena, miro el visor, es Olavarría. Aló, Infante, te he llamado toda la noche. *Haga clic en Conectar para ver esta página.* ¿Me enviarás la crítica de McCarthy? ¿Dónde estabas? ¿Por qué no me contestabas? ¡Seguro dormías completamente borracho, como siempre! Cuelgo. *Haga clic en Conectar para ver esta página.* Abro la ventana, tomo el vaso, mi mano agarra fuerza y lo tiro sobre el poste de luz, que seguro es el que conecta los cables a internet. Suena como una bala apresurada, como el inicio de una pequeña guerra. Del frente, se abre la ventana del único departamento que permanece todas las noches encendido, mi cabeza da vueltas, se abre la ventana, y no era una vieja romántica, es un anciano, que me mira asustado, y me grita que soy un imbécil, que si tengo algún problema de personalidad.

© Claudia Apablaza

La autora:

Claudia Apablaza (Chile, 1978). Estudió Psicología y Magíster en Teoría Literaria en la Universidad de Chile. Hizo estudios de Escritura Creativa en la Universidad Autónoma de Barcelona y en el Ateneo Barcelonés. Ha publicado el libro de relatos *Autoformato* (Lom ediciones, 2006. www.lom.cl). Ha obtenido el Primer lugar en el Concurso de Cuentos de la Revista Paula 2005, primer lugar en el Concurso Filando cuentos de mujer (Asturias, España, 2004), primer lugar en el concurso de Cuentos del mundo Rural 2003, entre otros. Ha publicado en las antologías *Pozo* (Lanzallamas, Chile, 2006), *Mi nombre en el Google y otros cuentos* (Alfaguara, Chile, 2005), *Lenguas: Dieciocho jóvenes cuentistas chilenos* (J.C. Sáez Editor, Chile, 2005), *Que el libro sea la llave* (Asterión, Chile, 2004), en revistas y sitios web. El año 2006 obtuvo la beca de residencia en el extranjero que otorga el Ministerio de Cultura de Chile. Su novela *Diario de las especies* fue publicada el 2008 en Ciudad de México por la editorial Jus y en Santiago de Chile por Lanzallamas. Blog: <http://claudiaapablaza.blogspot.com>

SEXO, CÁRCELES Y UN SOPLO EN EL CORAZÓN

por José Antonio Lozano

Es difícil hablar con la boca llena, sobre todo si lo que tienes dentro es una polla que apenas te deja respirar. La notas bajando por la garganta sin dejar sitio para las arcadas, las mandíbulas a punto de desencajarse por las violentas embestidas de la pelvis de un cliente que se entretiene mirando la televisión mientras me empuja una y otra vez hacia su tripa, agarrándome la cabeza con las dos manos sin darse cuenta de que está a punto de asfixiarme.

Consigo que me mire por un momento gracias a que atraigo su atención con unos sonidos guturales que han debido de sonarle extraños. Saliva, carmín y un líquido blanquecino componen un cuadro abstracto a medias entre su miembro y mi cara. Las lágrimas no han llegado hasta él. Tío, casi me matas, acierto a decirle con un hilo de ronca voz. Perdona, date la vuelta, me ordena desde muy lejos. Me penetra por detrás, jadeando de placer mientras yo miro en la tele de la habitación, que huele a pis, pachulí y sardinas podridas, a una rubia tetona vestida de rosa que me intenta convencer de las bondades de un pene de plástico azul que vibra para llevarte al mayor orgasmo que hayas conocido jamás. Ya te diría yo por dónde meterte el juguetito, cacho puta.

Está siendo una noche de tantas, lencería provocativa bajo un abrigo de piel más falsa que una carta a Papa Noel con cuarenta años, bolso con condones de todos los colores y sabores, un spray antivioladores y a pasar frío en cualquier calle mal iluminada de un barrio que se cae a pedazos. He terminado con el gordo que ha entrado y salido por todos los orificios que su mujer ni imagina que tiene, me ha pagado lo convenido y se ha marchado, sin decir ni adiós, después de haberse limpiado el colgajo en el lavabo. Ahora me toca a mí componerme de nuevo, me lavo como buenamente puedo, me pinto los labios de rojo intenso, me maquillo para ocultar el moratón de la mejilla, me pongo desodorante, me echo perfume para marear a un ejército de catadores de vino. A la calle, aún queda mucha noche.

Saludo a los moscones de siempre que se contentan con mirarme de arriba abajo y robar de vez en cuando la imagen de mis tetas, enseñadas a los usuarios potenciales que pasan por allí, con la que irán a meneársela al callejón. Me están matando las botas de látex hasta la rodilla, ya le dije a la compañera que me iban pequeñas. Póntelas, mujer, te quedan muy bien y te dan un aire sofisticado. Esta noche te forras, me había dicho riéndose con toda la boca bien abierta, te forras que te lo digo yo.

«Saludo a los moscones de siempre que se contentan con mirarme de arriba abajo y robar de vez en cuando la imagen de mis tetas, enseñadas a los usuarios potenciales que pasan por allí, con la que irán a meneársela al callejón.»

Va pasando el tiempo y no consigo alquilarme, grupos de borrachos que me dicen alguna obscenidad y se van para no volver, la policía de patrulla que no para ni un momentito para desahogarse, yonkis demacrados que buscan dónde dar el palo. Entonces le veo, a lo lejos, el cuello de la chupa levantado y una bolsa de deporte al hombro. Tiene buena pinta y parece formalito. Se acerca y confirmo la primera impresión, es guapo y clava su mirada en mi cuerpo. ¿Vamos?

Me agarra la cintura mientras subimos por la escalera oscura de la pensión. Huele bien, parece recién duchado y dice pocas palabras en un acento que no consigo distinguir. Al cerrar la puerta de la habitación suelta la mochila y se queda con la espalda pegada a la pared. ¿Qué quieres que hagamos? Parece nervioso y respira aceleradamente al ver cómo me quito el abrigo y lo cuelgo en la percha de la pared. Noto su mirada en mi culo. ¿Te gusta? Me acerco hasta él y con una mano le quito la cazadora y con la otra le invito a que compruebe al material que ha comprado. Siento crecer su entrepierna al mismo tiempo que recorre mi espalda hasta encontrar el cierre del sujetador. Me aprieta con fuerza contra su pecho y mete su lengua en mi oreja por la que noto un quejido mezclado con placer y derrota. ¿Ya? Se separa de mí mirando al suelo, casi puedo notar su vergüenza. No me había pasado nunca, me dice en

voz baja levantando sus ojos hasta mis pezones. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Acabo de salir de la cárcel.

No sé porqué todos los tíos raros me tocan a mí. Me dice que no tenga miedo, que mató a un hombre pero hace ya mucho de eso, más de veinte años. Si quieres me voy. ¿Otra vez? le digo, y los dos nos reímos de verdad, por primera vez en mucho tiempo. Límpiame en el lavabo, no hay prisa, podemos esperar. Tengo una mezcla de curiosidad y temor por ver cómo folla un hombre con la libertad recién estrenada. ¿No te habrás escapado? Entonces me habla del atraco a un banco, un vigilante que cumplió con su deber, tres disparos y una huída que no llegó muy lejos, frustrada cerca del barrio de chabolas en el que creció como un perro. Celda de aislamiento, mira las paredes de mi habitación tan parecida, yo no tenía ni un espejo, la rabia, los castigos, los intentos de fuga, las palizas, la soledad, un ventanuco y cuatro rejas que iban bailando reflejadas en los muros con el paseo del sol. Ven, siéntate.

Me cuenta con las palabras atropelladas, ahora que se abre el recuerdo, que pasó frío, calor, miedo, hambre... Que vio morir a muchos compañeros, de sobredosis, ahorcados, de pena. Él se propuso resistir y juró que saldría de allí con la cabeza alta. Empezó a dibujar, siempre le había gustado, y a leer, a pintar, a escuchar música. Un director de prisión que cree en la reinserción y unos funcionarios que no le veían como un peligro le ayudaron a aguantar. Le encargaron pintar un mural en el patio, le permitieron tener un walkman convencidos de que las cintas no suponían ninguna amenaza, le animaron a leer, poco a poco, los tebeos que nunca tuvo, los clásicos juveniles, literatura de verdad al cabo de

«Me cuenta con las palabras atropelladas, ahora que se abre el recuerdo, que pasó frío, calor, miedo, hambre... Que vio morir a muchos compañeros, de sobredosis, ahorcados, de pena.»

pocos meses. Crimen y castigo. Te estoy aburriendo. No, no, por favor. Sigue hablando. Me pongo el abrigo por los hombros, tengo el frío hundido en las costillas.

¿De dónde eres? Ya no soy de ningún sitio, tantas cárceles, qué más da. ¿Qué piensas hacer? Me habla de unos músicos que le ayudaron a seguir adelante más de una vez. Sólo hicieron un disco y desaparecieron. Podrían estar muertos, a lo mejor alguien les quitó la vida, o enfermaron y se desvanecieron en algún hospital. No concedieron entrevistas, ni apenas conciertos, todo lo que querían decir lo habían dicho ya. En Internet no hay más que una foto suya, en blanco y

negro, desenfocada, paseando por una playa llena de nubes bajas. Uno mira hacia el suelo y el otro vuelve la cabeza como cuando escuchas que alguien grita tu nombre. Un instante para la eternidad.

Me entran unas ganas locas de abalanzarme sobre él, morderle el cuello, quitarle el cinturón y sentarme sobre sus piernas como en un potro salvaje. Pero no lo hago, le pregunto si quiere que sigamos con lo nuestro. Me mira, me sonrío y dice que no, a lo mejor otro día. Además no tiene dinero para pagarme. Es tarde, mejor me voy, dice levantándose de la cama y acercándose a recoger su bolsa. Se agacha, abre la cremallera y saca un viejo walkman con una cinta dentro. Dice que es para mí, que escuche la música, él ya no la necesita. Él ya es un hombre libre. Quiero besarle, abrazarle, pedirle que no se vaya, yo también necesito ser libre. Llévame contigo, pienso cuando un portazo retumba en la habitación.

Acaricio la pequeña caja gris que me ha dejado, me pongo los auriculares, me tumbo en la cama y miro al techo como tantas otras veces. Un soplo en el corazón, escrito a bolígrafo con una letra nerviosa en la pegatina de la cinta, le doy al play mientras me voy quedando dormida entre cohetes naranjas, estrellas de plata, chicos que pasean en equilibrio al borde de la piscina, aviadores, rascacielos, inviernos en Lisboa y veranos en los que enamorarse, lluvia tras el cristal de una vida aburrida, viajes al círculo polar con infinitos abedules de hermosura incomparable donde siempre te querré, bailes en silencio con palabras nunca dichas por temor, risas infantiles con sabor a limón, un mapa para iniciar un viaje y alguien que se fue sin tan siquiera decirnos su nombre.

© José Antonio Lozano

El autor:

José Antonio Lozano (Zaragoza, 1969). Licenciado en Derecho y un amante de la Literatura y el Arte en general. LLevo escritos unos cuantos relatos, participado sin éxito en otros tantos concursos, y heridas varias en la batalla con las editoriales esperando ver publicado mi primer libro. Mientras tanto, canalizo mi inspiración a través del blog: jalozadas.blogspot.com.

TRES MICROCUENTOS

por Jesús Esnaola

EL HATILLO

Aquella misma noche, tras escuchar la decisión de Marta, subí a la azotea de casa con el fusil de precisión que usaba cuando iba de caza mayor. Saqué los prismáticos y miré con ellos alrededor de todo el edificio, intentando descifrar cuál sería la ruta más probable.

Hasta el amanecer no las oí acercarse. Venían dos juntas. Aguardé a que se separaran. Todo se complicaría mucho si no lo hacían. Tras unos segundos de tensión, una de ellas viró hacia el sur mientras que la otra siguió directa hacia mí. Cargué el fusil. Coloqué la rodilla derecha en el suelo y encajé bien la culata en mi hombro. Un disparo. Tal vez no me diera tiempo de hacer dos.

Apareció su cabeza en la mira telescópica. Contuve la respiración y mi dedo índice apretó suave el gatillo. La cabeza de la cigüeña reventó y el hatillo que llevaba en el pico con mi hijo, con nuestro hijo dentro, se precipitó al vacío. Cuando estaba a mitad de camino del suelo, desapareció como la pólvora de un fuego artificial pero sin luz, sin ruido.

* * *

EL NIÑO Y LA GUERRA

El sargento Romero entró en la casa acompañado por dos de sus hombres. En el interior encontraron a la que debía de ser la abuela del chico.

—¿Dónde está su nieto, abuela? Lo necesitamos.

La abuela miró tranquila a los soldados y les indicó con la mano unas sillas, para que se sentaran, a la vez que respondía que el niño no estaba en casa. El chico era conocido en todo el pueblo como el chicoquesabíadónde caerían las bombas. Nadie sabía por qué, pero no era difícil imaginarlo.

La vieja intentaba ser atenta con los soldados pero estaba muy fatigada y, a veces, daba pequeños cabezazos y se le cerraban los ojos. Romero decidió ignorarla e hizo señas a sus hombres para que miraran en las habitaciones.

Un minuto más tarde los dos volvían sin haber encontrado al chico, pero no hizo falta que se lo dijeran al sargento porque éste ya oía el silbido de la bomba que la vieja estaba esperando y el niño había previsto hacía un rato

* * *

LAS HORMIGAS

El arcén es ancho, el tráfico escaso y la distancia que deben recorrer es corta así que la monitora organiza a los niños por parejas, cogidos de la mano. Los instruye para que no se suelten, no rompan la fila y no arrastren los pies por la calzada de tierra. No quiere quejas de los padres por devolver a los niños cubiertos de polvo. Marcos y Ana son los últimos de la fila. A Marcos le gusta chingar y hacer rabiar a Ana. Le dice «Ana marrana» siempre que puede para molestarla. Aun así obedecen y van de la mano sin chistar. Cuando han recorrido unos cien metros Marcos ve en el suelo una hilera de hormigas. Se pone de cuclillas y las mira, curioso. Ana mira hacia atrás y tira de él para que siga andando, pero Marcos la ignora y ella se zafa de la mano del niño, corriendo hacia el grupo. Marcos coge un palito y, con él, rompe la hilera de hormigas lo que hace que éstas se desorganicen y comiencen a trazar círculos sin sentido. Sonríe. No se da cuenta de que a su lado ha parado una furgoneta blanca con la puerta corredera abierta.

© Jesús Esnaola

El autor:

Jesús Esnaola Moraza (Donostia, 1966), vive en Barcelona desde 2004. Durante el pasado año quedó finalista del concurso Relatos en Cadena de la SER, recibió una mención especial en el 3º Concurso TMB de Relato Corto de Barcelona, y quedó finalista en las ediciones VII y IX del Diomedea de Relato Mínimo, convocado por la "Bitácora de Sergi Bellver". En la actualidad trabaja para terminar su primer libro de cuentos. Blog: <http://frankensteinsupongo.blogspot.com>

MUÑÓN DE CERDO

por Gonzalo Martín de Marcos

Miraba la escena desde la puerta abierta, escépticamente recostado sobre la jamba. Mi madre y su madre conversaban sobre él, de espaldas a mí, de manera que yo alcanzaba a ver su rostro sobre la almohada, marcado por el terror y el desamparo. Tras de mí, se abrían los pasillos oscuros y larguísimo, estrechos y de elevados techos, cielorrasos perdidos en la misma penumbra de las alturas. Pero en mí no había temor ni compasión, sino negligencia estudiada y despectiva, y el rencor alimentado durante dos semanas de vacaciones desastrosas. Un rencor que por fin hallaba un hecho donde aliviarse y expresarse. Porque yo no me creía nada, nada en absoluto de toda aquella patraña. Una más. Una nueva y distinta. Eso sí: mejor, apropiada y bien forjada, lo admito, sobre el escenario de aquel hotel siniestro y nocturno en donde habíamos desembocado. Porque en nuestra huida por las carreteras, aquellas dos mujeres solas y enemistadas, se aliaron finalmente en la madrugada de Zaragoza para encontrar un hotel donde alojarnos. Pablo, el hermano pequeño, dormía pacífico en una cama arrinconada, tras una noche larga, la altura de cuyas horas no me importaba mientras miraba la escena desde la puerta. Madrugada excepcional aquélla, cuando me sentí crecer porque el miedo del desvelo lo desterré por fin.

Aquel verano nos unimos mi madre y yo, su madre y amiga y ellos dos. Enrique mayor que yo, apenas un año o dos; Pablo menor, bastante menor, aún detrás del umbral de la inteligibilidad de las cosas, de los recovecos de las miradas. Inocente y risueño a mis bromas infinitas y fáciles que lo hacían retorcerse en su asiento del coche de la amiga de mi madre. Y Enrique más allá, huraño y reconcentrado en el exterior de la carretera y los campos que veíamos pasar bajo una lluvia incesante que nos perseguía y se extendía tras nosotros cubriéndolo todo en la última quincena de agosto. Un otoño anticipado y una suerte funesta, que nos malogró las vacaciones porque nos impidió, para empezar, bañarnos en ninguna playa, que era nuestro plan inicial.

Porque llovía con una persistencia digna de otra época y otro tiempo, y para colmo hacía frío, y viajábamos desapercibidos: pantalones cortos, sandalias sin calcetines. Por eso huíamos y mirábamos las predicciones y la amiga de mi madre dirigía su coche siempre de espaldas a las borrascas que nos seguían. Y en su ceño, desde el asiento de atrás, veía yo adensarse un humor parejo al del cielo, y unas ganas de buscar en quién descargar. Y Pablo reía, reía desaforado y extemporáneo, porque nadie más reía en aquel coche. Su hermano reproducía en su lugar una cólera paralela a la de su madre y yo lo advertía, y me solazaba con un impulso poco menos que sádico en acrecérsela, porque hacía reír más a Pablo a base de cosquillas y morisquetas y auténticas memeces. Mi madre, podía yo adivinarlo sin ni siquiera verla, sufría por la violencia adulta de las situaciones comprometidas. Pero se regocijaba conmigo, y el júbilo que desataba en Pablo, aunque se guardase de alentarme, la alegraba, por verme finalmente reír y contento, aunque fuera con un niño más pequeño. Aquello la compensaba, y ahora creo que todo hubiera sido peor en la rendición total a la hosquedad del cielo y a la de aquella mujer y de su hijo mayor.

Para ser justos, ellos habían sufrido también. Sufrían por la lluvia, sí; por el fracaso de unas vacaciones en un encierro móvil; por la compañía enojosa de una madre y un niño con menos dinero que imponían reducciones y ahorros en los alojamientos y en las estancias y en los restaurantes. Pero iniciaron el viaje lastrados de más graves dolores. La madre era azafata. Eso lo recuerdo bien. También recuerdo con nitidez que pese a su acomodadísima situación estaban marcados por una desgracia atroz. Su soledad, desde este punto de vista, no era equiparable a la nuestra. El padre, en un pa-

«Para ser justos, ellos habían sufrido también. Sufrían por la lluvia, sí; por el fracaso de unas vacaciones en un encierro móvil; por la compañía enojosa de una madre y un niño con menos dinero que imponían reducciones y ahorros en los alojamientos y en las estancias y en los restaurantes.»

sado próximo y no sé si anterior a nuestra relación, había muerto. En una acción absurda e inexplicable, había sacado la cabeza por la ventanilla del auto que conducía. Era de noche y circulaba por una carretera estrecha de doble sentido. Un camión que venía de frente, lo decapitó. La secuencia, desnuda, es así. No hay modo de aliviar la crudeza de aquella orfandad. Siempre imaginé aquel accidente como algo limpio. No un choque, sino un contacto breve, una proximidad excesiva, un cruce tangencial, que el conductor del camión pudo ni llegar a sentir. Tan definitivo, a cercén. Inconcebible al mismo tiempo, sin embargo, para mi capacidad infantil. Por eso mi madre siempre me advertía de que no sacara una mano ni un brazo por la ventanilla del coche en nuestros viajes por los inviernos de la meseta. Y aunque ella no lo mencionaba, yo sabía que lo tenía en mente, y yo recordaba aquel encuentro atroz que no vi sino en el relato de mi madre, en la noche de una carretera de los ochenta, entre el coche rojo en el que todos viajábamos aquellas vacaciones y un camión nocturno e impasible. Por eso, había que guardarles consideración. Comprender. En ciertos momentos me abrumaba el vértigo de poder ni siquiera aproximarnos mi madre y yo a una pena semejante. Entonces miraba sus rostros, especialmente el de Enrique, fuera del coche su mirada, fuera todo él en su rencor y unos celos provocados porque yo me estuviera haciendo protagonista del afecto de Pablo. Y comprendía. Pero no lograba ver el horror. Lo suponía escondido, comprimido en el fondo de su corazón. Un padre sin cabeza. Más vi el horror, sí, aquella noche en que lo contemplaba desde la puerta de la habitación con tres camas del viejo hotel en donde habíamos de pasar una noche a la que ya le quedaban pocas horas. De madrugada, sin embargo, parecía que aún se estaba oscureciendo el día, porque en realidad, en nuestra huida por las carreteras, la noche fue llegando tan callada por las nubes y las borrascas que cubrían el tercio norte de España, que era una cuestión de inercia. Un anochecer prolongado y elástico que ahora nos tenía allí a los cinco por fin apaciguados, temporalmente congraciados por obra del terror de él.

«Ya era de hecho muy tarde cuando arribamos al hotel, noche cerrada; tarde aquellas vacaciones que dábamos por desahuciadas; igualmente tarde para reparar la amistad entre nuestras madres y poner los cimientos de nuestra amistad futura; irremediablemente tarde, sobre todo, para su padre.»

Yo, debo repetirme, no me lo creí entonces, no porque lo que contara fuera inverosímil, sino porque estaba predispuesto en su contra. Con el tiempo, habían colmado mi buen humor sus celos absurdos y la alianza que su madre y él acabaron formando frente a nosotros. En el período de aquellas vacaciones, por vez primera, fui consciente de nuestro lugar entre los otros, y súbitamente crecí, crecí gracias a la conciencia de la fea injusticia de que éramos víctimas. Menos dinero, sí, pero mi padre aún conservaba su cabeza sobre los hombros, me decía, y me encastillaba en una seguridad que nada podría hacer tambalear. En la noche del hotel, bajo la mirada preocupada de nuestras madres, tumbado sobre la cama, Enrique mostraba mohíno la zona enrojecida de su antebrazo, y refería los hechos. Un hombre alto, enorme, inmenso, que cabía

con dificultad en vano de los pasillos por los que deambulaba insomne, lo había atacado. Se había interpuesto, primero, impidiéndole el paso, cuando regresaba del servicio. Se le había aproximado, después, oscureciéndolo todo, eclipsando la luz mortecina que mal alumbraba el yeso de las paredes, y lo había apresado del brazo. Lo apretó fuerte, muy fuerte, atrayéndolo hacia él mientras descendía su corpachón desde lo alto, dándose un tiempo largo para encorvarse. Unos instantes antes de que todo se oscureciera Enrique vislumbró unos ojos torvos y enloquecidos. El hombre lo apartó violentamente, y pasó sobre él. Lo dejó atrás, no recordaba bien cómo, y desapareció tras el recodo. Había doblado la esquina, pero lo siguió oyendo mientras se alejaba, Enrique inmovilizado. El hombre, por donde anduviera, retumbaba preso y constreñido en la estrechura del pasillo. Golpes con sus pies, con sus manos como ruedas, o con su misma voz incomprensible. Y todo ello se propagaba hasta que creyó sentirlo retornar de nuevo por donde había venido y temió volver a toparse con él y entonces corrió, sí, hasta la habitación. Enrique mostraba ahora su antebrazo enrojeciéndose y en la piel comenzaba a definirse una huella triangular. Por efecto del mohín y del temor, sus cejas descendían en los extremos y se aupaban juntas en el entrecejo, formando otro triángulo. Mi madre se volvió y me dirigió una sonrisa leve, para confirmar que allí permanecía. Por un instante, pareció pensarse algo. Vi en su frente la maduración de una advertencia, pero nada me dijo. Algo parecido a no saques la mano del coche, es peligroso, y se volvió a hablar con la otra madre, de quien sólo la

espalda yo veía. En ese instante, perdí parte de mi seguridad y aligeré el rencor y me permití desprenderme de mi estudiado apoyo para penetrar en la habitación. Él, desde la cama, me dirigió una mirada opaca, exenta de mí, me pareció. O más bien yo exento de ella, exento de la habitación y en el quicio de la escena, a pesar de la mirada de reconocimiento y seguridad de mi madre. Y entonces tuve miedo y acabé por adentrarme resueltamente en el espacio que todos, Pablo dormido incluso, compartían, hasta quedar junto a mi madre, a los pies de la cama de Enrique. Y lo miré, y él me miró, y vi entonces sin género de dudas el horror.

Aquella noche nos acostamos todos tarde. Ya era de hecho muy tarde cuando arribamos al hotel, noche cerrada; tarde aquellas vacaciones que dábamos por desahuciadas; igualmente tarde para reparar la amistad entre nuestras madres y poner los cimientos de nuestra amistad futura; irremediablemente tarde, sobre todo, para su padre. Pero también muy tarde para mí, que comencé a sentir el cansancio y el sueño a la vista de las sábanas de la cama de Enrique y mi madre lo advirtió y me preguntó con cariño, mientras me pasaba la mano por el cabello: «¿Tienes sueño cariño?». Así que pronto nos fuimos y los dejamos a los tres en su habitación. Nuestra habitación guardaba una cierta semejanza con la suya. Un aspecto de sanatorio noble y decadente. La blancura de las molduras de los cielorrasos se sumía en una penumbra que yo evitaba mirar, mientras mi madre se lavaba en el baño. La puerta abierta en un ángulo agudo trazaba, sobre el suelo de tarima oscura, un triángulo amarillo y largo que llegaba hasta mi cama. Acostado y arropado, miraba y escuchaba. El correr del agua del grifo y las enérgicas fricciones del cepillo de dientes. Las sábanas tenían un tacto neutro y un olor áspero. Encogía mis piernas más acá de las zonas frías del colchón. Mi madre salió del baño, apagó la luz, se aproximó a mi cama y me dio un beso. No del todo satisfecha, me apretó dos besos fuertes en el carrillo y se fue a su cama. Suspiró: «Duérmete hijo». Y se hizo el silencio. En efecto, me dormí, no sé cómo ni cuándo, pero el caso es que acabé despertando naturalmente. Era aún de noche. Ningún cambio en el grado de oscuridad. La sombra dormida del cuerpo de mi madre suspiraba en el sueño, vuelta de espaldas. Miré la habitación y la hallé idéntica, más familiar quizás que cuando me había dormido. Enseguida advertí la razón de mi desvelo. Una comezón me angustiaba la espalda. Probé a girarme, me tumbé de costado, de espaldas a mi madre, ambos así espalda con espalda separados por un espacio del suelo. Pero la pared que veía ahora me disgustaba e incrementaba la angustia. Me revolví entre las sábanas, impaciente, sin comprender nada de aquella nueva sensación. No comprender avivaba mi angustia. Pensé en Enrique. Traté de imaginarlo dormido, en aquella cama central en torno a la cual todos lo velamos como a un enfermo. La escena tenía algo de visita hospitalaria, que ahora se me desgajaba de las vacaciones. El viaje por las carreteras, las playas entrevistadas, las paradas en los restaurantes de carretera, todo parecía soñado en el lapso que hubiera dormido. ¿Tres horas? ¿Dos? Llegué a dudar incluso de la existencia de Enrique, Pablo y su madre. Llegué a dudar de que el bulto de mi madre dormida cerca, conservara vida. Temiéndome una sorpresa me levanté y acerqué a ella con el propósito de despertarla, pero la vi tan quieta, tan cerrada en su sueño y perfecta, que me retraje y caminé unos pasos por la habitación. La tibieza orgánica del suelo me permitía caminar descalzo. La comezón persistía, sin embargo, decantada, precipitada en el cóxis. Como si una bola me creciera allí dentro, y todo lo atrajera, tirando de las fibras de mi mandíbula, haciéndome secretar saliva. Pensé que caminar más aliviaría un poco aquella tensión. Abrí la puerta de la habitación y salí al pasillo. Allí también el grado de luz era idéntico, inalterado. Las luces emitían con la misma fuerza y desde los mismos lugares. Nada orientaba en el tiempo, pero yo recordaba la dirección del baño común y me encaminé hacia allí. Un paseo nocturno con un objetivo me haría bien. Seguía con la mirada los tablones oscuros y bruñidos del suelo. Algunas puertas se levantaban a mi paso, estrechas y largas, ocultando habitaciones en silencio. No supe ubicar la habitación de Enrique. No pude, como tampoco antes al despertarme, imaginarlo dormido. Sólo su mirada transpuesta, más allá de mí, más allá de nuestros celos, más allá del verano, más atrás quizás. Pronto encontré el cuarto de

«Me revolví entre las sábanas, impaciente, sin comprender nada de aquella nueva sensación. No comprender avivaba mi angustia. Pensé en Enrique. Traté de imaginarlo dormido, en aquella cama central en torno a la cual todos lo velamos como a un enfermo. La escena tenía algo de visita hospitalaria, que ahora se me desgajaba de las vacaciones.»

baño. La puerta estaba entornada y la luz sobre el espejo encendida. Me pareció agradablemente limpio y equipado. En el espejo, pese a mi estatura, alcancé a contemplar mi rostro despierto y apenas abotargado. Confirmé que había dormido muy poco. Me acerqué a la taza y oriné. Con mucho tiento, con temor de despertar no sabía a quién, tiré de la cadena y el agua corrió. Salí al pasillo sin apagar la luz. La puerta la dejé un poco más abierta de lo que la había encontrado y tomé por el pasillo. Entonces lo oí. Al principio un retumbo, de origen impreciso. Sonó en todas partes; vino de dentro, de allá dentro, del fondo de las paredes, de las fibras de la tarima en el suelo. Después un golpeteo rápido, pautado, a ratos rítmico, y claramente más agudo. Por fin unos pasos, bien definidos, de alguien pesado y torpe, pero aún sin dirección. Eché a andar hacia la habitación, sin pensar, escuchando sólo, y apenas persuadido de que llevaba el rumbo cierto, porque frente a mí oía acercarse los pasos e instintivamente habría dado media vuelta y huido. Pero el caso es que sabía que desandaba el trecho desde mi habitación al servicio y no pude concebir un rodeo por el dédalo del hotel. Enseguida los pasos se hicieron tan concretos que creí ver una figura por delante, la concreción del espacio, el aire adensado y dibujado, pero proseguí sin aminorar el paso y otra lámpara avanzó hacia mí y no fue más que una impresión. Entonces reconocí un recodo olvidado antes y allí sí que apareció. Era el mismo hombre. No tuve ninguna duda. No sólo fueron sus ojos ni su tamaño ni su peso, que yo podía sentir en la madera bajo mis pies desnudos. Era su presencia, el volumen, la

«Enseguida los pasos se hicieron tan concretos que creí ver una figura por delante, la concreción del espacio, el aire adensado y dibujado, pero proseguí sin aminorar el paso y otra lámpara avanzó hacia mí y no fue más que una impresión. Entonces reconocí un recodo olvidado antes y allí sí que apareció. Era el mismo hombre. No tuve ninguna duda.»

forma cómo el pasillo se oscurecía; su interposición. Todo. Supe que era él. La hora, nuestro encuentro, mi estar fuera de lugar y su vagar. Recordé a Enrique y su horror. Comprendí. Por un momento, como él relató, se hizo oscuro y me aparté a un lado. Me junté a la pared teniendo buen cuidado de que mis brazos se adosaran a mi cuerpo, sin sobresalir. El hombre pasó a mi lado, pero se detuvo bajo una lámpara de techo. Entonces se volvió y me miró. Las sombras se le derramaban por la nariz y se le escurrían por las comisuras. «¿Qué haces despierto a estas horas, mocososo?», me preguntó. Yo no supe qué responder, más que una pregunta: «¿Qué hora es?». El hombre se lo pensó un instante, como si calculara, y finalmente se descubrió la muñeca. Para ver bien la esfera

retrocedió unos pasos bajo la lámpara, que ahora iluminó bien. Mostró una mano extraña, de sueño. Sólo tres dedos, dos de ellos más gruesos. Uno de éstos deforme, hinchado, como si hubiera aunado el resto, carne y huesos no escindidos, sino apelmazados en uno. También una única uña compartida, en forma de delta y su extremo afilado. Un triángulo picudo. Muy mal pude mirarle a la cara, que me sonrió cuando dijo: «Las tres y media. Anda, a la cama». Musité «gracias» y doblé la esquina. Lo oí alejarse tras de mí, con el mismo paso regular y tan sólido, tan encajado en el pasillo y en la hora. Llegué a la habitación, empujé la puerta que había dejado entornada, cerré tras de mí y me llegué a la cama. Mi madre respiraba ahora boca arriba. Su perfil de tinta me recordó a mi abuela. No me pareció tan dormida como antes. Más en la superficie, más accesible, así que esta vez no renuncié a acercarme y remecerla con mi mano en su hombro. La bola se me anudaba más tirante que nunca en la base de la espalda. «Me duele aquí, mamá», le dije. Y ella se retiró y abrió las sábanas que olían bien a ella y me abrazó.

© Gonzalo Martín de Marcos

El autor:

Gonzalo Martín de Marcos. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Valladolid. Ha sido instructor de español en Arizona State University y actualmente imparte clases como profesor del Departamento de Lengua española en la Facultad de Ciencias Sociales de Segovia (Uva). Ha publicado artículos y reseñas sobre literatura española e hispanoamericana tanto en revistas de divulgación como en revistas especializadas. Así mismo, ha realizado labores de colaboración en proyectos relacionados siempre con la literatura: Cátedra Miguel Delibes, Cervantes Virtual. En el número 21 de *El coloquio de los perros* (revista digital) publicó "Just in case", bajo la sección "El perro de los Baskerville".

OBISPOS (un inofensivo relato de ajedrez)

por axel l. krustofski

*por las malas,
a rodolfo pedro wirz kraemer.
por las buenas,
a paul stein y mark wells.*

los alfiles del ajedrez reciben su nombre de la expresión árabe al-fil que quiere decir «el elefante», pero por problemas históricos (concretamente ignorancia medieval) en occidente están representados por un obispo.

a mí no me gustan los obispos. por nada en particular. simplemente detesto su figura, sus anillos, sus cruces, sus emblemas.

así, pese a que suele considerarse que los alfiles tienen un valor relativo un poco más alto que los caballos y se los tiende a proteger más, yo los entrego a las primeras de cambio. porque no me gustan, me irritan.

lo que sí me gusta es tomar de vez en cuando un buen vaso de yogur natural, ése que parece semen coagulado. especialmente los días de calor.

cierta vez me compré una caja de medio litro. era verano y hacía mucho calor. demasiado. así que decidí meterla en la heladera para que se enfriara (la misma heladera que años después ocasionaría un cortocircuito e incendiaría la casa), pero se me antojó que no sería lo suficientemente rápido y la cambié para el congelador.

en eso apareció esli.

–hay un campeonato de ajedrez en valizas, ¿vamos?

–¿en qué?

–a dedo

–bueno.

creo recordar que un tipo que fue nuestro profesor de historia en el liceo nos levantó a la salida de la ciudad y estoy seguro que una familia porteña nos levantó a la altura de la pedrera. papá, mamá y un nene.

papá porteño hablaba con esli. mamá porteña asentía. yo miraba cómo volaba la tierra amarilla a los costados del autito porteño y me preguntaba si llegaríamos.

llegamos.

nos bajaron a la entrada porque ellos iban a otra parte.

–¿les gusta el yogur natural? –pregunté al bajar.

papá y mamá se miraron. papá arrancó el auto.

–¡¡¡PUTOS!!! –les grité cuando me pareció que ya no podían oírme–. seguramente no les gusta. ¡PUTOS DE MIERDA! –y le dije a esli–: yo tengo uno enfriándose en la heladera de casa.

esli no dijo nada. me miró. era una mirada casi porteña.

*«lo que sí me gusta
es tomar de vez
en cuando un
buen vaso de
yogur natural, ése
que parece semen
coagulado.
especialmente los
días de calor.»*

–nada. vámonos.

caminamos hasta el rancherío (no era otra cosa, digan lo que digan).

el campeonato se llamaba (¡qué se le va a hacer!) «el alfil pescador». se jugaba en asterix, un boliche, pero cuando llegamos estaba cerrado. necesitábamos comer, así que buscamos donde comprar algo para unos refuerzos que devoramos en la costa, a pleno sol. después de terminar esli tomó un baño en el mar. yo me eché a leer a baudelaire. después tomamos una siesta, allí mismo, también al sol.

al caer la tarde fuimos rumbo a asterix. era un híbrido entre bar, restorán, pub y alguna otra cosa que aún no conozco. tenía mesitas, barra, escenario y patio. servían comida. detrás de la barra había un tipo pelado. le preguntamos por el campeonato.

–es mañana –al hablar no nos miraba–. para anotarse tienen que esperar a pedro.

–¿dónde lo podemos encontrar?

–acá. viene un rato todas las noches.

–¿a qué hora?

–de noche.

«al caer la tarde fuimos rumbo a asterix. era un híbrido entre bar, restorán, pub y alguna otra cosa que aún no conozco. tenía mesitas, barra, escenario y patio. servían comida. detrás de la barra había un tipo pelado. le preguntamos por el campeonato.»

–pero, la noche es muy larga. ¿a qué hora de la noche?

–creo que cuando tiene ganas, pero no estoy seguro.

–ok, gracias –intervino esli.

pedimos un gramajo y unas papas fritas. nos sentamos en el patio y comimos y fumamos. en algún momento llegó un rengo flaquito, de barba, que dijo ser quien esperábamos. nos anotó y se sentó a la mesa buscándonos conversación. la encontró con esli. yo recorrí el patio.

fui hasta el fondo a ver de cerca un gran tanque de agua sostenido por cuatro columnas de hormigón. al rato fue a la mesa una morocha de tetas grandes y pelo enrulado y levantó los platos

vacíos. me miró y le hice señas para que se acercara.

–¿para qué es este tanque? –le pregunté.

–es un tanque de agua.

–¿cómo te llamas?

–leticia. tengo que seguir trabajando, ¿sabes? nos vemos más tarde –me dijo.

y se fue. tenía una buena forma de irse. un vaivén, swing, como se diga.

volví donde esli y pedro.

–koldowsky, pedro es primo del pini.

los miré. primero a esli. después al otro. el parecido era innegable. flaco, barba negra y puntiaguda. sólo que victor (el pini) no era rengo. lo imaginé rengueando. quedaba gracioso. y sí, así se parecía más todavía.

–eso es una aliteración. Pedro es Primo del Pini. una muy divertida. ¿tienes un cigarro? –le pregunté.

–no, pero tengo tabaco, si quieres.

y lo sacó.

–no, yo también tengo tabaco. quiero un cigarro. voy a comprar.

entré al local y fui hasta la barra.

–leticia –llamé–. ¡leticia!

apareció el tipo pelado.

–¿qué quieres?

–necesito hablar con leticia.

–ella está ocupada.

–bueno, la espero, entonces.

–como quieras.

se fue para atrás de una mampara que hacía las veces de pared. detrás estaba la cocina. o al menos salían ruidos de cocina.

poco después salió ella.

–¿qué quieres?

–¿venden cigarros?

–no.

salí a la calle. iba a un lugar que había visto en el camino. parecía un bar pero resultó ser una pizzería. estaba sucio como un bar y tenía parroquianos como un bar. y a pesar de eso el cartel sobre la puerta decía «pizzería». la gente tiene ideas extrañas acerca de sus negocios. como esos que venden biromes, gomas y lápices, hacen fotocopias, tienen cotillón, forros de papel, cuadernos, y llaman librería al lugar.

–una caja de coronados.

–no tengo coronado. marlboro, nevada o eco.

–un nevada, entonces.

abrí la caja. saqué uno y lo prendí. en lugar de ir para asterix salí en el otro sentido, hacia el mar. llegué hasta donde terminaba el pasto y empezaba la arena. y miré el agua. era mucha. era negra.

fumé todo el nevada y volví al boliche.

«pedro consiguió una linterna y nos llevó hasta la casa. era pequeña y de dos pisos. no tenía ni agua ni luz. abajo era cocina/living y un bañito. arriba, una especie de entrepiso que funcionaba como dormitorio.»

cuando llegué pedro y esli jugaban una partida de ajedrez y un par de tipos estaban conectando unos amplificadores en el escenario, dentro. estaba empezando a aparecer gente, supongo que atraída por la costumbre de las bandas en vivo. de todas maneras, algunos empezaron a reunirse en torno a nuestra mesa. cuando los tipos del escenario empezaron a probar el sonido me desentendí de los trebejos y me puse a mirarlos. eran un bajista y un violero. sonaban bastante bien.

alguna de la gente de adentro, sentada frente al escenario, pidió comida. leticia iba y venía llevando platos llenos y sus tetas. entonces se me ocurrió algo. prendí un nevada y agendé mentalmente comprar una caja de coronados cuanto estuviera otra vez en rocha. me

levanté y fui hacia la pechugona.

–leticia, decime una cosa.

–¿sí?

–¿venden yogur natural? ése que parece... –paré ahí, algo me dijo que no era necesaria la comparación – rico –completé, no muy convencido.

–no, no tenemos.

«alguna de la gente de adentro, sentada frente al escenario, pidió comida. leticia iba y venía llevando platos llenos y sus tetas. entonces se me ocurrió algo.»

–ok, gracias igual.

volví a mi lugar y cuando terminaron de jugar pedro preguntó dónde nos íbamos a quedar. le dijimos que pensábamos dormir en la costa y nos ofreció en préstamo una casa que no sé quién tenía para alquilar.

–está vacía y no creo que aparezcan inquilinos de hoy para mañana. así por lo menos no tienen que pasar la noche a la intemperie.

a mí en lo personal me gustaba la idea de quedarme al aire libre.

pedro consiguió una linterna y nos llevó hasta la casa. era pequeña y de dos pisos. no tenía ni agua ni luz. abajo era cocina/living y un bañito. arriba, una especie de entrepiso que funcionaba como dormitorio. en una esquina de la planta baja había dos ventanas idénticas, una de cara al este y la otra al sur. a la mañana siguiente me senté allí, frente al rincón, a mirar a través de ellas. era como ver dos cuadros y lograr llegar más allá.

como sea, pedro nos dejó para que nos instaláramos y se fue. acomodamos nuestras mochilas casi vacías arriba y salimos de vuelta para asterix. el camino era de unas pocas cuadras, pero estaba totalmente a oscuras y nos desorientamos un poco. esli estaba bastante molesto. a mí me resultó por lo menos divertido. por supuesto que a la madrugada, cuando volvimos del boliche a dormir, nos costó menos encontrar el camino.

el entrepiso estaba lleno de pulgas. en aquel momento, con aquellos bichos mordéndome el culo, la cabeza, los dedos de los pies, los sobacos, dentro del ombligo, me di cuenta de por qué nadie la había alquilado. cualquiera hubiera preferido dormir en la costa.

al otro día, mutilados de los pies a la cabeza por aquellas putas pulgas, conseguimos agua y compramos un puñado de arroz para comer. yo me senté a mirar por los cuadros porque esli jamás deja a los demás tocar la cocina. tiene esa especie de fetiche.

después de comer fuimos al mar. las heridas que nos dejaron las pulgas ardían al contacto con el agua salada. dormimos en la playa hasta cerca de las siete de la tarde. de camino a asterix paramos en el bar que se hacía llamar pizzería, tomamos una cerveza y jugamos al pool.

en el campeonato perdí en la primera ronda, como siempre ha sido mi costumbre. esli, siguiendo la suya, perdió recién en las semifinales e igual no estuvo conforme.

«al otro día, mutilados de los pies a la cabeza por aquellas putas pulgas, conseguimos agua y compramos un puñado de arroz para comer. yo me senté a mirar por los cuadros porque esli jamás deja a los demás tocar la cocina. tiene esa especie de fetiche.»

la siguiente vez que me acosté dormí trece o catorce horas seguidas. cuando me levanté hacía más calor que los días anteriores. fui a la cocina rascándome desesperado las heridas que me habían dejado las pulgas y sacándome arena de todas las intersecciones del cuerpo. entonces mi mente se iluminó como no ha vuelto a suceder jamás. volví al cuarto intentando correr y rascarme a la vez. agarré una birome y un papel. anoté:

6 x 6
sin alfiles!
sin passant

corrí al teléfono. marqué el número de león.

–una variante. se me acaba de ocurrir una variante de ajedrez. es excelente. ¡EXCELENTE! y sencillísima: tablero de seis por seis, sin alfiles y sin passant. ¿qué tal?

–muy buena. se llama ajedrez los álamos, aunque también le dicen ajedrez anticlerical. la inventaron dos yanquis en el cincuenta y seis. ah, y tampoco tiene enroque.

–¿anticlerical? es gracioso. bueno, nos vemos luego.

corté.

más en silencio de lo que había estado en cualquier momento de los anteriores cuatro años fui otra vez a la cocina. a la heladera. me serví un vaso con agua y abrí el congelador en busca de hielo. y allí estaba la caja de yogur natural que metiera días antes. celeste y blanca y dura y petrificada. la saqué y la dejé arriba de la mesada. cuando se derritiera el yogur estaría cortado. agaché la cabeza y volví al congelador. no había ni un solo cubo de hielo.

tragué el agua del vaso y me volví a acostar.

© axel i. krustofski

El autor:

axel luchilin krustofski (Uruguay). De adolescente escribí poesía pero ahora estoy reformado. Juego ajedrez, miro animé y prefiero los días de lluvia. Me dedico a reparar computadoras. Molesto todos los días a una o dos editoriales enviándoles mi material.

* * *

Relato

HAY AMORES QUE MATAN

por Juan Carlos Vecchi

Acarició la espalda de Fredo y, contra su propia voluntad, se deslizó sobre la alfombra hasta la puerta del pequeño departamento. Sin que el picaporte se diera cuenta, atravesó la puerta de roble y desapareció por el oscuro corredor del piso número ocho.

Fredo mantiene sentada su desesperación sobre la silla y no deja de mirar a los recién llegados; no sabe si reír, llorar o pegarse seis tiros juntos.

La algarabía de toda su familia completa –cinco adultos y cuatro diablillos disfrazados de chicos–, recién llegada del sur y dispuesta a quedarse mucho tiempo con el querido y extrañable Fredo, hace temblar las paredes del departamento.

Entre tanto y entre el piso tercero y segundo, la soledad de Fredo baja en el ascensor, festejando en silencio su nueva compañía.

© Juan Carlos Vecchi

El autor:

Juan Carlos Vecchi (Olavarría, Argentina, 1957). Escritor, corrector de estilo, asesor técnico literario y coach literario. Ha publicado el libro de poemas *Latidos* (1982), y el libro de relatos y crónicas de humor *Diario de a bordo* (1997). Tiene 4 obras inéditas: *El ángel del espejo dormido* y *Te espero en la esquina* (novelas de humor); *Humores urbanos* y *Para leer bajo la ducha* (cuentos y relatos de humor). Cuentos, minicuentos y relatos suyos fueron publicados en diarios, revistas, antologías y ediciones cooperativas de literatura a nivel nacional e internacional. Desde el año 1996 hasta la fecha, dirige el Taller de Creación Literaria "La musa en el perchero" (niveles inicial y avanzados, talleres grupales y personalizados).

LA PROCESIÓN

por Mari Carmen Moreno

*Juro que la belleza
no proporciona dulces
sueños, sino el insomnio
purísimo del hielo,
la dura, indeclinable
materia del relámpago.*

Antonio Gamoneda

Esa tarde una procesión de chicas nerviosas esperaba la última de las pruebas. El maestro de ceremonias, enfundado en un frac gris, hacía sus apuestas con uno de los cámaras sobre cuál sería la afortunada. La prueba consistía en subir por una escalera enfundada en un bañador hasta el estrado, saludar al jurado y después colocarse en hilera como salchichas enlatadas. María era una de las chicas que se había presentado al casting; su secreto, ese miedo alérgico al ridículo que la había hecho fracasar en otras ocasiones, se había vuelto invisible cara al público; no sentía vergüenza o, al menos, ésta no embotaba su mente. La escalera principal conducía al triunfo, de eso estaba segura. Los miembros del jurado tenían en sus manos el poder. Hacían anotaciones de cada movimiento, sopesaban la belleza de las chicas, su elegancia. Uno de ellos agujereó el papel con la punta del lápiz, como si pretendiese aplastar un parásito en un microscopio.

«María confiaba en que sus pies rozarían los escalones sin golpear sus talones; sus tobillos traspasaban cada peldaño con ligereza pese a que el murmullo del público se había pegado en sus pulmones.»

María confiaba en que sus pies rozarían los escalones sin golpear sus talones; sus tobillos traspasaban cada peldaño con ligereza pese a que el murmullo del público se había pegado en sus pulmones. Se fijo en el maestro de ceremonias que sonreía desde el estrado. Utilizaba el labio superior para acentuar una sonrisa brillante, su coartada contra el pánico escénico. Sus movimientos por la pista de extremada lentitud hacían que pareciese un rinoceronte. Cada vez que una chica no era de su agrado su sonrisa se encogía. La chica se colocaba en su sitio mientras su mirada se apartaba de ella para mirar a la siguiente, cuya posibilidad de triunfo era mayor. Procuraba, no obstante, no herir la susceptibilidad de algunas chicas que buscaban su

apoyo, moviéndose hacia él con rapidez en un intento de salvamento innecesario. La decisión no era suya, sino de los jueces que cuchicheaban entre sí embotados por las bellezas.

No quería mostrar en ningún momento debilidad, por eso se imaginaba que llevaba un traje de bronce que resaltaba sus contornos. Se imaginaba que subía las escaleras de un palacio, convocada a audiencia por el rey. El olor de su cuerpo se mezclaba en el aire con el de la multitud. Las luces le provocaban escozor, pero ella no podía mostrar debilidad. En su osadía se creía la elegida del rey, imaginaba que la escalera la conducía al salón del trono, custodiado por toros alados. El rey la elegiría a ella, pues su nombre había sido bendecido por los dioses. Por fin dejarían los sueños de desvanecerse en harina pastosa. Las otras chicas –se repitió a sí misma– excesivamente guapas o demasiado débiles no podrían arrebatarse el triunfo. Parecían tablillas de barro o escrituras cuneiformes, prestas a desaparecer por el jugo del limón. Sus cabezas se encogían al postrarse ante el rey, para quien sus cuerpos serían bolsas pinchadas, un espectáculo deplorable.

El enorme rinoceronte se movía por el escenario como una fiera fuera de su guarida. A ambos lados de la escalera, un griterío de gente cuchicheaba en cadena, repudiaba a las otras y la amaba a ella porque los sátrapas la habían seleccionado. Cuando fue a recoger el premio, que la acreditaba como la afortunada, el rinoceronte le sonrió con ojos babosos. El cuerno de su frente era el micrófono que golpeaba con nerviosismo. Gritó su nombre y enmudeció la multitud. Marta sintió cómo todas las figuras que la saludaban, mientras subía la escalera, se convertían en piedra; cómo la escalera se sepultaba entre es-

combros mientras el rinoceronte se hundía con su cuerno, así como la dulce voz del rey que la había llamado a su lado. Sintió la desnudez de la noche, cómo el éxito desvanecía toda posibilidad de huída.

Despertó de pronto en un entorno desconocido. Estaba tirada en el suelo. En la mesita de noche había una copa desconocida con un líquido dorado. Se lo bebió con rapidez, creyendo que de un momento a otro aparecería el rey que había visto en sus sueños. De pronto, se percató de las pisadas. El presidente del jurado sonrió al verla despierta. Dijo algo de una princesa. Iba a enarbolar la copa del triunfo, pero al mirarlo se convirtió en un sapo viscoso. Un estremecimiento recorrió su piel al sentir el contacto viscoso de una lengua que intentaba besar sus labios. «Tramposa», gritó él, pero Marta ya no escuchaba. A su memoria volvió la imagen del rinoceronte y echó a correr con todas sus fuerzas abandonando para siempre la tierra prometida.

© Mari Carmen Moreno “Ághata”

La autora:

Mari Carmen Moreno. Nací en Torrente (Valencia) en 1968. Licenciada en Hispánicas por la Universidad de Valencia. He trabajado como profesora de Lengua Castellana y Literatura, lo que compagino con mi labor como investigadora y escritora. Antes de trabajar como profesora, trabajé en una agencia comercial, en la editorial Plaza-Janés como comercial y también en un gabinete psicopedagógico. He colaborado con algunas revistas electrónicas como *Luke*, donde tenía una sección personal, conocida como *Aghata y otros ojos* en la que aparecían artículos relacionados con mis inquietudes como profesora y reseñas de libros; *Ariadna*, revista en la que han aparecido algunos de los poemas de mis libros inéditos *Mal de mar* y *Esa muñeca a la que diste cuerda*. También participé en la Revista *Ariadna* del Ayuntamiento de Torrente. Como profesora he sido coordinadora del Programa de cine para adolescentes, realizado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Torre Vieja. He trabajado también para algunas editoriales en proyectos editoriales como la creación de Pruebas de evaluación y actividades de refuerzo para diversas editoriales. Actualmente compagino mi labor como profesora con el afán de servir de estímulo a profesores, alumnos y escritores, que se acercan a mis blogs, donde aparecen materiales curriculares de lengua y literatura y ejercicios de estimulación de la creatividad literaria, en mi *Asesoría literaria*. Estos materiales curriculares se pueden consultar en mis blogs: <http://elarlequindehielo.obolog.com> y <http://porelsenderodelacreatividad.obolog.com>

* * *

Relato

CARLOS (EL PLURAL)

por Sergio Sastre

Estaba tan cansada de tener que dormirme sola, esperando a que Carlos dejara su libro y viniese a la cama conmigo, que incluso creía seguir escuchándole en sueños. Podía oír perfectamente el teclear de sus dedos en el ordenador y sabía que estaba acostado junto a mí, notaba su aliento en mi hombro, el calor bajo las sábanas, y el peso del colchón hacia su lado. Cuando empezó a acariciarme la espalda y después fue bajando hacia los muslos me alegré de que al fin pudiéramos tener un poco de intimidad y no tardé en excitarme, sin estar del todo segura de que no fuera un sueño, pues aun creía oír en mis oídos el golpeteo de las teclas al otro lado de la pared. La primera extrañeza vino del tacto de su mano, una manera de acariciar y de agarrar que no era como yo recordaba. Su piel me pareció más áspera, y estábamos a punto de juntar nuestros labios cuando me invadió un fuerte olor a sudor desconocido.

Salté de la cama aterrada y encendí la luz.

–¿Quién eres tú? –le dije asustada al extraño que estaba en mi cama.

–Soy Carlos –y hasta la voz era tan distinta.

–Tú no eres Carlos.

–Yo también soy Carlos. En realidad, soy su doble de tu Carlos.

Salí de la habitación y corrí hasta el salón, donde vi a Carlos sentado frente al ordenador.

–¿Quien coño es éste? –grite furiosa señalando al Carlos en calzoncillos que me había seguido desde la habitación.

–Es Carlos –dijo Carlos–, le he contratado para que nos ayude. Yo solo no puedo con todo.

–¿Qué...? Si necesitas ayuda con el libro que te ayude a escribirlo pero no metas un puto extraño en nuestra cama.

–La escritura es una cuestión muy personal, cariño, entiéndelo, no puedo dejar que cualquiera me lo toque.

–Pero no te importa que me toquen a mí. ¿En qué estabas pensando?

–Tranquilízate. No nos hemos precipitado ni que he escogido al primero que pasaba. Llevamos más de dos meses preparándonos. Ha estado viniendo todas las mañanas, ha estado aprendiendo. Somos iguales.

–No se parece en nada a ti, joder, ¿es que pensabais que no me iba a dar cuenta?

–Somos iguales en lo que importa. Carlos, enséñaselo.

Carlos se bajó los calzoncillos, y me quedé tan impresionada que ya no pude apartar la vista. Aquel pene flácido que colgaba de su entrepierna me resultaba tan familiar. Incluso el vello púbico tenía la misma disposición y densidad que en Carlos. Alargué la mano sin pensar y tomé su pene. El mismo tacto, el mismo calor, el mismo tamaño expandiéndose entre mis dedos. Con la otra mano le agarré los testículos. Al darme cuenta de lo que estaba haciendo aparté mis manos sobresaltada. Los dos se echaron a reír a dúo, con una risa tan parecida que si no los estuviera viendo me habría resultado difícil distinguirlos.

–Está bien –dije aún turbada por la escena–, si te tiene que ayudar que se quede. Pero que no se meta en nuestra cama. Tú –le dije a Carlos– puedes dormir en el sofá. Y tú –le dije a Carlos–, no tardes en venir a la cama.

Carlos se instaló con nosotros y resultó ser una buena ayuda. La casa estaba más limpia, los armarios más ordenados, la ropa siempre lavada y planchada, y hacía los recados que necesitáramos dejando tiempo libre a Carlos para seguir dedicado a la redacción de su libro.

Una tarde al volver del trabajo, olí el típico guiso de cordero que a Carlos se le daba tan bien, y que tenía ese particular olor a especias que lo hacía inconfundible. Pero al entrar en la cocina me encontré a Carlos haciendo la comida. Me acerqué. El plato tenía el mismo aspecto que cuando lo hacía Carlos.

–Así que también has aprendido a hacer esto –le dije, acariciándole el brazo, y los dos nos sonreímos. Poco a poco su presencia me iba resultando más agradable.

Carlos seguía dedicado a su libro, así que era bueno tener a alguien con quien sentarme a ver una película después de la cena, y más de una noche me quedaba dormida en su hombro. Su olor corporal ya no me resultaba extraño. A veces me rodeaba con su brazo, y yo me sentía casi igual de cómoda que con Carlos. Algunos días que no había mucho que hacer en casa lo encontraba leyendo un libro, y no tardamos en descubrir que los gustos de los tres no diferían demasiado. A veces era el mismo Carlos, quien protestando porque nuestras conversaciones no le dejaban concentrarse en la escritura de su libro nos pedía que le dejáramos solos, y le daba dinero a Carlos para que me llevara a cenar, y otras veces era yo quien le invitaba al cine.

Fueron pasando los días, Carlos seguía durmiendo en el sofá, Carlos escribía hasta bien entrada la madrugada, y yo seguía acostándome temprano, casi lo mismo que si durmiera sola. Por lo demás, la familiaridad se había instalado entre los tres como si formáramos una sola pareja. Las complicidades,

«Carlos se bajó los calzoncillos, y me quedé tan impresionada que ya no pude apartar la vista. Aquel pene flácido que colgaba de su entrepierna me resultaba tan familiar.»

las sonrisas, y hasta los momentos de tensión los terminábamos discutiendo los tres juntos. Si protestaba por una creciente falta de cariño, los dos se ponían a la defensiva. Si la cocina había quedado sin recoger, Carlos y yo arremetíamos contra Carlos, que no tardaba en recriminar nuestro desorden de libros y ropa interior en el baño.

Al volver una tarde del trabajo me encontré a Carlos escribiendo y a Carlos sobre el sofá.

–¿Qué ocurre? –pregunté–, te ha dejado escribir en su libro.

–Sí –respondió– dice que no se encuentra bien.

–Cariño –dije sentándome en el sofá y acariciándole la cara–, ¿estás bien? Creí que no querías que nadie tocara tu libro.

–Estoy cansado, eso es todo. Por el libro no te preocupes. Le he dejado unas notas. Sabe lo que hace.

Al día siguiente volví a ver a Carlos en el ordenador. Pero Carlos no estaba en casa.

–¿Y Carlos?

–Ha dicho que necesitaba dar un paseo y despejarse.

–¿Y te ha pedido que escribas? ¿Te ha dejado sus notas?

–No me ha dejado notas. Quedó muy contento con lo de ayer y dice que puedo seguir solo.

Aquella noche tuve que hacer yo la cena porque Carlos no se apartó del ordenador en toda la tarde. Carlos volvió de madrugada de su paseo y ni siquiera le sentí acostarse.

Carlos empezó a dedicarle casi tanto tiempo al libro como le dedicaba antes Carlos. Y las ausencias de Carlos eran cada vez más frecuentes, y más largas, llegando a estar fuera hasta varios días seguidos. Cuando volvía de sus interminables paseos se le notaba desanimado, sin fuerzas, y teníamos que repartirnos las tareas de la casa entre Carlos y yo, igual que cuando vivía sola con Carlos.

Un día Carlos desapareció del todo, o eso dedujimos Carlos y yo tras dos semanas de ausencia. Aunque no se había llevado ropa, ni libros, ni cepillo de dientes.

–Éste ya no vuelve –dije.

–Parece que no –respondió Carlos sin dejar de teclear en el ordenador.

Volvió a instalarse en casa la misma rutina de antes. Nos turnábamos para las cenas, Carlos limpiaba el servicio y yo la cocina, yo hacía la colada y él planchaba la ropa, y apenas se despegaba el resto del tiempo del ordenador, concentrado en la escritura del libro.

Hace tiempo que Carlos ya duerme conmigo en nuestra cama, pero como suele acostarse de madrugada apenas lo noto, aparte de algún achuchón mañanero si logro despertarle lo suficiente y consigo que tengamos un poco de sexo antes de irme al trabajo, aunque solo muy de vez en cuando.

Todas las noches me despido de él dándole un beso en la frente, y recordándole que no tarde mucho en venirse a la cama. A pesar de esta sensación de dormir sola a diario, a menudo pienso que el cariño que nos tenemos es bastante fuerte y hacemos una buena pareja, y hasta hay días en que me pregunto si lo de Carlos no habrá sido todo un sueño, si en realidad no habré estado siempre, desde el principio, viviendo con Carlos, pero entonces hay esas noches que alargo la mano hacia su piel o que estoy recibiendo sus caricias, cuando de nuevo me sobresalta esta sensación de un tacto extraño, de una manera diferente de agarrar, un olor a desconocido en su sudor y ese repiqueteo de teclas en mi cabeza. Me resisto a saltar de la cama, a ceder al miedo, y es al deslizar mis dedos por su entrepierna, que recupero de nuevo la certeza.

© Sergio Sastre

El autor:

Sergio Sastre (Valladolid, 1977). Ha realizado estudios de filología árabe, de teoría de la literatura y literatura comparada y de antropología social y cultural. En la actualidad reside en Barcelona, es codirector de la *Revista de Humanidades Kafka*, <http://www.revistakafka.com>, y coordinador del espacio web Afinidades narrativas, <http://afinidadesnarrativas.blogspot.com>

EN EL PANTANO

por José Carlos Nazario

*Allí comienza el deseo. En el lugar del miedo,
donde nada tiene nombre y nada es, sino parece.*

Cristina Peri Rossi

*(...) y vio que se dirigía hacia él una bestia tan
horrenda, que le faltó poco para caer desmayado.*

J.M. Leprince de Beaumont

Tengan cuidado, dijo Goyo, en esos pantanos hay una bestia. Nunca he sido una persona asustadiza. Pero no puedo negar que esa frase produjo en mí cierta aprensión. Durante años hemos hecho costumbre de darnos ciertas escapadas (mi padre y yo) y la alusión a las bestias siempre ha sido una constante. Pero la expresión de aquel hombre entrando en edad, de barba gruesa y puntiaguda y nariz de maseta no hablaba de una simple yegua, de ninguna de las bestias acostumbradas en la vida rural. Cargaba aquel presagio una imagen de infierno, de lugar olvidado. Nunca pensé que aquel rojo Marte de la tierra podía dar cabida a un pantano. Era absurdo imaginar un fangal en esas zonas tan áridas en cuya epidermis se podían sentir al roce las heridas de un golpe. Acá no hay pantanos, pensé.

La noche anterior había sido larga. Un maratón de excusas presentaba el sueño que entre libros, zapping, porno, evocaciones a Onán y algunos rezos no quería ceder. Finalmente, sin darme cuenta cuándo, me quedé dormido. El abismo en mi memoria es seguido por un sol molesto que empujaba mi ojo izquierdo. Me despertó un chorro de luz que entraba por la ventana. Con cierto esfuerzo me puse en pie y me cepillé los dientes pensando en Pamela o en Susana, no recuerdo. Empujé la puerta y me duché. Dejé correr con alivio un caño caliente; se unió a unas gotas frías que se estrellaban en mi espalda y mi cabeza, mojándome. Salí del baño y recibí el fuerte golpe del aroma de un café del que mi padre había ya bebido. Me vestí. Salí al comedor. Probé un poco y pellizqué un par de veces el pan que reposaba en la mesa. Tragué el jugo de naranja.

Los bultos estaban agrupados de manera uniforme en la galería. Papá me esperaba mirando a la nada del patio vecino, listo para partir.

«Nos adentramos en un desierto repleto de cambronales. La carretera mostraba un brillo extraño, una ilusión causada por el sol que estaba justo sobre nuestras cabezas, calentando el capó del carro y anunciando que habían pasado unas cuantas horas de viaje.»

* * *

Nos adentramos en un desierto repleto de cambronales. La carretera mostraba un brillo extraño, una ilusión causada por el sol que estaba justo sobre nuestras cabezas, calentando el capó del carro y anunciando que habían pasado unas cuantas horas de viaje. Horas que había malgastado en discusiones con mi viejo. Disquisiciones estériles que no hacían más que intentar separarnos más, como si el abismo entre nuestros tiempos y vidas no fuera suficiente. Después de algunos temas hablamos de ella. El prohibido: la frágil y sinuosa silueta de la tristeza hecha mujer, hecha cáncer. Su muerte me hizo conocerlo más. Ver qué había detrás de esos lentes de pasta y esas miradas escurridizas. Me hizo descubrir al hombre que, disfrazado de galeno, se aventuraba a dar de sí lo que no tenía. Comprendí entonces por qué se había abandonado al alcohol y con esto, por qué no frecuentábamos ya,

como siempre, las sierras y cordilleras del continente dominicano. Luego de algún tiempo de conversar sobre el tema y tras una pausa, mi padre me contó que el tío Luis le había dicho que en medio de aquel desierto había un pantano y que en él habitaba un cocodrilo de cinco metros que tenía más de cincuenta años. Una historia que le había hecho un cazador de la zona, elucubraciones tal vez. Se dice que allí lanzaban cuerpos de los desaparecidos para que el cocodrilo los devorara, siguió diciéndome Padre. Yo no me lo creí. Eludí el cuento diciendo que debía estar bien flaco en tiempos de democracia. Pero en mi interior algunas tripas se enfriaron al recordar una escena de *National Geographic*, en la que un cocodrilo mordía el brazo de un fulano y con él entre los dientes empezaba a girar en el agua hasta desprenderlo.

Bajamos las ventanillas y fumamos. De pronto la carretera se cubría de un polvo rojizo. Ya empezábamos a adentrarnos. Se lo comenté al viejo, luego le pregunté por su vida después de Madre, por las mujeres. No me respondió. Minutos más tarde tomamos un desvío. En el silencio, sin dejar de presionar el cigarro entre sus labios, Padre giró el guía hacia una zona desconocida, sin señalización alguna. El camino vecinal ocultaba el horizonte. Sin embargo, tras unos diez minutos de avance empezamos a ver un mar inofensivo. Un verde *aqua* se ceñía junto a algunos tonos azules variados en un paisaje que amenazaba con tragarnos. No se observaba continuidad en la carretera. Imaginé nuestra caída por algún farallón, por algún barranco, directo en aquel fastuoso abismo marino.

Caída libre: un *Chevrolet* del 89 derribándose por un acantilado. Una imagen extraña, tal como el paisaje. Mientras más adelantábamos el mar parecía ponerse más bravío, como si le molestara nuestra cercanía. Como si fuera un ser vivo con capacidad de coordinar sus movimientos y emociones. Agitaba sus olas con fuerza y altura, llevándome a recordar mi primera vez en la playa, cuando tuve la desoladora impresión, primero, y luego el alivio, porque creía que el mar se llevaría mi cuerpo con la resaca, tal como se tragó el cubito naranja con que yo cargaba la arena de una mina imaginaria para hacer un castillo.

* * *

«Una morena con la mitad de ambas nalgas al aire salió a nuestro encuentro. Qué quieren, preguntó sonriendo, mostrando en la blancura de sus jachas la amabilidad que negaba su falta de saludo. Yo, educado en un ambiente racista, la miré de arriba abajo y qué buena está, me dije.»

Bajamos en Playa Paraíso, el abismo era un declive que se convertía en curva. En el peralte podía uno detenerse y robarle el alma al temible y hermoso mar, con unas fotos. La arena era distinta a todas las arenas. Los sonidos de la respiración se escuchaban aumentados, las huellas, que marcábamos con cada paso, también crujían bajo nuestros pies. Porque la brisa era muda y sólo se escuchaba el cielo y el mar. Caminamos unos treinta metros para descubrir algo inquietante: la música, que rompía el silencio en mil pedazos, no se escuchaba sesenta pasos atrás. La bachata que salía por las ventanas de una choza con algunos letreros pintados en rojo transportaba a épocas perdidas. Una pizarra atiborrada

de faltas ortográficas, con el dibujo extraño de lo que luego descubrí que era una iguana, anunciaba la especialidad. Me inquietó ver aquello, nunca probé el reptil. Pero no había; a pesar de decir que era el «plaTo der dIAs».

Una morena con la mitad de ambas nalgas al aire salió a nuestro encuentro. Qué quieren, preguntó sonriendo, mostrando en la blancura de sus *jachas* la amabilidad que negaba su falta de saludo. Yo, educado en un ambiente racista, la miré de arriba abajo y qué buena está, me dije. Llevaba la parte superior de un bikini que mostraba unas mamas turgentes y sensuales, doradas al natural. Los pezones se insinuaban bajo la tela de licra. La piel brillaba al candente roce del sol. Los *shortcitos* que mostraban medio culo eran color blanco y su paso (la vi salir de la choza) era tan rítmico como el *bachatón* que gritaba la pena de algún pobre diablo. Mis manos se hicieron un instrumento filoso y rozando su contorno engulleron sus ropitas, dejándola abandonada a la más maciza y curvilínea desnudez. Mis ojos, perdidos en un paisaje demencial, consumieron cada instante, cada rincón de su geografía, cada recodo de su hermosa anatomía. Aquel azúcar moreno de su piel ardiente se dejó raspar por una lengua errante e inexperta, por unos labios ávidos de humedad. Me lancé al mar en un

golpe irreverente de soberbia, en un grito desesperado por calmar la temperatura que mi mente, juzgándome una treta, había alcanzado en sus divagaciones. Las olas, constantes y peligrosas, empujaban con fuerza mi cuerpo sumergido en la tibieza de la playa, rumiando, ligera la mente, en aquel culo, en aquellas tetas redondas donde ansiaba sumergirme y nadar.

Tomamos unas cuantas cervezas al compás de esa música asesina. Padre se paró y caminó en dirección al mar. Su figura me pareció disminuida a contraluz y con la inmensidad de esa masa cortándola. Su silueta, contra el cobre del sol que ya se alistaba para acostarse dentro de unas horas, parecía más solitaria y triste de lo que era él. Me transporté a la imagen de aquel mismo tipo, con el pelo menos cano y de la mano de una mujer hermosa. Una escena de ensueño, engullida por la vida, como todos los sueños.

Aproveché la ausencia de mi padre para ponerle tema a la morena. Se llamaba Clara. Le pregunté sobre los rumores. Si por esta zona había un cocodrilo. Le cuestioné si era cierto que en un sitio tan árido había un pantano. Yo no sé, ello lo que hay e' una be'tia de do' pata', apuntó. Cómo así, dije extrañado. Uno que anda violando muchachita' en el poblado. Hice silencio.

A su regreso Padre dijo que iba a dejar un mensaje para que quien lo encontrara me lo comunicara. Pidió a la morena una pluma y un papel. Tras escribir, apartado, en el mostrador de la chocita enrolló el papel y agarró una botella de Brugal que vio centellear en la arena. Allí lo introdujo y la lanzó al azul interminable. De inmediato me palmeó la espalda y miró a la morena. Pude ver descender un par de lágrimas por la montaña rusa de sus mejillas rasuradas.

* * *

Eran las tres de la tarde cuando irrumpió en el lugar un hombre oscuro. Aludido por el vehículo y al ver la placa delantera que decía «Médico», se acercó en busca de ayuda. Su figura era la máxima expresión de compunción. Su aura era oscura, como su piel. Se leía en él un dejo de misterio. Elucubraciones mías, pero que sin duda encuentran razón en algún lugar de esta historia. Sí, soy cirujano, dijo, en qué le puedo ayudar. Pensé en oponerme, pero habría sido inútil; mi padre tenía gran respeto por Hipócrates. Subimos al vehículo los tres: él, Goyo y yo. Conversaron de temas diversos. Mi memoria alcanza recordar algunos pocos, como la ausencia de hospital en toda la zona y la necesidad de un médico que pudiera detener las enfermedades del verano. Mi padre le comentó que podría instalarse durante el verano siguiente. Que esa podría ser una especie de retiro, una oportunidad que hace tiempo venía buscando. Recuerdo que mi cara se arrugó en una mueca involuntaria de rechazo.

«Llegamos. Entré con mi padre a una casa con el piso de una mezcla rara, nada que ver con cemento; parecía tierra endurecida, pero no sé cómo ni con qué. Las paredes lucían una imperfección ocre, hecha a mano, que dejaba leer miseria, junto con algunos detalles que escasamente la adornaban en su despojo.»

En el camino vi un cuadro desgarrador. A la vera de la carretera, en una especie de mirador, jugaban a atrapar las olas los enternecedores miembros de una tropa de subnormales. Sus correteos (en el caso de los que podían) eran angelicales y marciales a un mismo tiempo. Los demás se arrastraban emulando al resto, todos con el signo de su desgracia. Hice silencio ante aquella escena que no se si mi padre captó. Tenía ganas de llorar.

Llegamos. Entré con mi padre a una casa con el piso de una mezcla rara, nada que ver con cemento; parecía tierra endurecida, pero no sé cómo ni con qué. Las paredes lucían una imperfección ocre, hecha a mano, que dejaba leer miseria, junto con algunos detalles que escasamente la adornaban en su despojo. La choza era una sola habitación, una sola cama. En ella estaba tendida una niña de unos doce años, remontada sobre sus espaldas, en posición defensiva, se aferraba a la tusa que le servía de sábana buscando protección. La cabeza gacha, los ojos fijos y algunas marcas, hematomas que dejaban leer en su piel, color tabaco, vestigios de violencia. No tuve tiempo para ver más; una mujer salió de su inercia en la esquina más opaca y me pidió que saliera al tiempo que empezaba a hablar

con el doctor. Yo esperé fuera, con Goyo, mientras Padre atendía a la joven que, supuestamente, llevaba tres días así. Yo le contaba al negro nuestros planes de pesca en el muelle de la Alcoa. ¿Y dónde piensan dormir? Goyo preguntaba y yo ignoraba. Le seguía contando y le hablaba de otros viajes. Al fin, tras su insistencia, le admití que dormiríamos en el mismo muelle, que no nos interesaba la comodidad para un Hotel de gastos absurdos. Venimos en busca de aventura.

Tengan cuidado, dijo entonces, en esos pantanos hay una bestia. Un diente dorado fulguró devolviendo el ataque a un sol picante. Yo, recordando la historia del tío Luis, sentí un breve apretón de tripas mientras replicaba su sonrisa, menor en brillo y en blancura.

* * *

Mi padre salió estregando sus manos entre sí. Dijo que todo estaría bien, que había dejado las indicaciones a la doña. Yo no la vi. Como tampoco había notado en qué momento mi padre había sacado su maletín, por el que volvió al interior de la casucha. «Lo había olvidado». Gracias, dijo el hombre, dándole un apretón con las dos manos a la de mi viejo. Tras el gesto de hermandad, que mi padre correspondió sin sonrisa, se escuchó el grito de la madre. «¡Maldito!». Salió a nuestro encuentro armada de un odio desconocido para mí. Buscaba piedras en el suelo, tirada, llorando salvajemente cuando el marido, Goyo, la detuvo y le preguntó qué pasaba. La escuché decir barbaridades contra mi padre. El negro hizo una seña indicando que nos fuéramos.

No comprendí por qué mi padre no dijo una sola palabra de lo ocurrido. Partimos y a los diez minutos ya estábamos en el rojo. El rojo Marte de la tierra. La carretera bordeada por aquel desierto de

«No comprendí por qué mi padre no dijo una sola palabra de lo ocurrido. Partimos y a los diez minutos ya estábamos en el rojo. El rojo Marte de la tierra. La carretera bordeada por aquel desierto de color intenso era una línea recta que algún día fue grisácea. Media hora más tarde vimos algo extraño.»

color intenso era una línea recta que algún día fue grisácea. Media hora más tarde vimos algo extraño. Un bulto gigantesco se tendía en la carretera. No podía distinguir, con el sol frente a nosotros, de qué se trataba. Noté que mi padre iba distraído, pero ya era tarde. Pensé, claro, en la bestia que Goyo había anunciado. No tuve miedo. Cuando dije «¡cuidado!» ya era demasiado tarde. De hecho, no había alternativa. El cuerpo extraño cruzaba casi toda la carretera. Mi padre, abstraído, sin haber hablado media palabra desde la partida de casa de Goyo hasta el momento, sacudió sorprendido la cabeza y apretó confundido el acelerador. Pensé que si se erguía, fuese lo que fuese el animal, podríamos volcarlos; matarnos incluso.

* * *

Llegamos al muelle de la Alcoa a las seis y cuarto. El horizonte estaba quebrado por algunos islotes lejanos. A la derecha divisamos unos farallones, algunas ropas colgaban de palos en esa lejana fortaleza de roca rojiza. Padre señaló las empinadas paredes donde se destacaban algunas diminutas figuras en movimiento. Son los hombres de las cavernas, dijo. Yo hice silencio figurándome un *homo erectus* hipo-desarrollado que cargaba un mazo en una mano y en la otra la bestia muerta que llevábamos en la cajuela. No imaginé que se trataba de una tribu desplazada, hija del hambre y la pobreza. No había razones en mi mundo para que gente como yo, como cualquiera, tuviera que tener por techo una covacha y cocinar al fuego y lamentar su vida cada día en la faena, sobreviviendo. Miré mis tenis *converse* mientras pensaba y descubrí un suelo de concreto, gris plomo entre tanto grana. Un ciempiés se tambaleaba de lado a lado. Lo pateé con saña y lo vi caer en el charco quieto.

Un bisturí rasgó la panza verdosa y escamoteada de la iguana. Los dedos se movían con destreza, con vida propia, al señalar cada órgano, al repasar, como rezando, dejando salir por sus labios un leve viento. Cada parte de la entraña de aquel lagarto gigantesco que, patas arriba, miraba con tres ojos sin vida el horizonte, salió a montones semitransparentes y teñidos. Mi padre las lanzó sin mucho esfuerzo. Minutos después un tiburón asomaba violento su aleta dorsal. Ladrón furtivo: las tri-

pas del reptil ya no flotaban más. Las manos de mi padre, ahora ensangrentadas, habían decidido hacer lo que sabían.

Nos recostamos un rato en el interior del vehículo para descansar del viaje. La temperatura empezaba a descender. En la madrugada recibí una especie de caricia que me despertaba para tirar el *an-ganeo*. Hay que atrapar la carnada. Yo me abstraí, deslumbrado con el baile de plata que brindaba el movimiento de los alevines al roce de la luz: qué danza mágica de peces, previo al alba; que desborda su belleza, asombrando al propio resplandor de la luna llena, al ritmo de la música del mar. Algunas sardinas nos bendijeron con su sacrificio. Mi padre miraba el horizonte tensando el hilo, pensando el hilo. Yo observaba las llamas lejanas, diminutas de las fogatas de las decenas de familias marginadas a un estilo de vida prehistórico, en las cuevas de los farallones.

* * *

Todavía no salía el sol cuando noté que alguien se acercaba por la enramada. Escuché las pisadas y vi las luciérnagas naranja de dos cigarrillos. Alerté a mi padre. Si, tenemos compañía. Luego hizo una pausa silenciosa y me dijo: el tipo abusa de su hija. De entrada no entendí nada. Luego, rebusqué en mi memoria y di con Goyo y pensé en la bestia de dos patas y pensé también en la tropa de subnormales del camino. Pensé tantas cosas que al volver la vista a aquellos tipos, ya habían avanzado varios metros.

Bajé la mirada y tragué en seco. La luz de la luna se reflejaba en algo metálico en la cintura del que iba en el medio. Un revolver: así supe que eran tres. La opacidad de aquel nonato amanecer no nos dejaba distinguirlos. Sin saber que ya habíamos notado su presencia se detuvieron a unos cien metros de nosotros y cruzaron algunas palabras, se dividieron. Fue entonces cuando vi el destello del diente de uno de ellos. De nuevo, aquel apretón entre las tripas, me había devuelto a pensar en esa tarde, en las palabras del negro. Miré a mi viejo, seguía empeñado en su cordel, que no daba noticias. Los peces no querían ser pescados, yo tampoco. Busqué con un atisbo las cavernas, alguien podría venir en nuestro auxilio. Nada.

«Todavía no salía el sol cuando noté que alguien se acercaba por la enramada. Escuché las pisadas y vi las luciérnagas naranja de dos cigarrillos. Alerté a mi padre. Si, tenemos compañía. Luego hizo una pausa silenciosa y me dijo: el tipo abusa de su hija.»

Empezaron a avanzar a la redonda. El sonido de sus pasos aumentaba y con ellos, el ritmo de mi pulso. Mis ojos merodeaban por aquí, por allá. La calma no hacía espacio entre mis venas. Yo estaba asustado. Sólo adrenalina. Lentamente, mi respiración fue haciéndose más grave y más pesada, mientras mis dedos, nerviosos, bailaban al rozar mi pantalón. Vi lo que es el miedo: unas ganas incontenibles de probar el sabor de una iguana en el desierto. Vi lo que es el deseo. Tuve miedo y deseo, de verdad. Más tarde yo repartía mis ojeadas hacia las tres direcciones. Repetida, indistintamente. Pude verlos en la bruma. En la penumbra distinguí que se hacían señas. Sentía los músculos agarrotados y vibrantes, pensaba que era inútil salir a correr. Mi padre agarró el bisturí y lo puso a su lado, donde tenía organizados los señuelos y carnadas. Yo busqué algunas piedras con la vista, pero era inútil. Estábamos rodeados.

© José Carlos Nazario

El autor:

José Carlos Nazario. Escritor dominicano. Es licenciado en Derecho, ha cursado estudios de Literatura, Política y Comunicación. Se destaca por la participación en diversas agrupaciones sociales, estudiantiles y culturales. Redacta la columna *Dimensión Ética* del diario Clave Digital, donde difunde ideas reflejando su compromiso crítico con una nueva visión de ciudadanía. Ganador del premio Estrella de la Juventud Dominicana. Obtuvo el 1^{er} Lugar en el Concurso de Ensayo histórico sobre la Constitución dominicana, organizado por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, año 2003. Su texto *Seis balas en el tambor* obtuvo mención en el Concurso de Cuento Prof. Juan Bosch de los premios FUNGLODE 2009. Ha publicado de manera alternativa la colección de relatos *Morada de locos*. Sus cuentos aparecen tanto en revistas nacionales como extranjeras. Actualmente vive en Buenos Aires.

MUJERES COMO USTED

por Lucía Lorenzo

Una enfermera le preguntó el nombre de pila. Ella dijo algo, pero menos que un nombre. La enfermera le preguntó dónde vivía. Ella dibujó con un dedo un círculo. La cara golpeada. Ella se la señaló. Se la mostró a la enfermera como si se tratase de una novedad. Mi cara. Esta cara. Cuando era joven, yo. Se interrumpió. La enfermera bostezó un poco. Vamos a curarla, dijo y el plural era ya un bálsamo. Todos. Todos vamos a curarla. Aun cuando no sepamos su nombre. Ni su dirección. Ni el porqué del golpe. Detrás, el aliento alcohólico. Ellos, susurró. Ellos, repitió. La enfermera la miró seriamente ahora. ¿Había un Ellos? Sintió una curiosidad leve, de telenovela. ¿Ellos qué? Ellos nunca entendieron que yo. Nueva interrupción. Las ideas viajaban en vagones llenos, repletos, oscuros, desordenados. Sosténgase esto, dijo la enfermera. Presione, ordenó. Y luego se dirigió a ella, maternal. Le habló como a una niña. Y la niña escuchó, presionando aquello sobre una parte de su ojo derecho y la frente. Es un corte. Nada más. Uno, como cualquier otro. Ella miró a la enfermera. ¿Usted, cómo sabe?, preguntó. La enfermera sonrió, desatenta. No se preguntó cómo sabe qué. Sólo hizo el resto de su trabajo, aplicó nuevos *nosotros* y logró hacer sonreír un poco a la mujer. No tiene, no tiene por qué hacerse esto. Este daño, agregó. ¿Qué daño? La cara, dijo la enfermera. Ah, sí, la cara. Usted es joven todavía. Y bonita. Es bonita. Cuando vienen mujeres así, como usted, dijo. Mujeres como usted. ¿Qué quería decir? ¿Había más como ella? A mí me da mucha pena, dijo la enfermera. Mucha pena, repitió. Ella miró a la enfermera, maternal. Le sonrió e intentó una nueva explicación que también fracasó.

Después la dejó sentada, sola, un rato. Ella la vio irse, retirarse por el pasillo. Quiso llamarla, una vez, pero no pudo. La vio acercarse casi y alejarse otra vez. Ocupada. Útil. Entretenida. Eficiente. Y en la nebulosa de aquello, se preguntó, extrañada, por qué no había sido enfermera. La vio hablar con otra mujer al final del pasillo. Cordiales. Cordialmente. Cuando era joven yo. Las caras limpias y suaves, suavizadas por algo imposible de definir. Las vio. Sería como ellas, si la dejaran. Igual que ellas. No esa masa golpeada de intentos, de sólo intentos y lagunas mentales. Está pronta, sintió que decía la enfermera, ya casi sobre ella. Se detuvo a mirar su cara, sin comprender el significado de lo que le había dicho. Ya se puede ir, dijo la enfermera. ¿Ya?, murmuró ella. Está pronta. Puede irse. ¿Cómo? La enfermera la miró, un poco. Sólo levántese y váyase. ¿Vive lejos? ¿Muy lejos? ¿No tiene alguien a quien llamar? ¿Un familiar? Sólo váyase.

«Se tocó el borde de la cara, la gasa que ocultaba la herida y rodeó el contorno de la gasa con un dedo. Cuando era joven yo. Se interrumpió. Debería organizarse. Afiliarse a un partido político. Creer en dios. Tener plantas.»

Miraba la calle buscando un taxi. Todo era solitario a esa hora de la noche. Un escenario vacío donde ensayar algo, lo que quisiéramos, un accidente incluso. Un nuevo accidente. Quebrarse una pierna y ser realmente, esta vez, un lisiado. Que nadie lo dude. Paró el taxi. Dio su dirección. Ya no podría, pensó. Fue pensando. Ya no podría tener hijos, abortar, abrigar esperanzas, enseñar algo a los demás. El taxista no le habló. La trasladaba, sólo eso. Dejarse trasladar era posible. Más que posible, era necesario. Quizá lloviese. Algún día. No le interesó. La belleza del camino, nocturno y silencioso, no le interesó. Sólo sabía que olía a desinfectante y a sábanas acartonadas. Y que ése era un olor familiar. Se tocó el borde de la cara, la gasa que ocultaba la herida y rodeó el contorno de la gasa con un dedo. Cuando era joven yo. Se interrumpió. Debería organizarse. Afiliarse a un partido político. Creer en dios. Tener plantas. No, plantas ya tenía. Animales domésticos, quizá. Menos insomnios. Reducirlos a tres por semana, como un club. Como ir a un club, con esa lógica. Tener amigas. Verlas envejecer. No esto. No esto. El taxista la miró por el espejo retrovisor. Pensará que me caí porque eso hacen las mujeres de mi edad. Tropezan contra una silla de la cocina. Sólo porque olvidaron prender la luz. No, no llegan nocturnas a los centros hospitalarios. De joven yo. El taxista no sabría nada de mujeres así. Y si hablaran, ella tendría que explicarle, convencerlo, ella

tendría que decirle todo, desde el segundo en que nació hasta ahora. Y ni siquiera eso alcanzaría. Nada sería suficiente.

Pasaron por la puerta de otro hospital. El taxi se detuvo en un semáforo. Justo allí. Y entonces fueron ella y la puerta de emergencia, por un rato, mirándose. A través de los vidrios verticales vio a una mujer, sentada, de perfil. Se tocaba la cara y giraba la cabeza de vez en cuando hacia otra puerta. Pero nadie aparecía. ¿Qué esperaban? ¿Qué esperaban para hincarse allí, frente a ella, como si rezaran? Casi como si rezaran. Agacharse allí y mirarle la cara. Contar de a una sus heridas. Hablarle como si fuese una niña. Permitirle que ella les hablara como a niños. Como si ella fuese su madre. Y decirle y repetirle Nosotros vamos a curarte. ¿Qué esperaban? El taxi arrancó y ella vio hundirse en el vacío blanco, cenagoso, el perfil de la mujer y la mujer. Entera. Desprovista. Pronto la curarían y la despedirían. Ya puede irse. ¿Vive lejos? ¿Muy lejos? ¿No tiene alguien a quien llamar? ¿Un familiar? Sólo váyase.

© Lucía Lorenzo

La autora:

Lucía Lorenzo (Montevideo, Uruguay, 1973). Cuentos suyos han sido incluidos en la antología "El descontento y la promesa" (2008) y en la publicación colectiva de los Premios "Paco Espínola" (2007).

* * *

Relato

VASO DE BOURBON

por Ana Patricia Moya

Después de hacer el amor, me invitas a un Bourbon. Observo la botella: es de los caros. Te pregunto que cómo puedes permitirte tal lujo, tú respondes que es el regalo de un amigo. Hay algo que quiero tratar contigo y creo que es un buen momento. Te recuestas a mi lado y me lees un poema tuyo. Es precioso: no hace falta que te lo diga porque ya lo sabes, ya sabes que tienes un talento extraordinario y que todo lo que sale de tus maravillosas manos me encanta; sin embargo, yo sigo preocupada por esa cuestión del puesto de dependiente que te ofrecieron en la ferretería y lo menciono; el tema te incomoda y desvías la conversación hacía la literatura de poetas malditos. Vuelvo a insistir: tu buen humor desaparece, te cabreas, me gritas que tú has nacido para ser el mejor de los poetas y que sería un desprestigio aceptar un trabajo tan vulgar en una tiendecilla de barrio. Suspiro, doy un trago a mi vaso de alcohol. No hay reproches de mi parte: me limito a levantarme de la cama y vestirme. Tú sigues con tus argumentos de principios, pero yo ignoro tu orgullo estúpido. Me despido de ti: mis ojos se clavan en los tuyos, llorosos, llenos de rabia. Al cerrar la puerta de tu casa me juro a mí misma no regresar a tus brazos... pero mi corazón desea que bajes de tu torre de marfil, que tus pies caminen sobre el terreno de una realidad a la que no le importa el hermoso pero inútil arte de los versos. A nadie le interesa lo que tú sientas. A nadie. Ni a mí tampoco.

© Ana Patricia Moya

La autora:

Ana Patricia Moya Rodríguez (Córdoba, España, 1982). Estudió Relaciones Laborales y es Licenciada en Humanidades por la Universidad de Córdoba. Actualmente, estudia Master, es pluriempleada así como directora \ editora de **Groenlandia**, Revista de Literatura, Opinión y Arte en general. Ha publicado un poemario, titulado *Bocaditos de Realidad* (Groenlandia, 2008), y próximamente, editará su primer libro de relatos, *Cuentos de la Carne* (Groenlandia, 2009). Sus poemas y relatos han aparecido en diversos fanzines y revistas, impresas y digitales, de España e Hispanoamérica. Posee libros de poesía inéditos: *Material de Desecho* y *Pildoras de Papel*. Está empezado a escribir el próximo: *Yo soy lo que dicen mis manos*.

LO TERMINÉ PORQUE SIEMPRE ACABO EL LIBRO QUE EMPIEZO

por Daniel Pérez Navarro

A las diecisiete cincuenta horas, en una cafetería del hemisferio norte con clima mediterráneo del interior, de una continentalidad discreta, bastante seco para el día del mes de mayo en el que nos encontramos, el dueño del local, un tipo con un delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica que remedan tres islas próximas de un famoso archipiélago, extiende un rollo de papel de ochenta y cinco centímetros a lo largo de cinco mesas cuadradas que ha juntado para componer un único y largo tablero, alrededor del cual ha situado veintidós sillas de plástico de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja), apilables, perfectas para uso exterior. El tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica corta el rollo de papel después de que haya logrado cubrir la última de las mesas. Hace un cálculo mental de la cantidad que ha empleado: mesas con armazón tubular de cuatro patas de aluminio y tapa de polipropileno de color blanco de setenta por setenta centímetros, cinco mesas, setenta por cinco, tres metros y medio de rollo de papel para un mantel de fiesta escolar de cumpleaños. Desconoce con seguridad el número de niños de entre cuatro y cinco años que acudirá a la celebración. El número oscila entre un impreciso *es que no se lo puedo decir* y un máximo de veintidós.

En ese momento aparece el primero de los padres del Colegio Virgen de la Santa Susana, un hombre de treinta y ocho años perfectamente afeitado, con varios puntos sangrantes ya coagulados a nivel del cuello. Despide un olor a Seduction Pour Homme Tentation detectado desde que se encontraba a setecientos cincuenta metros de la cafetería por un perro de aguas que pertenece a un ciego que vende cupones y que está sentado en una de las sillas de diseño de polipropileno de color naranja a veinte metros de la cafetería que pertenece al hombre del delantal blanco con manchas de café. El padre recién afeitado que huele desde lejos a Seduction Pour Homme Tentation, abreviadamente SPHT, lleva de la mano a una niña de cinco años con pelo rubio, largo y liso y un lazo de color rosa (cinta satinada en rosa con forma de clavel), cogido al pelo por

«El padre recién afeitado que huele desde lejos a Seduction Pour Homme Tentation, abreviadamente SPHT, lleva de la mano a una niña de cinco años con pelo rubio, largo y liso y un lazo de color rosa (cinta satinada en rosa con forma de clavel), cogido al pelo por un gancho, justo en el centro de la cabeza.»

un gancho, justo en el centro de la cabeza. La niña suelta la mano de su padre y sale corriendo en dirección a las mesas agrupadas. El tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica la ve acercarse y sostiene el rollo de papel con las dos manos y pegado al tórax, en posición de defensa, como si debiera emplearlo en algún momento para frenar el envite de la niña que lleva en la cabeza un lazo de color rosa, lo que no es necesario, ya que la chiquilla esquiva al hombre del delantal blanco cuando se encuentra a un metro de él y empieza a dar la primera de varias vueltas consecutivas alrededor del alargado tablero que servirá para la fiesta de cumpleaños de uno de los escolares del Colegio Virgen de la Santa Susana.

El padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT se detiene cuando ve acercarse a uno de los niños invitados (compañero de clase de la niña que lleva un lazo en la cabeza de color rosa), vestido para ese acontecimiento feliz con una camiseta de algodón de color pistacho varias tallas mayor de la suya que lleva sin meter por dentro del pantalón, por lo que casi la arrastra por el suelo, personalizada con un logotipo impreso en serigrafía con tinta negra de primera calidad que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia.

El niño viene de la mano de su madre. Ella, que tiene más de tres dioptrías en cada ojo, se puso las lentillas en el último momento, justo antes de salir por la puerta de casa, y no se dio cuenta de que el niño había cogido una de las camisetas del tipo que la diseñó, padre del niño y marido de ella, en lugar

de la que la mujer había dejado encima de la colcha de la habitación infantil, también de cuello redondo, y de algodón, y de color pistacho, pero de la talla del niño y con un Muñeco Blanco Sonriente y un Hombre Arbusto Pequeñito y un Sol Mascota Travieso pintados a mano, en lugar de un logotipo que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia. La madre que se puso las lentillas en el último momento está leyendo un libro mientras camina, por lo que casi tropieza con el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT, y si no lo hizo fue porque el hombre dio un paso atrás y la saludó con un breve y sutilmente autoritario hola. Ella se sobresaltó, apartó los ojos del libro y dijo uy. Hola y uy se convirtieron así en las primeras palabras que intercambiaron en su vida, ya que aunque el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT la miraba de reojo desde hacía varias semanas, había decidido comportarse de la manera más prudente y distanciada posible, de lo que estaba muy satisfecho, ya que él, a sus treinta y ocho años, presume de encontrarse en el mejor momento de su vida, física, sexual, laboral, social, artística y filosóficamente, y frenar los impulsos agresivos –las ganas de partírla la cara a alguno que siente a veces y que domina, a pesar de que gracias a sus triples sesiones semanales de gimnasio está preparado para liberar la rabia natural del animal que como cualquier otra persona lleva dentro– forma parte de ese vigor de ánimo, de esa casi indestructible fortaleza interior de hombre sensato en vías de realización que sabe lo que quiere, así como controlar las ganas de follar con la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro mientras camina, lo que también forma parte (aguantarse) del saber estar del hombre instruido y juicioso en el que con tanto esfuerzo ha logrado convertirse. Lo que quizá confundió al padre recién afeitado que huele desde lejos a Seduction Pour Homme Tentation fueron las miradas extraviadas que la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro mientras camina tenía algunos días a la hora de recoger a su hijo del colegio, y que atribuyó a las mismas ansias reprimidas por intercambiar fluidos genitales

«Después de que el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT dijera hola y la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro mientras camina dijera uy, las miradas de los dos adultos se cruzaron durante un instante.»

que tenía él, combinadas con cierto interés afectivo de ella, nacido, sospechaba el hombre, del innegable magnetismo que la personalidad firme, tentadora e intensa del padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT irradia constantemente. La verdad era que esos días que la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro mientras camina tenía la mirada perdida a la salida del colegio, coincidían con los que había olvidado colocarse las lentillas que tanto le picaban antes de salir de casa. Por vanidad tampoco se ponía las gafas que siempre llevaba en el bolso, ya que estaba convencida de que le hacían parecerse a la señorita Rottenmeyer, la de Heidi, y de ningún modo estaba dispuesta a parecer una

madre severa y amargada. Es decir, que la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro mientras camina no veía otra cosa que manchas cuando parecía mirar fijamente al padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT.

El tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica entra en la cafetería mientras masculla algo entre dientes que viene a significar, si se pudiera leer como un logotipo impreso en serigrafía con tinta negra de primera calidad en el mismo delantal sucio que lleva puesto, algo así como Este Va A Ser El Peor Cumpleaños De Padres Primerizos De Mi Shit Focking Existencia. Ocupa el mostrador de la cafetería con los batidos de chocolate, fresa y vainilla y los cuenta. Doce de chocolate, seis de fresa y otros seis de vainilla. Quince naturales, a temperatura ambiente, y nueve fríos, recién sacados de la nevera. Su experiencia le ha llevado a la conclusión de que cualquier cálculo que haga es inútil siempre que haya madres, padres y niños, así que como no está dispuesto a tener preparados cuarenta y cuatro batidos de cada sabor, veintidós naturales y veintidós fríos, es decir, ciento treinta dos batidos listos para cubrir cualquier contingencia (padres que piden vainilla natural, chocolate frío, chocolate natural o fresa natural obviando cualquier ley física o matemática conocida, por lo que la única posibilidad de acertar y satisfacer consiste en cubrir todas las combinaciones posibles, porque cada fiesta de cumpleaños es diferente), hace tiempo que decidió que los últimos en aparecer se tendrán que conformar con lo que quede, tanto en lo referente al sabor como a la temperatura de la bebida (a fin de cuentas, las bebidas frías siempre se pueden calentar, y a las calientes se les puede echar hielo en forma de cubitos, lo que emplea como último recurso para esos padres que aparecen con cara de Como Pases De Mí, Este Va A Ser El Peor Cumpleaños De Tu Shit Focking Existen-

cia, aunque lo de los sabores no tiene remedio).

Después de que el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT dijera hola y la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro mientras camina dijera uy, las miradas de los dos adultos se cruzaron durante un instante. Ella se sentó en una de las sillas de plástico de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja) que tan perfectas eran para uso exterior y tan bien quedaban apiladas a la hora de cerrar la cafetería, y siguió leyendo mientras él permaneció de pie como un pasmarote sin saber qué hacer. Porque, ¿qué debía hacer él? ¿Sentarse al lado de ella e iniciar una conversación intrascendente? ¿Con la madre que se puso las lentillas en el último momento y leía un libro mientras caminaba, ahora sentada en una de las sillas de plástico de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja) y con la atención puesta en el mismo libro, forrado con papel Chispitas de Contenido, una serie de dibujos sencillos y bucólicos en la que sobre un fondo de árboles verdes y esféricos cubiertos de manzanas rojas y circulares y un cielo blanco con nubes azules, estrellitas amarillas y un sol de mediodía circular y también amarillo –estrellas y soles en el mismo cielo diurno-nocturno–, los chiquillos protagonistas van descubriendo paso a paso las maravillas de la naturaleza?

El hombre duda. Y los breves segundos que duran esas vacilaciones caen encima de él como el peso de un dinosaurio sobre el paisaje formado por árboles verdes y esféricos cubiertos de manzanas rojas y circulares y el cielo incongruente, es decir, que dejó pasar el momento, y sentarse ahora al lado de ella le parece que va a quedar un poco raro. Mientras, el niño que va vestido con una camiseta que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia se une a la niña que lleva en la cabeza un lazo de color rosa en el divertido juego de dar vueltas alrededor de las cinco mesas cuadradas que el tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica ha juntado para componer un único y largo tablero. El perro de aguas que pertenece al ciego que vende cupones y que está sentado en una de las sillas de diseño de polipropileno de color naranja a veinte metros de la cafetería, alza la cabeza y huele la explosiva mezcla que forman en ese padre el naciente sudor de las axilas, fruto de los nervios y las feromonas de él, con el muy característico olor a Seduction Pour Homme Tentation, pero no es el único que se da cuenta de que algo empieza a corromperse en los alrededores de la cafetería, ya que el tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica, mientras recuenta los batidos de fresa, vainilla y chocolate, de manera casi inconsciente saca de debajo del mostrador un bote de Spray Antiolores Purificador del Aire de 600 mililitros envasado en un tubo metálico a presión y con él trata de refrescar el ambiente, lo que molesta a la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro sentada en una de las sillas de plástico de color naranja, que levanta los ojos del libro forrado con papel Chispitas de Contenido y fulmina al tipo del delantal, en el que ella imprimiría un logotipo con tinta negra que dijera Soy El Gilipollas Del Spray Que Lo Llena Todo De Olor A Mentol Justo Antes del Peor Cumpleaños De Mi Shit Focking Existencia.

«El hombre duda. Y los breves segundos que duran esas vacilaciones caen encima de él como el peso de un dinosaurio sobre el paisaje formado por árboles verdes y esféricos cubiertos de manzanas rojas y circulares y el cielo incongruente, es decir, que dejó pasar el momento, y sentarse ahora al lado de ella le parece que va a quedar un poco raro.»

Es entonces cuando la pequeña y oliente descarga hormonal del padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT provoca la primera de las reacciones impulsivas que consecutivamente van a tener lugar en aquella cafetería del hemisferio norte con clima mediterráneo del interior muy poco antes de las dieciocho en punto, hora a la que llegarán de forma masiva los otros niños del Colegio Virgen de la Santa Susana invitados a la misma fiesta de aniversario, y que consiste en que él mira a la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro sentada en una de las sillas de plástico de color naranja y por primera vez se atreve a dirigirle la palabra (si no contamos el previo hola, al que siguió un uy de la mujer) y dice A Mí También Me Encanta Leer, lo que no hubiera sido mal logotipo para una camiseta, por supuesto impreso en serigrafía con tinta negra de primera calidad, pero que en ese preciso instante no provoca efecto alguno en la madre del niño que va vestido con una camiseta que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia (que sigue corriendo alrededor de las mesas, detrás de la niña que lleva en la cabeza un lazo de color rosa, bajo la atenta y

desconfiada mirada del tipo de delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica, que duda entre empezar o no a colocar los batidos fríos y calientes de fresa, vainilla y chocolate sobre el rollo de papel de tres metros y medio). El padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT repite la alocución culta, *A Mí También Me Encanta Leer*, pues lo intelectual, en este caso la referencia libresca, también forma parte de esa casi indestructible fortaleza interior de hombre reflexivo de treinta ochos años que sabe lo que quiere. La madre de las lentillas tardonas que lee un libro sentada en una de las sillas de plástico de color naranja se limita a esbozar una mueca de sonrisa que en cuatro décimas de segundo desaparece del rostro, lo que no echa para atrás al padre de la niña que lleva en la cabeza un lazo de color rosa, que a continuación divulga el segundo de sus eslóganes, que reza así: *Me Gusta Leer Novelas De Muchas Páginas*, que también valdría como logotipo impreso en serigrafía con tinta negra en una camiseta de color pistacho (o del cualquier otro color que no sea el negro), entendiendo como novelas de muchas páginas las que alcancen como mínimo las quinientas, con el número de página insertado en la parte inferior izquierda (para las hojas que abiertas quedan a la izquierda) o inferior derecha (para las que abiertas quedan a la derecha), o bien novelas que sostenidas al peso, cansen los brazos en extensión antes de que pasen cinco minutos (siempre que no se trate de ediciones de bolsillo). Como ella apenas reacciona tras haber escuchado esta segunda locución destinada a formar parte de las citas famosas que se leen en el cuarto de baño, el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT decide probar suerte una tercera vez, en lugar de retirarse, tal vez empujado por el ego que lastra el mejor momento de su vida, física, sexual, laboral, social, artística y filosóficamente, o puede que sean las hormonas las que le llevan a improvisar una tercera frase, más corta que las anteriores y menos trabajada, aunque en compensación se menciona en ella el canto de todos los cantos: He leído *La Odisea*, *Y Está Bien*. Sin embargo, la referencia a lo épico y a lo trágico queda deslucida cuando el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT dice *Aunque Lo Terminé Porque Siempre Acabo El Libro Que Empiezo*, sentencia que después de ver la cara de mala hostia que pone la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee un libro sentada en una de las sillas de plástico de color naranja, lleva al hombre a la conclusión de que, de un modo definitivo, la frase puede considerarse inapropiada para una de esas camisetas de color pistacho personalizada con un logotipo impreso en serigrafía con tinta negra de primera calidad.

«El padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT repite la alocución culta, A Mí También Me Encanta Leer, pues lo intelectual, en este caso la referencia libresca, también forma parte de esa casi indestructible fortaleza interior de hombre reflexivo de treinta ochos años que sabe lo que quiere.»

Sin embargo, el padre de la niña que corre como si le hubieran dado cuerda alrededor de las cinco mesas con armazón tubular de setenta por setenta centímetros unidas para componer un único y largo tablero, desconoce algo que tal vez le habría llevado a asaltar literariamente a la madre de las lentillas informales con otra estrategia: el título del libro que ella lee, oculto tras los árboles verdes y esféricos cubiertos de manzanas rojas y circulares y el cielo blanco con nubes azules, estrellitas amarillas y el sol de mediodía circular y también amarillo con el que está forrado ese ejemplar que ella sostiene entre las manos con una tensión que ha pasado inadvertida para el hombre satisfecho de sí mismo a sus treinta y ocho años. La madre que tiene más de tres dioptrías en cada ojo y que no se ha dado cuenta de que su hijo ha cogido una de las camisetas con el logotipo que dice *Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia*, sintió curiosidad por el libro que su marido, diseñador gráfico, lee a escondidas en el cuarto de baño. En lugar de llevarse, por ejemplo, algún libro de citas famosas, lectura quizá más apropiada para acompañar la defecación por aquello de lo efímero, el marido de la mujer que se puso las lentillas justo antes de salir de casa había forrado con papel *Chispitas de Contento* un ejemplar de *Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma del Marqués de Sade*. Lo primero que pensó la madre del niño que lleva puesta una camiseta equivocada fue que convivía con un maniaco sexual, y aunque no supo por qué, le dio por imaginar al diseñador gráfico perdido entre vídeos pornográficos de descarga gratuita (lo que era cierto, pues al hombre que escribió el famoso logotipo *Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia* le gustaba ver orgías grabadas de forma casera, preferentemente aquellas en la que participaban transexuales y mujeres asiáticas, él también desconocía el porqué de esas predilecciones, lo que hacía por la noche cuando todos dormían, en el monitor de su ordenador portátil), pero lo pri-

mero que ella decidió fue que debía ajustarle las cuentas, no por el libro que su marido lee en el váter a escondidas, sino por el tipo de forro que el muy inconsciente había elegido: sin duda, se dijo la mujer de las lentillas que llegaron a las córneas con retraso, su marido había escogido esos dibujos infantiles para que nadie sospechara, pues Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma era algo que muchas personas considerarían un libro para envidiosos del sexo, una lectura de la que él debería dar explicaciones del tipo No Soy Un Pervertido, o bien Estoy Leyendo Un Clásico De La Literatura Erótica, o incluso Es Un Canto A La Libertad (aunque desde luego no un Sí, Lo Leo, ¿Pasa Algo?), pero ¿qué habría ocurrido si el niño que salió a la calle sin su camiseta de color pistacho con un Muñeco Blanco Sonriente y un Hombre Arbusto Pequeñito y un Sol Mascota Travieso pintados a mano hubiera abierto por curiosidad el libro forrado con papel Chispitas de Contento y hubiera leído la número ochenta y ocho de las ciento cincuenta pasiones de segunda clase descritas en la segunda parte de Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma, aquella protagonizada por seis prostitutas que acuden al castillo en el que transcurre la obra un dieciocho de diciembre, una de las cuales Querrá Cagarle En La Boca y otra Se Hace Lamer El Coño Cuando Tiene La Regla? El niño aún lee con torpeza, y es hasta posible que desconozca el significado de alguna de esas palabras, e incluso en caso de leer algo así, puede que se haga una composición mental extraña al imaginarse a un hombre arrodillado delante de una mujer desnuda, la cual sostiene en la mano una regla de las que sirven para medir la distancia entre dos puntos, la única regla de la que el niño tiene constancia que existan, de modo que a lo mejor la madre que está sentada en una de las sillas de plástico de color naranja con un ejemplar de Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma entre las manos tampoco tendría que escandalizarse por algo que difícilmente perturbará a quien por su ignorancia aún no entiende de qué va aquello que algunas personas hacen en cierto castillo imaginario durante el mes de diciembre, pero ella no puede evitarlo, y como buena madre se preocupa por la educación de su hijo, lo que incluye el tipo de lectura que pueda llegar a sus manos (a las del niño). Lo curioso del caso del libro del Marqués de Sade forrado con dibujos infantiles es que a ella se le pasó pronto la preocupación, en cuanto empezó a leer por encima algunas de las andanzas de los cuatro libertinos que secuestran a dieciséis adolescentes, ocho de cada sexo, para practicar con ellos todas las perrerías que la mente más enferma pueda imaginar, ayudados por seis criadas, cuatro viejas de pasado más que guarro, cuatro putas que calientan al personal con sus vomitivos cuentos y ocho hercúleos sodomizadores, de manera que cuando llegó la hora de salir de casa para asistir a la fiesta de cumpleaños, mientras el niño se ponía la camiseta con el logotipo que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia, la madre que se sentó en una de las sillas de plástico de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja) que tan perfectas eran para uso exterior y tan bien quedaban apiladas a la hora de cerrar el bar estaba tan enfrascada en la lectura de Las Ciento Veinte Jornadas De Sodoma que apenas prestó atención a su hijo durante el corto trayecto que separa su domicilio de la cafetería (porque entonces estudiaba el relato de una de las cuatro mujeres que estaba de vuelta de todo, la Duclos, en la vigésimo octava jornada) y por eso poco después casi tropezó con el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT (lo único que ella acertó a decir entonces fue uy, mientras leía Vamos, Nalgas, Nalgas, Necesito Nalgas Para Descargar), justo antes de sentarse en una de las sillas de plástico de color naranja (abstraída en el siguiente párrafo, en el que sobresalía como logotipo para una futura camiseta la expresión Siete Chorros de Semen Sobre El Trasero).

«De modo que cuando la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma sentada en una de las sillas de plástico de color naranja imagina a su marido masturbándose en el cuarto de baño mientras él se entretiene con aquella detallada acumulación de excesos y torturas que tienen lugar en el castillo, y ella lee cómo uno de los libertinos le pregunta a otro si puede descargar en paz sobre el culo de quien sea ahora que la Duclos ha terminado de contar su historia, el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT tiene la ocurrencia que decir He leído La Odisea.»

De modo que cuando la madre que se puso las lentillas en el último momento y lee Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma sentada en una de las sillas de plástico de color naranja imagina a su marido masturbándose en el cuarto de baño mientras él se entretiene con aquella detallada acumulación de excesos y torturas que tienen lugar en el castillo, y ella lee cómo uno de los libertinos le pregunta a

otro si puede descargar en paz sobre el culo de quien sea ahora que la Duclos ha terminado de contar su historia, el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT tiene la ocurrencia que decir He leído La Odisea, Y Está Bien. Inmediatamente después, él suelta un cuarto eslogan literario que parece venido de otro planeta, Lo Terminé Porque Siempre Acabo El Libro Que Empiezo, que se acopla en alguna parte del cerebro de la mujer con la expresión Vamos, Nalgas, Nalgas, Necesito Nalgas Para Descargar y con ciertos olores (a sudor masculino, a spray mentolado purificador del aire y a Seduction Pour Homme Tentation), una combinación que en ese preciso instante provocan que ella odie a todos los hombres, sin excepción alguna, durante veintiocho largos segundos, los que emplea el padre de la niña de cinco años en acercarse a una barra metálica, situada justo delante de las cinco mesas juntadas para componer un único y largo tablero y que está colgada del techo (y que servía para sujetar el letrero del antiguo negocio, una freiduría, antes de que el tipo del delantal blanco con manchas de distribución geográfica la reconvirtiera en cafetería), dar un salto, sujetarla con ambas manos y hacer el mono en ella.

Este es un momento crítico. Realmente crítico. La madre enfadada con el diseñador gráfico que ve películas porno cuando ella duerme ha dejado de leer. Observa con incredulidad cómo el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT, después de decir Lo Terminé Porque Siempre Acabo El Libro Que Empiezo, ha decidido (seguramente de manera inconsciente) impresionarla de otro modo. Aunque podría enseñar los dientes, como hacen los chacales, o desplegar el abanico policromado de un pavo real, o pelear con diez machos de anaconda en un mismo nudo de apareamiento, o acicalarse sin parar a la manera de los guacamayos y los titíes,

«Este es un momento crítico. Realmente crítico. La madre enfadada con el diseñador gráfico que ve películas porno cuando ella duerme ha dejado de leer. Observa con incredulidad cómo el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT, después de decir Lo Terminé Porque Siempre Acabo El Libro Que Empiezo, ha decidido (seguramente de manera inconsciente) impresionarla de otro modo.»

el hombre que dijo Lo Terminé Porque Siempre Acabo El Libro Que Empiezo sujeta la barra metálica con las dos manos y, como si fuera un mono saimiri colgado de la rama de un árbol, levanta el pecho hacia la barra situada justo delante de las cinco mesas juntadas para la ocasión, aguanta así durante unos segundos y luego desciende lentamente, hasta que los brazos quedan completamente extendidos y las piernas flexionadas para no rozar el suelo, y como traca final vuelve a alzar el pecho hacia la barra mientras inclina el torso hacia atrás todo lo que puede y dobla las rodillas, y así, con la cabeza alejada de la barra, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a la superficie, parece querer demostrarle de algún modo a la hembra (la madre enfadada con el diseñador gráfico que forró Las Ciento Veinte Jornadas

de Sodoma con papel Chispitas de Colores) que los suyos son los mejores genes, que la madre de las lentillas que nunca llegan a tiempo tiene ante sí a un vigoroso, sano, inteligente, fértil y atlético macho de treinta y ocho primaveras en el mejor momento de su vida, física, sexual, laboral, social, artística y filosóficamente, todo un hombretón capaz tanto de hacer el saltimbanqui (aunque no mejor que el Rey Mono de la mitología china, que daba saltos de cinco mil kilómetros y volaba entre las nubes) como de leer La Odisea (aunque le costara acabarla, pero lo hizo, la terminó, porque siempre acaba los libros que empieza). El tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica sale de la cafetería con las primeras nueve botellas de batido, cuatro de chocolate, tres de fresa y dos de vainilla, y al ver al padre de la niña que lleva puesto un lazo de color rosa colgado de la barra metálica, pone cara de Este Es El Gilipollas De Todos Los Cumpleaños, El Que Va A Convertir Este Día En El Peor De Mi Shit Focking Existencia.

Este es el momento crítico, realmente crítico, porque mientras los dos adultos prestan atención al padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT y la niña de cinco años sigue dando vueltas alrededor de las mesas con armazón tubular de cuatro patas de aluminio y tapa de polipropileno de color blanco de setenta por setenta centímetros, el niño que va vestido con una camiseta que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia se aleja de la cafetería y echa a correr en dirección a la calzada, con los semáforos en verde y recorrida por vehículos que circulan a más de los cincuenta kilómetros por hora permitidos en tramo urbano (al doble, para ser más concretos), y todo habría concluido en tragedia de no aparecer en ese preciso momento el verdadero protagonista de la tarde, el superhéroe de

las diecisiete cincuenta y siete horas, el soplo mágico, fantástico, sobrenatural, que esta narración necesitaba: Daredevil.

Daredevil, personaje de tebeo creado para la editorial Marvel Comics por Stan Lee y Hill Everett, perdió la vista cuando era niño, lo que provocó que el resto de sus sentidos se desarrollara a niveles impensables. Tiene una especie de radar dentro de la cabeza, mejor que el de los murciélagos, una fuerza prodigiosa, un pulso y una precisión de profesional del billar y un polígrafo entre sus neuronas (Daredevil es capaz de percibir un aumento en el número de latidos del corazón o el más leve rizo de vello corporal cuando alguien trata de engañarle), así que poco importa que sea un invidente. El perro de aguas que detectó desde cierta distancia el olor a Seduction Pour Homme Tentation pertenece al ciego que vende cupones y que está sentado en una de las sillas de diseño de polipropileno de color naranja a veinte metros de la cafetería, el cual conoce al dedillo las aventuras de Daredevil, grabadas en cintas de audio por un amigo suyo y fan de la serie, hasta el punto de que el ciego se ha esforzado en desarrollar las mismas habilidades del superhéroe de ficción. Cuando escucha los inconfundibles pasos de un niño que se aproxima hacia él, ya ha dibujado dentro de su cabeza un mapa de los acontecimientos que van a tener lugar, ya ha intuido que el niño no se detendrá cuando termine la acera, sabe que pisará el asfalto cuando el camión que transporta cerdos (visible hasta para un ciego desde hace varios segundos) llegue a la altura en la que ambos se encuentran, de que las dos líneas perpendiculares, la del niño y la del camión de cerdos, van a converger en un dramático y fugaz instante con un resultado predecible, y no será el camión de cerdos el que se lleve la peor parte al estrellarse contra la camiseta de color pistacho personalizada con un logotipo impreso en serigrafía con tinta negra de primera calidad, por aquello de los diferentes valores de masa y velocidad del camión y del niño. El ciego que vende cupones y que está sentado en una de las sillas de diseño de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja), apilable y perfecta para uso exterior, pone en marcha su infalible sistema de procesamiento de datos físicos y dos décimas de segundo después extiende horizontalmente el bastón que sujeta con la mano derecha y forma así una barrera como las del paso de un tren, lo que hace justo cuando el niño que lleva puesta una camiseta con el logotipo Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia se disponía a sobrepasarle, al tiempo que con gracejo andaluz grita Quieto Parao, Chaval.

«Daredevil, personaje de tebeo creado para la editorial Marvel Comics por Stan Lee y Hill Everett, perdió la vista cuando era niño, lo que provocó que el resto de sus sentidos se desarrollara a niveles impensables.»

La madre que leía un ejemplar de Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma suelta el libro y gira la cabeza al escuchar esa frase que también valdría para estampar una camiseta en serigrafía con tinta negra, Quieto Parao, Chaval. Cree darse cuenta entonces del peligro que corre su hijo, pero que ella interpreta de distinto modo, tal vez porque no tiene todos los datos físicos (peso, velocidad y trayectoria de las dos diferentes masas que iban a colisionar en la calzada) que sí posee el ciego que escucha las aventuras de Daredevil grabadas en cintas de audio, ya que lo que entiende la madre del niño que lleva puesta la camiseta equivocada es que un ciego medio tarado o medio pervertido o las dos cosas, que tal vez escucha en sus ratos libres un audiolibro con Las Ciento veinte Jornadas de Sodoma que otro medio tarado y medio pervertido debió grabar en cintas de audio, amenaza a su hijo con un bastón, y quién sabe lo que querrá hacer el ciego que está sentado en una de las sillas de diseño de polipropileno de color naranja con el niño que va vestido con una camiseta que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia después de golpearle.

Al mismo tiempo que la madre de las lentillas perezosas se levanta de la silla de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja) y corre hacia su hijo, el padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT se suelta de la barra metálica de la que se había colgado —empujando entonces sin querer al tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica, al que se le caen encima los nueve batidos que llevaba hacia la mesa de cumpleaños— y echa a correr en la misma dirección que la mujer, como corresponde a un hombre de treinta y ocho años que se encuentra en el mejor momento de su vida, física, sexual, laboral, social, artística y filosóficamente, que ya no tiene por qué frenar esos impulsos agresivos ahora que ha tropezado con una dama en apuros, esas ganas de partirla la cara a alguien que siente a veces y que hasta entonces había dominado como la persona

juiciosa que es.

La niña que lleva en la cabeza un lazo de color rosa deja de correr. Se sienta en la silla que ocupaba la madre enfadada con el diseñador gráfico que forró Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma con papel Chispitas de Colores, coge el libro y ojea la página que ella leía, la de Vamos, Nalgas, Nalgas, Necesito Nalgas Para Descargar, la del logotipo para una futura camiseta que contenía la expresión Siete Chorros de Semen Sobre El Trasero, y se detiene en esas últimas cuatro palabras, Semen Sobre El Trasero, que repite una y otra vez dentro de su cabeza sin saber lo que significan, Se-Men-So-Bre-El-Tra-Se-Ro, quién puede adivinar por qué razón, los niños que asisten a fiestas de cumpleaños desobedecen cualquier ley física o matemática conocida, como bien sabe el tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica y catorce nuevas manchas en el delantal, de vainilla, fresa y chocolate, que empieza a recoger batidos del suelo mientras masculla algo parecido a Yo Ya sabía Que Este Era El Gilipollas De Todos Los Cumpleaños, El Que Va A Convertir Este Día En El Peor De Mi Shit Focking Existencia, refiriéndose al padre recién afeitado que huele desde lejos a SPHT.

El ciego que vende cupones y que está sentado en una de las sillas de diseño de polipropileno de color naranja a veinte metros de la cafetería no sabe la que se le viene encima. Él simplemente atiende con su superoído a los pasos y gritos de una madre a la que supone muy agradecida, así como a los pasos enérgicos del hombre seguro de sí mismo que ha echado a correr detrás de ella.

«La madre que leía un ejemplar de Las Ciento Veinte Jornadas de Sodoma suelta el libro y gira la cabeza al escuchar esa frase que también valdría para estampar una camiseta en serigrafía con tinta negra, Quieto Parao, Chaval.»

El niño que lleva puesta la camiseta equivocada, ajeno a todo, un segundo después de que el ciego lo detuviera con la frase Quieto Parao, Chaval, ya ha olvidado que se dirigía hacia un punto de la calzada en el que en ese momento pasa un camión de cerdos. Lo que llama ahora su atención son los niños que se acercan a la cafetería de la mano de sus padres como si un resorte los hubiera sacado a todos a la vez de debajo del suelo a las dieciocho horas en punto, y hacia ellos echa a correr.

La niña que lleva en la cabeza un lazo de color rosa suelta el libro y también echa a correr en la misma dirección, hacia los padres y niños del Colegio Virgen de la Santa Susana que llegan

dispuestos a ocupar las veintidós sillas de plástico de color naranja (polipropileno inyectado de color naranja), apilables y perfectas para uso exterior, situadas alrededor de las cinco mesas cuadradas que el tipo del delantal blanco con tres manchas de café de distribución geográfica y catorce nuevas manchas en el delantal, de vainilla, fresa y chocolate, ha juntado para componer un único y largo tablero en el que celebrar la fiesta de cumpleaños, y lo hace feliz y contenta, contenta y feliz, tan feliz y contenta que no para de gritar las mismas cuatro palabras que acaba de aprender, como si fueran las de un logotipo impreso en serigrafía con tinta negra de primera calidad sobre una camiseta, Semen Sobre El Trasero, y mientras ella grita, la alcanza el niño que va vestido con una camiseta que dice Este Es El Peor Día De Mi Shit Focking Existencia –un logotipo que ya están leyendo los padres que se acercan a la cafetería y que pueden presumir de tener mejor vista–, y como ella, el niño también está feliz y contento, contento y feliz, tan feliz y contento que se une a los cánticos de la niña y repite las mismas cuatro palabras, Semen Sobre El Trasero, un estribillo que ya se está grabando en la memoria de todos los que tienen memoria a las dieciocho horas en punto en una cafetería del hemisferio norte con clima mediterráneo del interior, de una continentalidad discreta, bastante seco para el día del mes de mayo en el que nos encontramos.

© Daniel Pérez Navarro

El autor:

Daniel Pérez Navarro. Médico cordobés residente en Tarragona. En abril de 2009 apareció su primer libro, intitulado *MOBYMELVILLE*. En este 2010 verán la luz dos novelas: *El libro de hombre oso* (editorial Grupo AJEC) y *La sonrisa de los muertos* (Viaje a Bizancio Ediciones). Ha ganado asimismo los premios Avalón, Cepsa-La Razón, Círculo de Escritores Errantes y Diario de León, y ha sido finalista del Alberto Magno (con *Los príncipes de madera*), La Felguera, UNED, El Melocotón Mecánico, Monstruos de la Razón, José Saramago y Cosecha Eñe.

UN VIAJE POCO COMÚN

por Carlos Montuenga

Cuando subí aquella mañana al tren en el que voy cada día a mi trabajo, apenas apuntaba el amanecer deslucido de un día frío y lluvioso. La estación, sumergida en la claridad lechosa del alumbrado eléctrico, parecía una gran burbuja de luz flotando en la oscuridad, y los andenes empezaban a animarse con el trasiego de gentes que arrastraban sus maletas de un lado para otro o entretenían la espera apurando bebidas de las máquinas.

Dentro del vagón no se oía otra cosa que la vibración monótona del tren. Muchos pasajeros dormían recostados en sus asientos; otros, ojeaban este o aquel diario de la mañana con cierto desgaire, y alguno, de expresión melancólica, parecía abismado en no se sabe qué profundas reflexiones.

El tren avanzaba veloz, dejando atrás una sucesión de barriadas simétricas y oscuros bosquecillos situados en las afueras, al norte de la ciudad. Me estiré en mi asiento, sintiendo las piernas entumecidas. A mí izquierda, un viejo dormía con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Iba embutido en una gabardina gastada que le venía un poco grande y arrugaba de vez en cuando la nariz, como si le molestara el roce de algún insecto invisible. Me pregunté qué haría una persona de su edad metido en aquel tren a hora tan temprana. Desde luego, podían existir muchas razones verosímiles, pero yo estaba demasiado embotado para pensar en ellas. Me recosté en el respaldo y traté de imaginarme tumbado junto al mar en algún paraíso remoto.

De repente, empecé a percibir que ocurría algo anómalo. Al principio, tuve la impresión de que, por algún motivo que no alcanzaba a entender, aquel tren no se movía ya como lo hace cualquier tren. El incessante golpeteo de las ruedas sobre los raíles, se había transformado en una especie de zumbido melódioso, como el de una gran peonza que girase con mucha suavidad. Me asaltó una idea absurda: era como si el tren, cansado de rodar por las vías, hubiera decidido empezar a deslizarse a través de algún medio tan etéreo, que no oponía resistencia alguna a su avance. Además, observé con sorpresa que la cruda iluminación del vagón, se iba diluyendo en una tenue transparencia matizada

«El tren avanzaba veloz, dejando atrás una sucesión de barriadas simétricas y oscuros bosquecillos situados en las afueras, al norte de la ciudad.»

de delicadas tonalidades, como las que produce el sol al atravesar una superficie de agua en calma. Aquello duró apenas unos segundos y luego, de golpe, todo pareció volver a la normalidad. Al mirar a mi alrededor, buscando alguna explicación para el extraño suceso, me di cuenta de que una joven sentada en el asiento de enfrente me observaba con gesto divertido. Era raro que no me hubiera fijado en ella hasta ese preciso momento. Tenía unos ojos grandes, muy expresivos, y la palidez de su rostro contrastaba con el color negro azabache de una melenita, que le caía con gracia sobre los hombros.

—Lo ha notado ¿verdad? —me preguntó en un tono apenas audible.

—¿Se refiere a ciertos... cambios?

—Me refiero, a que los trenes no siempre van a donde creemos.

El comentario resultaba bastante insolente y ni siquiera me tomé la molestia de responder. Sin embargo, estaba de acuerdo en que aquel tren no era de fiar. Una voz en mi interior, decía a voces que lo más prudente era bajarme de él en cuanto fuera posible y buscar otro medio para llegar hasta la Compañía de seguros en la que trabajo. Por lo demás, todo aquello resultaba muy inoportuno. Precisamente aquel lunes, tenía que asistir a una importante reunión convocada a las nueve y cuarto; quedaría en muy mal lugar si llegaba tarde. Tras reflexionar durante unos instantes, me incorporé con brusquedad decidido a bajarme en la siguiente estación. La chica debió adivinar mis intenciones y dijo:

—Por favor, no se precipite. Dudo mucho de que, por ahora, vaya a tener oportunidad de bajar del tren. Además, supongo que desconoce la región en donde estamos.

Eché un vistazo por la ventanilla. No, desde luego jamás había pasado antes por aquel lugar. Pero esa no era razón para quedarme allí sentado, como un estúpido.

Estaba ya cogiendo mi cartera del portaequipajes, cuando, por el pasillo del vagón, apareció un tipo de aspecto distinguido: alto, muy delgado, con gafas redondas y bigotito canoso. Vestía traje oscuro y llevaba una especie de insignia plateada prendida en la solapa. Al llegar junto a nosotros, se detuvo y dijo con amabilidad:

–Buenos días, ¿me permiten sus billetes por favor?

Le tendí mi billete, mientras la chica extraía el suyo de un bolsito de colores que llevaba colgado en el hombro. El viejo que estaba sentado junto a mí, abrió los ojos y, después de desperezarse sin el menor comedimiento, saludó al recién llegado como si ya se conocieran.

–¿Va usted hasta el final del trayecto? –me preguntó el tipo alto, mientras examinaba con atención mi billete.

–¡Cualquiera sabe a dónde voy! Llevo más de dos años cogiendo el tren cada mañana, para ir a mi trabajo, y nunca me había ocurrido algo tan absurdo –respondí de mal humor.

–¿Puedo preguntarle qué es lo que le ha ocurrido? –dijo él, mirándome con cierta severidad por encima de sus lentes.

–He debido equivocarme de tren y, lo más ridículo, es que no reconozco la zona que estamos atravesando. Si usted tuviera la amabilidad de...

–¿Y eso le parece ridículo? En todo caso, lo ridículo sería que después de subir al tren que usted coge cada mañana, se diera cuenta de que está pasando por un paraje desconocido, ¿no cree?

–Sí, desde luego, pero...

*«El viejo que estaba
sentado junto a mí,
abrió los ojos y,
después de
desperezarse sin el
menor comedimiento,
saludó al recién
llegado como si ya se
conocieran.»*

–Eso sí que resultaría, no ya ridículo, sino más bien inaceptable.

–¿Inaceptable? –pregunté sorprendido.

–Desde luego, señor mío; inaceptable, se mire por dónde se mire –dijo él, mientras se acomodaba junto a la chica, que se vio obligada a apretarse contra la ventanilla para dejarle sitio—. Como todo el mundo sabe, siempre que se pueda describir con exactitud el estado inicial de un punto cualquiera del espacio, será posible predecir los cambios que ese punto va a experimentar en el transcurso del tiempo ¡eso lo aprenden los niños en el colegio! Por lo tanto, si el tren sale de un lugar determinado y se va moviendo a lo largo de su trayectoria, deberá en-

contrarse, en cada momento, en una cierta región del espacio y no en cualquier otra.

–¡Pues vaya un descubrimiento! –exclamó el viejo, que no había perdido palabra de aquella disertación tan grotesca—. ¿Qué pasaría si el maquinista decidiera cambiar de vía?

–¿Y desde cuando los maquinistas toman ese tipo de decisiones? Puedo asegurarle que eso no ha ocurrido nunca –respondió el otro sin perder la compostura—. Después, se quedo pensativo y tras ajustarse las gafas, añadió entre dientes:

–Al menos, no en este tren.

–Oiga, todo eso está muy bien –dije yo, empezando ya a perder la paciencia–, pero ninguno de ustedes termina de aclararme dónde estoy, y lo único seguro es que voy a llegar tarde a una reunión muy importante que tengo esta mañana.

La chica me miró con dulzura, pero permaneció en silencio.

–No debería usted angustiarse por eso, joven. Siempre podrá encontrar una buena excusa –dijo entonces el viejo, al tiempo que jugaba con una moneda que había sacado de su gabardina–; por ejemplo, podría decir que esta mañana se ha despertado con fiebre y no se encontraba en condiciones de ir al trabajo.

–No es cuestión de inventar excusas. Ya he dicho que se trata de una reunión importante.

–Bueno, no se enfade conmigo, yo sólo pretendía ayudarle. Pero estoy seguro de que eso no es tan grave como a usted le parece. A medida que uno se hace viejo va comprendiendo que la mayoría de

las veces, las cosas que nos preocupan carecen de la menor importancia.

–¿Usted cree? –respondí con acritud.

–Pues claro que lo creo. Yo llevo mucho tiempo viajando en este tren y, a decir verdad, nunca he sabido con seguridad por qué estoy en él. Antes, eso solía producirme un vago malestar, pero he terminado por acostumbrarme a no pensar en ello. Después de todo, aquí me encuentro bien atendido y todos son amables conmigo. Le aseguro que eso es lo único importante.

–Completamente de acuerdo –intervino el tipo alto, cruzando las manos en actitud monacal.

–¿Pero nunca ha sentido el impulso de bajarse del tren? –dijo la chica, dirigiéndose al viejo.

–No me acuerdo señorita. Es posible que lo haya sentido cuando era más joven.

–Nada más natural que haber sentido ese tipo de cosas alguna vez –dijo el alto, encogiéndose de hombros–. Pero para eso tenemos el sentido común, ¿no les parece? para no cometer insensateces ¿Qué sería de nosotros si nos dejáramos arrastrar por esos impulsos? Descuidaríamos nuestras obligaciones, la gente se sentiría insegura, terminaría por reinar el mayor desorden... y hablando de obligaciones, no tengo más remedio que dejarlos. Hace unos días, dio a luz una señora que viaja en el vagón de cola y he de organizarlo todo para officiar el bautizo.

–¿Me dejará que le ayude? –preguntó el viejo, incorporándose en su asiento.

–No veo inconveniente, pero debemos apresurarnos. ¡Ah! y recuérdeme que comprobemos si han arreglado ya el termostato de la pila bautismal. Hay que hacer las cosas bien, cuando menos se espera aparecen los auditores y empiezan los problemas.

–Pero dígame...¿usted es cura? –pregunté al alto, sin salir de mi asombro.

–¡Cura! ¡Vaya ocurrencia! Me refiero a un bautizo seglar, naturalmente –y tras lanzarme una mirada furibunda, agarró a su improvisado ayudante por un brazo y se alejó con él. El viejo, que según creí ver entonces calzaba unos diminutos patines, describió un elegante giro alrededor del otro y luego, soltándose de él, comenzó a deslizarse pasillo arriba con asombrosa agilidad, mientras exclamaba:

–¡A prepararlo todo! ¡No hay tiempo que perder!

Al verlo pasar, algunos pasajeros se levantaron de sus asientos y salieron precipitadamente al pasillo. En seguida, se les unieron otros más, y al final todo el mundo empezó a correr detrás del viejo, en medio de una gran confusión.

–¡A prepararlo todo! ¡A prepararlo todo! –gritaban como energúmenos.

–¿Qué ocurre?, ¿por qué se va la gente? –preguntó a mi espalda una señora de mediana edad, levantando la vista de unos calcetines viejos que estaba zurciendo.

–No lo sé, señora –le respondió uno muy gordo que avanzaba a duras penas por el pasillo dando traspiés–. Pero seguro que tienen una buena razón. ¡No se quede ahí! ¡Debemos ir con los demás!

Por un momento, estuve tentado de unirme a la desbandada. Pero la joven seguía sentada frente a mí, y se había quedado dormida a pesar del alboroto. Su cabello estaba un poco enredado y refulgía como una gema bajo la cruda luz del vagón. No, no podía dejarla sola, eso habría sido demasiado descortés. Además, me dolía terriblemente la cabeza; cada vez estaba más convencido de que los viajeros de aquel tren se habían vuelto locos. Me recosté contra la ventanilla, sintiendo que me dominaba el desánimo. Fuera, se extendía la soledad de un extenso páramo salpicado por matorrales oscuros. Era inexplicable, pero estaba ya anocheciendo y allá en la distancia, la línea del horizonte se confundía con el cielo, enrojecido por las últimas luces del crepúsculo. Poco a poco, las sombras lo fueron invadiendo todo y, antes de que me diera cuenta, la oscuridad se hizo tan absoluta que, a pesar de mis esfuerzos, no conseguía ver nada más que las luces del vagón reflejadas en el cristal de la ventanilla.

«Por un momento, estuve tentado de unirme a la desbandada. Pero la joven seguía sentada frente a mí, y se había quedado dormida a pesar del alboroto. Su cabello estaba un poco enredado y refulgía como una gema bajo la cruda luz del vagón.»

Llevaba un buen rato pensando en aquella extraña aventura, cuando sentí una sacudida, como si estuviéramos entrando en un túnel. Ella se había despertado y me miraba arqueando las cejas, como a la espera de una explicación.

–Confieso que estoy un poco sorprendida –dijo al fin.

–¿Sorprendida de qué?

–Pues... de que siga usted aquí, en el tren.

–¿Ah sí? ¿Y qué otra cosa puedo hacer? Este maldito tren no ha parado una sola vez desde que subí a él por la mañana.

–Ya lo sé, pero esa no es la cuestión –respondió ella, mientras sacaba un espejito de su bolso y empezaba a empolvarse la nariz.

«Al abrir los ojos, me encontré frente a un hombre inclinado sobre mí, que me observaba con cara de pocos amigos. Era alto, delgado con un bigote canoso.»

–¿Y se puede saber cuál es entonces la cuestión?

La chica permaneció unos segundos en silencio y luego, tras ordenarse un poco el cabello, dijo con un punto de malicia:

–Eso sólo lo podrá averiguar por sí mismo.

Aquello ya era demasiado. Salí al pasillo hecho una furia y empecé a dar golpes por todas partes. Entonces, el tren hizo un brusco viraje que me lanzó violentamente contra las ventanillas. Saltaron cristales en mil pedazos y sentí que salía despedido al exterior, engullido por la oscuridad, cayendo y cayendo por un abismo sin fin...

Al abrir los ojos, me encontré frente a un hombre inclinado sobre mí, que me observaba con cara de pocos amigos. Era alto, delgado con un bigote canoso. Vestía un uniforme gris muy ajado y su aspecto no podía ser más vulgar.

–¿Qué ocurre? –balbucí, sin entender nada– ¿Dónde está la chica?

–Oiga, no sé de quién me habla, pero tiene que bajarse enseguida. Hace rato que el tren ha llegado al final de la línea. Se ha quedado usted dormido. Vamos, haga el favor de levantarse del asiento y salir.

–¿Pero qué tren es éste?

–Pues cuál va a ser, hombre, el tren de cercanías que cubre el distrito noroeste.

Me froté los ojos y miré a mi alrededor. Sí, no cabía duda, aquél era mi tren, el que tomo a diario para ir al trabajo. Me subí el cuello de la gabardina y salí a un andén estrecho, sumido en la penumbra. La mañana estaba metida en agua. Aspiré con placer aquel aire frío que, poco a poco, me iba devolviendo a la realidad. De camino a la salida, se cruzó conmigo una mujer alta que sorteaba los charcos, oculta bajo un paraguas blanco. Apenas pude entrever su rostro, pero la imaginé rubia, con una melena deslumbrante, a lo Marlene Dietrich. En el vestíbulo, algunas personas hacían cola para sacar sus billetes y dos operarios, vestidos con mono azul, hurgaban con sus herramientas en las tripas de un cajero automático. Crucé la plaza situada frente a la estación y me metí por el parque, mientras un reloj lejano daba las diez; las diez...llevarían ya más de media hora reunidos. En fin, era inútil lamentarse. Había dejado de llover y algún rayo de sol se aventuraba a través de las nubes. En la alameda del parque, entre el alborotar de un ejército de gorriones, podía oír el rumor distante del tráfico. Seguí caminando sin parar y pensé en buscar un lugar tranquilo donde tomar unos tragos. Desde luego, estaba fuera de toda duda que me los había ganado...

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga (Madrid, 1947). Doctor en ciencias. Colabora con artículos y relatos en publicaciones de comunicación social, tales como *ETC Magazine* (Buenos Aires) en espacios literarios como *Vorem*, *Margen Cero*, *Ariadna* (Asociación de Revistas Electrónicas de España), *Revista Amalgama*, *Revista Voces* y en portales de la red dedicados a la difusión de la filosofía y el humanismo como *La Caverna de Platón* y *Liceus*.

COMO HACEN LOS HOMBRES

por Noel Pérez

Fue Abel Herraiz quien me enseñó a fumar y a sostener el cigarro como hacen los hombres. Aún no tendríamos más de doce o trece años. Abel y yo vivíamos en el mismo barrio y, todas las mañanas, camino del colegio, tocaba a su puerta para ir juntos a clase. Apenas apretaba el botón del portero automático, oía sus zapatillas trotar a toda prisa por las escaleras del edificio. Abel tardaba tan poco en salir que parecía que hubiera estado esperando la llamada en el recibidor de su casa, y luego bajara los escalones saltando de dos en dos, como si estuviera deseando ir a la escuela. Aunque Abel no era lo que se dice un buen estudiante.

Muchos días, después de salir del colegio, Abel y yo íbamos a mi casa y nos pasábamos la tarde poniendo películas de video. En mi casa podíamos estar solos casi hasta la hora de cenar. Mi madre no solía llegar antes del trabajo, y mi padre podía aparecer más tarde aún. Mi hermano, mayor que nosotros, tampoco paraba demasiado por casa. Así que acostumbábamos a estar ante el televisor toda la tarde, empalmando una película de puñetazos con una de aventuras, tipo Indiana Jones, que habríamos visto ya un millón de veces. En una de esas ocasiones, Abel trajo incluso una película pornográfica. La había grabado a escondidas la noche antes. Pero a los dos minutos, apenas, la cinta se cortaba y la pantalla se quedaba negra del todo. Sin embargo, rebobinamos la película una y otra vez, muertos de risa, y reprodujimos los mismos dos minutos, repetidos, hasta volver loco al video.

Aunque nos quedábamos un sinfín de tardes en mi casa, yo no había estado mucho en la de Abel. Los pocos días en que habíamos ido, solíamos entrar directos en su cuarto; pero antes había que cruzar la entrada y el salón, y casi siempre encontrábamos allí a su madre, sentada en el sofá ante la televisión encendida. La señora Herraiz nos saludaba sin levantar siquiera la vista de la pantalla, aunque algunas tardes nos preguntaba si queríamos algo de merendar. Pero era difícil oírla; la mujer mantenía el volumen de la televisión demasiado alto, hasta el punto de escucharse aun desde la habitación de Abel. En su cuarto, Abel tenía escondidas con frecuencia detrás de un cajón páginas sueltas de revistas porno. La mayoría las arrancaba de las revistas que se exponen en cualquier librería, luego me las enseñaba y, después, circulaban en secreto por la escuela. Una tarde su padre llegó mientras él me mostraba la foto de una rubia despampanante desnuda. Yo sólo conocía a su padre de vista. El volumen del televisor se cortó de inmediato y entonces Abel, acelerado, vacilante, guardó de nuevo las hojas tras el cajón. Apenas había ocultado los papeles, el señor Herraiz abrió con brusquedad la puerta del cuarto.

—¿Ya estás ahí encerrado otra vez? —dijo.

Pero al verme, se detuvo. Sostenía un cigarro humeante en la mano. Abel me miró y agachó los ojos.

—Estoy con Berto —tartamudeó.

El señor Herraiz me observó de arriba abajo, arrastrando los ojos, volvió la vista hacia Abel y, dando una calada al cigarro, salió de la habitación. Seguimos escuchando sus pasos mientras se alejaba por el pasillo. Abel se metió entonces las páginas de la revista en el bolsillo del pantalón y nos fuimos a la calle. Cuando atravesamos el salón, la televisión estaba apagada y la señora Herraiz había desaparecido.

Pero la cuestión es que, un día, en clase, mientras se leía en voz alta la lección de Historia, nuestro profesor, el señor Manzano, descubrió a Abel contemplando algunas de esas hojas pornográficas.

—Siga leyendo, señor Herraiz —le dijo.

Abel escondió aturullado las páginas en la cajonera y, sin éxito, intentó seguir la lectura.

—Me he perdido —explicó.

El señor Manzano se acercó a la mesa de Abel.

—Enséñeme lo que ha guardado en la cajonera —le ordenó.

Abel dudó un segundo, pero luego, le mostró las hojas de la revista. Los demás nos observamos unos a otros asumiendo la inocencia. Mientras, el señor Manzano miró con el ceño fruncido las fotografías.

–Muy bonito, señor Herraiz. Ya veo en qué gasta su tiempo. Le advierto que no le voy a pasar ni una más. Ya se libró por los pelos el año pasado, y éste sigue en las mismas. ¿Piensa continuar así hasta final de curso?

Abel se quedó un instante en silencio. Y después, alzó los ojos hacia el señor Manzano.

–Creo que sí –contestó.

Se escuchó alguna risita, contenida con rapidez. El señor Manzano respiró hondo, apretando en el puño las hojas requisadas; parecía que le temblaban las aletas de la nariz.

–Váyase de mi clase, señor Herraiz –exigió-. Y esta basura queda confiscada.

Abel se levantó de su silla, me miró y arqueó las cejas. Después salió de clase.

Aquella tarde, Abel y yo fuimos a mi casa y, a petición suya, vimos de nuevo una de Indiana Jones. Saltamos en el sofá animando al héroe, imitamos su sonrisa torcida y canturreamos la melodía hasta el final de la película. Cuando terminó, sin apenas apartar la vista de los títulos de crédito, Abel dijo que las aventuras nunca pasan sentado en el sofá.

–Mañana no pienso ir a clase –agregó.

«Abel se las arreglaría para falsificar un justificante, y yo podría convencer a mi hermano para que llamara al colegio y dijese que estaba enfermo.»

Y yo estaba de acuerdo; era casi verano y ya no teníamos colegio por la tarde, y además las aventuras no ocurren quedándose en casa. Así que planeamos hacer novillos al día siguiente. Cruzaríamos el parque y llegaríamos hasta la vía del tren. Después seguiríamos y cogeríamos el camino hasta la fábrica de piensos, y Abel pensó que estaría chulo llegar incluso al arroyo, un par de kilómetros más allá. A Abel le gustaba hablar en jerga, y solía referirse al señor Manzano como abejorro, porque a veces, hablaba tan deprisa que parecía emitir sólo un zumbido. Cada uno de nosotros llevaría algo de dinero. Abel se las arreglaría para falsificar un justificante, y yo podría convencer a mi hermano

para que llamara al colegio y dijese que estaba enfermo. Ya había anochecido cuando mi madre llegó del trabajo. Me dio un beso y, mientras pasaba la mano por el pelo a Abel, nos preguntó si habíamos hecho los deberes; mentimos, por supuesto. Abel insistió en quedarse a cenar, pero mi madre creyó que era demasiado tarde, y que la señora Herraiz estaría preocupada.

Aquella noche dormí mal. Por la mañana, como todos los días, llamé a Abel. Éste tardó aún menos que de costumbre en bajar las escaleras y por los golpes que retumbaron desde dentro, quizá saltara los peldaños levantando mucho las rodillas, e incluso me pareció que los últimos escalones los había brincado todos de una vez.

–¿Preparado? –saludó.

–¿Me has bajado la chapa?

Me refería a una insignia que habíamos arrancado de un coche unos días antes, al volver del colegio.

–¿Para qué la quieres ahora?

Me encogí de hombros.

–Es mi turno –contesté.

Abel volvió la cabeza hacia el portal, resoplando, y me miró luego.

–Cuando volvamos, te la bajo –respondió.

Aunque no quedé del todo conforme, caminamos en dirección a la escuela, y cambiamos de rumbo al doblar la primera esquina. Atravesamos entonces el parque hacia la calle que flanqueaba por detrás, y escondimos las mochilas con los libros en una especie de alberca llena de escombros. Yo estaba preocupado por si nos encontrábamos al señor Manzano o a alguien conocido, sin embargo, Abel preguntó qué iba a estar haciendo el señor Manzano en el parque a esas horas; y tenía razón.

Sacó las monedas que guardaba en el bolsillo.

–¿Cuánto llevas? –preguntó.

Cogí del bolsillo el dinero que tenía y se lo enseñé. Abel me tendió sus monedas, las junté con las mías y me encargué de todas. Después, fuimos a una panadería, para comprar refrescos y algún bollo.

–Dale palique al de la tienda –me dijo Abel antes de entrar.

Dentro, pedí dos botes de Coca-Cola y empecé a interrogar al tendero sobre los pasteles que mostraba en el estante.

–Ése, ¿de qué es? Y aquél, ¿qué lleva? ¿Y esos de detrás?

Al final compré los refrescos y una palmera de chocolate, y, mientras pagaba, Abel salió a la calle. Me marché tras él.

–Mira, Berto –me dijo entonces–. Estoy a punto de tener un niño.

Abrió las piernas y, entornando los ojos, temblando, sacó una gran bolsa de patatas fritas de debajo de la camiseta. Nos reímos de lo lindo, y nos burlamos del tendero por no ver a Abel y su gran barriga. Le di su bote de Coca-Cola y partimos la palmera por la mitad, y, de camino a las vías del tren, con la boca llena, aún nos seguíamos carcajeando. Abel tenía una especie de don para esas cosas. Una vez, en una tienda de animales, mientras yo hablaba con el tendero acerca de uno de los cachorros del escape, Abel robó un pez de una gran pecera, y lo mantuvo vivo en la botella de agua de la bicicleta durante toda la tarde, hasta que al final echó el pez en la fuente de la plaza.

Seguimos nuestro camino hacia las vías del tren. El Colegio del Sagrado Corazón quedaba en la misma calle, y era necesario pasar por la puerta antes de llegar a las vías. Cuando estuvimos delante del colegio, Abel me golpeó en el hombro, y me dijo que nos acercáramos. Cotilleamos a través de los barrotes del patio mientras bebíamos Coca-Cola y nos terminábamos las patatas fritas. Cerca había un grupo de chicas y Abel, contoneándose, agarrándose los genitales con la mano, les gritó «trágate todo, nena», o algo por el estilo. Era la única frase que se escuchaba en los dos minutos escasos de película porno que habíamos visto en mi casa, y nos habíamos tronchado de risa al oírla. Unos compañeros de las chicas, tal vez para dárselas de caballeros, o para hacerse los héroes, las defendieron, insultándonos.

–Lo mismo le dije anoche a tu madre –contestó uno de ellos.

Abel entonces apretó los dientes y le arrojó el bote de Coca-Cola. La lata impactó en el estómago del muchacho, derramando el líquido en la arena, y le hizo doblar las rodillas. Las chicas gritaron, mientras ellos, por su parte, empezaron a lanzarnos piedras que recogían del patio. Huimos corriendo, pero Abel no paraba de reírse y de gritarles «capullos» una y otra vez.

Llegamos a las vías del tren en un momento. Bajamos el talud y alcanzamos los raíles, sobre los que, haciendo equilibrista, con los brazos en cruz, caminamos un rato.

–Después tenemos que pasar por tu casa –le recordé a Abel–. Ya es mi turno de tener la chapa.

–Ya te dije que te la doy luego –contestó.

–La chapa es de los dos, quedamos en eso, en que nos turnaríamos.

–¡Qué plasta! Luego te la doy.

Abel se apoyó entonces con sólo una pierna en el raíl y, con los brazos muy estirados, inclinó el cuerpo.

–Dicen que si pones una moneda en la vía, el tren descarrila –comentó.

Giró la cabeza despacio, intentando mantener el equilibrio, y me miró con los ojos muy abiertos. Entonces saltó del raíl.

–Dame una moneda –me dijo.

Me quedé parado un segundo, sin saber qué hacer, y entonces Abel se desternilló de risa. Por un instante, creí que hablaba en serio. Después cruzó la vía del tren y le seguí.

Cogimos el camino y marchamos en dirección a la fábrica de piensos. Anduvimos a través de los sembrados, pisoteando el cultivo con ceremonia, alzando las piernas, estiradas, como en un desfile militar. Plantábamos los pies con energía, e intentábamos que la huella de las zapatillas se marcara profunda en la tierra. Cuando tomamos de nuevo el camino, empezábamos a estar cansados, así que nos dirigimos a un cerro desde el que se veía la fábrica de piensos. Una vez alcanzamos el cerro nos sentamos a la sombra de un árbol.

–Mira lo que he traído –dijo entonces Abel–. Se los birlé anoche a mi padre. Era una sorpresa.

Sacó del bolsillo del pantalón un mechero y dos cigarrillos, un tanto arrugados.

–¿No se dará cuenta? –pregunté.

–Me da igual –respondió–. No le tengo miedo.

Encendió un cigarrillo y le dio una calada intensa. Luego me lo pasó; aunque sabía que yo nunca lo había probado.

–Hay que tragarse el humo –me dijo–. Como si cogieras el aire por la boca.

–Ya lo sé.

Me llevé el cigarro a los labios y pegué una chupada. Pero apenas sentí en la garganta el calor del humo, empecé a toser, ahogado. Abel entonces comenzó a partirse de risa, agarrándose el estómago con los brazos, casi llorando, y se pitorreó tanto que incluso se revolcó en la arena. Cuando se incorporó y se encendió el otro cigarrillo, aún continuaba sonriendo.

–Hay que cogerlo así, como los hombres –dijo.

Sujetó el cigarro entre el dedo índice y el pulgar, y dio una calada.

–Así es cómo se hace –continuó–. Se lo he visto a mi padre.

Le imité. Pegué una nueva chupada y apreté los labios, aguantando la respiración para no toser, pero fue inútil, y casi me asfixio con el humo. Abel meneó un tanto la cabeza y me golpeó en la espalda.

–Sólo hay que acostumbrarse –me animó.

Se puso en pie y, con su cigarro entre los labios, trepó al árbol bajo el que estábamos sentados. Yo me quedé en el suelo, carraspeando una y otra vez para aclararme la garganta e intentando que mi cigarrillo se consumiera cuanto antes. Daba caladas tímidas, sin absorber apenas el humo, e intentaba que Abel, desde lo alto, no se diese cuenta.

–Desde aquí arriba se ve incluso el otro lado de la nave –dijo.

Desde abajo también podía distinguirse parte de la fábrica de piensos, los coches de los trabajadores y algunas filas apiladas de palés. Nos quedamos un instante en silencio. Pero de repente Abel empezó a reírse a carcajadas.

–¡Qué cara pusiste! –exclamó–. Como si lo fuera a descarrilar en serio.

Y todavía se burló durante un buen rato. Después me tiró la colilla, sonriendo aún, pero no creo que tuviera intención de alcanzarme. En ese momento, llegó un camión a descargar a la nave. Observamos cómo el elevador vaciaba la carga del vehículo, cómo el camionero controlaba la presión de las ruedas al reducir el peso, cómo inclinaba el remolque del camión, cómo parecía encenderse también un cigarro.

–¿Te imaginas conducir un bicho de esos? –comentó Abel–. Todo el día por ahí, en la carretera. Nadie te tosería con uno de esos monstruos.

No se me ocurrió nada que responder. Cuando Abel no miraba, apagué el cigarrillo y lo enterré en la arena; aún quedaría más de un tercio. Estaba aburrido, y ya era demasiado tarde para caminar otro par de kilómetros hasta el arroyo.

–Sólo han sido dos cigarrillos –continuó entonces Abel–. No tiene por qué enterarse; la cajetilla estaba por la mitad.

Le dije que debíamos irnos.

«Pegué una nueva chupada y apreté los labios, aguantando la respiración para no toser, pero fue inútil, y casi me asfixio con el humo.»

–Hay que llegar a casa para comer –advertí.

–No le tengo miedo, ¿sabes?

Evité cruzar la mirada con él y me volví a observar el camión que descargaba en la fábrica.

–Espera a que terminen –dijo Abel.

Pero en un segundo, bajó del árbol, en silencio, y cogió del suelo una piedra.

–Yo podría vivir en un cacharro de esos –dijo–. Llevan una cama detrás, en la cabina.

Tomó impulso y lanzó la piedra contra el camión, aunque estábamos demasiado lejos y ni siquiera se acercó al vehículo.

–Tenemos que pasar por tu casa –le recordé.

–¡Qué pesado estás con la chapa! –exclamó–. Luego te la doy.

Bajamos el cerro y deshicimos el camino andado. Dejamos a nuestra espalda la vía del tren y pasamos de nuevo por el Colegio del Sagrado Corazón, en dirección al parque. Al acercarnos a la escuela, aceleré un poco el paso, pero Abel asomó la cabeza entre los barrotes del patio.

–Nada –dijo–. Menudos panolis que eran.

Decidimos gastarnos el dinero que nos quedaba antes de volver a casa. Entramos en una pequeña tienda de ultramarinos, aún lejos de nuestro barrio, donde vendían pan, bollos y golosinas en el mostrador principal, y embutidos en otro expositor más pequeño. Había además dos estanterías colocadas en paralelo con leche, huevos, conservas y cosas por el estilo. La tendera estaba tras el mostrador del pan y, sentada en una silla de madera, al lado de la puerta, una viejecita toda vestida de negro. Abel me dijo que comprase lo que quisiera y se fue a deambular por las estanterías. Me acerqué al mostrador y empecé a pedir golosinas hasta que agoté el dinero. Abel regresó antes de que yo terminara, y miró muy atento a la vieja. Le hacía muecas, le sacaba la lengua, pero la anciana no se movía.

–¿Qué le pasa? –preguntó Abel a la tendera.

–Es muy mayor –contestó la mujer–, apenas oye ni ve.

Cuando salimos de la tienda, Abel intentó asustar a la anciana.

–¡Buh! –gritó a su lado.

Pero la mujer apenas se inmutó.

Fuera, mientras nos alejábamos, le tendí a Abel la bolsa de golosinas.

–Mira lo que he pillado –me dijo.

Y sacó un huevo de cada bolsillo del pantalón, carcajeándose. Agarré uno de los huevos mientras yo también me partía de risa.

–Podríamos ir a casa del tío del pijama –sugirió–. Llamamos a la puerta y, cuando salga, se los tiramos.

Sabía a quién se refería. Su coche siempre estaba aparcado en la puerta de su casa y parecía abandonado, y por eso le habíamos robado la insignia del capó. El hombre debió vernos desde su ventana, y salió a la calle, en pijama y medio descalzo. Otro día, pasamos por allí al regresar de la escuela, y a Abel se le ocurrió comprobar cuánto tardaban en deshincharse las ruedas del coche; pero el hombre nos sorprendió y vino a por nosotros, también en pijama. Además reconoció a Abel y amenazó con llamar a su padre. Desde entonces, Abel se la tenía jurada.

–Vamos, aún hay tiempo –insistió–. Dicen que tiene a su mujer enterrada en el patio.

Al final logró convencerme y fuimos a casa del tío del pijama. Nos escondimos en cuclillas tras su coche, con un huevo en la mano cada uno. Abel se ofreció para llamar al timbre, y mientras, yo me quedé allí agachado, observando por encima del capó. Cuando tocó el timbre, Abel regresó a toda prisa. Entonces se inclinó a mi lado y, sonriendo y mordiéndose la lengua, me golpeó con el puño en el hombro. Tras un instante, el hombre abrió la puerta.

–¡Ahora! –chilló Abel.

Le tiramos los huevos y, tronchándonos, mirando a nuestra espalda, huimos a toda velocidad. El hombre nos persiguió, apenas unos metros, y, resoplando, se quedó allí rendido.

–¿Has visto cómo le he dado? –gritaba Abel–. ¡Qué cara ha puesto!

Continuamos corriendo todavía algunas calles más, y nos reíamos de tal modo que tuvimos que sentarnos en la acera para calmarnos; sin embargo, yo no estaba seguro de que le hubiéramos atinado con los huevos. Aún seguimos mofándonos un buen trecho de camino a casa. Recogimos las mochilas con los libros de la alberca llena de escombros, y atravesamos el parque, hacia nuestro barrio. Cuando estábamos llegando al portal de Abel, le recordé que tenía que darme la insignia del coche.

–Dijimos que la tendríamos dos días cada uno –le dije.

–Qué plasta me estás dando con la chapa.

Abel resopló y se aseguró la mochila en el hombro y, como si buscara algo, levantó la cabeza hacia la ventana de su piso.

«Continuamos corriendo todavía algunas calles más, y nos reíamos de tal modo que tuvimos que sentarnos en la acera para calmarnos; sin embargo, yo no estaba seguro de que le hubiéramos atinado con los huevos.»

–Anda, sube.

Arriba, Abel abrió la puerta. Crucé la entrada tras él, hacia el salón, y entonces Abel se quedó inmóvil. Miré por encima de su hombro. Su madre estaba de rodillas en el suelo y, apoyándose en la mesita del salón, como si rehilara, intentaba levantarse. En ese momento, nos vio llegar.

–Hijo. Qué tonta –tartamudeó–. Me he caído.

En el suelo había un jarrón hecho pedazos, junto a un cenicero y colillas esparcidas en el piso. La mesita parecía haber sido empujada de su sitio.

–No es nada –continuó la madre de Abel–. ¿Es amigo tuyo? Qué torpe. Pasad. No hay nadie.

La señora Herraiz ni siquiera parecía haberme reconocido. Abel permaneció quieto, sin pronunciar ni una palabra, mientras su madre se terminaba de incorporar. Yo tampoco dije nada; apenas sabía cómo comportarme. La mujer tenía la cara un tanto roja y parecía haber llorado hacía un momento. Entonces Abel se volvió siquiera un segundo hacia mí, apretando los dientes, y luego, sollozando y con rabia, tiró la mochila contra el suelo.

–Ya es suficiente, mamá –gritó–. Ya está bien.

Abel se giró de nuevo y, empujándome, salió fuera a toda prisa. Le seguí escaleras abajo. Descendí los peldaños casi de dos en dos, saltando, a trompicones, mientras su llanto retumbaba en el hueco de la escalera. Fui tras él hasta la calle, y le grité que me esperara. Pero Abel continuó corriendo, sin volver la vista atrás, deshaciendo el camino que habíamos traído minutos antes. Intenté perseguirle, aún con la mochila a cuestas, y, otra vez, le llamé a voces. Sin embargo, Abel pronto me sacó demasiada distancia. Se alejaba tan rápido que creí que no iba a pararse nunca. Entonces me detuve y, al verle correr de esa forma, pensé que tal vez no volvería a encontrarme con él hasta la mañana siguiente o incluso más tarde. Y me sentí un tanto dolido, pues, de ser así, me quedaría sin mi chapa otro día más.

© Noel Pérez

El autor:

Noel Pérez (Toledo, España. 1979). Dedicado profesionalmente a la gestión empresarial, reside actualmente en Vigo. Además de su licenciatura en Administración y Dirección de Empresas, realiza estudios de Filología Hispánica en la Uned de Pontevedra. Resultó finalista en el I Certamen Literario Apoloybaco (2006, Sevilla), y obtuvo el primer premio de narrativa en el Iparragirre Saria de 2008 (Zumarraga-Urretxu). Asimismo, su cuento *Manzanas* fue publicado en la selección de relatos *El cuento, por favor* (Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, Madrid, 2007), y, posteriormente, su relato *En pijama y medio descalzo* apareció en la Colección Noray (Editorial Bermingham, Donostia-San Sebastián, 2009).

TOKIO EN ABRIL

por Rodrigo J. Gardella

Misaki se bajó del tren con las piernas doloridas. Hubiese deseado descansar un poco antes de continuar pero se encontró atrapada entre la masa de gente que intentaba abandonar el andén y la que tenía prisa por subir al tren con la ilusión de encontrar un asiento libre. No le quedó más remedio que dejarse llevar por la multitud.

En el hall central de la estación encontró un espacio libre y se detuvo. Necesitaba algunos minutos para acostumbrarse al bullicio y al movimiento desbordante que parecía no dar respiro. No, acostumbrarse no era la palabra indicada. Ella jamás podría volver a acostumbrarse a esa ciudad. Tokio se había transformado en un lugar sofocante y vertiginoso. Muy distinto al que había disfrutado durante su adolescencia y del cual guardaba el recuerdo más importante de su vida. Cada año que pasaba se le hacía más difícil soportar las casi dos horas que duraba el trayecto entre Maebashi y Ueno. Comenzaba a sentirse débil para enfrentar a esa ciudad monstruosa, pero se había prometido a sí misma que lo seguiría haciendo hasta que su cuerpo se lo permitiera. El día que no tuviera la fuerza suficiente para subirse al tren, algo vital dentro de ella se habrá perdido para siempre.

Le pidió al taxista que la llevara al parque Shinjuku, pero antes debían pasar por los jardines de Shiba. El hombre la miró extrañado y se quedó esperando a que la mujer rectificara el recorrido. Misaki permaneció en silencio. Podía haber tomado el metro, que era mucho más rápido y barato, pero de esa forma se perdía la posibilidad de contemplar la ciudad. Una ciudad que no dejaba de crecer hacia arriba y ocultaba su verdadera cara detrás de construcciones espejadas. Protegida por el cristal de la ventanilla podía observar sin ser invadida, como si viajara en una burbuja. No deseaba que las nuevas imágenes contaminaran el recuerdo que guardaba de su Tokio. No estaba en contra de la modernidad, pero era la única manera que había encontrado de neutralizar el paso del tiempo.

«Aquí. Deténgase aquí, por favor», ordenó Misaki.

Sus ojos se clavaron en la imponente mole de color rojo y blanco que se levantaba frente a ella. Su mirada conservaba todavía el asombro de la primera vez.

«¿Te acuerdas cuando nos parábamos en este mismo lugar e intentabas convencerme de que esa horrorosa estructura metálica era el futuro?». La pregunta surgió en su conciencia con espontaneidad, como un reflejo de la perseverancia. No esperaba una respuesta. «Yo te miraba incrédula y te dejaba hablar porque de esas cosas no entendía. Lo único que me importaba era saber que formaba parte de tu futuro. Ahora, cada vez que vuelvo a ver la torre recuerdo tu entusiasmo y tus planes disparatados». Misaki sonrió. «Hablabas de conocer el mundo con tanta ilusión. Hasta llegaste a decirme que me llevarías a París para que pudiera contemplar la torre original. Que la de allí tenía muchas más luces y estaba junto a un río de ensueño». Hizo una pausa. «Ya ves cómo hay cosas que no cambian. Para mí, París sigue existiendo sólo en fotografías. Me gustaría saber si finalmente encontraste lo que buscabas en esos lugares remotos».

Misaki bajó la cabeza y le pidió al taxista que continuara. No volvió a asomarse a la ventanilla durante el resto del viaje.

El sol brillaba con fuerza pero una brisa suave convertía el calor en una caricia tibia y agradable. Escogió el sendero que conducía al lago y caminó despacio, tomándose el tiempo para reconocer cada rincón del parque. Se sentó en el banco de madera que ocupaba cada año, mirando al lago. Sus pies apenas rozaban el suelo. Siempre había sido así y eso le agradaba.

«Le pidió al taxista que la llevara al parque Shinjuku, pero antes debían pasar por los jardines de Shiba. El hombre la miró extrañado y se quedó esperando a que la mujer rectificara el recorrido. Misaki permaneció en silencio.»

Más allá, unos jóvenes habían extendido una manta sobre la hierba y se preparaban para iniciar el festejo entre gritos y risas exageradas. Un grupo de niños formaba una prolija fila detrás de su maestro. Sus rostros reflejaban el orgullo de lucir por primera vez el uniforme escolar. Del otro lado del lago, una pareja se refugiaba en la sombra de un cerezo para besarse.

«¿Has visto qué bonitos están los cerezos este año? En la radio escuché que algún día florecerán en verano como consecuencia del cambio climático. ¡Qué locura! Espero no ser testigo de esa catástrofe. ¡Qué será de la primavera sin el hamani!», se dijo en silencio y se imaginó al joven Hiroshi sentado a su lado. «Estoy aquí de nuevo, cumpliendo la promesa que nos hicimos hace tanto tiempo». Su voz se entrecortó y tuvo que enjugarse las lágrimas con el pañuelo que llevaba apretado en el puño. «Ya no sé si sigo viniendo por ti o por mí. Si te sigo esperando o si aprovecho esta fecha para escaparme de casa. Hace tiempo que mi marido dejó de preguntarme por qué vengo a Tokio cada primer lunes de abril. Tampoco me insiste para que lo acompañe al hamani. Él sabe que es una celebración triste para mí y a pesar de ese misterio, de sus preguntas sin respuestas continúa a mi lado. Su silencio es mi refugio. Es un hombre bueno, por eso le debo respeto».

El color del agua se había teñido de blanco. Las ramas de los cerezos se veían arqueadas y parecían a punto de quebrarse por el peso de las flores. Misaki siguió con la mirada el vuelo zigzagueante de una mariposa que se posó junto a sus pies. Con sorpresa descubrió, debajo del banco, una alegría

«El color del agua se había teñido de blanco.

Las ramas de los cerezos se veían arqueadas y parecían a punto de quebrarse por el peso de las flores. Misaki siguió con la mirada el vuelo zigzagueante de una mariposa que se posó junto a sus pies.»

roja florecida antes de tiempo. No pudo evitar emocionarse. Cogió uno de los pétalos caídos y lo frotó con fuerza sobre las uñas para colorearlas, como lo hacía de niña.

«A veces tengo la ilusión de que estoy sentado junto a tí y me dices que el tiempo no ha pasado. Que todavía existe una oportunidad. No he dejado de soñar con tu sonrisa pequeña y alegre, aunque los años han ido borrando de mi memoria la nitidez de tus gestos. Observarte a la distancia es mi consuelo pero también el castigo que asumí por haberte abandonado. Creeme que he pagado con creces mi error. Ninguna aventura en tierras lejanas vale tanto como tu presencia. Cada año, regreso a este lugar con la incertidumbre de no saber si te volveré a ver y eso me desespera. Sólo cuando apareces y ocupas el lugar de siempre en el

banco de madera me tranquilizo. Pero esa calma es efímera porque cuando se acerca la hora de tu partida, comienzo a preguntarme si el año próximo regresarás. Sin embargo, a pesar de esta angustia amarga y espinosa mi vida tiene sentido sólo por estas horas que me concedes cada primavera».

Misaki se fijó en la hora y comprobó que la tarde se había terminado para ella. Le quedaba el tiempo justo para alcanzar el tren de las cinco.

«No te guardo rencor, Hiroshi. Quizá fuimos demasiado jóvenes para defender nuestro amor o no tuvimos el coraje suficiente. No tiene sentido pensar en lo que no fue. Las personas debemos honrar nuestro destino».

Hiroshi vio cómo la figura diminuta de Misaki se perdía entre la gente que comenzaba a poblar el parque. Se acercó al banco y recogió el pañuelo. Aún estaba tibio. Se lo llevó a la nariz y aspiró con resignación ese aroma dulce que tanto conocía. En sus ojos había tristeza acumulada. Sabía que aquello era lo más cerca que podía estar de la mujer que amaba.

© **Rodrigo J. Gardella**

El autor:

Rodrigo J. Gardella nació en Buenos Aires (Argentina) en 1973. Es abogado y, desde hace varios años, vive en Alemania. Trabaja como asesor de empresas en temas de comercio exterior. En su tiempo libre escribe y, actualmente, se encuentra elaborando su primer libro de relatos. Integra el grupo literario hispanohablante Dámaso y los demás (<http://damasodemas.blogspot.com/>) que funciona desde 2009 en Fráncfort del Meno.

Quizá se dio cuenta, como el general Aranda, de que sus manos podían igualar su espíritu; de que no eran una simple herramienta sino parte imprescindible de su ser. ¿Acaso leería la historia de Aranda? Prefiero pensar que sí; prefiero imaginar que la leyó antes de verlo en las calles intentando tocar las manos de los otros. Porque fue así como lo conocí. Lo sorprendí correteando a las jovencitas por el parque después de haberlas obligado a tomarle de las manos. Por qué me las quita si ahora son mías, gritaba mientras la joven desaparecía por la carretera. Después, casi lloraba. Lo encontré en el autobús intentando ayudar a los pasajeros a bajar del vehículo (hombres y mujeres), tomándolos de las manos, por el simple placer que esto le producía. Cuando alguno se negaba o las manos irremediamente abandonaban las suyas, casi lloraba. Lo vi de lejos estrechar la mano a un desconocido arguyendo que se conocían; cuando el hombre notó su locura, él –casi lloraba.

Y así se pasaba todo el día, coleccionando roces de manos y aguantando las ganas de llorar. Hasta que un día, lluvioso por cierto aunque nada tenga que ver, lo hallaron muerto.

Después de hablarlo con mi amigo Navidad y de recibir su reprimenda por no haberme interesado en el tema desde el principio, al menos por simple provecho literario, decidí iniciar la investigación del hecho. Y a estas consideraciones me ha llevado.

Lo llamaré José, pues nunca supimos su nombre. Fue encontrado entre bolsas de basura. Muerto por estrangulamiento, con fuertes golpes en la cabeza y totalmente desnudo. Como es habitual no hay testigos. Lo encontraron los barrenderos del lugar, pero aseguran no haber visto nada. Acostumbrado a esto ni siquiera insistí. Revisé el cuerpo. Parecía estar vivo, sus ojos aún brillaban. Le miré las manos, los pies. Busqué heridas con objetos contundentes: nada. Sólo hallé golpes en la cabeza, cuello destrozado y un número escrito en su pierna derecha: seis mil veinticinco. Esto último me dio en qué pensar.

Los análisis fueron sorprendentes. Al parecer José se había asfixiado a sí mismo: se encontraron indicios en sus manos. ¿Había podido mantener su fuerza aún estando sin aire? Sin embargo, los signos de estrangulamiento encajaban perfectamente con el ángulo, la altura y muchas otras cosas que no es menester mencionar aquí. Pero esto poco me importó (con el perdón de Navidad). Seguía pensando en el misterioso número en el que, creía, se encontraba la explicación del misterio, que entre otras cosas ya se había resuelto.

Aunque me lo explicaran desde el principio, que mira las marcas del cuello, que los golpes se deben a la caída que siguió al estrangulamiento, que la ropa se la habrían robado... yo decía: ¿Y el número? Y ellos callaban un momento antes de volver a repetir la misma historia.

Esa noche, mientras salía del trabajo caminando, no sobre el suelo sino sobre mis furtivos pensamientos, me crucé con un compañero. Este se despidió estrechándome la mano y yo, sin razón, pensé en un número. Luego, llegando a casa, sin quererlo en verdad, toqué violentamente la mano de un desconocido que se disponía llamar al ascensor, me disculpé y pensé en otro número. Ya solo, comprendí cuál era el significado de aquella cifra que José llevaba; y escribí en mi pierna, donde sabía que nadie lo iba a notar, el número dos, iniciando así mi propia cuenta.

© Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

El autor:

Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón nació en Bogotá (Colombia) en 1987. Es licenciado en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander (UIS). Ha participado en diversos eventos académicos y artísticos como Jalla-E Colombia 2006, IV Congreso Internacional de la Lengua Española, I Encuentro Regional de Semiótica, Bucaramanga, etc., y ha publicado variedad de trabajos de investigación literaria sobre literatura contemporánea en revistas como Narrativas. Lidera múltiples proyectos pedagógicos en la región para utilizar la literatura como recurso pedagógico. Actualmente es docente de español y literatura en ASPAEN Gimnasio Saucará, en Bucaramanga. Blog: <http://lassillasmalditas.wordpress.com>. e-mail: helihezer@gmail.com.

M. O. HOPPERN

por Ramón Araiza Quiroz

*Me metí entre las líneas de las cartas
una y otra vez y...
pude descubrir la precisión de la malicia.
Hoy... me encuentro
aquí... segura.
Afuera hay un mundo escalofriante para mí.*

Marcela O. Hoppern

«Muy buenas noches tengan todos ustedes, les habla su anfitriona Marcela Ocampo Hoppern, bienvenidos una vez más a su programa *PÁGINAS DE TERROR*, en donde usted puede ser el protagonista de su propia historia. Vamos a leer una carta recibida...»

–Así iniciaban mis programas de televisión, doctor.

–¿En qué momento se dio usted cuenta de que algo andaba mal?

–Bueno, antes de eso debo decirle que cuando recibí la primera carta de este sujeto, ésta relataba algo sobre un asesinato en las afueras de un pueblo. Un pueblo abandonado por el propio destino y la falta de visión de empresarios que quisieran invertir en él para levantarlo. La gente lo fue dejando hasta que quedaron pocas familias. En ese pueblo vivía una anciana que contaba la historia de cada uno de los que se marchaban. Esa carta hablaba de cómo surgió la leyenda del asesino del pueblo que después lamentablemente se convirtió en realidad. Una de las primeras víctimas fue la anciana de la que le comento doctor.

»La manera en que redactó esta primera carta me llamó mucho la atención y cuando recibí más cartas de él pude darme cuenta de que me estaba envolviendo o tal vez hasta enamorando de la forma en que este hombre narraba las historias de terror. Sé que suena raro y que tal vez debería enamorarme de cartas de amor que él me escribiera, pero algo en mi interior se fue desarrollando; como una especie de amor por el terror y me empezó a gustar este sentimiento. Admito que el terror me ha atraído desde que era una niña, pero jamás había sentido esto que me causaba al leer cada línea que él escribía, llegando incluso a desesperarme el hecho de que un día no escribiera o tres días después lo hiciera y en algunas otras ocasiones tener que esperar por lapsos de hasta una semana sin recibir una carta.

«Yo estaba en el canal cuando al terminar el programa me avisaron que habían llegado más cartas. Las tuve en mis manos y busqué la de él. La abrí con impaciencia.»

–Usted trabajó muchos años en el canal de televisión y jamás sospechó de quién se trataba, ¿verdad?

–Jamás. Yo recibía cartas diariamente, en cantidades exageradas, pero sólo las de él me llamaban la atención. Las demás las leía en el programa o de vez en cuando la producción realizaba algún video reviviendo la historia. Las cartas de él las guardaba en un lugar especial. Me las llevaba a la oficina y las leía con una taza de café.

–Platíqueme de la última carta que recibió.

–Fue el día en que... el día que...

–No, no se preocupe, yo lo entiendo, no hay necesidad de entrar en esos detalles por el momento, Marcela.

–Yo estaba en el canal cuando al terminar el programa me avisaron que habían llegado más cartas. Las tuve en mis manos y busqué la de él. La abrí con impaciencia. Me retiré del set y una vez estando sola en un espacio muy pequeño al lado del estudio de grabación comencé a leerla. Decía que mi hora estaba por llegar. Que el final de esta historia se acercaba y que no tenía idea de cómo me ejecutaría. Por

un momento vacilé en contarle a mi mejor amiga, pero no se encontraba ese día en el canal. Yo siempre había guardado el secreto. Por primera vez me atemorice. Fui a mi oficina y guardé la carta en mi escritorio, junto a las demás.

»Me despedí de todos y tomé mi auto. Esa noche podría describirla como románticamente oscura, a pesar de ser como las diez treinta a duras penas, sin embargo el hecho de recordar el contenido de la carta y la amenaza que contenía me hacían ponerle otros calificativos a la noche. Siempre me ha gustado el terror, doctor, desde chica como le dije, pero en esta ocasión sentía miedo porque presentía que algo se dirigía hacia mí, no en el sentido físico sino en el metafísico. Sentía la presencia de algo, de alguien. Me empecé a sugestionar y se me cortó la respiración. Me detuve y descendí del auto para tomar un poco de aire fresco. A lo lejos se veían las luces de la ciudad como pequeñas luciérnagas brillando por todas partes, pero no lograba concentrarme en algo bello, motivador o relajante. En mi mente seguía ese pensamiento incesante que me decía que algo malo estaba por suceder.

—Prosiga, por favor.

—El motor estaba encendido, la puerta del auto abierta y entonces tomé una decisión.

»Me subí al auto, me aferré al volante y regresé al canal de televisión. Entré sin dar muchas explicaciones hasta mi oficina y entonces saqué las cartas. Desesperada empecé a leerlas. El reflejo de la luna se impactaba en la ventana de mi oficina. Sentía dolor de espalda, tenía ganas de estar en casa, de descansar, pero una necesidad indescriptible por descubrir quién era esta persona y por salvar mi vida me llevaron a seguir leyendo.

«Me subí al auto, me aferré al volante y regresé al canal de televisión. Entré sin dar muchas explicaciones hasta mi oficina y entonces saqué las cartas. Desesperada empecé a leerlas.»

»Después de leer las cartas muchas veces y de escudriñar cada una de las frases logré encontrar un patrón.

—¿Qué patrón?

—Me di cuenta que las cartas iniciaban con una letra en particular.

—¿A qué se refiere? ¡Todas las cartas empiezan con una letra, con una palabra!

—Sí, doctor, pero escuche. Por ejemplo, la primera carta empezaba diciendo: «Veo con agrado la oportunidad de estar en contacto contigo y me gustaría relatarte una serie de asesinatos que ocurrieron en

un pueblo». Iniciaba con V.

»La siguiente carta comenzaba con E, así: «Esteban será la próxima víctima, Marcela. A veces pensamos que los habitantes de pequeños pueblos no pueden cometer asesinatos en grandes ciudades». Y así sucesivamente, doctor, hasta llegar a la última carta que recibí con la amenaza de que mi hora estaba por llegar y la letra con la que iniciaba la carta era la E: «Esperé mucho tiempo para enviarte esta última carta, Marcela... lo hice para alargar el terror que te invadirá».

—No entiendo absolutamente nada, Marcela.

—Lo sé, lo sé. Pero deje comentarle que recibí 22 cartas.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Puse en orden el inicio de las letras de cada carta doctor y la leyenda era: «V e i n t e p a r a l a m e d i a n o c h e». De inmediato voltee a ver el reloj de mi oficina y era exactamente esa hora cuando él llegó a mi oficina. Sonrió sarcásticamente, cerró la puerta y se me dejó ir encima. No tuve tiempo de nada. Me sujetó del cuello y el único recurso que tenía al alcance era el abrecartas. Mi mano temblorosa trató de alcanzarlo sin éxito. El sacó un cuchillo y en el momento en que movió su mano hacia arriba pude agarrar el abrecartas y lo enterré en su dorso con furia. No le di tiempo de terminar su obra porque saqué el objeto y lo volví a meter una y otra vez hasta que quedó tendido sobre de mí. De pronto una cantidad enorme de gusanos empezaron a salir de su interior, precisamente de entre las heridas mortales que le había causado. Retiré su cuerpo. Mis manos y mis labios temblaban, había sangre en mi blusa, sentía un fuerte dolor en mi pecho, no podía ordenar mis ideas. Grité y los gusanos entraron en mi boca. Me sentía invadida. No podía emitir ningún sonido. Vi que los gusanos se mo-

vían por todo mi cuerpo, las venas se me saltaban y podía hasta tocarlos si hubiera querido, pero estaba aterrorizada, mi piel se curvaba con el paso del asqueroso movimiento de los gusanos y me horroricé aún más al sentir cómo llegaban hasta mi cabeza, estaban ya en mi cerebro y algunos empezaban a salir por mis ojos y fosas nasales en un ir y venir interminable, recorrieron todo mi cuerpo que se estremecía con violencia. Fue entonces cuando llegaron esos hombres vestidos de blanco y me sometieron, me ataron y me inyectaron algo... no sé qué... después ya no supe nada.

–Marcela, Marcela... siento mucho escuchar lo sucedido. Lamentablemente es hora de retirarme. El tiempo se me ha terminado. Vengo el próximo mes a verla ¿le parece bien?

–Sí, sí, está bien, doctor. Yo seguiré aquí adentro protegida. Nada me va a pasar. Aquí nadie puede venir a hacerme daño. Ya no hay gusanos.

Le di un beso a mi hermana y me retiré del manicomio.

Llegué a casa con agotamiento y tristeza y platicué a mis padres la misma historia de cada mes.

–Marcela está muy mal. Sigue pensando que trabajó para un canal de televisión. No me reconoce como su hermano. Piensa que soy su doctor y todo el tiempo le hablo «de usted», no le gusta que le hable «de tú», se pone inquieta. Yo le sigo haciendo las mismas preguntas de cada visita y pretendo no entender lo que me narra. En ocasiones le tomo la mano y trato de preguntarle algo distinto, pero pronto aleja su mano de mí y no responde a mis preguntas. Los doctores me dicen que no había nadie en su recámara el día que firmamos y dimos la orden de que la llevaran al lugar donde ahora se encuentra. También me han comentado que el dolor de pecho que ella describe y la sangre de su blusa fueron ocasionados por un tenedor que se enterró ella misma; le llama abrecartas... se lo enterró varias veces. En su recámara encontraron muchas cartas de terror, pero todas escritas por ella. También me han dicho que efectivamente encontraron un reloj de manecillas, averiado. Estaba en uno de los bolsillos de su pantalón y que siempre ha indicado la misma hora: 11:40 y de ello ha hecho muchas historias que relata cada vez que tiene oportunidad. Los doctores asumen que ella misma detuvo el reloj precisamente en esa hora y que no se trata de un horario matutino, sino nocturno: *Veinte para la media noche*, el título de la novela que jamás pudo terminar de escribir mi hermana porque iniciaron sus alucinaciones. La novela también fue encontrada por los doctores en su recámara.

«Mis manos y mis labios temblaban, había sangre en mi blusa, sentía un fuerte dolor en mi pecho, no podía ordenar mis ideas. Grité y los gusanos entraron en mi boca.»

No dejes que la mente se relaje mucho, Francessca, porque los motivos son grandes para causarte un daño irreparable. Sostén el plato con fuerza ya que cualquier ruido que hagas aquí en este pantano que rodea la cabaña de este pueblo abandonado, rompe hasta la calma del viento y asesina la ternura de un bonito rostro como el tuyo. Mañana cuando venga a alimentarte, no olvides que la comida la pasaré por debajo de la puerta, por ese agujero que hice.

En este tiempo en el que te he tenido atrapada aquí, me siento orgullosa de hacer lo que hago contigo... porque nací para ti, Francessca, nací para verte morir lentamente... muy lentamente, como cuando el sol se oculta para dar paso a la noche que tanto me encanta y que tanto te espanta. Falta poco para ver si mi experimento funciona: Alimentar a un ser humano solamente con gusanos y ver cuánto tiempo sobrevive. Ya te veo sucumbir mi querida, Francessca.

Fragmento tomado de la página 136 de la novela: *Veinte para la media noche*, de Marcela Ocampo Hoppert, mi hermana, a la que tanto extraño, la que alguna vez fue dueña de su hermosa cordura.

© Ramón Araiza Quiroz

El autor:

Ramón Araiza Quiroz es autor de la novela *Ojalá mi pareja leyera este libro* de la editorial mexicana Selector y del poemario *11 de septiembre, la urbe* publicado en España bajo el sello El Taller del Poeta. Publicó en el número 16 de esta revista "Comala, homenaje a Juan Rulfo". Cuando tiene la oportunidad se dice a solas: "Las letras son un gran motivo para ser completamente libres". E-mail: araizaraq97@yahoo.com.mx

WORM

por Luis Emel Topogenario

Rotando en la habitación oscura la cabeza, aún con nuca, atendido por sus millones, respirando con su tráquea, observando, escuchándose pensar alrededor de lo que pareció ser una cabeza, unas orejas, una calva con ictericia, unas cejas deformes y pobladas a la fuerza, un movimiento errático de cada músculo facial, se destaca. Una piel pegada con vendas a los huesos largos, una gran escara supuratriz en las espaldas y nalgas, un jadeo convulso, una respiración en ráfagas, un sudor desértico pudriendo las gasas, unas mejillas inflamadas por dos pómulos, una frente arrugada con restos de emociones, rotando alrededor, lo que parece ser, lo que es, en el fondo, un monumento al gusano. Sus emociones, redondeándole. Ha abierto sus mandíbulas, la oscuridad lo ha sentido. La habitación se ha fracturado en tantas partes como partes duró uno de sus bostezos. Vivió en una isla, si ése era el nombre correcto de la humilde pocilga que llevaba por alma. Ha hecho sus necesidades. No se le permitió escribir. De allí ha pasado a su habitación oscura, donde no se le permite navegar, cada cestodo le fue asegurado a su cama con la argolla de una cadena de hierro, una argolla por segmento cargado de huevos. Rotar, ojo, gran globo ocular chupado, la córnea como resina, erizamiento contra sensación nual, oscuridad casi completa, impenetrable, casi, puede notarse el movimiento sistólico de cada muñón piloso, de los vellos en las cejas, sólo le fue permitido que se contemplase, de a ratos, hermoso como un gusano. Se contempló. Se admiró sin encenderse. Se encontró hermoso como un gusano. Su escritura permanece hundida, y sólo es visitada por el coral. Millones han turnado sus vigiliadas frente a las pantallas y artefactos web, con la esperanza, con la artificial esperanza de poder atisbar su intento de cabeza moverse y pronunciar palabra. Pero no, señalar y mostrar boca y ojos deslenguados, hay que esperar hasta que florezca, una vez, cada trece años. Luego, quienes le observaron hablarán y escribirán por él. Un hermoso hexacanto construido con un nombre, un cuerpo con cama, una experiencia vacía, al que se le despojó de toda puerta a la trascendencia. El espectáculo es impagable. Cada sueño que tuvo fue digerido por otro espectador con su ticket en mano, en otro intestino. Lo que pareció cabello le fue arrancado de su cabeza por unas manos. A la fuerza. No se le permitió tener cabello. Todo pensamiento, si ése era el nombre correcto del oleaje en una isla, se le engusanó de calvicie. No reposó en su habitación oscura, de donde se le había despertado muchas veces para comprobar si aún respiraba. Se le extendió un espejuelo para comprobarlo, se le acercó a las narinas, también leporinas como la boca, si es que no quedaba más remedio que nombrarle así. Millones observaron en sus artefactos web, por turnos, cómo se empañaba el vidrio del espejuelo con sus respiraciones. La mayoría de los millones pagó por ver. Hubo conferencias para estudiar qué ocurriría si se le asfixiase. En cada caso, la votación fue positiva. No se le permitió recibir visitas. No se le permitió que le interesase ningún sueño. Algunos elementos, cama, bacinilla, colector de esputo, pedestal pediátrico para guías de suero y circuitos medicamentosos, papel higiénico, gasas, morfina, apósitos absorbentes de esputo, sondas vesicales, mecheros de gas, hornallas de gas, tanques de gas licuado, muletas, bastón, andarivel, fueron permitidos en la habitación para provocar en su sensorio la ilusión de compañía. La compañía, la ilusión de compañía, es importante. Su muerte, si es que no ha florecido aún el gusano, ya ha sido negociada y se anunciará a través de millones de artefactos web sintonizados, todo gasto corrió por su cuenta, la compañía es importante. El que pagó por ver es un buen candidato. Se pactó su muerte con el florecimiento de otro, ¿es así que se dice? ¿Es así que se dice? Solamente le separa una pantalla, una membrana natural. Su mano de su hombro, la circunferencia de cada glúteo del margen anal, sus pies cadavéricos de sus rodillas, sus cicatrices abdominales de su horquilla esternal, su cáncer de su metástasis, su paladar hendido de su labio leporino, su agujero bucal de su palabra única, todo, allí, al alcance. Así había sido deseado su cuerpo. Prometimos que no se le romperían las rodillas. Nosotros. Que vimos. Rotar. Tampoco se han respetado sus gónadas. Como lo pidió. Se le otorgó. La música que le acompañaba cesó, se le quitaron las glándulas mamarias, se le regresaron las costillas a la parrilla costal, se le puyó el pubis, cercenándole el sexo. Observar. Su cuerpo será separado únicamente por una pantalla de distancia, por una membrana de cristal líquido, ya está separado. Y su habitación, encender con botón supe-

«El espectáculo es impagable. Cada sueño que tuvo fue digerido por otro espectador con su ticket en mano, en otro intestino.»

rior, será su momento inicial. Todo se habrá desmembrado, disecado, las palabras de los nombres de los objetos de los nombres de las palabras, correctamente. Sintonizar. Algunos deseos fueron brutalmente concedidos. Su cabeza, si es que ése es el nombre que logró abarcar cada cosa, cada extremo de cada cosa, podrá observarlo todo antes de desmembrarse y elegir. La sensación de escogencia es importante. Cada movimiento de su nuca redundará en un versículo, ¿es así que se dice?, ¿es así que se dice?, los millones de ojos, tomando turnos para vigilarlo en sus artefactos web, se encargarán de escribirlo, se pensarán por encargo sus libros, todo. Cada sentimiento ocupará un taxón antes de ser presentado al sensorio como experiencia. Rotación de cabeza en oscuridad, puede percibirse el pedestal de suero estremecerse, la bacinilla tambalearse, el colector de esputo volcarse sobre los azulejos del celdario, esparciendo sus secreciones por el piso. Rotar. Los cielos de la tierra. La faz del abismo de la faz de las aguas. La luz de las tinieblas. Las aguas de las aguas. La tierra de los mares. La hierba verde de la semilla, el árbol de fruto de su fruto. Los esclavos de los pensamientos que amenazan liberarlos. Ya se separó. Todo. Prometimos, si la pantalla está encendida, que florecería. Nosotros. Que vimos. Observar, en silencio, todo el daño que recibió, los hombros inmóviles, el abdomen eviscerado, el meningocele en su espalda destripado por los golpes en la cama, el dolor, bello rostro del gusano, de las púas en el cuero cabelludo, casi está echado a perder, vermilinguo, reducido a respiraciones en ráfagas. Se le asignará un taxón a cada sentimiento antes de ofrecerlo en sacrificio al sensorio. Rotar. No le ha vuelto a crecer cabello. No ha vuelto a moverse de su sitio, no se le permitió salir del celdario, a investigar el sol. Su isla, si ése es el nombre correcto de la prótesis que lleva, ha sido suficiente,

«Quien amó con los brazos se rebeló con las piernas y traicionó con la cabeza, antes de acabar en gusano. Y así terminó en un caño, celdario, en una bacinilla, en un colector de esputo, amado, rebelado y traicionado, como un gusano.»

se ha bastado a sí misma, millones de artefactos web, amarillos de tanto observarle, completan el espectáculo. Alguna vez el gusano vivió una guerra y perdió un brazo. Cambió el que le quedaba por una pierna, que ya antes le había sido amputada en tiempos de paz. La guerra la ganaron las piernas, la paz la ganaron los brazos, que las cambiaron por varillas metálicas y libros rojos. Vive resignado, vencido, hasta llegar a sentir emoción por ello, acercar gasa para secar costra abdominal eventrada. La resignación también es roja, siamesa de la rebeldía, ¿se puede consumir? ¿Se puede consumir? Y sus libros también son agridulces, y también acaban en un prólogo. Resignar sobre cama, arrojar esputo, se eleva, hasta envolverle, el perfume agrio de su gran escara supuratriz. Preparar oleaje. Quien amó con los brazos se rebeló con las piernas y traicionó con la ca-

beza, antes de acabar en gusano. Y así terminó en un caño, celdario, en una bacinilla, en un colector de esputo, amado, rebelado y traicionado, como un gusano. Antes de resignarse. Luego canceló su contrato. Su contrato había sido prometido. Lo canceló. Y se retiró a una habitación sin palabras, se arropó en su pupa, a esperar cada trece años, mientras era observado. Su muerte es una habitación sin palabras. Se le puede contemplar, muy cómodo, ocupando todo el aire, agitándose por ratos, pensamientos convulsos, viviendo la vida de las islas, ¿se puede consumir? ¿Se puede consumir? Sus palabras han sido pocas, y apenas han alcanzado para mojar una gasa. Qué hermoso espectáculo. El espectáculo es impagable. Rotar. Observar. Oscuridad contra respaldar de cama, ofrecer al gusano un punto de reposo para cabeza, todavía con nuca, asegurar gasa contra agujero bucal para limpiar secreciones. Controlar guías de suero y circuito medicamentoso, hasta que el goteo caiga de cuarenta en cuarenta, la oscuridad no debe ser perturbada, si se da el milagro de que se muere. La muerte es una habitación sin espectáculo. Observar nariz leporina contra labio sin suturar, no se le zurció un posible colgajo para disimular sus hoyos, no fue necesario, limpiar secreción. Secreciones limpias, colocar nuevo apósito. Venga, usted, si usted es adicto a observar, limpiar membrana, abra su modo a prueba de fallos, controle su ticket antes de ocupar asiento en fila, de dos millones en fondo. Si se presenta una emergencia diríjase con calma hasta la primera luz que encuentre y sígala. No abandone los posibles hijos.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Actualmente reside en Montevideo, Uruguay. Ha publicado varios relatos, tanto en papel como en revistas digitales especializadas en literatura. *La Codorniz*, su tercera novela, es su proyecto narrativo más ambicioso.

JUNTOS PARA SIEMPRE *

por Blanca del Cerro

No te imaginas, amigo, lo que sucedió. No te lo puedes imaginar porque fue... bueno, es imposible de describir, te lo digo yo que lo viví en mis carnes y lo contemplé todo como te estoy viendo a ti, casi así de cerquita, porque en mis años mozos yo era carcelero en la prisión de Las Alondras, que estaba situada a las afueras de la ciudad, detrás de la colina Montoya. Sí, no me mires así, era carcelero, aunque te parezca extraño, y fui testigo de los hechos, testigo en primera línea. La cárcel de Las Alondras... Fíjate, amigo, qué cosas, poner a una prisión –donde todos desean volar y nadie puede– el nombre de unos pájaros que son libres. Ya ves lo caprichosas y absurdas que son nuestras autoridades. Pues el caso es que una mañana la noticia estalló, se difundió y se extendió, y un arco iris de sonrisas alumbró los labios de cientos de personas al conocerla, y la alegría borboteó por sus rostros transformando esos cientos de almas en burbujas de champán francés que subían y bajaban por la piel. Y un grito surgió en multitud de gargantas, porque sus ruegos a través de los años habían sido escuchados. Tú no sabes cuánto tiempo llevaban suplicando. Tras tanta lucha, tras tantos sinsabores, tras tantas amarguras acumuladas y retorcidas por sus venas, por fin los tendrían cerca, por fin podrían verlos y escucharlos y abrazarlos sin tener que desplazarse, por fin los mantendrían a su lado, por fin estarían juntos, por fin, por fin juntos para siempre.

Y la noticia, amigo, se divulgó de inmediato a través de todos los medios de comunicación, saltó pueblos, ciudades y fronteras e hizo nacer esperanzas y renacer ilusiones. Sí, amigo, sí, Juan Lamberto Ruano, el Presidente de este nuestro país atiborrado de sombras, silencios y oscuridades, el gran dictador, ahora puedo decirlo sin preocuparme porque ya me importa una bleda lo que puedan hacerme – qué le van a hacer a un viejo como yo–, y el dueño absoluto de los destinos de millones de ciudadanos, había concedido su permiso para que los presos disidentes fueran reunidos y trasladados a una cárcel común, exclusiva para ellos. Tú no lo sabes, amigo, porque eres demasiado joven pero, en aquel entonces –qué me vas a contar a mí–, en aquel entonces había disidencia y oposición, como te lo explico, y aquellos seres que gritaron y aullaron sin miedo a favor de la libertad, que clamaron por el pueblo y por sus derechos, fueron vilmente encarcelados para acallar sus voces, cada cual en un punto distinto del país. Son cosas que suceden, o que sucedían, amigo, porque después de lo ocurrido, después de aquel día teñido de negro noche, las voces quedaron silenciadas para siempre y la tristeza se aposentó entre nosotros hasta hoy, fíjate cuánto tiempo, cuánto tiempo de sombras.

Pues el caso es que los padres, los hermanos, los familiares, los amigos de los presos disidentes, todos saltaron de alegría al saber que iban a tenerlos cerca, juntos para siempre, que no deberían trasladarse y recorrer cientos de kilómetros para poder abrazarlos. Y tantas lágrimas de dolor se transformaron en torrentes de felicidad, en aluviones imparables de nostalgias cercenadas, sin llegar a imaginar lo que iba a suceder, pues ni siquiera yo, amigo, que era carcelero en aquella prisión con nombre de libertad, pude intuirlo. Bueno, ni yo ni nadie.

Y resulta que todo se hizo muy deprisa, demasiado deprisa, amigo, pienso yo ahora, aunque no entonces, porque entonces... entonces no me cabía en la cabeza que pudiera existir tanta maldad. Cuando eres joven la vida es diferente, te agarra por las piernas y por el corazón y te cubre de besos, similares a telarañas suaves que acarician la piel, y te crees que siempre va a ser así, porque todo lo ves de muchos colores que después te arrancan de cuajo para llenarte el alma de delirios negros y de filamentos oscuros que te van apretando y ahogando. Pues sí, amigo, sí, algo que había tardado tantísimo tiempo en solucionarse se hizo muy deprisa, en muy pocos días. Fueron llegando a Las Alondras camiones y camiones cargados de pobres miserables, esqueletos de silencio, todos delgaditos y sombríos, como fantasmas ateridos de sombras y sedientos de temblores, y yo los miraba, amigo, y procuraba no pensar en nada, me limitaba a realizar mi trabajo porque si me detenía a pensar tal vez hubiera quedado ahogado por manadas de gritos, gritos de pena y soledad, y no podía, de verdad, no podía hacer otra cosa más que callar y tragarme el dolor, porque tenía una familia que alimentar, tres hijos nada menos, y otro a la vuelta de la esquina, pues en aquel entonces mi mujer estaba embarazada de Pablito, el

* Primer Premio XVIII Concurso de Poesía y Narrativa de la Villa de El Escorial "María Fuentetaja"

pequeño, y yo no podía hacer nada más que barruntar pesares y seguir adelante.

Y los presos llegaron, amigo, como una marabunta de melodías cascadas y rotas, y desfilaron despacito pero con la cabeza alta y los ojos muy brillantes clamando verdades, esas que nos han robado a todos y que ellos habían sido capaces de defender, y tomaron posesión de Las Alondras en su totalidad, y el resto, es decir, los comunes, los criminales, los chorizos, incluso los terroristas, fueron trasladados a otras prisiones lejanas, quedando allí sólo ellos, los disidentes, los libertinos, los parias, los que pensaban de forma distinta a la de nuestro querido Presidente, los molestos al fin y al cabo. Y la vida, amigo, continuó su ajetreado rumbo rozándonos con un silencio agónico que no supimos interpretar. Porque todo siguió igual durante varios meses, no sabría decirte cuántos, con distintos rostros a mi alrededor, pero igual. Sí, amigo, sí, nada cambió hasta aquella noche terrorífica del mes de septiembre.

Debo aclararte, amigo, que la vigilancia en la prisión de Las Alondras era muy estricta durante el día, aunque por la noche se relajaba, ya que en realidad la totalidad de los siniestros alojados no hacía otra cosa más que dormir durante la oscuridad. Y allí quedábamos únicamente seis personas a cargo del centro, es decir, cuatro vigías, uno en cada una de las torres exteriores, un guardia en la puerta y yo, que me mantenía en la sala de comunicaciones a cargo del teléfono y de las pantallas, unas pantallas que captaban todos los rincones de la prisión. Y fue en esa

«Si quieres que te diga la verdad, amigo, me he preguntado mil veces por qué razón nos dejaron con vida.»

noche de crujidos tenues y estrellas a medio deshojar cuando sonó repentinamente el teléfono, al que respondí. La voz gris y torcida del comisario Antonio Cruzado llegó a mis oídos como escapada de un pozo. Y fue entonces cuando recibí una extraña orden: la orden de desalojar el centro. Todos los guardianes, únicamente los guardianes, me informó, debíamos abandonar la prisión y dirigirnos de inmediato a la zona posterior de la misma, lugar en el que seríamos recogidos por una furgoneta. Las órdenes, amigo, eran órdenes y no podían discutirse, pero aquella sonó como un aullido en mis entrañas que, sin quererlo, se contrajeron formando un nudo de interrogantes. Por mi cabeza pasaron en un instante cuadrigas repletas de pensamientos sin respuesta, pues aquello sonaba realmente... anómalo. Y me quedé con un por qué perdido en la boca, que no brotó porque de nada habría servido. ¿Salir de allí, como a escondidas, en medio de la noche? ¿Sólo los guardianes? ¿Abandonar repentinamente nuestro puesto de trabajo? No cabía duda de que algo estaba a punto de suceder aunque no tuve tiempo para detenerme a pensar. Eran órdenes y había que cumplirlas. Y actué de inmediato. Avisé a mis compañeros, nos reunimos en la puerta y salimos de la cárcel sin perder un instante. Efectivamente, una furgoneta oscura nos estaba esperando. Subimos en silencio, con miles de preguntas agarradas a la garganta y manadas de pensamientos confundidos con una noche que la ausencia de luna y estrellas hacía demasiado negra. Y yo llevaba, amigo, el corazón tan encogido que parecía un puño arrugado nadando en un lago de silencios y conjeturas. La camioneta arrancó y empezamos a ascender la cuesta de la colina Montoya, que separaba el pueblo de Las Alondras, y casi llegando a la cima, un ruido ensordecedor taladró nuestros oídos, un estruendo como formado por infinitas bombas, a la vez que contemplamos petrificados, con un estupor rayano en la demencia, cómo la prisión en la que habíamos trabajado durante años estallaba en millones de pedazos, reventaba, explotaba, se desintegraba envuelta en llamas, volaba en un segundo caótico transformando aquel enclave en un horror, en un infierno, en un cadáver monstruoso, en un aquelarre espeluznante de angustia comprimida, el fuego comiéndose cientos de cuerpos depauperados, cientos de almas inocentes, el fuego aullando, tragando, avanzando, el fuego convirtiendo nuestro pasado en pavesas.

Jamás podrías imaginar, amigo, lo que se siente en un momento así. Creo que a todos se nos paró el corazón, menos al chófer que continuaba impertérrito su marcha. Nada es comparable al terror que se instaló en nuestros horrorizados cuerpos. La vida se detuvo en mis venas que reventaban entre los fragores del infierno que contemplamos aquella noche sin luna. Quise hablar y no pude, quise llorar y no pude, de verdad, amigo, no pude hacer nada más que permanecer callado, absorto, anonadado, estupefacto y aterrorizado, con la cabeza convertida en una pasta caliente, dando tumbos por dentro y por fuera, hasta que llegamos al pueblo y la furgoneta se detuvo en la puerta trasera de la comisaría. Por las calles pululaban decenas de almas tristes y acongojadas a las que había despertado la explosión y se preguntaban qué había sucedido.

En la comisaría nos esperaba Antonio Cruzado, el comisario, y nadie más. Demasiada soledad. Los

seis guardianes entramos y quedamos ante él y de sus ojos grises como cenizas turbias brotaba una mezcla de odio, burla, poder y determinación que jamás había contemplado en ninguna mirada. Permanecimos quietos, callados, con el terror agazapado en todos los poros de la piel, porque por mi cabeza cruzó la idea de que ahora nos tocaría a nosotros, que había llegado la hora final, pero Antonio Cruzado, después de devorarnos con sus pupilas arriba y abajo, dijo simplemente: «Ahora estáis muertos y los muertos no hablan. En la cárcel de Las Alondras se ha producido un escape de gas, todo ha saltado por los aires y no ha quedado nadie vivo. ¿Habéis comprendido bien? Mañana celebraremos los funerales de las víctimas, es decir, vuestros funerales. Será día de luto nacional».

Y así fue, amigo, así fue cómo un día desaparecimos del mundo mis compañeros y yo sin haber muerto, desapareció la única prisión con nombre de libertad, desaparecieron los disidentes, desaparecieron las esperanzas y las ilusiones, desapareció todo vestigio de sueños ribeteados de verde. Y a partir de ese día aciago, el silencio tomó cuerpo entre nosotros y las lágrimas nos rodearon y nos cosieron el alma y los labios con puntadas muy chiquitas.

Si quieres que te diga la verdad, amigo, me he preguntado mil veces por qué razón nos dejaron con vida. Habría sido muy sencillo mantenernos en la prisión y perecer a causa del... supuesto escape de gas. Al fin y al cabo, nuestras vidas tenían para ellos el mismo valor que las de aquellos parias, es decir, ninguno, pero, por alguna razón incomprensible, nos indultaron, nos sellaron los labios para siempre, nos entregaron dinero y nos enviaron lejos, lo más lejos posible, con nuestras familias, allá donde nadie de la ciudad pudiera saber de nuestra existencia. Y ellas, nuestras familias, celebraron nuestros propios funerales sabiendo que todo era una farsa pero, como ya comprenderás, obedecíamos órdenes y las órdenes son sagradas. Y nos lloraron, nos gritaron, nos rezaron y nos enterraron, y todo volvió a la normalidad, una normalidad que dejó de serlo porque el secreto de la crueldad humana quedó agazapado en mi alma para siempre. Yo sabía que mi existencia nunca sería igual que antes.

«La cuestión es que he llegado casi al fin de mi vida con ese funesto secreto arañándose el corazón»

A partir de ese día, derramé muchas lágrimas de odio y desesperación, que de nada valieron porque las lágrimas casi nunca sirven para nada. Y me enviaron aquí, amigo, a este pueblucho miserable. Ellos, mi mujer y mis tres hijos, llegaron después, cuando los acontecimientos se serenaron y ella dijo a todos sus conocidos –porque tenía que decirlo– que se marchaba a otro lugar para que los recuerdos no la comieran viva.

Desde aquella noche terrorífica y festoneada de clamores, nunca he dejado de pensar en lo ocurrido, amigo, nunca, ni un solo día, y he barruntado miles de conjeturas, y he guardado hasta ahora, en una cueva de silencio pastoso, el suceso acaecido, con las almas de aquellos miserables dando saltos y haciendo cabriolas por mi memoria. Y llegué a la conclusión, amigo, de que tal vez nos dejaron vivos para que fuéramos testigos mudos de lo que podía suceder a aquellos que pensaban de manera distinta a la de nuestro querido Presidente, o quizás se compadecieron de nuestras familias, no era necesario en realidad dejar tantas viudas y tantos huérfanos, no lo sé, lo cierto es que no lo sé. A lo largo de los años he dado mil vueltas al asunto y lo que he sacado en claro sólo son suposiciones, amigo, meras suposiciones. La cuestión es que he llegado casi al fin de mi vida con ese funesto secreto arañándose el corazón. Y en tu crónica de la historia de nuestro bendito país, si alguna vez te dejan sacarla a la luz, no quiero que olvides mencionar, amigo, la existencia de una prisión con nombre de libertad, llamada Las Alondras, y lo que allí acaeció un día muy triste, muy negro y muy desquiciado. Creo que soy el único testigo que queda vivo y no quiero marcharme a la tumba con ese dolor que llevo agarrado al alma desde hace tanto tiempo.

Te aseguro, amigo, que todavía suenan en mis oídos los alaridos de las llamas buscando el cielo desesperadamente, y te aseguro que desde entonces imagino allí arriba a todos los disidentes, los insurrectos, los indeseables, los parias, unidos y reunidos, y por fin juntos para siempre.

© Blanca del Cerro

La autora:

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado el libro *Luna Blanca*.

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (V)

por Berenice Noir

*A la mierda tu experiencia con las niñas acomodadas
esta vez correrá peligro el argumento de la desnudez*

Roque Dalton

... En Managua, en ninguna parte de Managua, escribiendo cartas...

... En Altamira D'este, mirando pasar los chavalos con gorra, las cucarachitas en patinetas fosforescentes...

... En el zaguán de doña Inés y doña Rosita, cantando en la noche por caña de azúcar y limones dulces...

... En Altamira D'este, mirando pasar las bicicletas con gorra, reventando bombas y morteros envueltos en papel periódico...

... En el patio de Chelita, bajo el jocotero rojo, descubriendo mis primeros poemas, y una cosa dura y roja y grande que se llamaba Rubén...

... En el patio de Chelita, embarazando la falda de mi vestidito, hasta llenarla con los carozos de los jocotes, y Rubén cerca, muy cerca...

... En el gigantesco salón de estar, en casa de mamita Mariana, contando botones y clasificando cremalleras de colores...

... perdí una mujer del pueblo en la noche, salí a buscarla con una vela sembrada en un recipiente de vidrio, caminaba en la montaña, donde van a perderse las mujeres del pueblo, buscaba por toda la montaña en silencio, aunque por dentro me reía como las animales... perdí una vela, me cortaron los senos con una bayoneta, me cortaron los senos...

... En casa de Chelita, en el sótano de Aurora, encontrando en un libro de José Coronel la parte femenina de la lluvia; desenvolviendo esa parte, muerta en el fondo de un estante...

... la montaña, todo poro de la montaña abierto, cada barranco negro hecho una sensación febril; por allí anduve; el olor de la tierra que antes era huesos y nervaduras de hojas y pájaros, es decir, hombres de una libertad demencial...

... en medio de la montaña las noches corriendo de un lado para el otro, buscando gente para esconderla...

... En el Lago Cocibolca, escondidas...

... En la carretera a El Crucero, leyendo los últimos poemas de la burguesía: «Los poemas no le sirven / a las piedras, / Piedra /// Los poemas no tienen / ideología /// Los poemas crecen del hombre, / o de los hocicos />. A nuestro costado las balas picaban cerca del carro. Los poemas no tienen / carro... fue mi despedida... las balas me buscaban, como flores nómades...

Estuve enferma muchos días, postrada en mi cama. De tarde en tarde las mujeres me pasaban a mi hamaca, y luego me regresaban a mi cama. Aunque quise, no me permitieron trabajar, ni en el lago ni en mis poemas. Leí poco, algo de Claribel, con el asesoramiento científico de Slim, muy bonito. Y algo de José Coronel... Lo siento, no sé hablar de libros, no me interesa, me aburre mucho, siempre quedo camino de lo estéril o de lo superfluo.

Escribí poco, ahora que estuve enferma, y lo poco que escribí no lo pude trabajar. Las otras mujeres me pidieron que no escribiera. «Por favor, Berenice, hacé caso, niña», me decían, y sus voces de súplica se regaban en mi casa como retazos de madres. No me controlaron, ni me vigilaron, como un

policía, ni una sola vez. Pero el solo imaginar, sentir y anticiparme a sus preocupaciones me hacía arder. Así que no pude (no puedo, mientras continúe enferma) trabajar en mi taller, con el Lago escuchándome, el agua pensando en mí.

Hice fiebre, en picos altísimos. Todo parecía querer delatarme.

Entro como en un silencio, el silencio de no escribir, que también es desmielinizante.

Mi enfermedad es grave. Hice pocas cosas por agravarla. El pronóstico es sombrío, borroso. Tiene empujes y remisiones. Yo no entiendo mi enfermedad, aunque ésta, frente a la vida, me explica.

Recibí algunas visitas, la mayoría de éstas parecían un solo quejido, una ristra de lamentos (como si yo ya estuviera muerta) y comentarios chismosos. Cuando una está enferma, ser banal divierte. Los poetas de Granada me desearon «una pronta mejoría y grata recuperación». No vino mi amiga, la poetisa. No les hice caso.

Me llegaron tus correspondencias. Las recibí bajo la tibieza de la arboleda negra en mi patio.

El árbol se ennegrece con las palabras secretas. De sus hojas sólo quedan gestos, opiniones que son semillas.

El árbol divierte el árbol.

Tuve días... indeseables. Perdí mucha sangre. Las mujeres me miraban con preocupación y asombro, como si yo abarcara muchos años en mi cama, años comprimidos en mi hamaca. La sangre que perdí era mucha.

No escribí nada, sólo sangre.

... En un lavadero, cerca del Hospital Vélez Páiz, restregándole mugre a una camisa de algodón blanco...

... En el Lago, escuchando sumergida la densidad terrestre, con el agua pensando en mí...

... El pronóstico es sombrío, borroso, como la cara ampollada de Hernández de Córdoba. El pronóstico es malo, mujer...

... En la oscuridad, avanzando, retrocediendo, titubeando, amamantando hombres negros, escribiendo con los pies. Varios hombres pasaron por la oscuridad. Por la oscuridad de Nicaragua. Algunos hombres sólo pasaron. Otros volvieron a pasar (mi soldadito), otros volvieron por los otros, otros por estos, así son estos hombres, como olas que se persiguen entre sí. Pero los sorprendió la soledad. La soledad de Nicaragua, eso que en Granada le dicen olvido, y en León le dicen Dios, y en el agua le dicen agua, y en el jocotero jocote, y en la palabra no le dicen nada, no tiene idea, en la palabra la soledad de Nicaragua no tiene ideas...

... En el Salón Azul, festejando, celebrando, cantando, leyendo en público, ofrendando a la noche nuestros cabellos sueltos y nuestras risas, como si viviéramos en otro país, parecido a Nicaragua, pero con otras noches, con otros cabellos sueltos y con otras risas, que sí, que hasta en el infierno hay horarios para gozar...

... En mi cama, en mi noche, en mi lago, enferma, atacada por mi propio cuerpo, improvisando el aire para escribir sin morir. Para escribirte, hermoso cantante viejo...

... En la hamaca, paralizada, donde las risas son ofrendas...

Ps-uno: .../ El poema-bala-bandera que mató a Roque /...

Ps-dos: ... somos la pareja menos infinita y menos adánica... ¿comprendés?

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

TOMATES PODRIDOS

por Andrés Portillo

Pascual recolectaba sus tomates a finales de agosto. Su huerto era muy fértil y como no tenía ni mujer ni hijos le gustaba repartirlos entre los vecinos del pueblo. Pascual era, para todos, un hombre bueno y generoso, así que, cuando iba a comprar el pan, cuando paseaba por la Calle Real, cuando se sentaba en un banco de la plaza a ver pasar la tarde o cuando iba a la taberna a tomar vino, la gente se le acercaba y le decía: «Pascual, tus tomates son una delicia, cada año son mejores», y Pascual se ponía más ancho que largo.

Yo también recolectaba tomates a finales de agosto, pero mi huerto no era tan fértil. Como tampoco tenía ni mujer ni hijos, me gustaba repartir mi parca cosecha entre los vecinos del pueblo. Siempre me he considerado un hombre bueno y generoso, sin embargo, cuando iba a comprar el pan, cuando paseaba por la calle Real, cuando me sentaba en un banco de la plaza a ver pasar la tarde o cuando iba a la taberna a tomar vino, la gente venía a mí y me decía: «Jonás, tus tomates son una porquería, no les gustan ni a los cerdos». Entonces se me hacía un nudo en la garganta y me mordía el labio para no llorar.

Así nos hicimos viejos, hasta que un día, mientras Pascual labraba su huerto, me acerqué por detrás y le abrí la cabeza con una piedra afilada. Después de practicar las pruebas oportunas y estudiar a fondo el caso, la Guardia Civil, un juez y dos peritos forenses, llegaron a la conclusión de que el bueno de Pascual se había resbalado al pisar un terrón y se había desnucado; el pobre estaba tan mayor... Ese año, a finales de agosto, recolecté los tomates de mi huerto y los repartí entre la gente del pueblo. Fui a comprar el pan, paseé por la calle Real, me senté en un banco de la plaza a ver pasar la tarde y acudí a la taberna a tomar vino. Entonces la gente me paraba y me decía: «Tío Jonás, sus tomates dan asco, hay que ver cómo añoramos al Tío Pascual». Así que, al verano siguiente, unté los tomates con matarratas y en pocos días no quedó ni un alma en el pueblo. Pero esta vez no hubo suerte, esta vez la Guardia Civil, el juez y los dos peritos forenses, tras practicar las pruebas oportunas y estudiar a fondo el caso, me acusaron de asesinato múltiple y me mandaron a la cárcel a pasar los pocos años que me quedaran de vida.

Al principio pensé que no lo iba a soportar, que me moriría de pena, pero oye, que estoy encantado: como bien, duermo mucho y el alcáide me ha habilitado una parcelita en la que siembro tomates que recolecto en agosto. Como no tengo a quien enviárselos, los reparto entre la gente del penal. Aquí me consideran un preso bueno y generoso, así que cuando doy paseos por el patio, cuando me siento en un banco de la galería a ver pasar la tarde o cuando fumo un cigarrillo al sol, los jefes y compañeros se acercan y me dicen: «Tío Jonás, sus tomates son una delicia, cada año son mejores», entonces yo me pongo más ancho que largo, pero no los pruebo..., por lo que pueda pasar.

«Al principio pensé que no lo iba a soportar, que me moriría de pena, pero oye, que estoy encantado: como bien, duermo mucho y el alcáide me ha habilitado una parcelita en la que siembro tomates que recolecto en agosto.»

© Andrés Portillo

El autor:

Andrés Portillo González (Madrid 1967). Ha publicado una veintena de relatos en otras tantas antologías. Premio de narrativa Villa de El Escorial (2007), Una imagen en mil palabras (2008) y La lectora impaciente (2009), entre otros. Colabora con las revistas literarias: Poe+, Groenlandia, Al otro lado del espejo... Forma parte del Proyecto "Cuentos para hambrientos. Sol de invierno" del Centro de poesía José Hierro de Getafe; con actividades solidarias-literarias de ámbito local y regional. Su blog: <http://imaginalebowski.blogspot.com>

SAL EN SUS LIBROS

por María Virginia Ocando

Me desperté con la fuerte impresión de haber perdido a alguien y empecé a revisarme los bolsillos. Estaba en la casa de playa de su familia y tal vez eso tenía un poco que ver con la sensación de identidad perdida que me inundaba, eso o despertarme en un lugar totalmente ajeno a mis cosas y a sus cosas en el que no cabían las explicaciones de quiénes éramos. Solíamos sentirnos ajenos a todo excepto el uno al otro. De alguna manera, la identidad no importaba porque hace rato ya había dejado de creer que todas las cosas que yo había hecho en el pasado importaban o formaban parte de quién era.

Hacía un clima tierno, una brisa con rocío de mar, y él me sacó de aquel cuarto donde estaba reunida toda la familia, para ir a pasar un rato con él a su habitación. Él no estaba bien. Me acosté a su lado un rato sabiendo que todas las personas de la otra habitación estaban apuñalándome por la espalda con sus palabras que desde su cuarto no eran sino un eco deforme. Sin embargo, me acosté a su lado. Pudimos haber hablado un poco para contrarrestar las calumnias o ponernos a hacer cualquier otra cosa como mirar por la ventana o revisar por encima los libros y los videos, pero no lo hicimos. En cambio, estábamos acostados en su cama, abrazándonos, como esperando.

Él me dijo las cosas realmente no están bien, ¿quisieras quedarte conmigo? Era un hombre de pocas palabras y yo una mujer de pocas opciones. Las opciones, de cualquier manera, siempre son otra forma de amarrarte y condenarte a una cosa o a la otra y la libertad de hacer cualquier cosa fuera de ellas no existe. Yo podía irme, seguro, podía ir a gritarle a todos, podía encerrarlo a él en su cuarto y no dejar que saliera hasta que todo estuviera seguro, claro que tenía alternativas y posibles maneras de seguir el curso, pero qué curso de las cosas, si era inevitable. Sólo que no sabíamos qué. Nadie estaba llorando, es decir, él no lloraba y yo no lloraba –más nada importaba.

«Hacía un clima tierno, una brisa con rocío de mar, y él me sacó de aquel cuarto donde estaba reunida toda la familia, para ir a pasar un rato con él a su habitación.»

No terminaba de creer que algún otro momento pudiera tener lugar después de ese. Yo lo abrazaba mientras esperábamos.

La cena nos estaba esperando también, abajo, en el comedor.

Ella llamó a todo el mundo a cenar y entonces él dijo será mejor que vayas porque ya no te quiere y odia cuando sus platos se ponen fríos y nadie baja. No te va a pasar nada, sólo ve y cuando regreses, vienes conmigo de nuevo. En ese punto no sabíamos por qué nos importaba lo que ella pensara; teníamos un sentido tan fuerte de la cortesía. Bajé a comer y vacié el plato. Todos sus hermanos me miraban con odio, pero yo, yo estaba ahí por él y el odio era una ilusión en sus cabezas y no podía llegarme.

Cuando salí de allí, me acosté a dormir. Jamás volví a su cuarto esa noche.

Me desperté en medio de esta sala desordenada, enredada de sábanas y nerviosismo, que crearon todos ellos al ver que él no estaba. Construyeron la idea de que fue mi culpa. Saber las cosas de antemano, aun sin que los pollos hayan nacido, te da siempre una sentencia de culpabilidad. No haber vuelto al cuarto era mi crimen, pero volver hubiera sido igual de sospechoso para su familia.

Supongo que en el fondo sabían que no pudo ser mi culpa, porque hacía tiempo que todos lo vigilábamos para que nada le sucediera. Él logró huirnos. Sin embargo, me sentía como nadando hacia arriba en aguas rápidas, mientras por los minutos más desesperantes nadie tenía enemigos y todos buscábamos dónde pudo haberse volcado su bote, entre qué piedras estaría clavado su cuerpo. Lo todos ellos hicieron. Cuando terminamos, el desastre en la casa se asemejaba a la destrucción que tiraba abajo su pecho.

Estaba claro que no lo íbamos a encontrar. Volvimos a revisar su cama. Estaba su caja de pastillas nueva, a medio andar su cuarto vacío y las ventanas que daban al balcón, abiertas. Encontramos el mar movido, la marea alta, la brisa soplando fuerte moviéndonos las cobijas que cavábamos esperando su cuerpo.

Lo más difícil no era saber que ya no abrazaba, no besaba, no se quejaba, no dejaba de revisar sus libros. Lo más difícil era no encontrar su cuerpo por ningún lado, no tener que lidiar con ese concepto de morgue y velatorio que cae normalmente al mismo tiempo que el dolor, y con los preparativos que distraen del vacío.

Para mí no existía otro momento que esperando que nos llamaran para la cena, hundida entre sus hombros y su espalda. Su pelo largo, y esa sensación de haber perdido algo y querer encontrarlo almacenado en cualquier rincón de mi piel. Sobre sus sábanas estaba su ropa, mis manos se deshacían del dolor de tocarla. Las intuiciones, sin embargo, tienen una manera tan certera de escalarte la espalda y los nervios. Cerré los ojos y estiré la mano dentro de un bolsillo de su jean tirado sobre su cama deshecha y vacía.

Una suerte de testamento espontáneo redujo el mundo:

«He terminado de hundirme en el mar turbado e implacable como mi pecho,
en la corriente veloz que lleva el agua porque ya no aguanto el suelo.»

Olas contra el rompeolas; maleza rebelde entre las piedras; la sensación de su piel y su sangre salpicándome en el rocío.

© **María Virginia Ocando**

La autora:

María Virginia Ocando (Maracaibo, Zulia –Venezuela– 1987). Estudiante de educación en idiomas modernos en la Universidad del Zulia (LUZ), paralelamente a periodismo impreso en la Universidad Rafael Belloso Chacín (Urbe). Publicó el texto “Entiendan, caballeros” en la revista electrónica *Rapsoda Magazine* (2008) y obtuvo el 2º lugar en el I Concurso “La Grapa Literaria” de la Escuela de Letras de LUZ, con el cuento “Logramos salvar a todos”. Algunos trabajos de su narrativa corta también están presentados en el blog **Cotidianidades**.

* * *

Relato

DESPUÉS

por **Gabriela Urrutibehety**

Yo salía del teatro con dos bolsas de ropa y maquillaje y él estaba en el foyer. Idéntico, pensé.

Yo salía del teatro, donde habíamos representado una obra de Chejov, como todos los años para esta época. Y él estaba en el foyer, esperando para saludarme, después de siglos de ausencia.

–Sólo te reconocí al final –me confesó.

Y yo me reí.

–Parecías mucho más alta.

Y se rió él cuando saqué los zapatos de la bolsa, y le mostré los tacos, y se lo comparé con los de las

sandalias que llevaba puestas.

–Parecías como de dos metros –insistió.

El elenco había quedado en tomar unas cervezas después de la función.

–Iba a venir con mamá, pero al final no quiso –me contó mientras me ayudaba con una de las bolsas. Caminamos hasta un bar desierto. El elenco fue faltando, de a un integrante por vez.

–Nunca me imaginé que hicieras teatro. Cuando yo estaba acá, no venías al grupo.

–Asignaturas pendientes. Después de los 40 me largué.

–Yo volví a cantar. Y a tocar el piano también, porque mi hija quería que le enseñara.

–¿Y qué cantás?

–Tangos, obvio.

–A los franceses les debe encantar.

–No, en realidad me tuve que aprender todo el pop francés para enseñárselo a mi hija.

Nos reímos un poco de más.

–También canto boleros.

–¿Boleros? –dije asombrada–. ¿Nada de rock? ¿Sólo boleros?

Se puso a tararear hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo.

«Yo no le dije nada de mi padre ni de mi madre, porque él no se acordaba de ellos. De mi marido sí, que estaba durmiendo porque ya había visto la obra varias veces y ese sábado estaba muy cansado.»

–Ése me encanta –le dije.

–¿Eso? –me devolvió el asombro–. ¿Y Wagner?

Brindamos por los tiempos idos.

–Mi mujer no quiere saber nada con volver. Odia la Argentina. Hace cuatro años que viajo solo, porque los chicos también se quedan. Mamá muere y resucita cada dos años, y no sé por cuánto más será.

Yo no le dije nada de mi padre ni de mi madre, porque él no se acordaba de ellos. De mi marido sí, que estaba durmiendo porque ya había visto la obra varias veces y ese sábado estaba muy cansado.

–Yo vivo a mitad de camino entre el amor y la nostalgia –me explicó, cuando la cerveza ya nos estaba bajando al corazón. Yo no acerté a decirle por dónde andaba viviendo, a mitad de camino entre qué y qué. Le eché las culpas al alcohol.

Caminamos arrastrando las bolsas con ropa y maquillaje. Era una noche fresca. En una esquina nos besamos, como si fuéramos chicos. Un poco más allá le recité un parlamento de mi personaje y él me gritó «bravo». Se nos acabó el pueblo y repetimos los rituales del amor adolescente: no tuve coraje para decirle que el pasto olía a bosta. Volvimos despacito, del brazo, como dos viejos. Él tarareaba boleros.

Me despedí con una reverencia escénica en la puerta de mi casa. Él hizo el gesto de sacarse una flor del ojal y arrojársela a mis pies. Me acosté; mi marido se dio vuelta y me abrazó, dormido. Creí que tenía ganas de llorar. Pero no.

© Gabriela Urrutibehety

La autora:

Gabriela Urrutibehety. Escritora, periodista y docente de Dolores, provincia de Buenos Aires. Ha publicado una novela, *Caras Extrañas* (2001), y cuentos en varias antologías y revistas literarias, incluyendo los números 5 y 7 de *Revista Narrativas*. En www.gabrielaurruti.blogspot.com publica por entregas *Seguro (una novela en construcción)*.

LA CARPA

por Luis Mariano Montemayor

Casi todos los hombres enfrentamos alguna vez un momento crucial en el que tenemos la certidumbre de haber dejado escapar a la mujer destinada. Una vivencia mágica e irrepetible. Un instante en el cual toda nuestra osadía hace mutis y nos mostramos pusilánimes. Es una noción de pérdida que no se olvida. Un perenne reproche que nos hacemos y cuyo lastre llevamos con vergüenza. Puede ser una cara sonriente en un autobús, unos ojos enigmáticos en la taquilla del cine, o un roce fortuito con una dama fragante en un ascensor. Tal vez una muchacha que nos ofrece ruborizadas disculpas por habernos arrollado con su bicicleta.

A veces la prueba de la existencia de la Divinidad toma la forma de un encuentro que calificamos de sobrenatural, cuando sólo se trata de una desconocida asomando por una ventana. Sea cual fuere la composición de lugar a la hora del portento, nuestra injustificable pasividad o falta de elocuencia figurará como una mancha negra en nuestro expediente sentimental, en nuestra íntima hoja de servicios al gremio mujeril.

Yo viví tal sortilegio hace ya algunos lustros, cuando era un solitario propenso a las flechas de Cupido. Una tarde de domingo cualquiera que parecía interminable, me interné en una pringosa carpa de variedades en cuya entrada un merolico anunciaba a través de un cono de cartón, al mejor acróbata del mundo, al hombre de goma capaz de las más intrincadas contorsiones, al prestidigitador de las manos milagrosas, al ventrílocuo de estáticos labios, perros amaestrados y otras maravillas durante una tanda de diversión garantizada. El boleto me daba derecho también a participar en una tómbola cuyo premio era nada más y nada menos que una estatuilla en yeso de Cantinflas. ¿Era posible?

Ocupé con calma y sin mucho entusiasmo un lugar en la primera fila de butacas. El cortinaje era de un color verde grosero y las luces se alzaban sostenidas por una precaria tramoya de sogas y maderas. El mismo merolico de la entrada hacía las veces de maestro de ceremonias manipulando un bastón con cierto aire de capataz. La función comenzó con unos perros pekineses cuya especialidad eran las cabriolas y brincos a través de aros de metal a diferente altura. Los respetables concurrentes fuimos benévolo con la ovación más por piedad que por encomio, pero no tuvimos más remedio que abuchear al faquir cuyo desempeño era todo un fraude. Siguió un payaso en monociclo cuyos balanceos y conatos de desplome sólo me brindaron sobresalto, al grado de sentir que mi frente transpiraba cuando concluyó su actuación. La rutina del malabarista haciendo volar pinos de boliche me entretuvo mucho menos y estuve a punto de poner fin a mi papel de espectador contrito saliendo a toda prisa antes de otro número, cuando el merolico tuvo la ocurrencia de dirigírseme con ejercitado tono de persuasión para que participara como voluntario en el acto siguiente. Presintiendo que estaba a punto de agregar un nuevo fiasco a mi ya larga cadena de ridículos, decliné lo más cortésmente que pude logrando con ello nada más que avivar la persistencia del instigador, viéndolo bajar del entablado para conducirme del brazo, pese a mi renuencia, hasta el foro donde ya se hacían los preparativos para continuar con el programa. Mis nervios me impidieron escuchar atentamente las palabras de presentación. Unos insípidos aplausos anticiparon irreverentemente la próxima comparecencia. Fue entonces cuando puso pie en el escenario quien en ese momento parecía designada a ser un pilar en mi mitología femenina personal. La representación más fiel de mis aspiraciones como enamorado remiso. Era un semblante lleno de beatitud, una cara hermosa de ojos ambarinos que al verme me provocó inquietantes sudoraciones de variadas temperaturas. Provisionalmente todo fue eterno: su categórica sonrisa, su brillante cabello a contraluz, sus pómulos apetitosos y pícaros. Me tomó de la muñeca para llevarme a la parte más iluminada, y sentí a través de sus dedos una corriente bienhechora recorriéndome hasta el hombro. Me sentía ingravido y maleable. No pude proferir sonido alguno cuando preguntó mi nombre. Mis labios temblaban como queriendo balbucir, mas sólo logré causarle risa con mi catatonía, circunstancia que me hizo desear urgentemente arrancarme el corazón, la boca, los ojos o cualquier parte del cuerpo con prestigio romántico que pudiera poner bajo sus pies en señal de sometimiento. Una confidencial ceremonia de entronización tuvo lugar en lo más granado de mi ser.

Del arrebato pasé a la extrañeza cuando mi heroína, dirigiéndose al público con una inflexión entre coqueta y ladina, alabó mi intrepidez y caballerosidad. Después extrajo de su cintura una pañoleta negra y al acercárseme, con un ademán reflejo interrumpí su intención de vendarme los ojos. Me juzgué un mentecato al verla pestañear como contrariada con un mohín de recelo que aún me duele evocar. Aduciendo que era lo usual para efectuar el número pero que no tenía inconveniente en hacerlo según mi preferencia, me pidió acomodarme junto a un enorme tablón lleno de perforaciones dispuesto verticalmente en un extremo del foro y circundado con globos rojos. Sólo entonces las cosas comenzaron a encontrar acomodo en mi cabeza previniéndome del papel que estaba a punto de protagonizar, sobre todo al ver a un asistente irrumpir con un encandilante juego de puñales.

No lo pensé más. Lleno de consternación huí del proscenio con un brinco botarate cayendo sobre una butaca vacía, para después salir lanzado como roca de catapulta dejando atrás a mi dama, al público y la carpa en medio de la rechifla general. Me amilané como los machos negándome a atender el llamado del destino y no permití que me atravesara el corazón una lanzacuchillos por muy hermosa que fuera.

© Luis Mariano Montemayor

El autor:

Luis Mariano Montemayor (México, 1961). Escribe narrativa y poesía. Ha publicado un libro de sonetos: *Fanfarría para un hombre común*, así como textos y cuentos en publicaciones periódicas y volúmenes colectivos. Traductor de mujeres poetas inglesas y norteamericanas.

* * *

Relato

CIRUGÍA PLÁSTICA

por Javier Silvela Maestre

Ya casi no me acuerdo de cuando dormía en un castillo y vivía de la sangre de bellas mujeres. Antes era el rey de la noche y la luna me sonreía, ahora mi ataúd languidece en un trastero, rodeado de jergones, instrumentos médicos y ropa esterilizada. Y maldigo el día en que se me ocurrió visitar la sección de perfumería de esos grandes almacenes, y esa mujer me roció por sorpresa con esa colonia.

Hecha con esencia de ajos silvestres, con un poco de jazmín y unos toques de bergamota, me explicó con una voz que parecía un chirrido, mientras yo intentaba ocultar los primeros síntomas de la crisis alérgica.

Y mi vida cayó en picado. Tuve que dejar la sangre que tantos placeres me había proporcionado y, tras múltiples pruebas acabadas entre convulsiones, sólo encontré algo que mi cuerpo pudiera digerir. Sí, las grasas, las acumulaciones adiposas en glúteos y abdomen, los fluidos corporales que desde siempre había considerado más repugnantes. Y que aun ahora, cuando llevo años sin probar otra cosa, todavía hay veces en que me producen náuseas.

Los demás vampiros no tardaron en enterarse, me atacaron y me echaron de mi castillo. Tuve que vagar por los parajes más sórdidos, pernocté en escombreras y vertederos, hasta que, un día, vi un cartel anunciador de un centro estético. Fui allí, hablé con el doctor Fundiño, y este me permitió alojarme en su clínica. Y allí me quedé, convertido en la mascota del personal, en una atracción de feria de la que sólo dejaban de reírse cuando había que practicar una liposucción.

Cuando, años más tarde, me encontré con la misma dependienta que me había destrozado, delante del mostrador de recepción y comentando que le iban a hacer un arreglo de nariz, mis pulmones se quedaron sin aire, mis piernas flaquearon y mi cerebro se llenó de imágenes sangrientas. Y así me quedé, durante unos segundos que parecieron eternos. Luego, una vez respuesto, abandoné discretamente la sala, me encerré en un retrete, y me puse a meditar las diferentes estrategias de venganza.

La operación que se iba a practicar sobre la dependienta era sencilla, salvo imprevistos podría irse luego a su casa. Por tanto, mi única posibilidad sería ponerme ropa quirúrgica –pantalones, bata, gorro y mascarilla–, de la que había en abundancia en el trastero donde dormía, infiltrarme en el quirófano y desfigurarla durante la cirugía. A la vista del doctor Fundiño y de su equipo. Me echarían de la clínica y tendría que volver a la vida errante, a revolcarme en el fango y a tener a ratas y cucarachas como únicas compañeras, pero al menos recuperaría mi dignidad. Aparte de que tampoco sentiría nostalgia de las burlas de los trabajadores, ni de sus continuas bromas a mi costa.

Mientras corría a mi habitación, un paciente ciego se rió de mí. Y entonces me di cuenta de que algo fallaba, de que, por muy bien que me disfrazara, no podría pasar desapercibido en el quirófano.

El olor. Los vampiros, al parecer, desprendemos un fortísimo aroma, muy parecido al de los repollos podridos. Y, pese a que en el resto del cuerpo había conseguido más o menos controlarlo, no sucedía así con el aliento, que seguía delatando mi presencia a la legua. Y eso que me lavaba los dientes al levantarme y después de cada comida, probando todos los dentífricos que me llegaban a las manos.

Justo cuando la zozobra empezaba a adueñarse de mí, me encontré con Mariano, un celador con el que me llevaba muy bien, especialmente desde que le había quitado la celulitis a su novia. Llevaba un carrito con unos frascos muy llamativos, de color verde.

–Ey, Dracu, ¿sabes lo que tengo aquí? –me preguntó, con su característica jovialidad.

–Pues no.

–Un enjuague bucal re-volucionario. Según cuentan, no hay mal olor que se le resista. Toma, te dejo que te lleves uno.

Lo probé y, para mi infinito gozo, funcionaba.

Poco después, era uno más dentro del equipo que se disponía a operar a la dependienta. Nadie me había reconocido, y nadie se dio cuenta de cómo, mientras el doctor Fundiño hablaba con sus subordinados, me acercaba a la camilla donde dormía mi víctima. Me incliné sobre su rostro, blandiendo un bisturí...

... y entonces me llegó una vaharada del mismo perfume que, años atrás, me había hecho sucumbir.

–Por amor de Dios, ¿qué está haciendo aquí, Dracu? –me increpó el doctor Fundiño, una vez los enfermeros consiguieron sujetarme.

A lo que respondí contándole mi historia, con todos sus pelos y señales.

–Pues, siendo así, creo que lo mejor será que se vengue –dijo. Y, a continuación, me devolvió el bisturí.

–¿Cómo? ¿Está hablando en serio, doctor?

–La clínica tiene muy buenos abogados. No se preocupe, que a nosotros no nos pasará nada.

Me puse una pinza en la nariz y, alejando lo más posible mi cara de la suya, cumplí mi misión. Y, cuando salí del quirófano, descubrí la singular belleza de las galerías y las salas de espera, y de las plantas de plástico y de los carteles con consejos médicos, e incluso me hicieron gracia las bromas que unos compañeros hicieron a mi costa.

© Javier Silvela Maestre

El autor:

Javier Silvela Maestre. Nacido en Madrid, en 1966, empecé a escribir "más en serio" –aunque generalmente textos humorísticos– hace quince años. Como hechos más significativos, cabe destacar el que fui finalista en el Premio de Relato de la Asociación Cultural Bilaketa –que lo publicó, dentro de la selección de relatos de su certamen– (2001); la publicación, por parte de la editorial Entrelíneas, de mi novela corta *El terror de las especies submarinas* (2006); la representación, por parte del grupo de teatro No Es Culpa Nuestra, de mi sketch "Crimen Imperfecto", junto con otros de Monty Python y Les Luthiers, dentro del montaje *Sin papeles* (2006); y la representación, también por parte de ese mismo grupo, de mi obra infantil *La tinaja de los dioses*. Además, también escribió artículos de temas históricos para la revista *Apuntes de la sierra* y mantiene el blog de relatos humorísticos "Compadre, cómprame un coco" (www.kermitsson.com).

BAR

por Giovanni Rodríguez

El otro me soñó, pero no me soñó rigurosamente.

J. L. Borges

Aunque era muy tarde y el día siguiente tendría que levantarse temprano para ir a trabajar, comenzó a escribir el cuento porque entendió de pronto que si seguía dándole largas terminaría por olvidarlo, como le había ocurrido en ocasiones anteriores. La historia sería el recuento de lo acontecido durante una caminata a medianoche por una ciudad desconocida e insomne. El Otro, el personaje del cuento, había llegado ahí para asistir a la conferencia de uno de sus escritores favoritos, al que aún no conocía personalmente y del que esperaba obtener su autógrafo en un ejemplar de su más reciente libro publicado. A Él, el eventual autor de este cuento, le había parecido justo describir la extraña y súbita decisión de su personaje de entrar al peor bar de la ciudad, cuando precisamente era a lo contrario a lo que había salido a la calle esa noche, después de dejar en el hostel los libros comprados por la tarde en esa librería enorme de la calle Elisabets. Buscaba un bar decente, uno muy bien recomendado por Enrigue, el escritor mexicano que había compartido la mesa principal con su escritor favorito durante la conferencia que, a última hora, no había sido conferencia sino diálogo, diálogo entre ellos dos: el escritor mexicano y su escritor favorito, que era catalán, para más señas.

London bar. Ese es el nombre que Él había escogido para el bar que El Otro buscaba afanosamente durante la medianoche en las calles estrechas de esa ciudad desconocida, hermosa e insomne. Ahí se tomaría tres, cuatro, cinco cervezas, quizá más, siempre que la promesa de «jazz en vivo y hermosas mujeres a toda hora» vertida discretamente por Enrigue —ante la peligrosa cercanía de su mujer— quedara fuera de toda duda. Al salir del hostel y tratar de identificar la calle correcta, de entre las cuatro o cinco que se repartían en líneas diagonales desde el Funicular, El Otro pensó por primera vez en su mapa de la ciudad, que había olvidado sobre la cama en la habitación. Pero la necesidad de continuar la ingesta iniciada en el cóctel después del evento al que había asistido fue mayor que su necesidad de orientarse científicamente en la ciudad a través de un mapa. Además, confiaba en su olfato de explorador. Así que caminó unos metros y se dejó llevar por ese olfato, o más bien por lo que recordaba de las indicaciones de Enrigue al dibujarle un mapa mental con la dirección del bar. Pronto se vio perdido entre calles estrechas con paredes altísimas a ambos lados. Aunque no le desagradaba caminar errante por las calles de las ciudades desconocidas, la promesa del jazz y las mujeres interminables en el bar se le hacía ineludible. Detuvo a varias personas para preguntar lo que debía preguntar, pero ninguna conocía el establecimiento. En determinado momento decidió desandar el camino y tratar de reiniciar la búsqueda desde el punto de partida, pero aquí es donde Él, el autor plenipotenciario de este cuento, consideró que debía entrar en materia y empezar a narrar lo acontecido. Desorientado y cansado, El Otro había llegado a pensar que si no encontraba el bar que desde hace rato buscaba, se permitiría entrar en cualquier otro bar, pues a esas alturas de la noche y con el efecto de las pocas cervezas del cóctel del evento esfumándose peligrosamente de su cabeza y de su cuerpo, lo único que quería era tomarse unas cuantas cervezas más, en el lugar que fuera.

« Aunque no le desagradaba caminar errante por las calles de las ciudades desconocidas, la promesa del jazz y las mujeres interminables en el bar se le hacía ineludible.»

A Él, llegado a este punto, le vinieron a la mente un montón de posibilidades narrativas. Pensó, por ejemplo, en la conveniencia o no de detenerse en detalles como el del momento en que El Otro es abordado en una calle oscura por un hombre ebrio para pedirle unos cuantos céntimos, a quien, quizá infundido de ese temor general a la violencia repentina que prevalece en la gente de su país de origen, deja de lado y sigue su camino. Pensó también en lo que probablemente había sentido y pensado El Otro: la agradable levedad espiritual de ser un visitante anónimo en una ciudad desconocida, como si en lugar de caminar, flotara sobre esas calles estrechas y laberínticas, y la idea fija en el bar que no había podido encontrar, en la música de jazz que seguramente le hubiera procurado a su experiencia un aire a la vez feliz y melancólico, que es el aire frecuente del que se nutren los espíritus libres. Pero antes que narrar situaciones periféricas, a Él lo que le interesaba era llegar al punto en donde El Otro

pasó frente a un pequeño local que anunciaba su nombre con letras de neón sobre la puerta: Tropical bar, dentro del cual había podido apreciar en la fracción de segundo que su mirada estuvo dentro, la espalda desnuda y perfecta de una chica sentada en un taburete y acodada a la barra, y en su parte baja, una tanga provocadoramente escapada de las exquisitas líneas curvas de sus límites permitidos. El Otro, a estas alturas más cansado que nunca, a pesar de la levedad que creía experimentar por encontrarse explorando los pasajes de una ciudad desconocida y fascinante, se dijo que ya que no había podido encontrar el objeto de su búsqueda inicial, lo que debía hacer era retroceder unos cuantos pasos y atreverse a entrar a ese minibar del que se dejaba oír el repiqueteo infame de una canción de bachata, pero que también prometía al fin y al cabo el disfrute de un par de cervezas y de esa espalda y esa tanga que ahora se le antojaban, al igual que como ocurrió inicialmente con el London bar, ineludibles.

Una pausa, tomar aire, calcular el tamaño de su responsabilidad como autor de una obra literaria que las nuevas generaciones leerán en el futuro, quizá con demasiadas expectativas y dispuestas a concluir que la tal obra es una mierda; eso es lo que Él debió hacer en ese momento, pero no, sentía que tenía a su demonio interior agarrado de los güevos y que no debía soltarlo mientras no contara lo que le había ocurrido al Otro en el peor bar de esa ciudad mediterránea.

Y esto fue lo que ocurrió: El Otro se detuvo, tomó aire, calculó el tamaño de su irresponsabilidad al pretender entrar a un sitio con una pinta tan desfavorable y finalmente entró. Se sentó a la barra, a un metro de la espalda desnuda de la chica y de su tanga. Saludó al tipo que atendía, un mulato alto, rapado y con un diente de oro, que le contestó con un acento puertorriqueño o dominicano. Pidió una cerveza. Luego otra. Y después la tercera. Mientras, veía de reojo la espalda de la chica y su tanga, y junto a ella a otro tipo con pinta caribeña y una mujer vieja con un vestido de noche que seguramente había pasado de moda hacía unos treinta años. Desde la barra y cruzando por sobre unas ocho mesas y

«Él decidió que al Otro se le ocurriera escribir un cuento sobre la irónica situación que estaba viviendo esa noche.»

sillas desocupadas, las palabras de este trío llegaban hasta tres jóvenes instalados en la última mesa del local, probablemente también puertorriqueños o dominicanos, visiblemente ebrios, de cuyas seis orejas se desprendía el brillo de igual número de pendientes. La mujer vieja retaba a cualquiera de los tres a levantarse e invitar a bailar a la jovencita de la espalda desnuda, propuesta que ellos, divertidos, declinaban poniendo como excusa la música, porque lo que ellos bailaban era reggaeatón y no bachata. El tipo que atendía tomó un control remoto y se dispuso a cambiar la música.

En este momento a Él, para demostrarse a sí mismo su carácter casi divino en la escritura de este cuento, quiso que al Otro, al personaje principal, le viniera a la mente la idea demasiado ambiciosa de escribir un cuento. ¿Un cuento? ¿Otro cuento? Sí, un cuento. Otro cuento. Un cuento del Otro. Él decidió que al Otro se le ocurriera escribir un cuento sobre la irónica situación que estaba viviendo esa noche. Primero, por encontrarse en el peor bar de la ciudad cuando lo que quería era llegar a uno de los mejores bares de la ciudad. Segundo, porque en lugar de estar escuchando interpretaciones de la música de John Coltrane y de Charly Parker rodeado de mujeres preciosas, ahora se encontraba escuchando bachata con la única felicidad, acaso metafísica, de tener a un metro de distancia aquella espalda desnuda y aquella tanga rebelde. Y tercero, porque lo que se disponía a hacer dentro de un minuto, cuando el tipo que atendía el bar pusiera reggaeatón en lugar de bachata, era proponerle al trío sacar a bailar a la chica de la espalda desnuda a condición de que la música fuera otra, una que se pudiera bailar con los cuerpos pegados y una luz menos fuerte, como la del espacio que se veía al fondo del local, oscuro, discreto y acogedor. Pero cuando de la hondura de sus pensamientos pasó al ámbito del ruido que salía del equipo de sonido con una frase insistente sobre el gusto por la gasolina que pronunciaba desde su omnipotencia algún reggaeatonero quizá también puertorriqueño o dominicano, o incluso hondureño, ya no tuvo valor para hacer lo que se había propuesto. Se limitó a tomarse una última cerveza y a escuchar, resignado, la monocorde elección musical de aquellos clientes tropicales.

Iba a tomarse el último trago y salir cuando la chica de la espalda desnuda hizo lo impensable, lo que jamás se le hubiera ocurrido que sucedería al autor ya casi definitivo de este cuento, de no ser porque en esta suprarrealidad que ahora creaba sí había ocurrido realmente: la chica giró con su cuerpo el asiento de su taburete hasta quedar, de manera vehemente, en una posición dedicada a él. Corresponde a ese movimiento con otro igual y quedaron uno frente al otro ante la mirada expectante de todos en el bar. Por un momento pensó que el movimiento de la chica hacia él debió responder a otro motivo

antes que a una iniciativa para ligar, que era lo que pensó en primera instancia, pero ya era tarde para seguir pensando y corregir lo hecho y ahora debía sostener su determinación de aventurarse en alguna posibilidad sexual con ella. Guardó silencio y esperó que ella hablara. Pero no lo hizo. Se quedó ahí, mostrándole su rostro y su cabello suelto que le cubría parcialmente un escote igual de provocador que la tanga, muy seria, con las piernas cruzadas, largas y eficientemente depiladas. Pese a su belleza, no dejaba de parecer un tanto corriente, como esas putas que recién incursionan en el negocio, con sus maneras no del todo corrompidas por el ajeteo diario. Fue la vieja que la acompañaba quien habló primero, y lo que dijo convertiría finalmente este cuento, que ya iba tomando un curso previsible y amenazaba con parecer anodino a sus probables futuros lectores, en un cuento que a Él, su autor, empezaba a entusiasmar sobremanera.

Después de consignar estas palabras de la vieja en el cuento que escribía, Él hizo que entre El Otro y la chica se produjera un diálogo atrevido, un intercambio de palabras húmedas, de sonrisas nerviosas, de miradas decididamente lujuriosas, un diálogo, en fin, que acabaría escandalizando a cualquier persona decente –como podrán ser algunos de sus probables futuros lectores–, razón por la cual no será reproducido en sus páginas. Lo que a Él sí le interesaba reproducir era la secuencia más importante de entre todos aquellos pequeños acontecimientos, la que tiene que ver con El Otro y la chica sosteniendo un encuentro sexual en una diminuta habitación hacia la que se llegaba por una puerta que podía descubrirse al entrar al baño del bar, una habitación en la que apenas cabían la cama, sus ocupantes y un enorme Cristo crucificado que seguramente los observaba durante el acto y, más aún, en el momento en que desfallecían, que es el auténtico instante en que los seres humanos acceden al Paraíso. Y justo después de ese instante, El Otro, mientras nuevamente una bachata sonaba en el equipo de sonido del bar y sus notas atravesaban las dos paredes hasta el cuartucho, lo que le motivó a proferir en secreto una maldición, realizó linealmente un recuento de los momentos importantes desde el inicio de ese día: su llegada a la ciudad a las once de la mañana; la larga caminata hasta la librería, interrumpida constantemente para las obligadas fotografías; la compra de los libros presupuestados y la de los que no debía comprar a menos que dejara de comer la última semana del mes; el diálogo entre el escritor mexicano y su escritor favorito; el autógrafo del segundo en su libro; el cóctel después del evento; la búsqueda del bar que no encontró y su llegada al bar en cuyo reservado pensaba todas estas cosas; la estrechez de su cuerpo con el de la chica de la espalda desnuda que ahora yacía completamente desnuda a su lado, fumando un cigarrillo; la entrega de la cantidad por adelantado; la satisfacción y la casi felicidad que pretendía mostrar ante sí mismo; y el más importante de todos los momentos del día: ese mismo de ahora en que empezaba a darse cuenta de lo desgraciado que verdaderamente era.

«Iba a tomarse el último trago y salir cuando la chica de la espalda desnuda hizo lo impensable.»

Él tampoco se sentía satisfecho. Había terminado de escribir el cuento y habían transcurrido unas dos horas desde que se decidiera a hacerlo. Era tarde ya. Volvió a leer lo escrito y se sintió tentado a corregirlo, aunque consideró también reescribirlo, colocar, por ejemplo, al Otro en franca disputa por la chica contra los tres puertorriqueños o dominicanos, o quizá sólo dejarlo ver con algo de entusiasmo el interior del bar y a la chica con la espalda desnuda y su tanga tentadora, sin entrar y pedir esas cervezas que lo habían empujado al abismo; pero ya era tarde. Mañana volvería, quizá con el detector de mierda bien afinado para identificar con mayor facilidad lo que no funcionaba en el cuento, o quizá con la idea de ir de nuevo a esa ciudad desconocida e insomne en donde El Otro había vivido lo que Él no había podido. Quizá hasta se decidiera a ser El Otro para reescribir fielmente la historia. Ya vería.

© Giovanni Rodríguez

El autor:

Giovanni Rodríguez (San Luis, Santa Bárbara, Honduras, 1980). Estudió Letras en la UNAH. Es miembro fundador de mimalapalabra y editor del blog www.mimalapalabra.com. Durante 2007 y 2008 coeditó la sección literaria del mismo nombre en diario La Prensa de Honduras. Ha publicado los libros de poesía *Morir todavía* (Letra Negra, Guatemala, 2005) y *Las horas bajas* (SCAD, Tegucigalpa, 2007), Premio Hispanoamericano de los Juegos Florales de Quetzaltenango, Guatemala, 2006; y la novela *Ficción hereje para lectores castos* (mimalapalabra editores, 2009). En 2008 fue uno de los ganadores del certamen de poesía La Voz + Joven, de Madrid. Es columnista del diario Hoy de Guatemala. Reside en Figueres, Girona, desde 2007.

EL SECRETO DEL ÁRBOL

por Raúl Barrozo

La aguantamos hasta que pudimos. No paraba de hablar la Estela. De cualquier cosa, de todo, como si supiera la tonta. Hablaba por hablar mientras fregaba todo el santo día para sacarnos la mugre. No paraba hasta que la cachetada de mi padre la tiraba sobre la silla. O el empujón adrede de mis hermanos la sentaba de culo en el suelo. Después se empezó a quedar callada. Como metiendosé para adentro.

Yo había partido muy chico de pupilo a los Franciscanos, y al volver no terminaba de comprender la rudeza de los que habían quedado.

Lo cierto es que vos la veías que se iba todas las benditas tardes. A veces triste y desanimada por esa realidad de criada, nacida de noche y con apretadas de panza en una tapera fría y desolada en la mitad de la nada. Se iba despacio, como desconfiando, como ocultando algo.

Al principio mis hermanos la siguieron asomándose entre los yuyos para ver qué andaba haciendo. Hasta que, de lejos, la descubrieron. Y me contaron. Era de creer o reventar.

A la Estela se le había ocurrido hacerse amiga de los árboles. Y allá se iba a la hora de la siesta a conversar con los talas, los álamos y los ombúes. Pero finalmente se quedó con un aguaribay. Grandote, rugoso, triste. Árbol raro el aguaribay. No es fácil encontrarlos. Había dos. La Estela eligió uno de compinche, de compañero. Aunque a mis hermanos les pareció que lo había elegido de pura sonsa nomás.

Yo estaba mateando un día cuando la vi venir. Transpirada. Acomodándose el pelo amontonado, alisándose el raído vestido. Volvía contenta. Como si trajera una luz distinta en sus ojos, y más fuerzas y más ganas para todo. Como para acarrear ella solita los tachos llenos de agua para llenar el cántaro o andar baldeando los pisos de tierra antes de barrerlos con la escoba de jarilla. Y meta hacer cosas hasta que ya no se escuchaban más ruidos.

La siesta caía a plomo en la sierra, cuando se me ocurrió seguirla. Yo también quería saber. Las chicharras taladraban el aire. Crucé el canalito y agachándome como pude pasé el alambrado de púas, para luego deslizarme por la bajada que daba al bosquecito. Fue entonces que la vi, trepándose por las ramas y pasándose los tallos y las hojas por la cara, la respiración agitada, restregando su fragilidad en el unguento pegajoso de las rugosidades del tronco. Jadeaba. Comenzó un balanceo. Primero suave luego mas rápido. El batón descolorido, abierto y arremangado hasta la cintura, sus ojos extraviados, sus uñas clavadas como garras en la corpulencia de las ramas gruesas. Gemía hasta gritar llevada por la sangre. Hasta que el ardor se fue apagando. Las torcacitas seguían sus aleteares.

Me conmoví tanto que decidí alejarme, prometiéndome que a nadie se lo contaría.

Un día tierno, como todos los días en el campo, mientras ataba los fardos la vi llegar con el infortunio en sus ojos. Llorando. Maltrecha. Estaba toda lastimada, su cuerpo magullado. Una rama del aguaribay vecino se le había venido encima, golpeandola justo en la cabeza. El médico que vino dijo que la herida era profunda. Que debía cuidarse mucho.

Nunca más fue la Estela que conocimos. Se fue encogiendo, de a poco, cada día más pequeña, el batón le colgaba, dejó de comer y se le metió en el cuerpo la falta de apetito y luego la anemia que la terminó llevando al hospital hasta el día en que partió para siempre, quizás para encontrarse definitivamente con su aguaribay, ese que alguna vez, entre tanta tiniebla, la inundara toda de alegría.

© Raúl Barrozo

El autor:

Raúl Barrozo nació en Villa Dolores, Córdoba (Argentina). Actualmente reside en Buenos Aires. Egresado de la Universidad Nacional de Córdoba. Periodista. Conductor de programas de radio y televisión. Cronista Parlamentario. Corresponsal de varios medios audiovisuales. Colabora en revistas literarias. Su primer libro de cuentos: *Sopa seca*.

UNA HISTORIA DEL JAPÓN

por Carlos Manzano

A Sasaki le gustaba la cerveza; de hecho, uno de sus mayores y más inocentes placeres era entrar en un bar a la salida del trabajo y tomarse una refrescante cerveza sin otra finalidad que disfrutar de su aroma y su sabor, libre de preocupaciones y a salvo de cualquier obligación. Su marca favorita era Asahi, una cerveza de producción nacional cuyas oficinas se encuentran, además, a un paso del propio barrio donde vive, Asakusa. Precisamente una de las imágenes más típicas que pueden tomarse desde Asakusa es la que ofrece la silueta del edificio –con ese aire un tanto chabacano de escultura de Miró venida a menos– recortándose sobre el cielo al otro lado del río Sumida. A Sasaki le gustaba esa imagen, y le gustaba mucho contemplarla cada vez que salía del metro, cuya parada quedaba a poca distancia de su casa. Sasaki se creía afortunado por vivir en Asakusa. La mayor parte de sus compañeros se veían obligados a realizar a diario largos y penosos desplazamientos de hasta más de una hora para acudir al trabajo. Él, no; él vivía cómodamente instalado en uno de los barrios más antiguos de Tokio. En ese sentido, podía considerarse un privilegiado.

Hoy había tenido un día bastante movido. Por la mañana, como casi siempre, había debido asistir a una reunión del Departamento de Ventas para tratar los mismos temas que ya fueron tratados el día anterior y que probablemente lo serían también el siguiente. Era importante, en cualquier caso, no dejar nada a la improvisación, aclarar conceptos y unificar criterios para que el buen funcionamiento de la empresa no se viera perjudicado por acciones incorrectas de los empleados y evitar las decisiones guiadas por el mero cálculo de probabilidades o el presentimiento, la mejor manera de caer en el desconcierto de la espontaneidad. Sasaki lo comprendía perfectamente, de modo que acudía a aquellas reuniones matutinas con la mejor disposición, sin cuestionarse ni por un segundo su validez.

«Lo peor del día había sido sin duda alguna la comida con el señor Kinashita, uno de sus mejores clientes pero también un tipo tosco y rudo con el que no resultaba nada fácil congeniar.»

Lo peor del día había sido sin duda alguna la comida con el señor Kinashita, uno de sus mejores clientes pero también un tipo tosco y rudo con el que no resultaba nada fácil congeniar. Kinashita tenía la mala costumbre de hablar demasiado alto a la vez que movía los brazos de un lado a otro, como si fuera un molinillo mal ajustado. Tampoco se privaba de expresar opiniones personales sobre aspectos que debían pertenecer a la intimidad de cada uno y le gustaba hacer bromas obvias y de mal gusto sobre casi todo, en especial sobre las mujeres, por las que, según había creído observar Sasaki a lo largo de las muchas comidas celebradas, no parecía sentir demasiado aprecio. En una ocasión, incluso se había permitido aconsejarle al propio Sasaki los servicios de cierta jovencita bien dispuesta y muy complaciente que él mismo solía frecuentar a menudo.

–Se lo digo con absoluta sinceridad, Sasaki-san, uno debe también de vez en cuando darse una buena alegría, no todo van a ser obligaciones, hágame caso.

Sasaki estaba casado pero no tenía hijos. Su mujer, Hitomi, tenía no sé qué problema de ovarios que le impedía quedarse embarazada. No es que eso a Sasaki le importase demasiado, pero tener un hijo es algo que siempre está bien visto, ayuda mucho a la hora de ocupar el espacio social correspondiente, sobre todo ahora que algunas empresas estaban promoviendo el establecimiento del llamado «Día de la familia», es decir, la reducción de la jornada laboral un día a la semana para que los empleados puedan pasar más tiempo con sus esposas y engendrar más vástagos. Él, Sasaki, si esa medida fuera implantada en su empresa, también se beneficiaría de ella, porque nunca había dicho a nadie que su mujer no era fértil. Era un asunto que pertenecía a la más absoluta intimidad.

Tras la fastidiosa comida con señor Kinashita, al regresar a la oficina se había encontrado con una grata sorpresa. Un mensajero había traído un paquete para él. Sin necesidad de abrirlo, Sasaki supo lo que contenía: se trataba de un libro ilustrado del artista Nobuyoshi Araki, uno de los fotógrafos más reputados de Japón. Sasaki admiraba a Araki, le gustaban mucho sus fotografías, sobre todo las que

giraban alrededor de uno de los temas predilectos del artista: las imágenes de jóvenes atadas y desnudas en actitud de total indefensión. El libro llevaba por título *Araki by Araki: The Photographer's Personal Selection*, y lo había adquirido a través de Internet en una importante librería digital que sirve a todo el mundo. Nunca había tenido un libro de Araki en las manos, así que lo desenvolvió muy despacio, como si temiera dañar gravemente su contenido, y después fue pasando las hojas una a una con extrema delicadeza, en busca de esas imágenes exquisitas y sugerentes que tanto le fascinaban.

Había mucha gente que se escandalizaba al ver las fotografías de Araki. Eran duras, de eso no había duda, y también explícitas, pero no por ello dejaban de ser hermosas, equilibradas, producto de una mirada en absoluto perversa, sino más bien directa, sin intermediaciones morales, pero siempre respetuosa y honesta. En una ocasión había oído decir que algunas de las modelos que Araki utilizaba eran jovencitas a las que sus propios padres habían llevado al estudio del artista para que las fotografiara. A Sasaki, la verdad sea dicha, le extrañaba mucho que hubiera algo de verdad en esa leyenda, pero nunca se sabe, a veces lo más inverosímil acaba descubriéndose real. Él, al menos, si hubiese tenido una hija, nunca la hubiera llevado al estudio de Araki. Sobre todo porque no era descabellado pensar que alguien podría reconocerla.

Dejó el libro en un cajón de la mesa del despacho y continuó con su trabajo. Todavía le quedaba una larga jornada laboral por delante. Ya tendría ocasión de hojear el libro con más tranquilidad cuando saliera de trabajar. Además, le hubiera resultado humillante que alguien entrara en su despacho y lo viera mirando el libro. Era probable que supiera quién era Araki y eso, seguramente, le haría pensar mal de él. Mejor ahorrarse complicaciones.

«Había mucha gente que se escandalizaba al ver las fotografías de Araki. Eran duras, de eso no había duda, y también explícitas, pero no por ello dejaban de ser hermosas, equilibradas, producto de una mirada en absoluto perversa, sino más bien directa, sin intermediaciones morales, pero siempre respetuosa y honesta.»

Unos días después, Sasaki está sentado a la barra de un bar mientras se toma tranquilamente una cerveza. Lo de tranquilamente es un decir, porque está un poco nervioso. A estas horas debería estar trabajando, pero se ha inventado una falsa cita con un cliente para salir del despacho antes de hora. Sabe que se juega mucho, si se enteran de que es mentira, no se lo van a perdonar: la traición a la empresa es uno de los pecados más graves que puede cometer un empleado. Y él ha traicionado la confianza de sus jefes, los ha engañado. En ese aspecto, está profundamente dolido: sabe que ha actuado mal. No en vano, han sido muchas horas de darle vueltas y más vueltas en la cabeza, de dudas y vacilaciones, de miedos y celos, de muchas preguntas y pocas

respuestas. Pero después de todo aquí está, lo ha hecho; se ha dejado llevar por el corazón, ha sucumbido a lo que de verdad deseaba y no a lo que le dictaba su sentido del deber. Al final, se ha atrevido a marcar el número y, a partir de ese instante, todo ha sucedido casi sin querer, con una precipitación extraña, como si hubiera actuado movido por un impulso externo a él, por una fuerza extraordinaria ajena a su voluntad.

No sabía nada de ella salvo lo que le había contado Kinashita: que no era una profesional y que lo hacía para permitirse algunos caprichos. Y que se llamaba Koharu. Le había gustado mucho, eso sí, oír el tono dulce de su voz a través del móvil. Ya solo con eso se había excitado un poco. Fue a partir de entonces cuando se convenció de que debía llegar hasta el final.

Sasaki paga la cerveza y sale en dirección al hotel, que está al otro lado de la calle. Es un típico hotel del amor, con ese decorado exterior excesivo e indiscreto que a casi nadie parece ofender. Pero a él eso le da lo mismo, lo importante es la discreción. Tras alguna pequeña duda, reserva la habitación por noventa minutos. Más que suficiente. Además, tiene que regresar a la oficina para que nadie sospeche los motivos reales de su ausencia. Quizá para una segunda ocasión se permita reservar por más tiempo. Antes de subir, informa de que en unos cinco minutos vendrán preguntando por él. El recepcionista toma nota con la mayor naturalidad del mundo y le devuelve una sonrisa cordial.

La habitación que ha elegido no es de las más estrambóticas. Predominan los tonos violetas y rosas, aunque lo que le ha inclinado a escogerla son los motivos infantiles que la decoran. Eso, piensa un

tanto ingenuamente, tal vez ayude a crear una atmósfera amable y distendida, menos tensa en cualquier caso. Se olvida de que, aunque para él es la primera vez, ella ya ha hecho esto en más ocasiones. De todos modos, a Sasaki le gustan los ambientes infantiles, así que la elección no le parece inadecuada. Nada más entrar en la habitación se quita la ropa de calle y se viste con uno de los *yukata* que hay extendidos sobre la cama. Así, la espera se le hará más cómoda. Además, sentir sus órganos libres, emancipados, fuera de ataduras, le produce cierto alivio.

Cinco minutos después de la hora convenida llaman a la puerta. Sasaki se incorpora y abre. Una hermosa jovencita aparece al otro lado. Es más atractiva aún de lo que había imaginado. No obstante, le parece un poco tímida, lo cual le excita aún más. Ella pasa a la habitación y él cierra la puerta. La mira un poco por encima, aunque sabe que mirar directamente a una mujer es una descortesía. No importa, es la prerrogativa del que paga: tiene derecho a mirar, puede mirar sin ningún impedimento, mirar hasta que se canse. Kinashita le aconsejó bien: Koharu es encantadora, lo más hermoso y delicado que ha visto nunca. Pero, sobre todo, Sasaki agradece el detalle de que haya venido vestida con su uniforme de colegio.

© Carlos Manzano

El autor:

Carlos Manzano (Zaragoza, España. 1965). Su última novela es *Sombras de lo cotidiano* (Mira Editores, 2008). Página web: <http://www.carlosmanzano.net>

* * *

Relato

ELLA TRABAJA EN UNA GUARDERÍA

por Santiago Eximeno

Ella trabaja en una guardería, él es gerente en una gran empresa. Han discutido por la niña, como siempre. Asia –así se llama su hija, el deseo confeso de su madre– está en una edad difícil: hace unos meses cumplió los dos años y, como dice su abuela, todos los días son fiesta. Rabieta y llantos continuos que doblégan una y otra vez a sus padres, que desmoronan los castillos de paciencia que con tanto cariño erigen, que les llevan hasta la temible frontera del odio. A veces, como hoy, ambos sienten la necesidad física de hacer daño. Ambos sienten odio.

Él siente deseos de romper cosas, de golpear en el rostro a su hija, de humillar a su mujer. Siente, en una palabra, odio. Pero lo controla, lo retiene y cuando llega a la oficina, canaliza todo ese odio sobre sus empleados: humillándolos, vejándolos, despreciándolos.

Ella ha aprendido a hacer lo mismo.

Él es gerente en una gran empresa.

Ella trabaja en una guardería.

© Santiago Eximeno

El autor:

Santiago Eximeno (Madrid, 1973) ha publicado novelas como *Cazador de Mentiras* (Ediciones Jaguar, 2007, a cuatro manos con David Jasso) o *Asura* (Grupo AJEC, 2004), antologías como *Bebés jugando con cuchillos* (Grupo AJEC, 2008) o *Imágenes* (Parnaso, 2004), y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas. Página web: <http://www.eximeno.com>

Norberto Luis Romero

Córdoba (Argentina), 1951

<http://www.norbertoluisromero.com>

* * *

Natural de Córdoba (Argentina), Norberto Luis Romero, que reside en España desde 1975, es autor de relatos, novelista, director y profesor de cine. En 1983 publicó su primer libro de cuentos, *Transgresiones*, y tras un largo silencio reapareció en 1996 con *El momento del unicornio*, su libro de relatos más conocido y reeditado en 2009 por Tropo Editores. A partir de 1996 no dejará de publicar continuamente, pues de esa misma fecha datan sus *Signos de descomposición*, en la editorial Valdemar, Madrid, donde en 1999 publicó su segunda novela *La noche del Zeppelin* y en 2002, la tercera: *Isla de sirenas*. En 2003 verá la luz la novela *Ceremonia de máscaras* y *The last night of carnival*, libro de relatos con traducción de H.E. Francis que es publicado en los Estados Unidos; y en 2005 publicó la novela *Bajo el signo de Aries*. En 2007, Ediciones Amargord publicó el cuento *Capitán Seymour Sea*. En 2008 el libro de cuentos *El hombre en el mirador*, que apareció en México, y *Emma Roulotte, es usted*, publicada por Eclipsados, Zaragoza, en 2009.

Sus cuentos aparecen habitualmente en prestigiosos periódicos, antologías y revistas literarias de España, Argentina, México, Chile, Perú, Canadá, Estados Unidos, Italia, Francia y Alemania, y tanto sus narraciones breves como sus novelas han merecido reconocimientos tanto por su estilo directo y ágil como por exhibir siempre una temática nada convencional y muy arriesgada.

«Nací y crecí en un valle de las sierras cordobesas de Argentina. Mis primeros cuentos los escribí alrededor de los diecisiete años. La carrera universitaria de cinematografía y el posterior ingreso en la industria del cine me apartaron de la escritura, de la que sólo era un aficionado. Pero no me arrepiento, el cine me enseñó el valor de las pausas, la elocuencia del silencio y la creación de atmósferas, también la importancia de una estructura narrativa sólida, sin fisuras y, a ser posible, rica en matices.

Con veintiséis años llegué a Madrid, donde comencé a alternar mi trabajo como realizador de cine animación y nuevamente la escritura de cuentos, pues algo extraordinario me faltaba. De la mano de mi amigo y maestro Daniel Moyano, a quien conocí en Madrid sobre principios de los ochenta y de inmediato del escritor norteamericano H.E. Francis, supe de mi verdadera vocación de narrador; tenía yo entonces poco más de treinta años. Soy, pues, un escritor tardío.

Mi primer libro de cuentos, *Transgresiones*, fue publicado en la editorial Noega, de Asturias, de la que obtuvo el premio a la primera y única convocatoria, esto fue en el año 1983. En el año 1996, *Canción de cuna para una mosca doméstica* ganaba el Premio Tiflos de la Organización Nacional de Ciegos. El destino de ese libro es para mí, hasta el día de hoy, un enigma: por entonces la propia organización lo editaba. Cuando Ediciones Nobel, de Oviedo, publicó *El momento del unicornio* a fines de 1995, habían transcurrido trece años de silencio, silencio cuyo motivo muchos han querido saber sin que pudiera darles otra explicación salvo que, por entonces, en España el género de cuentos fantástico era casi sistemáticamente ignorado cuando no denostado. Conservo las numerosas cartas de editores y agentes de renombre en las que me rechazaban, con alabanzas y reconocimientos, por ser el cuento poco comercial y acto seguido me instaban a escribir una novela. Dejar de mendigar por editoriales fue gracias a que, no puedo asegurar si apostando por estos consejos o necesidades creadoras, me volqué en la novela. Hoy puede resultar anecdótico, pero también lamentable, porque esos mismos cuentos estaban siendo publicados en Canadá, Estados Unidos, México, Argentina, Francia, Alemania, etcétera, en prestigiosas revistas literarias, antologías e incluso en un par de libros propios. No existía Internet, ni blogs, ni redes sociales a los que pudiera acogerme para vincularme al mundo literario y darme a conocer.

Hoy, a pesar de estar de moda los cuentos, el género fantástico sigue aún estigmatizado, contando con un reducido, muy reducido, puñado de cultivadores si lo comparamos con el vigor característico del que ha gozado y goza en ambas Américas.»

(Extraído del prólogo al libro *El momento del Unicornio*, Tropo Editores, 2009)

BIBLIOGRAFÍA

Libros de relatos

- (1983) *Transgresiones*. Ediciones Noega, Gijón.
- (1986) *Transgresiones*. Alción Editora, Córdoba, Argentina.
- (1987) *Canción de cuna para una mosca doméstica*. Premio Tiflos de Cuentos. ONCE, Madrid.
- (1995) *El momento del unicornio*. Ediciones Nobel, Oviedo.
- (2004) *The Last Night of Carnival*. Leaping Dog Press, California.
- (2008) *El hombre en el mirador* (ilustraciones de Valerio Vidali). Colección Piel de gallina, Editorial Progreso, México
- (2009) *Emma Roulotte, es usted*. Editorial Eclipsados, Zaragoza.
- (2009) *The Arrival of The Autumn in Constantinople and Others Stories*. Green Integer, Los Ángeles.
- (2009) *El momento del unicornio*, Trope Editores, Zaragoza

Novelas

- (1996) *Signos de descomposición*. Valdemar, Madrid.
- (1998) *La noche del zepelín*. Valdemar, Madrid.
- (2002) *Isla de sirenas*. Valdemar, Madrid
- (2003) *Ceremonia de máscaras*. Laertes Editorial, Barcelona.
- (2005) *Bajo el signo de Aries*. Editorial Egales, Barcelona/Madrid.

Antologías y libros colectivos

- (1986) "The birth of Fernando María", en *Prism International, 25 years in Retrospect*. University of British Columbia, Vancouver.
- (1987) "The Guest", en *Literary Olympians II*. Crosscurrents Anthologies, California.
- (1987) "El Huésped", en *Letras 2. Antología y propuestas de trabajo*. Editorial Abril, Buenos Aires.
- (1995) "Graphilii", en *Asylum Annual 1995*. Asylum Magazine, California.
- (1995) "Pitcher, with swans", en *50 A Celebration of Sun & Moon Classics*. Sun & Moon Press, California.
- (1996) "Snipers", en *Life and Limb*. Hi Jinx Press, California.
- (1999) "Los caracoles escribidores", en *Dos veces cuento*. Ed. Internacionales Universitarias, Madrid.
- (2001) "La tabla del seis", en *25 años narraciones breves Antonio Machado*. Fund. Ferrocarriles Españoles.
- (2001) "El cuento chino", en *Galería de Hiperbreves*. Tusquets, Barcelona.
- (2001) "Canción de cuna para una mosca doméstica", en *Ciudadanos de Ficticia*. Biblioteca de cuento "Anís del Mono", México.
- (2002) "El lado oculto de la noche", en *Antología de Literatura Fantástica*. Artifex Ediciones, Madrid.
- (2005) "Epífitas" y "El nacimiento de Fernando María", en *Antología de cuento fantástico*. Ediciones Plenilunio, México.
- (2005) "Los nombres efímeros", en *Tu piel en mi boca*. Editorial Egales, Barcelona/Madrid.
- (2006) "El relicario de lady Inzúa", en *La maldición de la tumba de la momia*. Valdemar, Madrid.
- (2007) "Escolopendra Morsitans", en *Tripulantes*. Edit. Eclipsados, Zaragoza.
- (2007) "Los caracoles escribidores", en *Dos veces cuento*. eunsa.es.
- (2008) "La araña", en *El Arca*. Los Noveles, Labuenauida (Perú).
- (2008) "La araña", en *El Arca*. Los Noveles, Sangría Editora, (Chile).
- (2008) "Vos te llamás Nadie, y sos el bueno", en *Vivo o muerto*. Trope Editores, Zaragoza.
- (2009) "Capitán Seymour Sea", en *Perturbaciones*. Editorial salto de Página, Madrid.

* * *

NARRATIVAS: *Además de escribir, has realizado diversos trabajos en el medio cinematográfico. ¿Qué semejanzas señalarías entre ambos campos, el literario y el cinematográfico?*

NORBERTO LUIS ROMERO: No ha sido tanta mi labor en el campo de la cinematografía, que se limitó a unos pocos largometrajes como ayudante de dirección y a guiones o realizaciones breves en técnicas de animación, pero sí debo reconocer que mi formación fue más próxima a la imagen que a la palabra. Mi padre fue dibujante de historietas y trabajaba en casa, pasé mi infancia rodeado de imágenes en cartulina, metido debajo de una mesa recortando viñetas con unas tijeras y recomponiendo historias. Simultáneamente a mi bachillerato cursé artes plásticas y posteriormente, en la facultad, las carreras de dirección y profesorado en cinematografía. Con ellas me gané la vida unos años, luego diagramando el contenido de los Centros Informativos y didácticos de todas las centrales nucleares españolas, algo totalmente audiovisual también. Pero mi verdadero interés estuvo siempre en la escritura, algo que practicaba desde la adolescencia. Evidentemente, para quien lea mis cuentos o novelas advertirá de inmediato que mi estilo narrativo es muy visual, la acción transcurre como en una película, pero esa forma tan visual y, por qué no, *sensual*, de percibir o reinterpretar la realidad es algo inherente a mi propia forma de ser y no lo atribuyo en su totalidad a mi formación académica. Sí debo reconocer que mis técnicas narrativas, mi estilo y maneras de estructurar el relato –y me considero exclusivamente un narrador– deben mucho a ese aprendizaje. La semejanza entre la literatura (la narrativa, claro está) y el cine se resume en una: ambos cuentan historias; pero las diferencias en la forma de hacerlo pueden ser innumerables. Por poner un ejemplo: el cine fracasó cada vez que pretendió llevar una metáfora a la pantalla (hoy mueve a risa ver esas flores que se abren sobrepuestas en el pecho de una novia), la metáfora, la hipérbole, pertenecen casi exclusivamente al terreno de la evocación y la poesía; la narración, en cambio, puede hacerse en cualquier soporte. El secreto consiste en discernir cuándo se está haciendo una u otra cosa y emplear el lenguaje y la técnica adecuados.

N.: *Has afirmado en alguna ocasión que disfrutas mucho escribiendo, de lo que se deduce que no te identificas en absoluto con la figura del escritor sufrido pero tenaz para quien el acto de creación es más un sacrificio que un placer.*

NLR.: El concepto de escritor sufridor es algo que se puso de moda en el romanticismo, acaso como una forma de justificar un oficio tan poco rentable, de holgazanes; pero afortunadamente ya nadie bebe vinagre para empalidecer. Disfruto escribiendo cuando la narración fluye y puedo encaminarla hacia su objetivo, pero cuando se me escapa de las manos se convierte en un verdadero suplicio. Muchas veces es preferible abandonar un cuento o una novela a forzar su escritura. Creo que quienes padecen escribiendo son aquellos que lo hacen por encargo, que se ven obligados por contrato o compromiso a poner en funcionamiento la máquina de hacer chorizos literarios para un *lobby*, los que se convierten en escritores o columnistas, opinadores o gurúes, etc. Para ellos debe ser un sufrimiento tener que producir cada cierto plazo una genialidad, un día opinando sobre la caca de los perros en los parques y al siguiente sobre la caída del muro de Berlín o la ley del aborto. Eso debe de ser una verdadera tortura, pero un acto creativo, jamás. Además la creación consiste en reinterpretar la realidad o forjar una alternativa y no en opinar sobre ella, ni mucho menos juzgarla.

»Lo de ganarás el pan con el sudor de la frente, ese aforismo tan reaccionario heredado de nuestra cultura judeo-cristiana que reivindica el sufrimiento como salvación está desterrado definitivamente. No hay que sentirse culpable por ser escritor, no hace falta cavar con una pala o poner ladrillos para redimirse ante dios, el prójimo o justificarse ante sí mismo, con escribir honestamente y bien (si es posible), y encima con placer, disfrutando, es suficiente, aunque con ello te mueras de hambre.

N.: *Has escrito fundamentalmente novela y relato, aunque parece que el terreno en el que te sientes más a gusto es el del relato breve, al menos es en el que más te has prodigado. ¿Es así?*

NLR.: No sé exactamente en qué me he prodigado más, sí puedo afirmar que la negativa de las editoriales a publicar cuentos hace unos años me llevó a la novela como llave para abrirme las puertas. Luego, en la novela me encontré muy cómodo, a pesar del gran reto que supone. Ocuere que soy bastante vago y me resulta más fácil sentarme, hacer un cuento y olvidarme de él al poco tiempo. Con una novela debes convivir unos cuantos años, con todas las personas que tiene dentro, en todos los sitios y escenarios en que se desarrolla, y salir airoso de todas y cada una de las circunstancias y peripecias que propones. Es como si borraras tu vida anterior y te mudaras a un lugar nuevo, con gente nueva, a vivir una vida nueva durante un tiempo, pero una vida

de la cual tú tienes todos los hilos y debes mantenerlos sujetos y llevarlos a un desenlace. Es como jugar a ser dios por una temporada, y ser dios es halagador, pero no es fácil.

N.: *Hasta no hace mucho, y como tú mismo has denunciado en muchas ocasiones, en España no era fácil publicar libros de relatos. ¿Qué ha cambiado para que ahora las editoriales apuesten cada vez más por este género?*

NLR.: Sinceramente no lo sé. No sé las razones por las cuales existen editoriales que se decantan por el relato porque todas o casi todas ellas siguen quejándose de que el cuento no se vende, o se vende muy poco, y además publican pocos libros al año. Sí es una realidad que de unos años a esta parte el relato se ha valorado en España cuando siempre se lo había considerado como género menor. Nunca podré olvidar las palabras de uno de los más famosos, reputados o como quiera calificarse, críticos de *Babelia* al referirse a la primera novela de un escritor que con anterioridad había publicado relatos, decía algo así como «ha decidido pasarse al *género mayor*». Inmediatamente me apiadé de Borges, el pobre hombre que no había escrito más que minucias. Y por más que algunos se empeñen, España no ha destacado en el género, salvo excepciones muchas de ellas recientes; pero nunca si la comparamos con Latinoamérica o EE.UU. Cualquiera que haya conocido la revista mexicana *El Cuento* (1964), creada y dirigida por Edmundo Valadés, puede constatar esta realidad. En ella publicaban incluso niños, amas de casa, etc., y su nivel era exquisito. En uno de sus números leí uno de los micros más hermosos, decía: «Dio vuelta la manzana y se encontró con el gusano». Creo que lo había escrito un niño de unos diez o doce años, y no se llamaba Monterroso.

N.: *Te prodigas bastante en el relato de corte fantástico y muchas de tus historias se mueven en atmósferas de cierta irrealidad. ¿Supone lo fantástico una forma más sibilina y, por tanto, más fecunda de adentrarse en lo real?*

NLR.: Creo recordar que aparte de mi novela *Ceremonia de máscaras* y un libro de cuentos que aparecerá a mediados de este año, no he hecho sino literatura fantástica, de un total de una docena de libros publicados. Creo que me ha servido –dada la tendencia a denostar el género–, fundamentalmente para ser ignorado, para no existir en el panorama narrativo español donde ha predominado el realismo, hasta hace muy poco. Por fortuna, también me ha servido para ser feliz, al menos durante la escritura, porque una vez acabado el libro comienza el suplicio en el que la fantasía se topa con la despiadada realidad de las editoriales. Pero siempre he escrito únicamente lo que me ha dado la gana, al margen de modas, imposiciones o compromisos, y esa libertad no tiene precio. (Tampoco se paga).

»En cuanto a las atmósferas irreales y mundos distópicos, para mí no son tales, el mundo que llamo de la vigilia –pues prefiero este término, que me resulta más ajustado–, no me interesa más que para la vida cotidiana, que ya es de por sí bastante pedestre o infausta; cuando observo la realidad suelo ver a través de ésta un mundo muy duro, cruel y horrendo que acaso otros no perciben y en el cual me adentro y disfruto. Pero la verdad, como narrador no me hago estas preguntas. Comienzo a imaginar y escribo.

N.: *En tu libro Emma Roulotte, es usted, juegas entrelazando diversas historias con lo que significa el acto de escribir, así como con la figura del escritor y su relación los personajes que él mismo crea, elaborando un discurso complejo y sugerente que va más allá del mero ejercicio narrativo. ¿Cómo nace un libro tan peculiar como éste? ¿Qué te lleva a escribirlo?*

NLR.: Lo dije ya en una entrevista. Es fruto de mi cansancio de luchar por el género, de mi decepción contra todo el sistema editorial, y en venganza de la ingratitud del propio género fantástico, y contra las burradas de anécdotas como la que acabo de referir sobre la opinión de un crítico. Pero ese libro fue escrito hace 20 años, es agua pasada. Hoy volvería a escribirlo, pero mejor si fuera posible, sería menos ingenuo y más despiadado.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Norberto Luis Romero antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

NLR.: Una especie de gusanito que da vueltas creando distopías. Él es quien decide qué distopías erigir, yo sólo le doy ciertas reglas constructivas y dejo que me coma el cerebro.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

NLR.: Cuando llegué a Madrid tenía 26 años, eso significa que ya venía formado como lector. Mi contacto con la literatura española, como el de cualquier otro joven argentino, no iba mucho más allá del siglo de oro. Lorca estaba en las últimas páginas del manual de literatura española, Cernuda no existía... El lector argentino se nutría entonces e, incluso ahora salvo excepciones, de

autores europeos, anglosajones e iberoamericanos. Naturalmente, el género fantástico siempre fue mi favorito y había autores de sobra, y no precisamente españoles. Si bien siempre prefiero matizar y hablar de libros en lugar de autores cuando hablamos de preferencias, pues no siempre me gusta todo lo de un autor, a veces sólo un libro. Luego está el tópico por el cual se piensa que un escritor debe leer narrativa o poesía, ensayo literario... pero podría asegurar que a la hora de crear me han aportado mucho escritores científicos, como Fabre, Darwin, etc. La naturaleza tiene mucha importancia en mis libros, los sueños, la muerte, la maldad, el lado oscuro de los hombres... y el conocimiento del alma no está necesariamente en los libros, sino en la propia vida y en la de los demás. Hay autores que han leído muchísimo y no tienen nada que decir porque no han vivido o no saben percibir la vida ni reflexionar sobre ella. Luego está la imaginación, el talento, el oficio, el trabajo diario... nada de esto te lo prestan en Salamanca. Pero sí hay editoriales dispuestas a poner todos sus medios económicos y de promoción al servicio de literatura basura, de autores que no son escritores sino mercachifles de las letras, que no hacen sino devaluar la profesión y quitar espacio y oportunidad a los de verdadero talento. Va mi repulsa a esas editoriales y autores que frivolizan la cultura y mi piedad hacia los lectores que la consumen.

»Como lector lamento haber perdido la capacidad de deslumbramiento, no sé si se debe a la natural pérdida de la inocencia, a mi incapacidad de conmoverme ante la basura citada, o a la mediocridad de algunos autores, pero nada ha vuelto a conmoverme desde *Memorias de Adriano*, *Cumbres Borrascosas*, *Anna Karénina*, *El Golem*, *El obsceno pájaro de la noche*, *El Alef*, *La metamorfosis*, *Las cosmicósmicas*, *El hombre ilustrado*... por citar algunos títulos en el más completo caos y siempre injustamente. Hay excepciones, entre los narradores españoles actuales me deslumbraron libros de Juan Jacinto Muñoz Rengel, Matías Candeira, Pilar Pedraza, Ángel Olgoso, Fulgencio Argüelles, Empar Moliner, Méndez Ferrín, Juan Bonilla, Alberto Méndez, Fernández Cubas... libros que no se olvidan o dejan un muy buen sabor de boca, aunque para ser más justo tendría que ir a repasar mi biblioteca, cada día más rala, como mi memoria.

N.: Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Norberto Luis Romero?

NLR.: El más arduo: buscar editorial para la novela que tengo terminada y para un par de pequeños libros de cuentos cortos o micros, ilustrados por José-Joaquín Beeme, artista plástico, escritor y hacedor de sueños, aragonés afincado en Italia, a cargo de una microeditora llamada La Torre degli Arabeschi, con quien hemos establecido una muy enriquecedora amistad creativa.

»Mientras tanto, el gusanito sigue dando vueltas en mi cabeza, no sé qué pretende hacer conmigo, tal vez convertirme en una distopía humana, en uno de mis propios monstruos.

* * *

Relato

CANCIÓN DE CUNA PARA UNA MOSCA DOMÉSTICA¹

por Norberto Luis Romero

Para Jimena y Diego Cardoso

Creo que los años la trastornaron, aunque debo reconocer que cuando me casé con ella ya era un poco rara y de una sensibilidad enfermiza. No obstante, sigo enamorado.

¹ "Canción de cuna para una mosca doméstica" es el cuento que da nombre al libro que en el año 1996 fue ganador del certamen "Tiflos, libro de relatos", convocado por la ONCE (Organización Nacional de Ciegos Españoles). Ha sido incluido en la antología Ciudadanos de Ficticia, con selección de Marcial Fernández, en la biblioteca de cuento "Añís El Mono", México, 2001

–¿Por qué nunca deja de volar? –me preguntó una tarde, refiriéndose a una mosca que daba vueltas tenazmente por la sala.

–Las moscas no descansan ni duermen ante el temor instintivo de ser sorprendidas por la muerte durante el sueño –fue lo primero que se me ocurrió decirle, y agregué, decidido a continuar improvisando: –su vida es breve, justamente por la falta de dormir. Si cada día lo hicieran un poco, vivirían más.

Mi esposa se quedó mirándome, sorprendida ante mis repentinos conocimientos. Sonrió, aunque en sus ojos percibí un trasfondo de amargura. Conociendo su carácter, supe que había cometido un error. Pero ya era tarde, no podía decirle que le había mentado. Desde entonces, su progresiva melancolía comenzó a preocuparme.

Dar con un compositor de música es difícil, no aparecen en las páginas amarillas. La compañía telefónica no se hace responsable de la omisión. De modo que fue una tarea ardua, por la enorme cantidad de intérpretes, instrumentistas y cantantes que tuve que abordar a la salida de artistas de los teatros, no muy dispuestos a ayudarme y casi siempre sarcásticos ante mi inusual demanda.

Por fin pude confeccionar una escueta lista de nombres y teléfonos de compositores presumiblemente dispuestos a ayudarme.

El primero a quien llamé, un tal Cardoso, rehusó mi encargo muy ofendido ante su aparente nimiedad.

–Famosos han compuesto canciones de cuna –objeté.

–Yo no lo hago para animales –fue su parca respuesta, obviamente falta de cortesía.

–Muchos genios no han tenido reparos en hacerlo –respondí. Se produjo un silencio reflexivo al otro lado del hilo. Por fin habló:

–Tiene razón. Rimski Kórsakov compuso una de mis obras preferidas por las dificultades técnicas a la hora de su ejecución. Me refiero a «El vuelo del moscardón».

Asentí ilusionado, creyendo que estaba a punto de convencerle, y le dije que era también mi favorita.

–De todas maneras, no compongo para animales. Yo no soy Kórsakov y detesto las moscas, traen enfermedades–. Y colgó.

Con el segundo tuve más suerte, mencionó haber hecho un par de obras para animales, muy elaboradas y preciosistas, que habían sido grandes éxitos: la «Cantata de los tigres salvajes» y el ballet «Los perros rabiosos de la sultana», pero insistió en que una mosca era muy poca cosa para él.

–¿Por qué no me encarga usted una canción de cuna para una vaca, por ejemplo? –me propuso entusiasmado–; sería de mayor envergadura.

Iba a explicarle mis razones, cuando interrumpió:

–Podría comenzar así: los vientos en un crescendo –tarareo–. Entran las violas –nuevo tarareo–. Timbales: pom, pom, po-pom. Irrumpen las sopranos mugiendo...

–Perdone –le corté–. Se trata de una mosca.

–Y al fin y al cabo –argumentó exaltado, con la cabeza aún llena de acordes–, ¿qué diferencia hay entre una vaca y una mosca?

«Mi esposa se quedó mirándome, sorprendida ante mis repentinos conocimientos. Sonrió, aunque en sus ojos percibí un trasfondo de amargura. Conociendo su carácter, supe que había cometido un error. Pero ya era tarde, no podía decirle que le había mentado. Desde entonces, su progresiva melancolía comenzó a preocuparme.»

–Mucha –respondí molesto–. Las vacas, vistas de lejos pueden parecer moscas; pero las moscas, desde lejos, no se ven, son invisibles. Además...

Confundido, colgó. Acaso mis argumentos no fueron buenos.

Con un tercero fui más contundente para evitar su negativa:

–Creo que fue Jean Philippe Rameau (o Couperin) quien compuso una maravillosa miniatura para una gallina clueca.

–Creo recordarla –dijo. Proseguí:

–Mozart, el genio, dedicó un cuarteto magistral a una trucha que su mujer había comprado esa mañana en el mercado, acaso lo único que tuvieron para comer ese día.

–Se equivoca –me corrigió–. La Trucha es de Schubert.

–Perdone. ¿Y «El carnaval de los animales», y «El lago de los cisnes»?

–Sí, tiene usted razón; pero en estos momentos estoy muy ocupado en un réquiem y me es imposible aceptar su oferta. De todas maneras, le daré el teléfono de un colega que podría interesarse.

Se lo agradecí. Mientras tomaba nota, pensé que a los artistas de ahora les falta sensibilidad, y, sobre todo, modestia.

A continuación llamé.

Me dio una cita. Era un hombre ya entrado en años que vivía en una miserable buhardilla. Me pidió un anticipo un poco exagerado. La salud de mi mujer era muy importante y extendí un cheque sin rechistar.

«Me dio una cita. Era un hombre ya entrado en años que vivía en una miserable buhardilla. Me pidió un anticipo un poco exagerado. La salud de mi mujer era muy importante y extendí un cheque sin rechistar.»

Al cabo de la semana me llamó:

–No tengo aún su canción de cuna –me dijo–, pero estoy estudiando el tema, documentándome a fondo. ¿Sabía usted que las moscas son sordas?

Reconocí mi ignorancia.

–Se guían principalmente por el olfato y el tacto –explicó–. Pero perciben la música mediante las antenas y unos pelitos muy finos que tienen en todo el cuerpo; como los sordos.

–¿Cómo?

–Que sienten la música en el cuerpo, como los sordos.

–¡Ah!

A partir de ese día volví a conciliar el sueño con mayor facilidad, aunque la tristeza que persistía en los ojos de mi mujer continuaba preocupándome. La mosca, dando vueltas por toda la casa, permanecía al margen de nuestra inquietud.

Dos semanas después el compositor volvió a llamarme:

–Tengo ya lista su canción de cuna.

No le oculté mi alegría y alabé su rapidez y profesionalidad.

–Es para orquesta de cámara –por razones prácticas, ya que no cabrá una sinfónica en su casa, supongo– y soprano solista. O mejor, contra tenor; aunque es difícil dar con uno, escasean.

Le pregunté cuándo podría escucharla.

–Ahora mismo –me contestó. Y pude oír una especie de siseo al otro lado del teléfono.

–Creo que sonará mejor si la oigo personalmente. Hay una interferencia en la línea que no me deja apreciarla.

Aceptó.

Al día siguiente se presentó en casa en compañía de los músicos. También vino una mujer muy delgada y hermosa y un joven indolente, de largos cabellos rubios, ambiguo como un semitono cromático. Todos tenían un aspecto algo raído.

–Pude dar con uno –fueron las primeras palabras del compositor, mientras señalaba al joven rubio–. Es un contra tenor magnífico.

Mi mujer no dejaba de sonreír.

–Lo primero que quiero es ver la mosca –dijo el maestro.

Le acompañamos al salón. Enseguida dimos con ella. Volaba en círculos sobre las flores que mi mujer había puesto esa mañana en un vaso.

–No hay duda –dijo satisfecho–, se trata de una *Musca Doméstica*. Un díptero muy común en todos los hogares y muy molesto, por cierto. –Percibí en sus palabras cierto tono malicioso. Mi mujer continuaba sonriendo, embobada.

La mosca se esfumó de inmediato. A lo largo de nuestra conversación, mientras el compositor me explicaba cómo había concebido y elaborado la canción, reapareció varias veces, volando, incansable.

Mientras tanto, los músicos se acomodaron con estrechez formando un semicírculo en el salón y afinaron. Mi esposa y yo nos sentamos un poco retirados, casi a la puerta, donde no molestábamos. Intuía en el ceremonial de los músicos un cierto aire impostado y me sentí un poco idiota.

Por fin acometieron las violas. Siguieron los oboes hasta un staccato e irrumpió la voz estridente del contra tenor. Mi mujer se emocionó visiblemente. Pude descubrir una lágrima deslizándose por su rostro. Casi logró contagiarme, pero centré mi atención en desentrañar la estructura de esa música hiriente y, a mi modesto juicio, desafinada.

«No sé leer música, pero los signos manuscritos me eran familiares, no en vano había estudiado solfeo en la primaria; recordaba algunas notas y podía identificar una clave de sol, los silencios de corcheas y los grupos de semifusas igualitos a racimos de uvas negras.»

Cuando acabó, mi mujer aplaudió con entusiasmo y se apresuró a felicitar a los músicos. En un aparte, rogué al maestro que me dejara ver la partitura, esperando encontrar la clave para entenderla. Así lo hizo.

No sé leer música, pero los signos manuscritos me eran familiares, no en vano había estudiado solfeo en la primaria; recordaba algunas notas y podía identificar una clave de sol, los silencios de corcheas y los grupos de semifusas igualitos a racimos de uvas negras.

–Aquí abajo está la letra –me dijo señalando.

Traté de leerla:

–zzzzz shshshsh zz shshsh...

–Son onomatopeyas –se apresuró a explicar–, a las moscas les gustan mucho.

–Pero... es incomprendible.

–No para una mosca doméstica. Ellas lo entienden...

–¿Y de qué habla? –le interrumpí.

–Obviamente, de niños, de hadas, de madres buenas y de demonios. En este caso he sustituido a los niños por larvas, las hadas por miel, las madres buenas por moscones y los demonios por insecticidas.

–Ya entiendo –dijo por no pasar por un ignorante. En ese momento se acercó mi mujer. A simple vista se notaba su ansiedad.

–¿Cree que se habrá dormido? –le preguntó–. No la veo.

–Lo dudo. No ha sido más que un ensayo. Hemos cometido muchos errores. El contra tenor confundió un re con un mi. La mosca es muy sensible, no lo olvide. A propósito –agregó, cambiando de tono–, saldrá un poco más de lo convenido el alquiler de los músicos y, sobre todo, el contra tenor...

Mientras recogían los instrumentos la vimos aparecer revoloteando por la habitación, indiferente a todo.

–Ya ve usted –le dijo a mi esposa–, los defectos de la ejecución le han impedido dormirse.

–Cuánto lo siento –murmuró ella.

–No se preocupe, la ensayaremos durante unos días y regresaremos. De todas formas, le explicaré una cosa: si la mosca se halla en gestación se vuelve más sensible a la nana. Es natural.

Mi esposa le mostró una amplia sonrisa de comprensión.

Yo me sentí estafado.

«El silencio previo a las actuaciones me eriza la piel, temo que los músicos se equivoquen y pasar vergüenza ajena. Mi mujer tenía un nudo en la garganta y le sudaban las manos. Yo pensaba en lo que me costaría todo aquello.»

A partir de ese día ella se mostró optimista. Cada vez que aparecía la mosca dando vueltas, se enternecía. Yo, en cambio, rogaba en busca de una solución menos cara.

Al cabo de tres días volvieron. Esta vez, todos vestían de negro, visiblemente con galas de alquiler. Parecían moscardones o cucarachas.

También nosotros estábamos incómodos con nuestros respectivos trajes de fiesta olorosos a naftalina.

El silencio previo a las actuaciones me eriza la piel, temo que los músicos se equivoquen y pasar vergüenza ajena. Mi mujer tenía

un nudo en la garganta y le sudaban las manos. Yo pensaba en lo que me costaría todo aquello.

La mosca, de la cual casi nos habíamos olvidado con la expectación, llegó volando desde la cocina y se posó en la oreja derecha de *la concertino*. Ella la espantó de inmediato con un movimiento discreto del arco.

De nuevo una música incomprensible y chirriante fue perforándome los oídos. Mi esposa, en cambio, disfrutaba y parecía transportarse con los alaridos del contra tenor.

Al terminar no me atreví a abrir la boca, atónito. Ella aplaudía entusiasmada. Miré hacia el techo y no vi a la mosca. Mi esposa tampoco, y se disgustó.

Entre todos la buscamos sobre los muebles, en el suelo, por los rincones, esperando encontrarla dormida... No estaba. Tampoco en la cocina. Las puertas que dan al resto de las habitaciones las habíamos cerrado.

Ni quiero hablar de mi decepción ni de la tristeza de mi mujer; tampoco de la indiferencia del compositor cuando me entregó la factura y se guardó el cheque en un bolsillo con gesto codicioso, ni de los músicos que se retiraron entre risitas solapadas.

Esa noche ella tuvo pesadillas y yo no logré quitarme de la cabeza el remordimiento por no haber tenido el valor de retractarme de una estúpida mentira.

Al día siguiente, mientras desayunaba y leía el periódico intentando olvidar lo ocurrido, un grito me sobresaltó. Corrí hacia el salón y encontré a mi mujer subida a una silla, plumero en mano.

–¡Está aquí! –me dijo fuera de sí, señalando un rincón del cielo raso.

Le pregunté a qué se refería.

–A mi mosca –me contestó con la voz quebrada.

El corazón me dio un vuelco.

En una telaraña insignificante estaba atrapada la mosca. No vi ninguna araña.

–¿Está muerta? –murmuró ella.

No supe qué decirle.

«Cogí la mosca y vi un punto negro extraño en el abdomen. Me puse las gafas: un silencio de corcheas le atravesaba el cuerpo como un arpón. Volví a dejar el cadáver en la tela. Al hacerlo descubrí una insignificante araña refugiada un poco más allá, temerosa.»

Estiré una mano para cogerla, cuando es ese instante creí oír una musiquilla: shshs zzzz z z sssss...; fueron unos segundos apenas imperceptibles. Reconocí entonces algunas notas de la canción de cuna.

Cogí la mosca y vi un punto negro extraño en el abdomen. Me puse las gafas: un silencio de corcheas le atravesaba el cuerpo como un arpón. Volví a dejar el cadáver en la tela. Al hacerlo descubrí una insignificante araña refugiada un poco más allá, temerosa.

Bajé de la silla. Mi esposa lagrimeaba.

–¿Está muerta, verdad?

Asentí con un gesto.

–No lo entiendo.

Es muy fácil –le dije mientras secaba sus mejillas, decidido a poner parte de verdad en mis palabras–. La música, por su etérea naturaleza, tiende a subir, como el aire caliente y los gases. La mosca, durante la ejecución, debió de haber estado volando muy bajo, cerca del suelo, pues en él había algunas migas de la merienda, y apenas si pudo oír la canción de cuna. Mientras tanto, un compás quedó enganchado en la tela: un par de redondas y unas cuantas negras y blancas. Cuando los músicos se marcharon y nos fuimos a dormir, la mosca subió y, al pasar junto a la tela, quedó atrapada; el compás enganchado surgió efecto adormeciéndola.

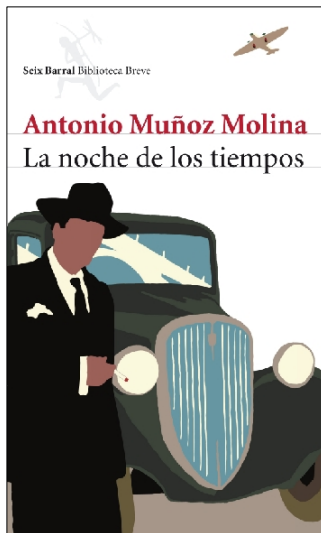
Mi mujer me miraba con los ojos muy abiertos y húmedos.

–Entonces –continué–, la araña debió de darle muerte sorprendiéndola durante el sueño.

Ella continuó desconsolada, incapaz de comprender, todavía con el plumero en las manos.

Le pasé un brazo por encima del hombro. Mientras nos íbamos de allí tuve la sensación de unos ojos atónitos de araña clavándose en mi nuca y, al pasar junto al espejo del pasillo, pude ver de soslayo que los míos también miraban desconcertados.

© Norberto Luis Romero



LA NOCHE DE LOS TIEMPOS, de Antonio Muñoz Molina

Editorial Seix Barral
Colección: Biblioteca Breve
Fecha de publicación: 2009
960 páginas
ISBN 978-84-322-1275

* * *

*Y este azar, con la fuerza
de lo que no esperábamos,
nos despoja de súbito
del sueño de ser otros.*

Eloy Sánchez Rosillo

Es probable que muchos de los que se acercan a la última novela de Antonio Muñoz Molina, *La noche de los tiempos* (Seix Barral, 2009), lo hagan con cierto escepticismo, otra novela que hincan los hinojos en el maltrecho pasado de la Guerra Civil, que reabre las heridas; otra historia que se vale del filón manido, una camisa que de tanto colocársela la literatura española, se ha ajado. Seguramente muchos lectores piensen que lo sensato sería el silencio, hartos de leer historias que dirimen a los propios de culpa y lanzan las piedras al contrario.

El que piense así se equivoca. Primero, porque los prejuicios literarios siempre conducen a callejones equivocados; segundo, porque lo que debe hacer la sociedad es zafarse de los sectarismos y mostrar la realidad tal cual fue. Y ahí es donde *La noche de los tiempos* gana a sus predecesoras. Es una novela honesta y sincera, que denuncia el poder devastador de la guerra, el dolor, la sinrazón y la ira que conduce a un hermano a sacarle las uñas y la pistola al otro, ese que es de propia clase, condición, o ideología.

Muñoz Molina aborda ese pedacito de nuestra historia a partir de la historia de Ignacio Abel, un arquitecto progresista que ante la hecatombe que se avecina pone pies en polvorosa y huye a Estados Unidos, aceptando un contrato, que le dirime de otras responsabilidades más dolorosas. El personaje nos recuerda el exilio externo (también hubo quien optó por practicar un exilio interno) de muchos intelectuales y artistas de la época, algunos apolíticos, que huyeron de España cuando comprendieron que la situación era grave y que los terribles disturbios desembocarían en una guerra sin cuartel, que se verían implicados en la desgracia si se quedaban. Pero no se marcha sólo, porque los pecados cometidos, la insidia, el desencanto y los recuerdos queman. El recuerdo de su amante se re-tuerce hasta ahogarlo, él es un animal herido que siempre buscará sus besos. Tampoco puede desasirse el personaje de los otros episodios, los que le han obligado a mirarse en un espejo feo y deforme, el que le devuelve su imagen a traición; una imagen fría, incapaz de abrazar lo que la vida parecía haberle regalado: una esposa, unos hijos, una posición solvente, él que surgió de una nada multiforme y se dejó arrastrar por una corriente; aunque después, desencantado e insomne, la desechó.

Podríamos preguntarnos, qué motivó su escritura, qué movimiento del azar, impulso a Muñoz Molina a enfrascarse en una historia de casi mil páginas, un verdadero alarde de maestría, toda una clase magistral sobre la narrativa y para *más inri*, volviendo al viejo narrador omnisciente, que sabe lo que piensan y sienten los personajes, capaz de radiografiarnos hasta sus entrañas, si es necesario. Tal vez por eso, hayan surgido voces anónimas, que desestiman la narración, porque al tratar con tanta minuciosidad a los personajes, al desmenuzar su mundo ante nuestros ojos, se ralentizan los acontecimientos y el lector cree haber retrocedido en el tiempo, cree que se ha topado con uno de esos mecanismos de relojería fina, que forjaron los grandes novelistas realistas. Pero es justo en ese esfuerzo titánico donde reconocemos la seguridad del novelista, donde el ferviente lector sonrío, donde más admiramos a Muñoz Molina. Esa capacidad de meterse en la piel de un personaje, ese retrato fiel de un momento, esas almas cinceladas con mimo, son las que nos obligan a seguir leyendo, pese

a que en ocasiones sentimos un cierto cansancio. Pensemos en el autor, desbordado por sus personajes, que persigue una idea, una idea que ha nacido, como la mayoría, en un momento clarividente y se ha ido calentando poco a poco. Un simple paseo por un bosque inaprensible, donde la realidad se difumina, tal es nuestro ensimismamiento, puede disparar una flecha envenenada. De pronto el autor se percata de que hasta esa realidad inmaculada, puede ser ensuciada, pues la vida puede arrancarnos de nuestra placidez en cualquier momento y lanzarnos fuera de ella; la vida, puede arrebatarnos nuestra tranquilidad y todo lo que hemos construido puede derrumbarse de repente, como si lo hubiésemos apuntalado únicamente con alfileres.

Muñoz Molina desvelo el acertijo de la constitución de la novela: dijo que las ideas fueron saliendo durante el viaje en tren por la orilla del río Hudson. Él se dirigía a una pequeña universidad, el Bard College, Desechó la idea de centrar la historia en Salinas, porque, pese a que era un personaje que siempre le había atraído, pensó que no podría dotarlo del suficiente halo de ficción necesario para construir ese personaje que poco a poco iba llamándolo a gritos desde su interior. No obstante es evidente que la historia de amor clandestino que cruza los destinos de Ignacio Abel y Judith Biely, se inspira en la relación que mantuvo Pedro Salinas con Katherine Witmore, ampliamente aireada por la crítica, puesto que se han publicado recientemente sus cartas de amor. Cuando leemos la historia plasmada en esta novela no podemos evitar las asociaciones, los poemas de Salinas surgen ante nosotros, y sentimos ese mismo calor, ese descubrimiento que deslumbra al que se une dolorosamente la evanescencia, el sentido de culpa ante lo clandestino, las yagas del amor conyugal, que afloran, pese a que Abel intenta forjar una película protectora que separe los dos mundos, como si nunca ellos pudieran rozarse o dañarse.

Los momentos previos de la guerra civil aparecen con toda su lucidez, sin falsos enmascaramientos, sin concesiones gratuitas. Durante la gestación de la obra el autor el autor tuvo dudas, y aunque se documentó a conciencia y rastreó noticias, comentarios y todo tipo de documentos, se mantuvo siempre alerta, consciente de la dificultad, precavido ante los juicios parciales o el fervor de olvidar su propósito. No se trata en ningún momento de una crónica, sino de una historia y hay que captar el alma de los personajes, el ambiente, el terror contenido en las calles, el deterioro de las personas que poco a poco se iban contagiando de la miseria, del fanatismo de uno u otro sector, la inmundicia sectaria que lanzaba unos contra otros. Los personajes reales se embozan en la misma maraña que los ficticios y así los reconocemos: Moreno Villa, Bergamín, Alberti, Salinas, Zenobia Camprubí, Negrín, se pasean por sus páginas con solidez. Pero también los ficticios, no por ello menos auténticos, sino igualmente caracterizados en sus obsesiones, sueños u encrucijadas. Así nos topamos con el profesor Rossman y su hija, el capataz Eutimio, etc. De hecho en algunas de esas conversaciones (como la que mantiene Abel con el capataz Eutimio) descubrimos lo que estaba sucediendo de manera mucho más eficiente que si nos hubiera realizado toda una crónica histórica de los acontecimientos:

–No exagera usted, Eutimio. ¿No ha cambiado nada la vida desde los tiempos de mi padre? Y más que va a cambiar, desde ahora, con el gobierno del Frente Popular.

–Un gobierno de señoritos burgueses, don Ignacio que mandan gracias al voto obrero.

–Por culpa de nuestro partido, el de usted y el mío. El que no ha dejado que un socialista sea presidente del gobierno. Costó tanto traer la República y ya no la quieren, no les parece bastante. Ahora quieren una revolución soviética como en Rusia. ¿No estuvo usted en la manifestación del primero de Mayo? Desfilaban los socialistas y parecía que estuvieran en la Plaza Roja de Moscú. Banderas rojas con hoces y martillos, retratos de Lenin y de Stalin. Los nuestros sólo se distinguían de los comunistas en que llevaban camisas rojas y no azul celeste como ellos. Ni una sola bandera de la República, Eutimio, la República que pudo llegar porque los socialistas quisimos que viniera, porque los republicanos no eran nada. Pero estos socialistas del Primero de Mayo no daban vivas a la República, sino al Ejército Rojo. Con gran alegría de las derechas, como es de imaginar.

–Es que ya se lo tengo dicho, don Ignacio, la República es muy bonita, pero no da de comer.

–¿Y dan de comer las huelgas a tiros y las iglesias incendiadas? (...)

En cuanto a la confrontación entre Judith y Adela, es justamente esta última la que aparece mejor delineada, puesto que a través de sus ojos descubrimos no sólo sus sentimientos u amargura, sino también esos rasgos de Abel, que de otra forma pasarían desapercibidos, escorados por su frialdad,

pero que ella se encarga de recordarnos.

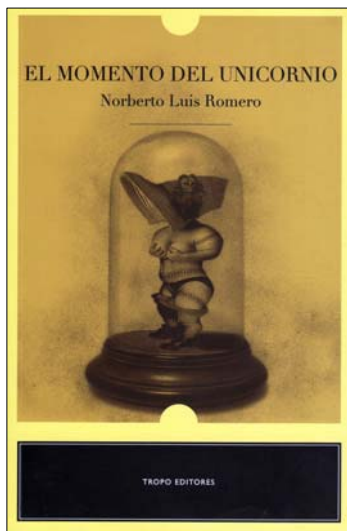
La novela nos muestra los momentos trágicos, los actos, los atentados, las caídas de uno y otro bando, la tenaza de las clases medias, la miseria de los desheredados, la ignominia de algunas ideologías punzantes clavaban sus garras en el contrario. No son estos los únicos instrumentos en los que reconocemos su valía. Aparecen otros, ensamblados en las ideas de la época retratada: la fascinación por el progreso –por ejemplo– tan reiterada por las Vanguardias, capaz de deslumbrar a las personas, aunque era una fascinación que no se veía de la misma manera por los sectores pudientes (que podían permitirse los lujos) que por los desarraigados, a los que únicamente les preocupaba la digna subsistencia.

Ignacio Abel muestra un atisbo de integridad en sus convicciones políticas, pero esa integridad se deshace en su vida. Mientras Judith está a su lado, no escucha el ruido, pretende únicamente vivir su amor sin mirar lo que sucede a su alrededor. Pero poco a poco el castillo de naipes parece desmoronarse, los sucesos se precipitan y le conducen al exilio. Muñoz Molina traza esa diáspora con verdadero acierto, sabe cómo pincelar a los personajes, cómo describir los coletazos de una sociedad que se convulsiona desde su entrañas, cómo describirnos el desencanto de los artistas o la hipocresía. En modo alguno esta novela pasará desapercibida y pese a su amplitud o algunas descripciones que pueden parecer tediosas, el acierto de la historia nos conmueve.

Una novela que aunque bebe de las fuentes del realismo, juega al azar con el tiempo y lo mueve según las directrices de los personajes con acierto. Muñoz Molina destapa nuevamente la caja de Pandora y nos obliga a mirarnos al ombligo; así parece preguntarnos, cómo nos moveríamos cualquiera de nosotros, si de pronto nuestra vida se desmoronase y se derrumbasen los pilares que hemos construido con tanto esfuerzo.

© Ághata

<http://elarlequindehielo.obolog.com>



EL MOMENTO DEL UNICORNIO, de Norberto Luis Romero

Tropo Editores
Colección 2º Asalto
Fecha de publicación: 2009
212 páginas
ISBN 978-84-96911-17-8

* * *

EL SOL EN EL HIERRO

Creo que hay una teoría que dice que el principio de un texto es decisivo. Que puede hacer que sigas leyendo o abandones. Que un principio debe atraparte, engancharte, seducirte. Y la mayoría de los relatos de *El momento del unicornio*, de Norberto Luis Romero, cumplen esa regla. Te muerden y hacen presa. Basta una sola palabra: *francotirador*. Una sola frase: *Sé que me están espiando*. Unas líneas, una *geometría de soles fragmentados* y un *perfume de lavanda* para hacerte sentir el calor sofocante de un verano en febrero. Basta *un cuerpo arrojado por una ventanilla* para sentir el terror. Algunos lo llamarán recurso narrativo, yo prefiero pensar en esos muñecos de goma que les agarras del cuello y abren los ojos.

Norberto es un extraordinario escenógrafo: azoteas, cloacas, vagones de metro, balcones, jardines, habitaciones, cementerios y prostíbulos. Es un imaginativo creador de actores, atmósferas y pesadillas. Norberto es un productor y director que materializa en imágenes las palabras de un guión escrito por él mismo. Imagen y texto y viceversa. Sus textos describen con precisión y amplían, como una onda expansiva, las sensaciones que transmiten las imágenes. Mezclándose en una simbiosis perfecta los dos elementos. La mirada se desliza y avanza como una cámara en una pelí-

cula, haciendo *travelling* desde una grúa o en una *Dolly*, y las palabras nos hablan de locura y disfraces, de habitantes de un mundo subterráneo no exento de codicia y violencia; de lágrimas y sexo, claustrofobia y eugenesia, recuerdos e impostores, sombras en la pared, humor negro, surrealismo cómico y humillación doméstica y adultos destruyendo la infancia con su avaricia y perversiones.

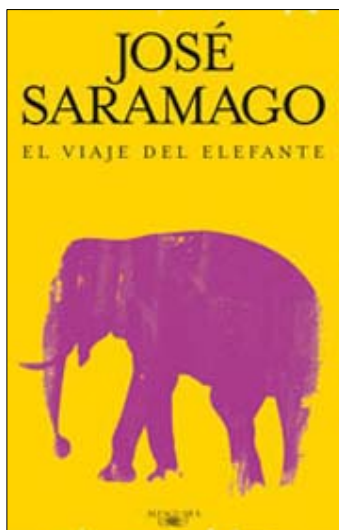
La imaginación de Norberto mete de okupas en nuestra casa a los seres de *La parada de los monstruos* de Tod Browning y encierra su pesadilla disecada dentro de una urna de cristal. Reinterpreta el *Mar adentro* de Alejandro Amenábar; y al Kafka entomólogo que transforma a los hombres en insectos entre los pasillos y lugares secretos de un colegio interno. La tragicomedia a la española de un velatorio en un lupanar con un loro palabrotero y una puta que escribe versos y teje calcetines de colores. Un hombre humillado que planea el crimen perfecto, *Con faldas y a lo loco* de Wilder y *Extraños en un tren* de Alfred Hitchcock mezclados con el surrealismo de una luchadora de sumo, una amiga sádica y un hombre humillado que va a hacer la compra con una bata de *boatiné*.

Los relatos de Norberto transcurren en espacios cerrados donde se concentra el perfume y la luz se filtra entre las rendijas. Casas, pensiones, habitaciones de paredes rotas; túneles infinitos y un pueblo sin sueños donde podemos observar de cerca a los actores, oír sus diálogos y la voz en off; verles espiar detrás de una cortina, verles sudar y sangrar, morir, evocar el pasado, llorar sin fingir; descubrir el sexo, escuchar el ruido de la carcoma y recordar con ironía *Los árboles mueren de pie* de Alejandro Casona pero con un final negro.

Los relatos de Norberto queman al tocarlos. Como el sol en el hierro.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



EL VIAJE DEL ELEFANTE, de José Saramago

Editorial Alfaguara
Fuera de colección
Fecha de publicación: 2008
280 páginas
ISBN 978-84-204-7463-2
Traducción: **Pilar del Río**

* * *

El viaje del elefante cuenta la aventura de un elefante que atravesó media Europa por el capricho de un rey (Juan III, rey de Portugal), quien decide regalárselo a su primo, el archiduque Maximiliano de Austria. Ambientada en el siglo XVI, esta novela nos relata un hecho real, por muy absurdo e irrisorio que pueda parecernos. La obra en sí obedece a la casualidad, que siempre suele ser la que enciende la mecha y enardece la escritura. Eso fue lo que le ocurrió a Saramago. El escritor entró casualmente en un restaurante de Austria llamado *El Elefante* y en un momento de la conversación, se fijó en unas pequeñas esculturas puestas en fila de derecha a izquierda. La primera era la Torre de Belén en Lisboa y junto a ella, colocadas en fila a modo de itinerario, había diversas representaciones de edificios y monumentos. La curiosidad de Saramago salió a flote y una vez le fue relatada la historia, decidió que ahí estaba encerrado el corazón de una historia, el escritor pensó: Eureka, ya tengo el germen de una nueva historia.

Aunque el trasfondo sea real, lo cierto es que la historia oscila hacia los personajes. Son sus voces corales las que oímos a través de una voz omnisciente que les permite tomar las riendas de la historia; pese a ello la voz del narrador se dispara con finas intromisiones: digresiones u observaciones al uso, algunas anacrónicas, acentuando de este modo el carácter irónico del relato. El libro se detiene en esa bulliciosa caravana que se orquesta para satisfacer las necesidades del elefante en movimiento. Los personajes en su deambular sacan sus pechos, se pelean, defienden sus ideas o

su derecho a la custodia del animal, frente a huestes en apariencia hostiles y ofrecen lo mejor de sí para que la caravana llegue feliz y a salvo a su destino.

De toda esa red humana que construye Saramago, sobresalen algunas voces con más fuerza que otras, como la voz arrogante del comandante que en un principio considera humillante su destino, aunque poco a poco se va encariñando con *Salamón* (después Solimán) y con *Subhro* (al que el emperador cambia también el nombre por Fritz). Sus comentarios suelen ser replicados por el fiel cuidador del animal. De hecho *Subhro*, aunque reconozca no conocer del todo la naturaleza del elefante, se convierte en su vox, en su estómago, o sea, en el salvavidas de sus necesidades básicas: dormir, comer, hacer la siesta, etc. El cuidador parlamenta siempre con la comitiva buscando el solaz del animal, que asiste a todas las disputas con verdadero estoicismo.

Con esta novela (cuento, según palabras de su autor) Saramago ahonda en la naturaleza humana, y nos muestra de qué pasta estamos hechos a través de las incongruencias, situaciones disparatadas o reflexiones provocadas por los propios acontecimientos. La ironía no está exenta de sarcasmo en ocasiones e incluso son patentes las críticas a algunas instituciones, como la realeza, tan pagada de sí misma, pero que actúa de forma carnavalesca, o la iglesia, siempre dispuesta a marcarse un farol, a costa de la ingenuidad del populacho.

«Mi parecer, señor alcaide, es que cada uno se ocupe de sí mismo, mientras dios se ocupa de todos».

«La inquisición mantendrá la unidad entre los cristianos. Santo objetivo, sin duda, mi señor, resta saber con qué medios lo alcanzará».

Pese a que la lectura se nos ofrece de un tirón, porque seguimos el hilo gracias a la complicidad con los personajes y el movimiento irónico y jovial que se desprende de la narración, lo cierto es que el autor es fiel a sus manías, aquí atemperadas. En este caso los desvíos normativos tan propios de su escritura, por ejemplo, la intersección de los diálogos en el tejido narrativo, no descose su contenido, perfectamente trazado. En realidad estos guiños al lector, sirven para implicarlos más si cabe en su lectura, para que averigüe por sí mismo dónde se disgregan o amalgaman los apartados de la narración. Otro rasgo frecuente en sus escritos, las digresiones, también aparecen incardinadas en el tejido narrativo. En unos casos, se unen a la naturaleza del personaje, como la mención a Amadís de Gaula), o la digresión religiosa que realiza el cornaca para que entendamos sus raíces indias; en otras ocasiones, sin embargo, se destaca con claridad la voz del propio Saramago, que se aproxima peligrosamente al momento actual, a modo de pequeños pinzamientos que ofrecen una visión panorámica de sus reflexiones:

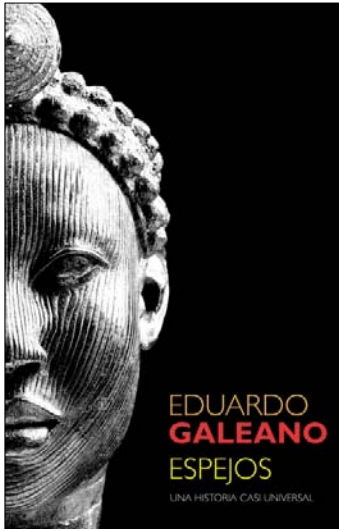
«En el fondo será como si a una película, desconocida en aquel siglo dieciséis, le estuviésemos poniendo subtítulos en nuestra lengua para suplir la ignorancia o un insuficiente conocimiento del idioma hablado por los actores».

Saramago consigue nuevamente abordar desde diversos puntos de vista el carácter absurdo, incongruente, cruel o compasivo de unos personajes que se mueven como marionetas danzantes en un circo carnavalesco, cuya estrella es el elefante de la feria. Sin duda, la novela abre una puerta a la reflexión: el sentido de la vida y la muerte, las cuestiones teológicas, la crueldad, la estupidez o la abnegación, son retratadas por una pluma muy segura de su proceder, que siempre sabe cómo acentuar sus efectos. Sin duda, el autor rinde también tributo al elefante, que, después de su odisea, tuvo un final espantoso. Poco después de llegar a su destino, el bueno de Salomón o Solimán murió, tal vez como protesta a su inutilidad, a su no servir para otra cosa que no fuera el capricho real. Una vez muerto, le cortaron las patas delanteras para ponerlas a la entrada de palacio a modo de recipiente donde depositar paraguas y bastones. Cruel final, para ese animal que soportó toda clase de inclemencias para ser servido con el papel de regalo del cornaca a un rey estúpido, encerrado en los barrotes de su torre de oro, incapaz de reconocerse el propio ombligo.

Una lectura amena, mordaz y tierna, que sin duda te despertará de la apatía con la que abordas otras lecturas, y hará que te acomodes debidamente en el sofá, para seguir las huellas del elefante, con verdadera alma de sabueso.

© Ághata

<http://elarlequindehielo.obolog.com>



ESPEJOS, de Eduardo Galeano

Editorial Siglo XXI

Fecha de publicación: 2008

364 páginas

ISBN 978-84-323-1314-1

* * *

«La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola», dice el autor. Pero, sin deseo la vida no es. En el principio, entonces, fue el deseo, y ésta es su historia (es decir, memoria-vida).

Pocas novedades encontrarán los lectores habituales de Eduardo Galeano (Montevideo, 1940) en *Espejos. Una historia casi universal*. En eso consiste su calidad. Con algún azoro compruebo que somos legión quienes lo seguimos, aunque sin reconocernos. Carecemos de marcas para identificarnos entre nosotros, pero podemos identificarnos todos en él –incluso el abyecto fanático del Neo-Capital. Aquí encontramos «la otra voz», la refundición de pequeñas anécdotas y narraciones con la que va armando sus libros, de *Las venas abiertas de América Latina* (1971) a *Las palabras andantes* (1993). Recuperar no es el método, yo diría, es re-ecoar, palabra mezclada de español y portugués. O sea: devolverle ecos, matices vocales, densidad. Lo novedoso, el relumbrón, no le interesa. Y a nosotros tampoco. Sin arcaísmos, *Espejos* es arqueología del deseo vivo en alegrías y prejuicios añejos. Libro agridulce, es también acta de la estupidez humana.

Definir a Galeano consume esfuerzos. Carece de títulos académicos para llenar sus solapas, de protocolos para abordar la historiografía y de las ingenuidades de los cuenta-cuentos, de ternuras cursis. En su obra hay, sí, compasión en el mejor sentido, de quien acompaña en el padecer y el regocijo. Ciudadano del exilio, sacude de sus pies el polvo de las ciudades letradas. Al ir de paso, prefiere detenerse el camino para evocarlas. La poética galeana tendrá que ser leída a partir de la construcción de su narrador nómada.

La tentación por la cita puede vencerme. Anoto y borro el nombre, sonoro, casi una clave que abre la puerta a la pedantería diletante –la mía. Walter Benjamin. ¿Y cómo no pensar en el narrador como quien recupera mejor las palabras de la tribu? Pero existen varias trampas. La «historia universal», por definición, desconoce lo tribal, como si fuera su pecado de origen. Como si no existiera, como si Madrid o Washington D.C. crecieran naturalmente del asfalto y no por la explotación humana. Por la «historia universal» nos enteramos de los esclavos, de las hembras, y de los bárbaros. De los pobres. He ahí la ironía del subtítulo «casi universal». *Espejos* no puede ser narrativa globalizada con apariencias de recta legalidad., absoluta, lineal. Galeano conoce tantas geografías como para rendirse a ella. Prefiere refractar y multiplicar, poner al fragmento frente al otro, le presta brillos. Y tampoco puede ser «una», o mejor, única. Conocemos el relato bíblico del Génesis. La creación de Galeano consiste en hacer negros a Adán y Eva, *hacemos negros*. La historia que era ajena («de los negros») revela sus falsas categorías. Y si bien el relato de la fundación del prejuicio puede no ser exacto, sí nos hace comprender: que en este recuento de abusos y dolores también quien lee cómodo en su butaca es culpable. Yo entendí que lo soy, cómplice.

No creo que existan géneros chicos en literatura. Bien puede convivir la novela verbosa con los libros de partículas, de citas y reescrituras. La arquitectura rota de *Espejos* doma el azar. Más que en espejos, pienso en mosaicos bizantinos: el rostro que leemos es el de la humanidad con sus valores particulares. La novela latinoamericana contemporánea –si así puede llamarse– y el género que propaga Galeano son dos mundos distintos, como distante, también, suena la historia artificial de Occidente. Las palabras serán las mismas en *Espejos*, pero recobrarán sentido, vendido antes a la pluma del mejor postor. La memoria de Galeano escribe del fuego, del agua, del aire: los elementos del mundo. Sobre todo, de la tierra. Pero, como a Quevedo, la tierra lo ha hechizado y su «historia casi universal» –título paródico– revierte las fundaciones, los orígenes, los hitos de las culturas del Hombre. Del Hombre Blanco, claro, occidental rabioso frente a los otros que domina: las mujeres, los esclavos del emperador y del capital. Como escribe, el diablo –el enemigo– ha sido sucesiva y recu-

rrentemente musulmán, judío, negro, mujer, pobre, extranjero, homosexual, gitano e indio...aunque no en este orden. También lo ha sido el loco, el hereje, el rojo, el revisionista, el enemigo del progreso, el disidente –así los llaman los Zares Comunistas. El autoritarismo es la peste más difundida.

Ninguna reconstrucción es ingenua. Ésta abarca culturas americanas –mayas, amazónicas, incas–, asiáticas –sumerias, chinas, hindis–, europeas, africanas. Antiguas y modernas barbaries de higiene social y pureza racial:

LA JUSTICIA EN TIEMPOS DE FRANCO

Arriba, en lo alto del estrado, enfundado en su toga negra, el presidente del tribunal.

A la derecha, el abogado.

A la izquierda, el fiscal.

Escalones abajo, el banquillo de los acusados, todavía vacío.

Un nuevo proceso va a comenzar.

Dirigiéndose al ujier, el juez, Alfonso Hernández Pardo, ordena:

–*Que pase el condenado.*

Suena un estribillo en *Espejos*: la oveja negra termina siempre en el matadero. (Por cierto, el método de Galeano le debe bastante a Augusto Monterroso). Más allá de la recopilación, asistimos al desmontaje de viejos relatos que hemos llegado a creernos. Éste libro bien puede llamarse también «mitologías», si el nombre no estuviera ya usurpado. Lo increíble es que nuestra estupidez parezca de fábula al ser relatada por Galeano. No hay moraleja, sino demostración del absurdo. El género de este libro, como es usual en el uruguayo le compete sólo a él. La poética galeana potencia historiografía, mito y literatura al hacerlas convivir. No hay historia minúscula ni personaje sin importancia. Aquello que nos desvela pudo tener comienzo en un mal chiste, una palabra mal pronunciada o un capricho:

FUNDACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL COMERCIO

Había que elegir al dios del comercio. Desde el trono del Olimpo, Zeus estudió a su familia. No tuvo que pensarlo mucho. Tenía que ser Hermes.

Zeus le regaló sandalias con alitas de oro y le encargó la promoción del intercambio mercantil, la firma de tratados y la salvaguardia de la libertad de comercio.

Hermes, que después, en Roma, se llamó Mercurio, fue elegido porque era el que mejor mentía. (p. 36)

La ficción es, lo diría Juan José Saer, «antropología especulativa» por multiplicar nuestras posibilidades de vida. De nuevo, reclamo para Galeano también el dominio de la «arqueología especulativa», que ilumina con cada relato historias manoseadas u olvidadas. Ciertamente nada he escrito sobre el placer de la lectura de *Espejos*. No ha sido descuido, lo doy por sentado. Y sí, es mejor saberlo, esta voz nos dice que el otro seremos nosotros:

Dios

En el campo de concentración de Flossenbürg, está preso Dietrich Bonhoeffer.

Los guardias obligan a todos los presos a asistir a la ejecución de tres condenados.

Al lado de Dietrich, alguien susurra:

–*Y Dios, ¿dónde está?*

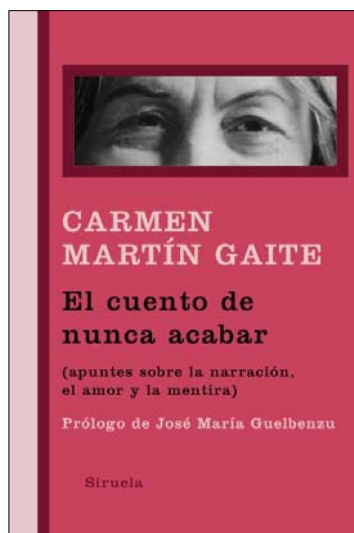
Y él, que es teólogo, señala a los ahorcados que se balancean a la luz del amanecer:

–*Ahí.*

Días después, llega su turno.

Por algo se llama *Espejos*.

© Daniel Orizaga Doguim



EL CUENTO DE NUNCA ACABAR, de Carmen Martín Gaité

Editorial Siruela
Colección Libros del Tiempo
Fecha de publicación: 2009
336 páginas
ISBN 978-84-9841-316-8

* * *

*El incentivo de los amores, como el de los cuentos,
radica en su capacidad de sorpresa.
Ni al que se pone a querer ni al que se pone
a contar les va a servir de nada
prefigurar el trance amoroso o narrativo*

Las historias hay que empezarlas a contar desde el principio, con ganas, y contarlas como uno sabe, a su manera pero creando emoción en el interlocutor, haciendo que este se sienta participe de la historia y único. Eso pretendo en esta reseña, intentar abarcar esa inmensidad que es *El cuento de nunca acabar* (Siruela) tan inmenso que ni la propia Carmen Martín Gaité se vio con las ganas suficientes de acabar: ¿pues cuándo, después de qué palabra, de qué chascarrillo es correcto poner el punto y final? La editorial Siruela reedita ahora en este 2009 *El cuento de nunca acabar* para que sea redescubierto.

El cuento de nunca acabar encierra infinitas historias, infinitos cabos sueltos, escondrijos, atajos, sendas, vericuetos, posibilidades. Reseñar este libro es de las tareas más arduas que he acometido puesto que no se puede reseñar lo inabarcable y *El cuento de nunca acabar* es inabarcable como la vida misma, tal como dice Martín Gaité, *El cuento de nunca acabar* nunca termina, es como la vida que solo se quiebra con la muerte, por eso hay que poner el punto de manera abrupta. De modo que un día de verano de 1982 mientras otros hacen la siesta ella decide poner el punto y final a *El cuento de nunca acabar*, el libro que lleva a cuestas desde hace nueve años. De pronto en una certeza de esas que nos asombran ve que es el momento preciso o adecuado de dejarlo estar.

Pero *El cuento de nunca acabar* no es un libro inacabado al revés, vale la pena su lectura y nos deja con ganas de más, el lector piensa en su foro interno: «Ojalá durara siempre», puesto que la Gaité una vez más con su forma tan clara de narrar lo cotidiano nos enseña la trastienda de la escritura pero también aboca una luz sobre la coherencia, la vida, la infancia, el amor, el desamor, la mentira, lo fugaz... Hace inventario de su existencia, de su amor por la literatura y por la vida, por las nubes, por la contemplación. *El cuento de nunca acabar*, son reflexiones que escribió a vuelapluma y luego tomaron la forma de un *cuaderno de todo**. De esos *cuadernos de todo* que su hija le regaló. A los que tenemos cierta edad nos traerá muchos recuerdos de nuestra propia infancia y desde la primera palabra hasta la última será un continuo descubrimiento en el que nos reconoceremos y ante el cual sonreiremos.

Es difícil elegir entre unos capítulos y otros pero me arriesgo una vez más porque la vida si se quiere vivir intensamente es riesgo constante y recomiendo la lectura de los textos titulados: «El gato con botas», «Los toros de Guisando», «La entrada en el castillo», «Lugar a dudas», «Amores de derribo» y también «Ruptura de relaciones» donde el lector podrá encontrar el quid, el secreto, el germen de este libro, ensayo, o permítanme nombrarlo como la Gaité: *cuaderno de todo*.

© María Aixa Sanz
<http://mariaaixasanz.blogspot.com>

* *Cuaderno de todo* significa o viene desde el día en que a Carmen Martín Gaité su hija de cinco años por su cumpleaños le regala un cuaderno de los típicos con los que estaba acostumbrada a ver a su madre trajinar y escribir, pero su hija en la primera hoja le escribió con su letra infantil y única, 'Cuaderno de todo' y de entonces en adelante la Gaité acuñó de ese modo a sus cuadernos también hay que contar que desde ese día y empujada por su hija perdió el miedo y en ellos se lanzó a escribir y apuntar 'todo'.

UNA MIRADA AL ANTICLERICALISMO DE BLASCO IBÁÑEZ

por Johari Gautier Carmona

Si un autor ha de ser destacado por su militancia y la clara expresión de sus ideales en su obra novelesca es, sin ningún lugar a duda, Vicente Blasco Ibáñez. Sus marcadas ideas anticlericales, estribadas de un laicismo inspirado en el modelo francés, le han seguido en gran parte de sus repetidos exilios, han aparecido en muchas de sus obras literarias y siguen siendo hoy centro de numerosos debates. Entender el anticlericalismo de Blasco Ibáñez es acercarse a la realidad de la España de principios del siglo XX, todavía conmocionada por el desmantelamiento de sus colonias, dividida entre republicanos y monárquicos, anclada en un estancamiento económico que contrasta con el crecimiento de sus vecinos europeos.

Si bien en la novela *El Papa del mar* el autor hace referencia a las luchas de poder que carcomen la institución religiosa, es en la novela *La Catedral* (publicada en 1903) que desvela sus más mordaces y severas críticas. En ella aparece un activista político, debilitado y cercano a la muerte, que busca en la Catedral de Toledo un refugio tranquilo para pasar los últimos días de su vida. Como el mismo autor, el activista, Gabriel Luna, comparte las experiencias de un exilio en Francia y Estados Unidos, la pasión por la difusión de los valores republicanos y su actividad política clandestina que hacen inevitable asociar directamente su discurso con el de Blasco Ibáñez. El diálogo que mantiene con algunos clérigos y trabajadores de la iglesia, siempre sustentados en la experiencia del personaje y una retórica panfletista, son tan revolucionarios que acaban espoleando el personal a la rebeldía y a la insumisión, pero más impactante son todavía algunas de las revelaciones de los sujetos de la catedral que acaban rechazando un falso discurso impuesto por la Iglesia.

Entre las grandes críticas dirigidas a la institución religiosa, Blasco Ibáñez insiste a menudo en su alianza con los máximos poderes y los lazos estrechos que mantiene con la monarquía, yendo incluso a hablar de la servidumbre de los monarcas de España hacia la Iglesia católica. Sobre esa relación duradera de intereses (establecida en los tiempos de la Inquisición) se funda también el anti-monarquismo del autor, muy virulento y alimentado por el republicanismo francés. El periodo de fanatismo e intransigencia religiosa que supone la Inquisición es, según Blasco Ibáñez, el principal causante del inmovilismo de la España de principios del siglo XX. Por eso, como activista político y en el contexto de una Europa en pleno movimiento, sus críticas se dirigen hacia ese clericalismo representativo de un orden vetusto y opresivo. A través de su protagonista principal, el hombre subraya que «los pueblos que han roto con el Pontificado, volviendo para siempre la espalda a Roma, son más prósperos y felices que aquella España que dormita como una mendiga a la puerta de la Iglesia». Estos son duros comentarios que revelan la ruptura social de la época y, sin embargo, las críticas del autor valenciano no se limitan a ese nexo político, también toman en cuenta los rechazos por parte de la Iglesia de los últimos hallazgos científicos, las teorías evolucionistas de las especies vivientes y otras leyes de funcionamiento universal. Esa constante oposición a las Ciencias naturales y matemáticas refuerza el autor en sus consideraciones y le incita activamente a denunciar el principal interés de la Institución católica que reside en mantener una población ignorante y sumisa para perpetuarse en el poder. La crítica de Blasco Ibáñez va incluso más lejos de la generalidad y compara la diferencia de conductas que pueden existir entre el clérigo francés y el español y concluye que la parte española es más reticente a hablar de avances o simplemente a dialogar.

Por otro lado, y a través de personajes sencillos que cumplen la simple función de retransmitir sus ideas políticas, el autor demuestra en *La Catedral* su rotunda oposición a la santificación de clérigos y altos representantes de la Iglesia. Dice que «no dejan de ser humanos y pecadores», refiriéndose implícitamente a las necesidades humanas y al fomento de un modo de vida anti-natural dentro de la institución que incita a las mentiras y a la creación de mitos falsos. Blasco Ibáñez presenta la beatificación como el resultado de una doble moral y de una hipocresía oficial. Habla

abiertamente de relaciones amorosas entre sacerdotes y monjas, insiste en que no es una novedad y que es un secreto a voces. Pero el autor valenciano se muestra incluso más severo con el orden injusto que describe en la Iglesia y dibuja a una institución que practica la explotación violenta de los sacerdotes de la base y que se sostiene gracias a las pésimas condiciones salariales que aguantan estos últimos. Denuncia que «Al terminar la dominación religiosa en España, sólo los de abajo han sufrido las consecuencias. El sacerdote es pobre, el templo es pobre también, pero el príncipe de la Iglesia conserva sus miles de duros al año...». Por fin, es interesante estudiar la comparación que hace Blasco Ibáñez entre su concepto de familia moderna y la familia que caracteriza a la Iglesia católica. Según él, el diálogo y la tolerancia que prevalece en la primera, más dialogante y abierta, choca con «el honor tradicional y bárbaro» de la segunda que castiga y rechaza sin remilgos. En su novela, el autor presenta a una familia rota como una célula cruel que reproduce el rencor y el sectarismo de los dogmas religiosos vigentes.

Pese a que muchas de las críticas evocadas por Blasco Ibáñez ya no pueden ser consideradas de actualidad (debido a la liberalización y democratización del modo de vida español), sin embargo, otros muchos elementos permanecen intactos como la intromisión de la Iglesia en ciertos ámbitos políticos y el rechazo de ciertas libertades o avances (como el de la sexualidad, los anticonceptivos o el derecho al aborto). No obstante, parece ser que la fe ciega que tenía el escritor valenciano en la Ciencia como motor de desarrollo, prosperidad y tolerancia (y que también menciona con aires inspirados en *La Catedral*) ha sido duramente objetada. Los grandes conflictos que han marcado el siglo XX y los inicios del siglo XXI demuestran que la Ciencia y el conocimiento en general sólo son factores de felicidad para algunos y de sufrimiento para muchos otros. La Ciencia no es una solución a todos los problemas de nuestra sociedad ni tampoco los preceptos de grandes religiones institucionalizadas y dominantes. Es necesario reflexionar sobre la necesidad de una espiritualidad, sin excesiva institucionalización, y sobre las palabras de Blasco Ibáñez: «El hombre es Dios, el mundo es Dios también».

© Johari Gautier Carmona
<http://joharigautier.blogspot.com>

* * *

Miradas

CARMEN MARTIN GAITE: EL ESPÍRITU DE SUPERACIÓN

por María Aixa Anz

Las personas tendemos al olvido. No es reprochable. Es tan solo es una característica humana. Tendemos al olvido y entonces buscamos en las novedades lo que una vez conocimos. Hoy en día, cuando el siglo veintiuno ya hace algún año que dejó atrás su comienzo, la literatura española no puede presumir de tener entre sus plumas a alguna con una coherencia en su trayectoria literaria y en su buen hacer sobre los folios en blanco como lo fue en su día la de Carmen Martín Gaité.

En estos días hay escritores que pueden tener una novela buena o dos entre todas las que han escrito. A veces ocurre el milagro y encontramos lo que no creíamos que fuese posible encontrar. Con el paso de los años resistirán en el tiempo un par de nombres que ya se vislumbran, ante los cuales podremos quitarnos el sombrero cuando tengamos delante toda su trayectoria literaria. Pero no más. De haber hay: buenos escritores, escritoras y novelas. Pero no hay trayectorias literarias a las que poder aplaudir.

En cierta manera resulta extraño o no.

Tal vez, lo que falta es fe en el oficio.

Escribir es un oficio de fe, de tiempo, de disciplina, de soledad y de superación.

Quizás lo que falta hoy en día es el espíritu de superación y capacidad de disciplina. (Quizás estemos ahora mismo en un mundo en el que todo vale y donde la exigencia es mínima y la calidad ha dejado de ser una cualidad).

Si ha habido en España una escritora que encarna a la perfección el espíritu de superación es sin duda Carmen Martín Gaité, que empezó a escribir con ocho años y no se detuvo hasta un mes y medio antes de fallecer, el 23 de julio de 2000, a los setenta y cinco años.

Su trayectoria literaria la hace ser la escritora esencial, única y referente en la literatura española del siglo veinte. Su obra abarca a todos los públicos, fue superando los escollos del oficio, sin abandonar las ganas de crear cada día algo nuevo, diferente y especial. Sin acomodarse nunca en lo que ya escribió. Sus novelas se reeditan una y otra vez, porque en ellas podemos encontrar historias para cada tipo de lector, por ejemplo: *Nubosidad Variable* (novela contemporánea para todos), *Irse de casa* (novela para los que les gusta seguir una trama compleja), *La Reina de las Nieves* (novela para quien prefiere mezclar la fantasía con la realidad), *Retahílas* (novela para lectores de soliloquios que les hagan pensar y no perder el hilo), *El cuarto de atrás* (novela para los que se deleitan conociendo los entresijos de los escritores), *El castillo de las tres murallas* (narración para lectores de entre ocho a ochenta y ocho años). En este artículo a modo de homenaje dejo muchos títulos en el tintero..., ensayos, traducciones.

Carmen siempre iba acompañada de un cuaderno donde poder anotar las frases que la acariciaban en el lugar menos pensado. Palabras que acariciaban su mente y su alma. También siempre le acompañó la estilográfica que le regaló su padre, agarrándose a ella como el náufrago que se agarra a la tabla que no le dejará hundirse.

Carmen Martín Gaité demostró, y sus libros nos siguen demostrando día tras día, que creía firmemente en el oficio de escritora pues de él dijo comparándolo con otros oficios que: «Un carpintero que ha construido una mesa sólida puede estar relativamente seguro de que ya ha aprendido a hacer mesas, pero a un escritor nadie le garantiza que, porque ha escrito un libro, el próximo que escriba tenga que ser mejor ni tan siquiera bueno». Con estas palabras confirma su espíritu de superación y el valor de la disciplina. Lo que es lo mismo que tener fe en el oficio y en la vocación.

El oficio de la escritura es un aprendizaje que nunca acaba, se renueva cada vez que los que nos dedicamos a esto tenemos delante una hoja en blanco.

La Gaité tenía una gran fe en su vocación y en su oficio y eso se reflejó en su trayectoria literaria, como ella misma dijo en su día parafraseando a Teresa de Calcuta: «Una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera me muera en el camino, siquiera se hunda el mundo».

Señores, señoras, les recomiendo humildemente la lectura de la obra de esta gran escritora.

© María Aixa Sanz
<http://mariaaixasanz.blogspot.com>

* * *

Miradas

EL SINO MELANCÓLICO DEL TANGO

por Gabriel Cocimano

De la congoja por la pérdida y el extravío del pasado. De la perpetua tristeza y el dolor de existir. ¿De qué otra materia está compuesto el *tango* si no de *melancolía*? La herida que produce la experiencia irreversible del pasado:

*Ya murió el amor porque el dolor
le marchitó las flores*

evoca un tiempo en el que la memoria interrumpe el presente, que queda suspendido en espera de hacerse recuerdo:

*Si yo pudiera como ayer
amar sin presentir.*

En *Memoria de la melancolía*, la española María Teresa León describió la necesidad tan viva de recordar el pasado con el desgarramiento que provoca esa evocación: «vivir no es tan importante como recordar (...) ¡pero qué horrible es que los recuerdos se precipiten sobre ti y se revuelquen sobre tus entrañas, que es el lugar de la memoria!»:

*Tengo miedo de las noches
que pobladas de recuerdos
encadenen mi soñar.*

El melancólico tiene el pasado anclado en tiempo presente, que es una manera de poseer lo no tenido, lo que ya se fue. El tango es recuerdo que intenta transformar la experiencia de pérdida en una experiencia de plenitud, la aspiración de ser feliz con lo que hace doler. Como afirmaba el poeta Víctor Hugo, «la melancolía es la felicidad de estar triste». Aún si duele y hace sufrir, el tanguero y el melancólico gozan con la evocación de una felicidad perdida:

*Acuden a mi mente recuerdos de otros tiempos,
de los bellos momentos que antaño disfruté,
cerquita de mi madre, santa viejita,
y de mi noviecita que tanto idolatré*

¿Hay una geografía más melancólica que la rioplatense? Allí el sentimiento de añoranza de sus habitantes –sucesivamente el indio, el negro, el español, el criollo, el inmigrante– por sus viejos terruños y sus antiguas libertades configuran un caso único de desarraigo colectivo. Por eso, el tango nació dentro de un estado de ánimo inestable y llegó a ser un idioma expresivo de esas emociones. Acaso no sea caprichoso que Carlos Gardel haya adoptado esa tierra tan híbrida como universal. Una geografía tan cara que sólo es valorada en la ausencia. El propio «Zorzal criollo» resalta esa pasión incontenible que sólo posibilita el retorno:

*... y aunque no quise el regreso
siempre se vuelve al primer amor*

y Eladia Blázquez dibuja ese verso quimérico que define la esencia amorosa de los seres que la habitan:

*Siempre se vuelve a Buenos Aires a buscar
esa manera melancólica de amar*

Nació el tango como una música profana, una expresión del compadraje que pintaba el espíritu de los arrabales de la gran ciudad. Un sonido casi festivo cuyos títulos procaces invadieron los cabarets del bajo fondo. Durante muchos años fue un ritmo prosaico e instrumental. Pero, irónicamente, el futuro le tenía reservado otro destino: salió del piringundín y se hizo elegante, se convirtió en poesía y devino melancólico:

*Con este tango nació el tango y, como un grito,
salió del sórdido barrial buscando el cielo*

De los suburbios al centro, de Buenos Aires a París y al mundo. Los poetas del tango le pusieron oropeles a una música cadenciosa que ilustraba la mutación fisonómica de una urbe que contenía, como el *Aleph* borgeano, todos los puntos del planeta. A la metáfora le agregaron el *recuerdo*, es decir, la llama que inflama y dota de energía a la melancolía. Y ésta se hizo perpetua con la incorporación de ese instrumento tan ajeno en sus orígenes al Río de la Plata como insoslayablemente ligado a su esencia: el bandoneón.

Si, para Italo Calvino, la melancolía es «la tristeza que se ha vuelto luminosa», el tango es, sucesivamente, un sentimiento triste hecho danza, canción, palabra poética, rima que añora, verso que acongoja y que contiene el dolor de existir, lo que hace de la melancolía una de las pasiones del ser:

*Viejos amigos que hoy ni recuerdo
¿qué se habrán hecho, dónde andarán?*

El tango «es una de las manifestaciones culturales donde con mayor precisión se recogen los aspectos más característicos de la melancolía –afirma en su artículo «Tango y Melancolía» el psiquiatra Elías Abdala–: el aislamiento, la soledad, la culpa, el carácter torturante de sus amores, la postergación permanente, la muerte. Las letras de tango se estructuran generalmente alrededor de uno o varios síntomas depresivos; en ellas se pueden hallar descripciones de conductas sintomáticas muy superiores a las encontradas en la mayoría de los tratados clásicos sobre la materia».

*Yo te di un hogar...
siempre fui pobre pero yo te dí un hogar
se me gastaron las sonrisas de luchar*

Abandonado y encerrado en su propio mundo, el melancólico renuncia al afuera que lo invadió de dolor y desencanto. Desamparado y colmado de angustias, el ser cuya alma pinta el tango carece de esperanza mística, herido por la congoja de su soledad o el abandono de un amor:

*¿Dónde estaba Dios cuando te fuiste?
¿dónde estaba el sol que no te vio?*

La melancolía es la percepción de la fugacidad de las cosas, de nuestra irreversible finitud. ¿No tiene acaso el tango páginas de gloria para definir éste tópico?:

*eterna y vieja juventud
que me ha dejado acobardado
como un pájaro sin luz*

«Lo que guarda la memoria –afirma en su blog la poeta Erika Almenara– hace del melancólico un ser ensimismado y misterioso, que mira la realidad con ojos empapados de pasado». Y es la imposibilidad del olvido la que convierte al *Yo* melancólico en un ser completamente denigrado:

*En esta noche tan fría y tan mía
pensando siempre en lo mismo, me abismo,
y aunque quiera arrancarla, desecharla
y olvidarla, la recuerdo más*

Freud afirma que el *amor propio* del melancólico aparece perturbado y disminuido. Esto provoca un empobrecimiento del *Yo* que se traduce en autoreproches y espera de castigo. El *Yo* se empequeñece ante los ojos del sujeto:

*Nací a las penas, bebí mis años,
y me entregué sin luchar*

La *culpa* de existir lo agobia. Por eso hay en él una idea de responsabilidad delirante, para abandonarse a una furiosa autodifamación:

*No puedo reaccionar, ni puedo comprender,
perdido en la tormenta de tu voz que me embrujó*

La *tristeza* es la materia constitutiva de ese estado profundo llamado melancolía. Casi como nacido bajo su influjo, el tango refleja en sus entrañas ese sentimiento de hondura que anida en las almas y desnuda las razones del corazón. Acaso intuyéndolo, el genio de Discepolín lo resolvió en una síntesis definitiva:

La tristeza es el corazón que piensa.

Azul ruso

Patricia Esteban Erlés

Editorial Páginas de Espuma, 2010

Azul ruso reúne trece piezas en una colección que supone un claro avance en una de las prosas más interesantes de la narrativa breve española actual. Un libro que descansa sobre alegorías e imágenes poderosamente estructuradas, con una fuerte vocación narrativa y estética, bajo un orden que lleva de la mano al lector, saltando de universo en universo, donde lo fantástico y lo terriblemente real se dan la mano. Los relatos de Esteban Erlés desequilibran al lector, lo sumen en tonalidades azules e invitan a pasear entre personajes frágiles, que conviven con la ensoñación, con mundos truculentos que se transforman o se destruyen, con seres felinos, reales y soñados.

Una misteriosa mujer que convierte en gatos a sus amantes, un superhéroe venido a menos, una iguana que condiciona la vida de una pareja, el desasosiego del que espera una llamada o el poder de la criptonita en manos de una mujer con gato albino. Trece relatos que sitúan a Patricia Esteban Erlés como una de las principales voces del cuento de esta primera década de siglo.



Dublinesca

Enrique Vila-Matas

Seix Barral, 2010

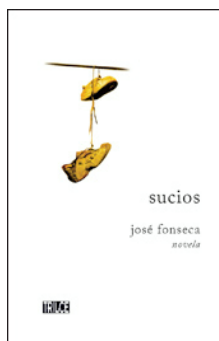
Samuel Riba se considera el último editor literario y se siente hundido desde que se retiró. Un día, tiene un sueño premonitorio que le indica claramente que el sentido de su vida pasa por Dublín. Convince entonces a unos amigos para acudir al Bloomsday y recorrer juntos el corazón mismo del *Ulises* de James Joyce. Riba oculta a sus compañeros dos cuestiones que le obsesionan: saber si existe el escritor genial que no supo descubrir cuando era editor y celebrar un extraño funeral por la era de la imprenta, agonizante ya por la inminencia de un mundo seducido por la locura de la era digital. Dublín parece tener la llave para la resolución de sus inquietudes. Niebla y misterio. Fantasmas y un sorprendente humor. Enrique Vila-Matas regresa con una novela que parodia lo apocalíptico al tiempo que reflexiona sobre el fin de una época de la literatura. Una novela deslumbrante, abierta a las más diversas lecturas, un verdadero regalo poblado de sorpresas. Simplemente genial.

Diario de 360°

Luis Goytisolo

Editorial Siruela, 2010

Un libro cuya lectura equivale a entrar en el bosque del que se nos habla en sus páginas, un lugar en el que cada uno encuentra lo que ha buscado durante toda su vida o, según el caso, lo que nunca ha buscado. Obra de gran riqueza temática, *Diario de 360°* es expresión a la vez del presente y de pasado, del conjunto y del detalle, desde los ángulos, situaciones y supuestos narrativos más diversos. Su calidad literaria extrema la dureza de algunas de sus páginas y la belleza de otras, y afila la ironía que con frecuencia preside el relato. *Diario de 360°* es un viaje a lo más profundo de la conciencia, que constituye, al mismo tiempo, un viaje al punto con mayor visibilidad del universo.



Sucios

José Fonseca

Ediciones Trilce, 2009

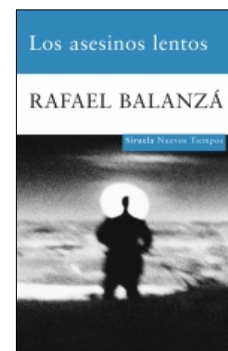
En esta novela, ganadora del Premio de Narrativa de la Intendencia Municipal de Montevideo, edición 2009, José Fonseca nos introduce en un mundo joven y marginal donde conviven el amor, la familia, los sueños y también la pasta base. Una joven madre de dos hijos que ejerce la prostitución; unos muchachos que alternan torpes robos con entradas y salidas de la cárcel; un hombre solitario y desencantado, son los personajes principales de una historia tan conmovedora como apasionante. Con un estilo ágil, de logrado realismo, el autor consigue construir un universo donde se queman vidas y se ahogan los sueños antes de nacer. Un espejo impiadoso que, sin prejuicios y sin idealización, refleja una realidad social que es parte de todos.

Los asesinos lentos

Rafael Balanzá

Editorial Siruela, 2010

Valle y Cáceres formaron parte en los noventa de un grupo de pop rock. Ensayaban juntos, tocaban juntos, se emborrachaban juntos. Llevan muchos años sin verse cuando se encuentran en un café. Allí charlan animadamente y recuerdan, entre risas, anécdotas del pasado. Después Valle le anuncia a su amigo que ha decidido matarlo y que lo hará pronto. El resto de la novela viene a ser algo así como la onda expansiva de esta primera revelación, a partir de la cual el relato avanza trepidante hasta un desenlace sorprendente y extrañamente lírico que dejará al lector sin aliento. El jurado del Premio Café Gijón destacó la «audacia narrativa» de la obra de Rafael Balanzá, «cuya trama se sustenta en una estructura muy bien construida que mantiene en vilo al lector, llevándolo a un desenlace ingenioso e inesperado».



Impar y rojo

Óscar Urrea

Editorial Salto de Página, 2009

Un implacable asesino siembra la ciudad de cadáveres dejando un naipe sobre el cuerpo de sus víctimas. Cuando la policía de la comisaría de Leganitos ha agotado todos sus recursos, y además hay naipes de por medio, acude a Julio Cabria, detective y ludópata, superviviente a partes iguales del juego y de la calle. En un Madrid de timbas clandestinas, curas que intercambian información por cocaína, policías con problemas y policías que son un problema, apariciones demoníacas y peligrosos secretos escondidos en chalets de la sierra de Guadarrama, Cabria se enfrentará a un nuevo golpe de mala suerte en su ya maltrecha biografía; un caso endiabladamente

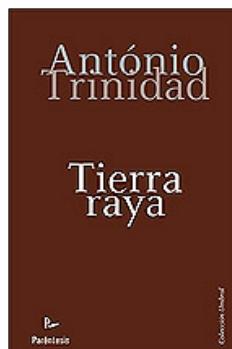
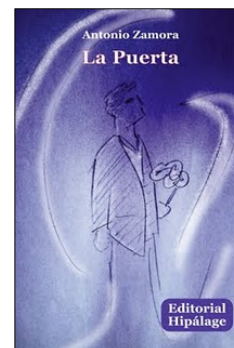
enmarañado cuyos hilos, a medida que tira de ellos, parecen ceñirse cada vez más en torno a su propio cuello.

La Puerta

Antonio Zamora

Editorial Hipálage, 2010

¿Literatura de ficción o reportaje sobre el hallazgo de un manuscrito? Entre estas dos opciones se mueve *La Puerta*. Un manuscrito muy poco convencional, donde se describe una desaparición sorprendente e inquietante, llega a manos de un editor. Desde ese momento, éste se enfrasca en el análisis del manuscrito y de todo cuanto lo rodea para tratar de esclarecer cuanta mentira y cuanta verdad encierran sus palabras. Lo que no intuye el editor es que en ese análisis, en lugar de alcanzar una respuesta concluyente, va a descubrir aspectos de los escritores y de sí mismo que no conocía. Con una prosa llena de concesiones a los dos géneros que toca, *La Puerta* reflexiona sobre la literatura y quienes la desarrollan; pero, sobre todo, es una descripción metafórica de la mediocridad enfrentada a cuestiones tan hondas como la dualidad, el tiempo y la imaginación.



Tierra raya

António Trinidad

Paréntesis Editorial, 2010

Una invitación de boda será el desencadenante de un diálogo que es, en realidad, el reflejo de la incomunicación entre dos generaciones en contacto permanente: la de los hijos que estudiaron y al hacerlo se alejaron de sus padres, y la de los padres que se sacrificaron por tener los primeros universitarios de la familia sin reparar en que formarlos era otra manera de perderlos. Dos generaciones que no son solo dos voces (la de Antonia, mujer de un guardia civil retirado, y la de Gonzalo, hijo universitario de un contrabandista), sino también dos maneras de mirar la realidad, de entender la vida y de vivirla. El contexto de *Tierra raya* es una frontera, dos pueblos de Extremadura, el ambiente universitario en la capital de provincia, el amor, la emigración o la memoria como formas de huida...

El orgasmógrafo

Enrique Serna

Editorial Seix Barral, 2010

El orgasmógrafo es un libro de cuentos crueles donde el humor negro y la aguda observación del carácter se conjugan con perversa lucidez para explorar las cárceles imaginarias del hombre contemporáneo y los trabajos forzados del erotismo futuro. Virgenes perseguidas por una dictadura totalitaria, burócratas amurallados en su soledad, místicos de la palabra, directores de telenovelas envueltos en el vértigo de la pasión, transexuales con una identidad prestada, escritoras aficionadas que descubren las imposturas culturales del subdesarrollo... Los personajes de estos relatos se enfrentan a situaciones absurdas o desoladoras con una formidable capacidad de autoescarnio y luchan por tomar las riendas de su destino en un mundo diseñado para aplastarlos y uniformarlos.



Abrieron las ventanas

Raúl Hernández Garrido

Ediciones Irreverentes, 2010

Nunca podría haberse imaginado Santos Valbuena que, perseguido por la Justicia, encontraría refugio en el interior de una extraña y derruida Mansión. Una Mansión que parece revivir con su presencia, protegiéndole y al mismo tiempo anulando toda realidad exterior. En ese ambiente letárgico, Santos se ve seducido y atrapado por dos atractivas mujeres, dos espejos enfrentados que tejen alrededor del hombre una extraña conspiración. El huido se convierte en cautivo del deseo de ambas mujeres y será protagonista de una historia ajena e inquietante. *Abrieron las ventanas* es la primera novela de Raúl Hernández Garrido. Ha escrito relatos incluidos en antologías como *Poeficcionario*, *250 años de Terror* y *Microantología del Microrrelato*.

Las crudas

Esther García Llovet

Ediciones del Viento, 2009

Romo Esmiz es el propietario de Santino, el restaurante de última moda en la próspera zona de la bahía. A Esmiz le gusta colarse en las fiestas, no pagar sus deudas y de vez en cuando salir al bosque de cacería, pero sobre todo hay dos cosas por las que Esmiz mataría y las dos le gustan poco hechas: la carne de buey de primera y las mujeres. Hasta que conoce a Perica, una camarera salvadoreña, flaca y madre soltera que no se dejará engañar. Acompañado del italiano, su mejor amigo, y de los consejos radiofónicos de Madame Adolph, Esmiz llevará a cabo la larga caza de Perica. *Las crudas* es la colisión espontánea de dos caracteres tan diferentes que la fricción sólo puede provocar chispas del más alto voltaje, porque tal como ocurre siempre en la guerra de los sexos, uno acaba conociendo una realidad mucho más cruda de lo habitual.



La muerte

Pablo Giordano

La Propia Cartonera, 2009

¿Cabría preguntar «en algún momento es en chiste el libro»? Es el registro de historias en una realidad paralela a esta. Y da la apariencia de ser un libro de cuentos sobre anomalías en este mundo. Giordano es uno que vino a desnudar la enfermedad social y mental de que todos somos parte. Es freakófilo. Todo el tiempo se puede ver la ternura en la mirada de este fundador de zoológicos humanos. La primera reacción para alguien que leyó este libro es de algún modo enojarse con el autor por llevar al límite las posibilidades de adulteración de este mundo en estos cuentos sin agregar nada por fuera de las leyes físicas vigentes aquí. Un genetista del placer de texto. Y

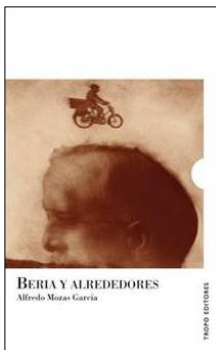
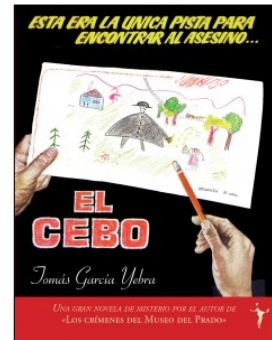
ahí el límite crítico en que se pone esta nota al principio. Hay algunos libros que hacen reflexionar en una primera lectura, y después reír, y después calentarse y después deprimirse, y después estudiarlos, y después volverse loco, más tarde querer escribirlos, un rato después dudar del cariño que se le fue tomando al libro, recomendarlo, prestarlo, perderlo, desear que a uno no se lo devuelvan para no caer de nuevo en problemas, reclamarlo con furia, ponerlo en la biblioteca bien visible, esconderlo en la alacena para leerlo sin ser visto.

El cebo

Tomás García Yebra

Editorial Funambulista, 2009

Las Navas del Marqués (Ávila) en la década de los 60. Un cabrero descubre el cadáver de una niña de nueve años en un pinar. Meses después, la maestra de escuela, doña Carmen, pasea con su perra por los pinares del barrio de la Estación. La perra empieza a ladrar. La maestra se acerca al chucho y observa, aterrorizada, el cuerpo ensangrentado de Mariló, una de sus alumnas, con un corte mortal en la garganta. Al escribir esta novela homenaje a la mítica película *El cebo* de Ladislao Vajda, (que se basaba en un guión del escritor suizo Friedrich Dürrenmatt), Tomás García Yebra nos sorprende con una trama aparentemente sencilla pero endiablamente ingeniosa en la que juega con el lector al ratón y al gato, pero a diferencia de lo que ocurre en la película sólo en los últimos compases de la historia sabremos quién ha sido el autor de los horrendos asesinatos...



Beria y alrededores

Alfredo Mozas García

Tropo Editores, 2009

Beria y alrededores es la primera obra de Alfredo Mozas García, que ha resultado la ganadora de la última edición del Premio de Creación Literaria Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal en su modalidad de Narración Breve. El jurado destacó la apuesta por el lenguaje y la calidad su prosa y destaca la habilidad en los cambios de registro de los diferentes capítulos, la creación de un universo mítico como escenario de la narración, así como el buen funcionamiento del riesgo para asumir las recurrencias tanto temáticas como formales. Mozas (Cadrete, Zaragoza, 1969), es autor de varios libros de relatos y de dos obras de teatro.

Pálido reflejo

Martín Caamaño

Lengua de trapo, 2010

«Con el tiempo me había acostumbrado a ese juego de la espera y la ansiedad, de entrever en ese abrir y cerrar metálico de puertas automáticas la posibilidad de, al rasparlas, no encontrar lo esperado. Entonces me senté, abrí el libro que había estado leyendo durante el vuelo y me puse a esperar. Ese verano murió papá». Así comienza *Pálido reflejo*, con la llegada de Nahuel a Río de Janeiro para visitar otra vez a su padre, un donjuán que había abandonado su vida en Buenos Aires unos diez años antes para reinventarse en Brasil. En este viaje, la muerte y, a partir de aquí, los protagonistas y sus contradicciones. Una novela coral que construye la historia de padre, hijo y afectos desde las necesidades de cada personaje, desde lo que pretende contar cada uno y en la forma en que cada uno puede contarlos.



Días de hielo y fuego

Rocío Ordóñez

Mandala & LápizCero, 2010

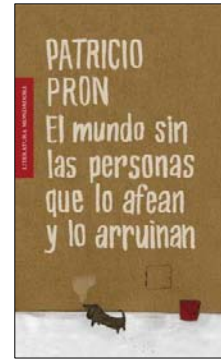
Novela coral que narra la bella y difícil historia de amor de Raoul y Julie, con una escritura dulce y natural, cristalina, sin sensiblerías innecesarias, en un trasfondo histórico cargado de tensión y grandes momentos de crisis y cambio que transformaron para siempre la Historia. Siguiendo las dramáticas aventuras de los protagonistas, la obra nos hace testigos de la Revolución Francesa, la España pre-napoleónica, la guerra de Louverture para liberar a los esclavos de Haití y la cultura de La Habana colonial. Por las páginas de *Días de hielo y fuego* van desfilando entrañables personajes que, al cabo de la lectura, vamos considerando como viejos amigos o conocidos al tiempo que desgranamos sus historias en una trama densa y cromática, plena de sacrificios y sensualidad, pasión y duermevela, lealtad y traición, humor y tragedia, guerra y libertad, vida y muerte. Con un final sorprendente que impactará al lector, estamos seguros de que la lectura de *Días de hielo y fuego* supondrá una renovada experiencia literaria difícil de olvidar.

El mundo sin las personas que lo afean y lo arruinan

Patricio Pron

Editorial Mondadori, 2010

Si la excelente acogida de su novela *El comienzo de la primavera* sirvió para que Pron dejara de ser un escritor en las sombras, *El mundo sin las personas que lo afean y lo arruinan* ratifica la calidad de su escritura incisiva, poderosa y certera. Los dieciocho relatos que componen el libro son un soberbio carpetazo a todas las convenciones del género, al tiempo que una extraordinaria exploración de la identidad, la memoria, la mentira y, sobre todo, de la escritura como profesión, arte y forma de vida. El mundo sin las personas que lo afean y lo arruinan nos recuerda que la lucha y la determinación de los escritores, y su orgullo insensato, a veces también conducen a la gloria, íntima y secreta. Aquí tenemos a un escritor al que ya no podemos pasar por alto. Patricio Pron es autor de los volúmenes de relatos *Hombres infames* (1999) y *El vuelo magnífico de la noche* (2002) y de las novelas *Formas de morir* (1998; segundo premio del concurso de Novela Policial de la Editorial de la Universidad Nacional de Rosario), *Nadadores muertos* (2001; premio Manuel Musto de Novela) y *Una puta mierda* (2007)



Tras los muros de la patria

Ángel Corgo

Editorial Akrón, 2009

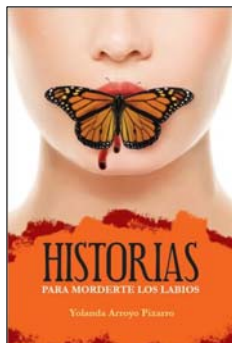
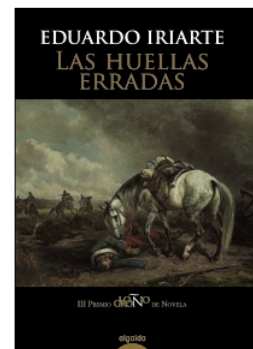
Hacia el año 1585 los españoles ya han llevado los muros de la patria más allá de los dominios del sol. Felipe II es el Rey más poderoso de la Historia. El mundo tiembla al paso de los Tercios. Únicamente Inglaterra y Flandes venden cara su piel. *Tras los muros de la patria* no es un relato de grandes batallas, ni de grandes generales, aunque tampoco faltan. Es una historia de soldados de a pie, y también la del nacimiento de un Imperio mucho más poderoso que el de las armas; un Imperio que arrojó a nuestros soldados en las más terribles batallas, y que a muchos de ellos los convirtió en nuestros maravillosos soldados-poeta: el Imperio de las Letras.

Las huellas erradas

Eduardo Iriarte Goñi

Editorial Algaida, 2010

En el invierno de 1876, en plena retirada del ejército carlista hacia los Pirineos, Simón y Andrés, combatientes del bando liberal, desertan y huyen en compañía de una niña a la que han rescatado del cruento saqueo de un caserío. Transcurrido un año de aquellos incidentes, Simón regresa en busca de Andrés para perfilar el extraño suceso que aconteció en pleno bosque en el transcurso de su huida. A su llegada al pueblo del compañero de armas, no obstante, descubre que éste asesinó a la que fuera su novia nada más regresar, y luego puso fin a su propia vida. Simón, incapaz de creer algo semejante, se propone averiguar qué ocurrió. A partir de ese momento, sus huellas se convertirán en un eco de las de Andrés, y su vida quedará ligada a la de los habitantes de Escarza de una manera que poco antes le hubiera parecido inconcebible, y que no permite augurar sino misterios más oscuros.



Historias para morderte los labios

Yolanda Arroyo Pizarro

Editorial Pasadizo, 2010

En esta colección de veinticuatro cuentos, abundan las figuras que se proyectan como redentoras, los relatos perversos contados con naturalidad, y las estampas metafóricas con prácticas primitivas. Con el estilo directo y trasgresor que la caracteriza, la autora toca, palpa y muerde historias, desde las más cotidianas hasta las más aberrantes. Novelista, cuentista y ensayista, Arroyo Pizarro fue elegida una de las escritoras latinoamericanas más importantes menores de 39 años del Bogotá39 convocado por la UNESCO, el Hay Festival y la Secretaría de Cultura de Bogotá por motivo de celebrar a esta ciudad como Capital Mundial del libro 2007. Es autora de los libros de cuentos *Ojos de Luna* (Segundo Premio Nacional 2008, Instituto de Literatura Puertorriqueña; Libro del Año 2007 Periódico El Nuevo Día) y *Origami de letras* (2004), además de la novela *Los documentados* (Finalista Premio PEN Club 2006).

Biografía ilustrada de Mishima

Mario Bellatin

Editorial Entropía, 2009

«Años después de cometer seppuku, Mishima asiste a la conferencia de un profesor japonés en la que se exhiben, gracias a la acción de un artefacto didáctico tan complejo como la mente humana, ciertos pasajes decisivos de su vida. Entre ellos, la construcción de una escritura particular como secuela de los lazos parentales y los viajes que realiza el escritor para justificar clínicamente su falta de cabeza. En *Biografía ilustrada de Mishima*, Mario Bellatin nos ofrece una obra maestra de figuras espectrales donde la aspereza de su prosa es intervenida por una sensualidad controlada y un humor no exento de malicia. Desde sus páginas, la experiencia física de narrar radicaliza su punto más intenso de exploración cuando el texto enmudece y abre paso a las imágenes que señalan, desde una nueva perspectiva, aquello que la palabra escrita ha dejado de manifestar.» (Carlos Ríos)



El caso Voynich

Daniel Guebel

Editorial Eterna Cadencia, 2010

A principios del siglo xx, el exilado ruso Wilfryd Voynich, dueño de una tienda de libros raros de Londres, descubre en un monasterio italiano un curioso manuscrito del siglo xvi. Luego de analizarlo cuidadosamente y concluir que está escrito en una lengua desconocida, envía algunas fotografías a diversos especialistas, desatando una cadena de investigaciones e hipótesis acerca de su contenido y su autor. ¿De qué trata el manuscrito? ¿Es un manual de alquimia, un mapa de las constelaciones celestes, un catálogo de semillas africanas, un experimento cabalístico, un código cifrado para transmitir mensajes extraterrestres, una criptografía para espías ingleses, un fraude moderno?

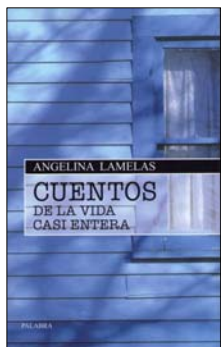
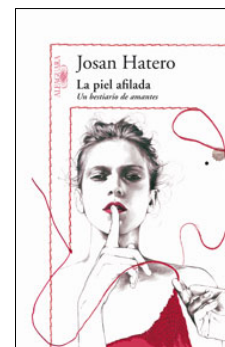
¿Quién es su autor? ¿Roger Bacon, Abraham Abulafia, John Dee, William Shakespeare, el Arcángel Uriel, el propio Voynich, o un genio secreto? ¿Y para qué redactó semejante obra? ¿Para hablar con Dios, profetizar el fin del mundo, o establecer el estatuto de la vanguardia estética más demencial, una que empieza en Europa y termina en la Argentina?

La piel afilada

Josan Hatero

Editorial Alfaguara, 2010

Éste es un catálogo de amantes. Desde los exploradores a los que aman a oscuras; de las mujeres submarinas a los coleccionistas; ajenos, suicidas, invisibles, enfermos, pornógrafos, santos o sonámbulos, todos son abducidos por el mismo y común denominador: el deseo. Lúbricos y lúdicos, discursos amorosos y confesiones de invierno, *La piel afilada* ofrece grandes posibilidades de viajar. Cada pocos textos cabría respirar hondo, pensar, puede que cerrar el libro. Y esperar a otro día. Un experimento literario con ecos de Borges, Calvino, Lee Masters, en el que Josan Hatero en escogidas y precisas –afiladas– palabras nos hace disfrutar tanto como a los amantes que retrata.



Cuentos de la vida casi entera

Angelina Lamelas

Ediciones Palabra, 2009

«Angelina Lamelas camina por el panorama literario de nuestro país dejando, aquí y allá, destellos de su arte narrativo magistral en forma de cuentos y artículos literarios. En este libro se reúnen casi todos los cuentos de la autora: un paseo por su vida entera. Son cuentos para corazones grandes, en los que palpita el goce irresistible de la vida: la infancia vivida, la de la fantasía y la imaginación, los niños en la casa familiar, la historia de amor de sus padres, la casa de Castelar 3, la convicción de que donde falta amor se ven puñales... No es un libro de cuentos, es un gran libro de cuentos, un verdadero descubrimiento para todos los amantes de la buena literatura. Estos cuentos

están escritos con una belleza deslumbrante al alcance de todos, con humor, soberana gracia, precisión ejemplar, originalidad gozosa, y andan con paso de pies de ángel.» (Medardo Fraile).

Dido. Reina de Cartago

Isabel Barceló

ES ediciones, 2009

La reina Dido y un grupo de fieles huyeron de su patria, la fenicia ciudad de Tiro, para evitar una guerra civil. Comenzaba así una epopeya que les llevaría a recorrer el Mediterráneo buscando una nueva tierra donde asentarse y concluiría en el norte de África. Su vagar por los mares, las peripecias que acompañaron la fundación de Cartago y su encuentro con el troyano Eneas, nos sumergen en una historia en la que aventuras, pasión, amor y traición nos atrapan hasta el final. En *Dido. Reina de Cartago* escuchamos la voz de los fenicios que acompañaron a la reina y compartieron su destino. Un canto a la memoria colectiva; una indagación sobre los sentimientos y los conflictos humanos, sobre la admiración y el amor que supo despertar esa mujer excepcional, capaz de darlo todo por los suyos.



Última noche en Granada

Francisco Ortiz

Mira Editores, 2009

¿Puedes haber matado a un hombre y no saber por qué lo has hecho? ¿Puedes seguir pensando después que no eres una mala persona? Luis Castillo, el protagonista y narrador de esta novela, tiene que hallar la respuesta a esas dos preguntas. Afortunadamente, no está solo: cuenta con Beatriz, una mujer que le quiere y le ayudará a dar los pasos más adecuados. Con ecos de novela negra y una escritura medida, lírica y muy narrativa, *Última noche en Granada* les gustará por igual a los que buscan una historia entretenida y a los que se acercan a un libro para ir más allá de lo contado, de lo aparente.

Una revolución pequeña

Juan Aparicio-Belmonte

Lengua de Trapo, 2010

¿Hay algo peor que sufrir un viaje en avión en medio de la más espeluznante tormenta? Sí, tener como vecina de vuelo a una corpulenta mujer comedora de ajos crudos que se carcajea de la muerte. Ella marcará para siempre el destino del abogado Esteban Gómez Rescello, incapaz de luchar contra el cúmulo de adversidades que la perversa sombra de tan colosal mujer proyectará sobre su vida. Con humor y espíritu crítico, Juan Aparicio-Belmonte nos presenta un fresco social tan neurótico como la vida misma, en el que los personajes comparten su inesperado extravío en la intimidad de una realidad viciada por misteriosos crímenes, que la sagaz comisaria Sarita Lagos se esfuerza por desentrañar.



El espíritu áspero

Gonzalo Hidalgo Bayal

Tusquets Editores, 2010

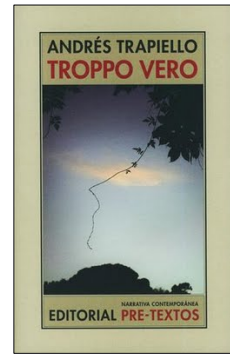
El día en que se celebra el banquete de jubilación de don Gumersindo, llegan a Murania viejos alumnos, se preparan discursos y las autoridades locales deciden dedicarle un libro homenaje. Durante su elaboración, el narrador, compañero de instituto, descubre que el profesor de latín, excéntrico y erudito, cáustico y sin embargo paladín de la cultura clásica y del trato benévolo con los alumnos, ha dejado escritos 237 folios autobiográficos. *El espíritu áspero* quiere ser la memoria de ese singularísimo personaje, y de todas sus circunstancias. Fiel a los recuerdos manuscritos, el narrador relata, por una parte, su infancia rural, su formación en un internado con los padres hervacianos o sus experiencias como profesor inexperto y luego venerable, pero, por otra, además de incorporar anécdotas legendarias que cuentan los alumnos o conversaciones de tertulia, incluye brillantes escarceos literarios, repletos de hallazgos verbales, acordes con el uso lúdico y humorístico de la lengua –rimas y palíndromos, apodos y paranomasias– que el profesor ha practicado a lo largo de su vida.

Tropo vero

Andrés Trapiello

Editorial Pre-Textos, 2009

Non è vero, troppo vero, ben trovato. Cuando se supo que el emperador Carlos V se había prosternado ante Tiziano para recoger del suelo el pincel que a aquél se le había caído, la época se quedó atónita. «Non è vero», pensaron muchos. Un siglo después tuvo lugar una escena parecida entre otro pintor no menos silencioso y el papa Inocencio X. También Velázquez pintaba el retrato de uno de los dignatarios más poderosos de su tiempo. Al mostrárselo ya acabado, parece que el papa, un hombre viejo y de expresión adusta, dijo con tanta admiración como fatalidad y tristeza: «Tropo vero». De ninguna de las dos historias hay constancia documentada, pero ambas se tienen por verdaderas desde los días remotos en que empezaron a circular. Una buena parte de los episodios íntimos o públicos que se narran en este libro parecen avenirse al «demasiado verdadero», en lo que tienen de calco, claro, no de canon; sobre otros, sin embargo, gravitará el «no puede ser verdad» o el «no es posible», como si fuesen hijos sólo de la imaginación. O sea, troppo vero, ma non troppo, podríamos decir. En unos y en otros parece latir, sin embargo, el único impulso de llegar a ser reales, que es, hoy por hoy, el modo también más discreto y silencioso de servir a la realidad sin dejar de ser libres ni verdaderos, como esas dos historias que corren por el mundo desde hace siglos sin que nadie tampoco las haya puesto en duda.



Escipión

Pablo Casacuberta

451 Editores, 2010

La siempre difícil relación entre padre e hijo: el peso de la herencia. Anibal, hijo descarriado del historiador Brener, desperdicia su vida en los arrabales del mundillo académico, con la única compañía del alcohol y sus frustraciones. Le pesa su compromiso con la verdad opaca, al contrario que al padre, que supo construir su fama de historiador mediático sobre verdades embellecidas. Ahora el padre ha muerto, y el hijo, para hacerse cargo de la herencia, se enfrenta a un requisito endemoniado: recibirá todo lo que esperaba y mucho más, pero solo si cumple con una serie de tortuosas condiciones. ¿Ese legado es la última puñalada del padre, o es una mano tendida?

Pablo Casacuberta (Montevideo, Uruguay, 1969) es escritor, cineasta y artista visual. Publicó su primer libro de ficción, *Ahora le toca al elefante*, en 1990, y desde entonces ha publicado otras cinco novelas.

Yo lloré con Terminator 2

Carlos Salem

Ediciones Escalera, 2009

Carlos Salem reaparece con nuevos relatos plagados de bares, humo, mujeres fuertes y hombres que no lo son tanto como aparentan. Son historias en las que los retos se toman o no, dependiendo del número de cerillas que el azar decida poner en tu mano, historias en las que siempre queda un brindis por hacer. Y en todas ellas, sin duda ejemplos vivificantes de ese género que Salem ha acertado en llamar cerveza-ficción, (incluso el titulado «El petiso milonguero», donde un tal Gardel se encuentra con un tipo con bigote que le pide que se arranque con unos tangos en alemán), persiste un trasfondo de melancolía que se agarra como espuma al cuello de la botella.



Naturaleza casi muerta

Alberto Baeyens

Editorial Eclipsados, 2009

Naturaleza casi muerta supone un conjunto de momentos breves que transcurren tangencialmente por los círculos de la rutina. Todo en este libro recuerda a esas personas calladas que viven al margen del mundo guardándose las joyas que tiene la vida en su gabardina de rebajas. Alberto Baeyens es un coleccionista de momentos, un escritor silencioso que a lo largo de su vida ha ido tomando nota de esos instantes que resumen una vida. Un trabajador incansable, un escritor que fotografía la vida.

Las teorías salvajes

Pola Oloixarac

Alpha Decay, 2010

Un pez llamado Yorick y una gatita llamada Montaigne. Una joven estudiante de filosofía que acorralla a su viejo profesor por los pasillos de la facultad. Dos adolescentes que encuentran en su respectiva deformidad física y moral un buen motivo para unirse. Una joven militante de izquierdas que escribe cartas a Mao. Una teoría psicológica que lo explica todo. La facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires como punto de encaje desde el que se asoma el mundo. El mundo como una enmarañada madeja de teorías imposibles, iluminadas e inaprensibles: teorías salvajes, para quienes, como todos nosotros, se encuentran pedaleando en el infinito vacío 2.0. *Las teorías salvajes* es, entre otras cosas, una comedia negra, un tratado de guerra sobre la seducción en la era weblog. Una novela ácida, demencialmente divertida y en ocasiones oscura que acaba convirtiéndose en su propio y terrible monstruo.



Cambio de sentido

Mar Gómez Glez

Paréntesis Editorial, 2010

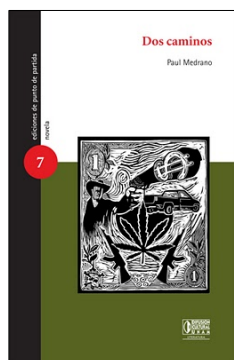
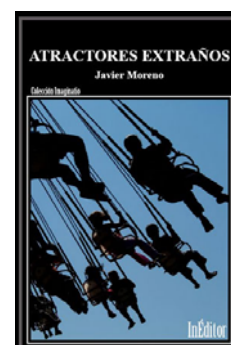
Pablo sabe que no es sencillo reescribir el pasado; que aunque la memoria sea moldeable, una vez que se habitúa a una historia, tiende a repetirla. Con la ayuda de la doctora Farazzo el narrador de *Cambio de sentido* irá enderezando sus recuerdos y asumiendo las consecuencias de lo vivido. Pablo inicia así un doble viaje: el primero hacia Bretaña, tras dos mujeres; y el segundo hacia sí mismo. La novela, cuyo trasfondo es el desastre ecológico que supuso el naufragio del petrolero Prestige en las costas del Cantábrico, anima al lector a que participe completando los silencios que sazonan la narración.

Atractores extraños

Javier Moreno

Ineditor, 2009

Imaginemos a alguien siguiendo la pista de un escritor austriaco llamado Schwarzschild, desaparecido en extrañas circunstancias. Imaginemos que ese alguien se dedicara a copiar, una vez tras otras, las obras de ese autor (por otra parte, de dudoso mérito literario), copias que irán incluyendo, poco a poco, más y más errores respecto del original. Pues bien, el resultado podría ser algo parecido a los relatos que componen *Atractores extraños*. Se trata de relatos donde lo real (en sus manifestaciones tecnológica, política, periodística o íntima) aparece indisolublemente ligado a su aspecto más inhóspito e inquietante. En *Atractores extraños*, lo contemporáneo se muestra solidario del mundo mítico, de la violencia fundacional de los orígenes. Así la temporalidad se fractura para mostrar el espesor insospechado de lo real, aquello siempre desconocido hacia lo cual apunta la sucesión inacabable de «copias» que sustentan y de las que se abastece nuestra cultura.



Dos caminos

Paul Medrano

Punto de Partida, 2010

La historia de *Dos caminos*, según narra su autor, «es una novela de la tendencia del narcorrealismo, o narconovela, que suena mucho en el norte del país y países como Colombia, Bolivia y Argentina, donde hay mucha presencia del *narco*, como aquí». Aunque Medrano nació en Tamaulipas, es guerrerense de crianza y de corazón; su vida transcurre entre Acapulco y su pueblo, Dos Caminos, municipio de Chilpancingo. «Lo que quise es hacer una novela fragmentaria, no lineal, revuelta, partida en cachitos. Era una novela asíntona. La otra característica es que está contada desde distintas fuentes, hay un narrador, hay noticias de periódicos, grabaciones telefónicas, como pedacitos de las vidas de los personajes, hay muchas fuentes. (...) La idea

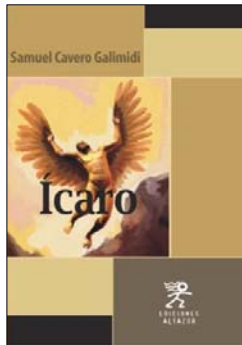
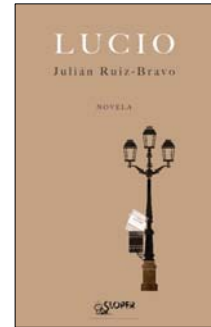
era que *Dos Caminos* no fuera cronológica, muchas cosas del final están al principio, muchas cosas del principio las encuentras al final; es una historia desmembrada, (...) está como revuelta, requiere de atención, porque hay muchos como guiños que muchos no captaron».

Lucio

Julián Ruiz-Bravo

Editorial Sloper, 2009

Lucio ha salido de casa y no está de buen humor. Se toca la cabeza y palpa los bordes de su fontanela. Siente debajo del cráneo el bullicio de sus seres mentales. ¿Ha dejado muertos a sus padres allí arriba, en casa? ¿Asesinados? Ruiz-Bravo nos embarca en una aventura fascinante, en el universo de un personaje inverosímil, —¿es un niño, es un monstruo?— cuya odisea de un día se convierte en un retrato surrealista, absurdo y ácido de nuestra realidad social. *Lucio* es una novela insólita, que nos descubre a un narrador ambicioso, lúdico y maduro.



Ícaro

Samuel Cavero Galimidi

Ediciones Altazor, 2010

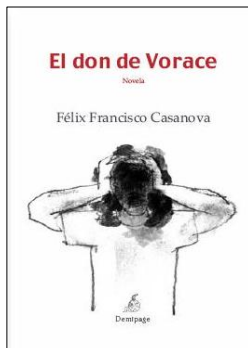
Novela psicológica de amores de un joven inmigrante y un misterio que nos recuerda a la literatura de Allan Poe. Narrativa del despertar sexual, de los conflictos de identidad sexual y familiar, que nos hace transitar entre los abismos de la cordura, el desarraigo y la paranoia; divierte, deslumbra, estremece y atrapa por su ternura, fino humor e ironía. Es el vuelo y drama existencial de Ícaro Errázuri, un alucinado adolescente latinoamericano que salva de la dictadura de Pinochet en Chile, escapa y se eleva a la conquista de la libertad y su plena identidad sexual en Australia. Fantástico viaje a la plena redención del hombre vía la castidad y el amor a Dios, atravesando como Dante el Infierno, la soledad, la tentación, el amor y la locura. *Ícaro* nos deslumbra por sus ideales, por sus sueños pecaminosos con el célebre escritor japonés Mishima y toda suerte de goces y placeres mundanos que debe vencer. Es la trágica vida de un jovencito, tan repleta su maleta de ilusiones y adioses, que lleva camino a la eternidad, el anillo regalado por su padre como amuleto y talismán mágico.

Fantasías animadas

Berta Marsé

Anagrama, 2010

El caso es que fantaseamos, ya sea desde el aburrimiento o desde la nostalgia, desde la vergüenza, la envidia, el miedo o el deseo de venganza. Y es que por mucho que las creamos olvidadas, por mucho que las ignoremos, las fantasías de evasión siguen ahí, en el trastero de la mente, esperando el momento oportuno para hacer su aparatosa entrada en escena. Fantaseemos entonces hasta que la realidad se nos imponga y nos golpee, o nos decepcione, como suele pasar con las cosas que se construyen al dictado de la imaginación. Luego, al menos, cuando cerremos los ojos, sabremos lo que vamos a ver. Después de su libro de cuentos *En jaque*, un excelente debut, muy bien acogido por la crítica, Berta Marsé se confirma con estas *Fantasías animadas*, su segundo libro, como una maestra del género.



El don de Vorace

Félix Francisco Casanova

Editorial Demipage, 2010

Se advierte en Casanova la gracia, el desparpajo, la propensión lúdica de un ángel con rasgos diabólicos, todo lo cual exime a su arte de las esperables convenciones del oficio. El libro, abiertamente inverosímil, es de principio a fin una parodia y denota un esfuerzo imaginativo poco común. Es la deriva criminal de un hombre a quien la inmortalidad ha despojado de principios morales. Según las anotaciones en su diario íntimo, que saldrá publicado en Demipage próximamente, tardó cuarenta y cuatro días en escribir la novela *El don de Vorace*. Entre el 9 de junio y el 23 de julio de 1974. El autor tenía 17 años. Casanova nació en 1956 y falleció en 1976.

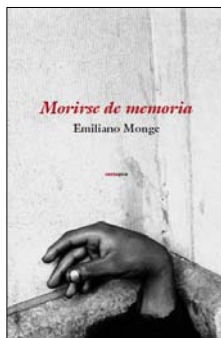
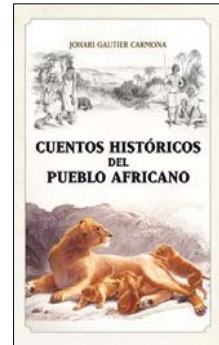
No obstante la brevedad de su vida, dejó una obra intensa, original, extraña, plasmada en logros de una asombrosa madurez en el campo de la poesía y la novela. A los diecisiete años obtuvo con *El invernadero* el más importante premio de poesía convocado en Canarias, el «Julio Tovar». A los dieciocho el «Pérez Armas» de novela con *El don de Vorace*. A los diecinueve, un mes antes de su muerte, otro primer premio de poesía, otorgado por el periódico «La tarde» a *Una maleta llena de hojas*, poemario que constituye la segunda parte de *La memoria olvidada*.

Cuentos históricos del pueblo africano

Johari Gautier Carmona

Editorial Almuzara, 2010

África es un continente abundante en soñadores, leyendas, tradición y sabiduría; una tierra mágica. A menudo pensamos que sólo es un continente vasto y vacío, sin historia y totalmente dependiente de los avances occidentales. Son ideas que se repiten y que se nutren de otras preconcebidas. Pero ¿sabían ustedes que África llegó a ser la máxima potencia de todos los tiempos gracias a la ciencia de los egipcios? ¿Sabía que el Imperio de Malí llegó a ser uno de los más ricos jamás conocidos y que uno de sus dirigentes trató de cruzar el océano Atlántico doscientos años antes de que lo hiciera Cristóbal Colón? ¿Alguien le comentó alguna vez que el Imperio de Songhai llegó a ser más grande y próspero que el de Alejandro Magno o que la Etiopía de Menelik II siempre permaneció libre pese a la presión colonialista de Italia?



Morirse de memoria

Emiliano Monge

Sexto Piso editorial, 2009

Un hombre abre los ojos en su cama y se pregunta «Qué soñé que he despertado preguntándome quién soy». A partir de ese momento, el hombre se convertirá en un pasajero de su delirio, en un espectador de la tortura que le supone sobrevivir a su voluntad de estar vivo. El hombre vuelve una y otra vez sobre esta pregunta y, sin advertirlo, vacía el contenido de su memoria para explicárselo. Entre las miles de imágenes que pueblan su pensamiento, se advierte una tragedia. Se avizora el fuego. El fuego que funge como parábola de la existencia. Se pregunta el hombre «Qué si el fuego no despide ese calor que le imputamos, qué si sólo lo concentra, si lo toma de

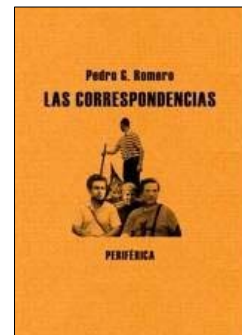
las cosas que atestiguan su expandirse», de la misma manera que él concentra la existencia de su hermano, de su ex mujer Claudia, de sus mascotas, de los objetos que habitan los espacios que lo encierran, y los funde en el interior de su memoria para tratar de encontrar algo en su entorno que le explique quién es y, sobre todo, por qué es.

Las correspondencias

Pedro G. Romero

Editorial Periférica, 2010

Este libro puede ser leído como una novela epistolar, pero es más bien, según el propio autor, una de esas «cosas» modernas que se mencionan en la última de las cartas del volumen, citando directamente a Pasolini. Nace *Las correspondencias* de una frase del poeta Ezra Pound: todas las cartas hablan a la vez de amor y de dinero; y crea una ficción, que bien pudiera ser muy real, a partir de nombres y apellidos de distintos habitantes de la ciudad de Venecia, anónimos e involuntarios participantes en estas correspondencias compartidas que forman una «trama» mucho más interesante que la de la mayoría de novelas de nuestro tiempo. Pero si esta pieza narrativa de ficción anclada en lo real nace en parte de la propia Venecia –puede ser leída incluso como un itinerario por la imagen pantano de la ciudad flotante, lugar de nacimiento del capital financiero–, también para su escritura fue esencial la lectura de tres libros distintos: las Cartas luteranas de Pier Paolo Pasolini, las Cartas desde la cárcel de Antonio Gramsci y Querido Miguel de Natalia Ginzburg.



El hijo del futbolista

Coradino Vega

Editorial Caballo de Troya, 2010

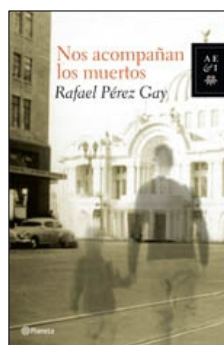
El protagonista es el hijo de un antiguo futbolista que ejerce como entrenador de un equipo de fútbol regional. Su familia ha crecido en las proximidades de las minas de Riotinto en Huelva y ha padecido, en silencio y con una actitud servicial, los excesos paternalistas de las empresas británicas que llevaban a cabo la explotación minera. En el instituto e instigado por un profesor que trata de impulsar sus inquietudes culturales escribe un ensayo en donde se pone en duda «el pasado feliz» del pueblo e indirectamente el comportamiento de sus familiares. Novela de aprendizaje donde el descubrimiento de la realidad, de la amistad y del amor conforman un tejido narrativo de gran fuerza expresiva escrito con especial acierto. Una novela amble, sosegada, escrita con atractiva sencillez.

La estrategia del agua

Lorenzo Silva

Ediciones Destino, 2010

Tras una decepcionante experiencia con el sistema judicial, que ha puesto en libertad a un asesino al que había detenido después de una larga investigación, el brigada Bevilacqua, alias Vila, se halla desencantado y más escéptico de lo que acostumbra. Así se enfrenta al nuevo caso que le ocupa: un hombre llamado Oscar Santacruz ha aparecido con dos tiros en la nuca en el ascensor de su casa. Parece el «trabajo» de un profesional, lo que se antoja desmesurado dada la poca trascendencia de la víctima, que tiene algunos antecedentes menores por tráfico de drogas y violencia de género. Vila y su compañera, la sargento Chamorro, afrontan la tarea, muy a regañadientes por parte de Vila, actitud que empezará pagando «el nuevo», Arnau, un joven guardia que poco a poco se irá ganando la confianza del brigada.



Nos acompañan los muertos

Rafael Pérez Gay

Editorial Planeta, 2009

Nos acompañan los muertos es el registro de los días terminales de dos sombras sin sosiego tocadas por la soledad y el tiempo, los padres seniles del narrador de esta novela cruda e intensa a la vez. Durante los lentos adioses y la larga agonía de dos ancianos perdidos en la longevidad, el narrador mira hacia atrás y ata sus recuerdos a los de ellos, reconstruyendo su propia historia y la de la Ciudad de México. Los vientos de la política irrumpen en la oscuridad de la vejez y en la vida diaria durante el convulso año de 2006 y pasan como una ráfaga ante la mirada borrosa de los viejos. La naturalidad prosística de Rafael Pérez Gay logra en estas páginas un ejercicio literario

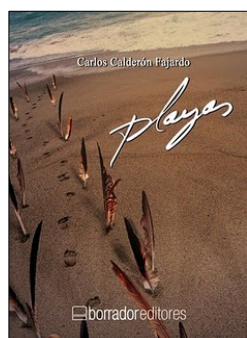
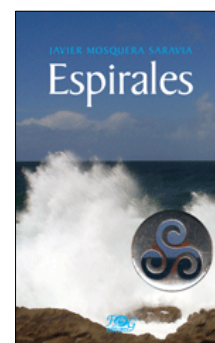
sin concesiones a la hora de narrar las interminables jornadas de enfermedad y deterioro, para recordarnos que los padres no sólo son el pasado sino también el futuro de los hijos.

Espirales

Javier Mosquera Saravia

F&G Editores, 2009

«¿Y si la realidad fuera el sueño?, ¿una construcción de la mente que nos sumerge en esos estados de ánimo que llamamos felicidad, tristeza, alegría, depresión...? ¿Y si tan sólo estamos conscientes apenas unos momentos cada día, y luego, con lo que vemos fugazmente, los demonios de la cabeza fabrican nuestra existencia como si fuera una novela y construyen personajes y situaciones y terminamos siendo sólo marionetas en una diabólica y absurda tragicomedia? ¿Acaso nuestras historias son sólo pesadillas en espiral, que se enrollan y desenrollan al azar, y que si nos juntamos con alguien o nos desjuntamos con aquélla es porque en un lugar desconocido del infierno nuestras vueltas se encontraron en un beso desesperado?», escribe Mosquera en el capítulo veinticuatro. Y es precisamente lo que el lector va a encontrar aquí. Un intento de descifrar el mecanismo que acomoda las situaciones comunes y las transforma en incomprensibles, trágicas, absurdas o increíbles. Pero tal vez esta novela sea también la creencia de que en algún lugar debe existir por lo menos un sueño, aunque sólo sea el de la esperanza de nunca perder la esperanza.



Playas

Carlos Calderón Fajardo

Borrador Editores, 2010

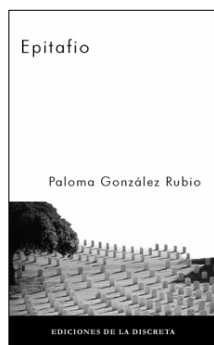
En *Playas*, Carlos Calderón Fajardo nos regala dos libros en uno. *De un mar cercano* reúne cuentos donde uno ve morir a las ballenas, o comprueba el viaje por el tiempo de un bañista. La nostalgia de una Punta Hermosa llena de veraneantes se entremezcla con el humor de dos ancianos esperando la ola perfecta. Lepideptorólogos obsesionados por encontrar una mariposa en Ancón, comparten páginas con un domador de culebras en Mánкора. *Las playas de la familia de Musollini*, son relatos sobre las costas imaginarias de Marcel Proust, Roberto Bolaño, Tagore, entre otros. Cuatro emos vestidos de negro se pueden encontrar con el cadáver varado en la playa de J.G.Ballard, o Truman Capote puede descubrir que está veraneando junto a la familia Mussolini.

Crímenes en el crepúsculo

Francisco Prieto

Editorial Jus, 2009

«Cecilia ha sido secuestrada. Un tipo se ha comunicado contigo. Has escuchado la voz de la muchacha. Te dicen que puedes contratar a un negociador. Ellos han colgado. Tú tomas el teléfono y me hablas.» Con esta descripción cruda y trepidante inicia la nueva novela de Francisco Prieto, uno de los escritores mexicanos más connotados de la actualidad. Violenta y memorable, con personajes que transgreden cualquier moralidad, en *Crímenes en el crepúsculo* se presenta una sociedad convulsionada por la violencia e indiferente a ella. Escrita mediante los cuadernos de un negociador, la chica secuestrada y un oficial de policía, en esta novela no sólo hay un registro sobre el secuestro, cáncer de nuestros días, sino también la cohabita el amor, un amor que aparece inesperadamente e impregna a los personajes de una luz difusa. Con esta novela Francisco Prieto nos revela a un autor en plenitud y una de esas novelas que llevan al lector de la mano en un viaje hacia las obsesiones violentas del hombre.



Epitafio

Paloma González Rubio

Ediciones de La Discreta, 2010

Con esta frase directa comienza Manu, el protagonista de *Epitafio*, a contar la transformación que se ha operado en él. Una transformación sustancial, aunque aparentemente invisible, que le pone en conflicto con el mundo con el que llegó a un acuerdo que ya no suscribe. A lo largo de dos jornadas Manu nos ofrece una detallada crónica de sus pasos, asistimos a sus reflexiones, a sus recuerdos; le acompañamos a la oficina, a un entierro, conocemos a algunos de sus compañeros, a su mujer..., y al enumerar estas situaciones podría parecer que desentrañamos parte de la trama. Pero no es así. Todo esto sucede, pero lo que sucede no es lo que *ocurre* en la novela. *Epitafio* es realmente una aproximación a las implicaciones, a las consecuencias de la transformación de Manu. A su *metamorfosis*.

Con anuncio

Rosa Ribas

Viceversa Editorial, 2009

La agencia de publicidad de Fráncfort Baumgard & Holder lleva días recibiendo amenazas anónimas, hasta que sucede un brutal acontecimiento. ¿Se trata de una simple guerra entre agencias por la realización de una importante campaña o se esconden otros intereses? La comisaria Cornelia Weber-Tejedor, hija de una emigrante gallega y de un alemán, se hace cargo de una investigación que deja al descubierto el trasfondo más oscuro de la capital financiera de Europa..., y los entresijos de la complicada vida de esta peculiar comisaria. Rosa Ribas da vida con este personaje a una investigadora única en el panorama del género negro internacional.



Mutatis mutandis

Javier García Rodríguez

Editorial Eclipsados, 2009

«Me gustaría explicarles de qué va este libro, pero no puedo, porque su género acaba de fundarse con este volumen. Hay teoría pero no es un ensayo; hay narración, pero no es una novela ni un cuento. Planteado como una monstruosidad epistemológica posmoderna, es un libro sustentado en el exceso interpretativo. Sé que en él hay una ironía cervantina hacia el grupo de los mutantes. (...) Lo único que sé es que no he podido parar de reír desde el principio hasta el final de esta extraña obra del profesor de Hermenéutica Javier García Rodríguez, cuyo personaje es un crítico *de los de antes*, incapaz de valorar un texto que lleve menos de 400 años escrito, y cuya obsesión es desentrañar la conspiración mutante, presentada como un grupo de seres alucinados que se proponen conquistar el mundo mediante indescifrables mensajes. Una obra inteligente y divertida, que los anti mutantes disfrutarán por el arsenal de chistes que contiene sobre nosotros, y que los mutantes disfrutaremos aún más.» (Vicente Luis Mora)